Antonio Velasco Piña

Tlacaélel

El Azteca entre los aztecas

Derechos reservados Copyright (c) 2002
Las características de esta edición son propiedad de
EDITORIAL PORRÚA, S.A. DE C.V.-4 Av. República Argentina 15, 06020 México, D.F.
Queda hecho el depósito que marca la ley
ISBN 970-07-3439-0 (Rústica) ISBN 970-07-3330-0 (Tela)
IMPRESO EN MÉXICO PRINTED IN MÉXICO SCAN

ÍNDICE

Capítulo I 5
Capítulo II 9
Capítulo III 13
Capítulo IV 16
Capítulo V 20
Capítulo VI 23
Capítulo VII 25
Capítulo VIII 29
Capítulo IX 34
Capítulo X 38
Capítulo XI 43
Capítulo XII 55
Capítulo XIII 62
Capítulo XIV 77
Capítulo XV 82
Capítulo XVI 91
Capítulo XVII 97
Capítulo XVIII 108
Capítulo XIX 116
Capítulo XX 133
Capítulo XXI 138
Capítulo XXII 147

A la memoria de mi hermano Miguel
A Gaby mi esposa
A Carlos Miguel mi hijo

"...oquipan oquimatian mochiuh in tlacatl
catea initoca Tlacayelleltzin Cihuacohuatl in
cemanahuac tepehuan".
"...y esto ocurrió en la época
del señor Tlacaélel; el
Cihuacóatl, el Conquistador
del Universo".
Crónica Mexicáyotl, de Fernando Alvarado Tezozómoc.

Capítulo I

EL EMBLEMA SAGRADO DE QUETZALCOATL

Tlacaélel recorrió lentamente con la mirada el fascinante espectáculo que se ofrecía ante su vista:

En el amplio patio interior del templo principal de Chololan, al pie de la gigantesca y antiquísima pirámide, estaba celebrándose la ceremonia de iniciación de los nuevos sacerdotes de Quetzalcóatl.

La luz de más de un centenar de antorchas, en las que ardían aromáticas esencias, iluminaba el recinto con cambiantes tonalidades. Una doble hilera de sacerdotes, alineados en ambos costados del patio, entonaban con rítmico acento antiguos himnos sagrados. Centeotl, el anciano sumo sacerdote, oficiaba la ceremonia ostentando sobre su pecho" el máximo símbolo de la jerarquía religiosa: el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl. En el centro del patio, dentro de un enorme círculo de pintura blanca, se encontraba el pequeño grupo de jóvenes —entre los cuales estaba el, propio Tlacaélel— que recibirían en aquella ocasión el alto honor de entrar a formar parte del denominado sacerdocio blanco, consagrado al culto de Quetzalcóatl.

Para los jóvenes que en medio del complicado ceremonial iban siendo ungidos por el sumo sacerdote, aquel acto constituía la culminación de una meta largamente soñada, y lograda a través de varios años de incesantes esfuerzos.

De entre varios miles de adolescentes que en todas las comunidades náhuatl aspiraban a ser admitidos en el templo de Chololan, se escogía cada cinco años a cincuenta y dos candidatos. El criterio selectivo resultaba riguroso en extremo; no sólo era necesario poseer una conducta ejemplar desde la infancia y contar con amplias recomendaciones de los principales sacerdotes de la comunidad donde habitaban, sino que además, debían salir airosos de las difíciles pruebas que los sacerdotes de Quetzalcóatl imponían para valorar la capacidad de los aspirantes.

La extrema dureza de los sistemas de enseñanza utilizados en el templo de Chololan, motivaba una considerable deserción a lo largo de los cinco años del noviciado, por lo que rara vez lograban ingresar como nuevos miembros de la Hermandad Blanca más de media docena de jóvenes.

Una vez investidos con la prestigiada dignidad de sacerdotes de Quetzalcóatl, los así ungidos regresaban a sus lugares de origen, donde muy pronto ocupaban puestos relevantes, ya fuera como jefes militares y dirigentes eclesiásticos, o incluso como reyes de los múltiples y pequeños señoríos en que había quedado fragmentado el mundo náhuatl tras la desaparición, ocurrida varios siglos atrás, del poderoso Imperio Tolteca.

Diversas circunstancias singularizaban al grupo de novicios que en aquella ocasión estaban siendo ordenados como sacerdotes de Quetzalcóatl. Una de ellas era la de que por vez primera figuraban en dicho grupo dos jóvenes aztecas: Tlacaélel y Moctezuma, hijos de Huitzilíhuitl —que fuera segundo rey de los tenochcas— y hermanos de Chimalpopoca, quien gobernaba bajo difíciles condiciones al pueblo azteca, pues éste se hallaba sujeto a un vasallaje cada vez más oprobioso por parte del Reino de Azcapotzalco. Otro de los motivos que singularizaba a la nueva generación de sacerdotes, era el hecho de que formaba parte de ella Nezahualcóyotl, el desdichado príncipe de Texcoco, quien a raíz del asesinato de su padre y de la conquista de su reino por los tecpanecas, se había visto obligado a vivir siempre en constante fuga, acosado en todas partes por asesinos a sueldo, deseosos de cobrar la cuantiosa recompensa ofrecida a cambio de su vida.

La admisión en el templo de Chololan, tanto de los jóvenes aztecas como del príncipe Nezahualcóyotl, había producido desde el primer momento un profundo disgusto en Maxtla, el despótico rey de Azcapotzalco, sin embargo, el monarca tecpaneca se había cuidado muy bien de no hacer nada que pusiera de manifiesto sus sentimientos. Centeotl, el sumo sacerdote poseedor del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl, era ya un anciano de más de

noventa años cuya muerte no podía estar lejana; el sacerdote que le seguía en jerarquía dentro de la Hermandad Blanca era Mazatzin, un tecpaneca incondicional de Maxtla. Si, como era lo más probable, al percatarse Centeotl de que su fin estaba próximo, entregaba a Mazatzin el Emblema Sagrado, Maxtla vería aumentar el prestigio de su Reino hasta un grado jamás imaginado, lo que le facilitaría enormemente la conquista de nuevos pueblos y territorios. Así pues, a pesar del odio que profesaba a Nezahualcóyotl y de la posibilidad de que el honor de contar con miembros dentro de la Hermandad Blanca pudiese envanecer a los aztecas y despertar en ellos peligrosos sentimientos de rebeldía, el monarca tecpaneca se guardó muy bien de cometer cualquier acto que pudiese disminuir las probabilidades de que Mazatzin se convirtiese en depositario del Emblema Sagrado.

La ceremonia de admisión de los nuevos sacerdotes había concluido. Tras formular las últimas palabras rituales, Centeotl se dirigió hacia el enorme incensario que ardía al pie del altar central, en donde figuraba una impresionante representación de Quetzalcóatl en piedra basáltica; todos los concurrentes supusieron que Centeotl iba a extinguir las llamas del brasero para dar así por concluida la ceremonia, pero en lugar de ello, al llegar frente al incensario el sacerdote arrojó en él una nueva porción de resinas, produciéndose con esto una fuerte llamarada que iluminó vivamente el recinto. Enmarcado en el resplandor de las llamas, Centeotl se dio media vuelta quedando de frente ante todos los participantes, después, con un movimiento repentino y en medio del asombro general, se quitó del cuello la fina cadena de oro de la cual pendía el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl.

El hecho de despojarse en una ceremonia del símbolo de su poder, sólo podía significar una cosa: Centeotl juzgaba llegado el momento de transmitir a un sucesor la pesada responsabilidad de ser el depositario humano de todos los secretos y conocimientos acumulados al través de milenios por la larga serie de civilizaciones que habían existido desde los orígenes de la humanidad.

Una paralizante expectación dominaba a todos los que contemplaban el trascendental suceso y todos se formulaban una misma pregunta: ¿Quien sería el nuevo poseedor del máximo símbolo sagrado?

Los orígenes del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl se perdían en el pasado más remoto. Según los informes proporcionados por las antiguas tradiciones, existió mucho tiempo atrás un Primer Imperio Tolteca, cuya capital, la maravillosa e imponente ciudad de Tollan,[1] había constituido a lo largo de incontables siglos el máximo centro cultural del género humano. Durante todo este período, los gobernantes toltecas habían ostentado sobre su pecho, como símbolo de la legitimidad de su poder, un pequeño caracol marino que le fuera entregado al primer Emperador por el propio Quetzalcóatl, venerada Deidad tutelar del Imperio.

Al sobrevenir primero la decadencia y posteriormente la aniquilación y desaparición del Imperio, la unidad política que agrupaba a la gran diversidad de pueblos que lo habitaban también había quedado destruida, dividiéndose éstos en pequeños señoríos que vivían en medio de luchas incesantes, sin que prosperasen ni el saber ni las artes. Escondida en alguna región montañosa, una mística orden sacerdotal —la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl— había logrado preservar durante todos esos largos años de oscurantismo, tanto el Emblema Sagrado, como una buena parte de los antiguos conocimientos.

Más tarde y teniendo como capital a la bella ciudad de Tula, se había constituido un Segundo Imperio Tolteca, el que aunque no poseía el grandioso esplendor que caracterizara al primero, logró importantes realizaciones, como el unificar bajo un solo mando a un vasto conjunto de poblaciones heterogéneas y el promover en ellas un renacimiento cultural basado en una elevada espiritualidad.

Complacidos por lo que ocurría, los guardianes del Emblema Sagrado habían hecho entrega de su preciado depósito a Mixcoamazatzin, forjador del Segundo Imperio y, a partir de entonces, los Emperadores Toltecas ostentaron nuevamente, como símbolo máximo de su autoridad, el pequeño caracol marino.

[1] Teotihuacan.

Toda obra humana es perecedera, y finalmente, el Segundo Imperio corrió la misma suerte que el primero. Minado por luchas intestinas y por incesantes oleadas de pueblos bárbaros provenientes del norte, el Imperio comenzó a desintegrarse y el Emperador Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl se vio obligado a huir al sur acompañado de algunos miles de sus más fieles vasallos. Al pasar por la ciudad de Chololan —centro ceremonial de máxima importancia desde antes de la época del Primer Imperio Tolteca— los fugitivos fueron amistosamente recibidos y pudieron así interrumpir por algún tiempo su penosa retirada.

Una tarde, agobiado por la tristeza y el abatimiento que le producían los males que afligían al Imperio, Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl se despojó del Emblema Sagrado y lo arrojó con furia contra el piso, partiéndolo en dos pedazos. A pesar de que los prestigiados orfebres de Chololan lograron reparar el daño, injertando en ambas partes pequeños rebordes de oro que encajaban a la perfección y unían las dos piezas en una sola, el Emperador se empeñó en ver en aquella rotura un símbolo de la división que reinaba entre los pueblos y prefirió encomendar a la custodia de los sacerdotes del templo mayor de Chololan una de las dos mitades del caracol. Al llegar a territorio maya, Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl hizo entrega de la segunda mitad del emblema al máximo representante del sacerdocio maya, encomendándole que lo conservara hasta que surgiese un hombre capaz de fundar un nuevo Imperio y de unir en él a los distintos pueblos que habitaban la tierra.

A partir de entonces, las dos mitades del caracol sagrado habían constituido el más prestigiado emblema de los sumos sacerdotes del área náhuatl y de la región maya, los cuales aguardaban ansiosos las señales que indicasen la llegada del hombre que lograría dar fin a la anarquía y a la decadencia en que se debatían todas las comunidades.

Portando en sus manos la cadena de oro de la cual pendía el Emblema Sagrado, Centeotl descendió lentamente por la escalinata que conducía al altar mayor y se encaminó directamente a la fila de sacerdotes situados en el costado derecho del patio.

Una extraña fuerza, parecía haber transformado súbitamente al anciano sumo sacerdote: su viejo y cansado rostro reflejaba una energía poderosa y desconocida, sus ojos eran dos hogueras de intensidad abrasadora y su andar, comúnmente torpe y dificultoso, parecía ahora el elástico desplazamiento de un felino.

Al llegar frente a Mazatzin, Centeotl se detuvo. Todos los que contemplaban la escena dejaron momentáneamente de respirar. Tlacaélel pensó que estaban a punto de realizarse sus temores y los de todo el pueblo azteca: un incremento aún mayor en la pesada carga que tenían que soportar como vasallos de los tecpanecas, lo que ocurriría fatalmente en cuanto Maxtla contase con el apoyo del nuevo Portador del Emblema Sagrado.

Las miradas de los dos sacerdotes se enfrentaron. Durante un primer momento Mazatzin se mantuvo aparentemente impasible, contemplando sin pestañear aquella manifestación desbordante de las más furiosas fuerzas de la naturaleza que parecía emanar de las pupilas de Centeotl, pero después, repentinamente, todo su ser comenzó a verse sacudido por un temblor incontrolable, mientras se reflejaban en su rostro, como en el más claro espejo, sentimientos que de seguro había logrado mantener siempre ocultos en lo más profundo del alma: una anhelante expresión de ambiciosa codicia contraía sus facciones, los labios se movían en una súplica desesperada que no alcanzaba a ser articulada en palabras y las manos se extendieron en un intento de apoderarse del emblema, pero sus dedos sólo llegaron a tocar la cadena, pues en ese instante las fuerzas le abandonaron y cayó al suelo, en donde permaneció sollozando como un niño.

Imperturbable ante el evidente fracaso del sacerdote que le seguía en rango, Centeotl dio dos pasos y quedó frente a Cuauhtexpetlatzin, el tercer sacerdote dentro de la jerarquía de la Hermandad Blanca.

Cuauhtexpetlatzin era el más querido de los sacerdotes de Chololan. Su espíritu bondadoso y comprensivo era bien conocido no sólo por sus compañeros y por los novicios, en cuya formación ponía siempre un particular empeño, sino por todos los habitantes de la comarca, que acudían ante él en gran número, en busca de consejo y de ayuda.

Un brusco estremecimiento sacudió a Cuauhtexpetlatzin al ver frente a sí a Centeotl sosteniendo a cercana distancia de su cuello el caracol sagrado; cayendo de rodillas, suplicó

angustiado que no se le hiciese depositario de semejante honor, pues se consideraba indigno de ello.

Dando media vuelta, Centeotl se alejó de la fila de sacerdotes y se dirigió en línea recta hacia el círculo blanco donde se encontraba el grupo de jóvenes a los que había ungido momentos antes.

Un murmullo de asombro brotó de los labios de la mayor parte de los presentes. Aquello no podía significar otra cosa, sino que el sumo sacerdote juzgaba que entre los sacerdotes recién ordenados había uno merecedor de convertirse en su heredero.

En medio de una expectación que crecía a cada instante, Centeotl traspuso el círculo de pintura blanca y se detuvo frente a Nezahualcóyotl. La mirada del sumo sacerdote seguía siendo una hoguera de poder irresistible; sus manos, fuertemente apretadas a la cadena de la que pendía el venerado emblema, parecían las garras de una fiera sujetando a su presa. Tlacaélel pensó que si él se encontrara en el lugar de Centeotl, no vacilaría un instante en escoger a Nezahualcóyotl como la persona más adecuada para sucederle en el cargo. La inteligencia superior del príncipe texcocano, así como su profunda sabiduría y elevada espiritualidad, hacían de él un ser verdaderamente excepcional, merecedor incluso de convertirse en el depositario del legendario emblema.

Las manos de Centeotl se movían ya en un ademán tendiente a colocar sobre el cuello del príncipe la cadena de oro, cuando éste, tras reflejar en su rostro un súbito desconcierto, dio un paso atrás indicando así su rechazo ante la elevada dignidad que estaba por conferírsele. Tal parecía que en el último instante, y como resultado de un temor incontrolable surgido en lo más profundo de su ser, Nezahualcóyotl había llegado a la conclusión de que la tarea a la cual tenía consagrada la existencia —liberar a su pueblo y reconquistar el trono perdido— era ya en sí misma una misión suficientemente difícil y llena de peligros, y que el añadir a esta carga aún mayores responsabilidades, constituía una labor superior a sus fuerzas.

Manteniendo una actitud de impersonal indiferencia, como si actuase en representación de fuerzas que le trascendieran como individuo y de las cuales fuese tan sólo un instrumento, Centeotl desvió la mirada del príncipe de Texcoco y avanzando dos pasos quedó frente a Moctezuma.

Una sonrisa de regocijo estuvo a punto de aflorar en el rostro de Tlacaélel. Nada podía producirle mayor alegría que la probabilidad de que su hermano quedase investido con la alta jerarquía de Sumo Sacerdote de la Hermandad Blanca, sin embargo, no alcanzaba a vislumbrar la posibilidad de que el carácter de Moctezuma pudiese compaginarse con las funciones propias de semejante cargo. Moctezuma era la encarnación misma del espíritu guerrero. Un apasionado amor al combate y relevantes cualidades de estratego nato, constituían los principales rasgos de su personalidad.

Moctezuma contempló con asombro la imponente figura de refulgente mirada que tenía ante sí y en cuyas manos se balanceaba la cadena de la que pendía el Emblema Sagrado. Haciendo un esfuerzo sobrehumano trató de permanecer sereno, pero un sentimiento hasta entonces desconocido por su espíritu rompió en un instante toda resistencia consciente y se adueñó por completo de su voluntad. Siguiendo el ejemplo de Nezahualcóyotl, Moctezuma dio un paso atrás. El más valiente de los guerreros aztecas, acababa de conocer el miedo.

En las facciones generalmente inescrutables de Centeotl, pareció dibujarse una mueca de complacencia, como si en contra de lo que pudiese suponerse, el viejo sacerdote se encontrase preparado de antemano para presenciar todo lo que ocurría en aquellos momentos trascendentales.

Centeotl dio un paso hacia la derecha y quedó frente a Tlacaélel, sus miradas se cruzaron y los dos rostros permanecieron en muda contemplación durante un largo rato, después el sumo sacerdote, muy lentamente, fue extendiendo las manos, hasta dejar colocado en el cuello del joven azteca la fina cadena de oro con su preciado pendiente.

Con la misma tranquila naturalidad con que podía llevarse el más sencillo adorno, Tlacaélel portaba ahora sobre su pecho el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl.

Capítulo II

CONMOCIÓN EN EL VALLE

El cambio de depositario del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl dio origen a toda una serie de acontecimientos importantes que afectaron radicalmente a las diversas comunidades que habitaban en el Valle del Anáhuac.

Al día siguiente de aquél en que tuviera lugar la transmisión del venerado símbolo, fue hallado, colgado de una cuerda atada al techo de su propia habitación, el cadáver de Mazatzin. La frustración derivada de no lograr alcanzar el objetivo al cual consagrara toda su existencia, había resultado intolerable para el ambicioso sacerdote tecpaneca. Antes de ahorcarse —en un último gesto de lealtad hacia su monarca— Mazatzin había enviado un mensaje a Maxtla, informándole con detalle de los recientes sucesos ocurridos en el santuario de la Hermandad Blanca.

El enviado de Mazatzin no era el único mensajero que, portando idénticas noticias, se alejaba de la ciudad de Chololan.

Guiado por esa intuición que caracteriza a los auténticos guerreros —y que les permite presentir la existencia de algún posible peligro antes de que éste comience a manifestarse— Moctezuma se había percatado de que el alto honor conferido a su hermano entrañaba también una grave amenaza para el pueblo azteca, pues el disgusto que este suceso produciría a los tecpanecas podía muy bien impulsarles a tomar represalias en contra de los tenochcas.

Así que, aprovechando los lazos de amistad que le unían con varios de los jefes militares de Chololan, el guerrero azteca se apresuró a enviar un mensajero a Tenochtítlan, que informara a Chimalpopoca del inesperado acontecimiento que había convertido a Tlacaélel en el Heredero de Quetzalcóatl y lo previniera sobre la posibilidad de alguna reacción violenta por parte de los tecpanecas.

Cubierto de polvo y desfallecido a causa de la agotadora caminata, el mensajero de Mazatzin atravesó la ciudad de Azcapotzalco y penetró en el ostentoso y recién construido palacio de Maxtla. En cuanto tuvo conocimiento de su presencia, el monarca acudió personalmente a escucharle.

Al conocer lo sucedido en la ceremonia de transmisión del Emblema Sagrado, la furia de Maxtla se desbordó en forma incontenible: ordenó dar muerte al portador de tan malas nuevas, azotó a sus numerosas esposas y mandó destruir todas las bellas obras de fina cerámica de Chololan que adornaban el palacio.

Una vez ligeramente desahogada su ira, Maxtla convocó a una reunión de sus principales consejeros, para determinar el castigo que habría de imponerse a los aztecas, pues deseaba aprovechar la ocasión para dejar sentado un claro precedente de lo que podía esperar a cualquiera que, voluntaria o involuntariamente, actuase en contra de los intereses tecpanecas.

Al inicio de la reunión, Maxtla se mostró inclinado a adoptar el castigo más drástico: la destrucción total del pueblo azteca. Los consejeros del monarca, haciendo gala de una gran prudencia que les permitía no aparecer en ningún momento como abiertamente contrarios a la voluntad de su colérico gobernante, le hicieron ver que esa decisión resultaría contraproducente para los propios intereses tecpanecas: los aztecas pagaban importantes y crecientes tributos y, por otra parte, su empleo como soldados mercenarios estaba rindiendo magníficos frutos, pues los tenochcas habían demostrado poseer admirables cualidades como combatientes.

Después de una larga deliberación, uno de los consejeros encontró la que parecía más adecuada solución al problema, pues permitiría a un mismo tiempo darle el debido escarmiento a los tenochcas y conservar intacta su capacidad productiva, que tan buenas ganancias venía reportando para Azcapotzalco. Se trataba de dar muerte al monarca azteca ante la vista de todo su pueblo.

El mensajero enviado por Moctezuma, remando vigorosamente, cruzó el enorme lago en cuyo interior —mediante increíble y sobrehumana proeza— los aztecas edificaran su capital. Saltando a tierra, el mensajero recorrió a toda prisa la ciudad, deteniéndose ante la modesta construcción que constituía la sede del gobierno azteca.

La noticia de que su hermano Tlacaélel era ahora el depositario del Emblema Sagrado constituyó para Chimalpopoca una agradable y desconcertante sorpresa. Después de ordenar que colmaran al mensajero de valiosos presentes, mandó llamar a las principales personalidades de su gobierno para comunicarles la inesperada noticia. Los tenochcas convocados por el Soberano manifestaron al unísono su asombro y alegría.

Tozcuecuetzin, supremo sacerdote del pueblo azteca, sufrió de una emoción tan grande que perdió momentáneamente el conocimiento; al recuperarlo, alzó los brazos al cielo y, con el rostro bañado en lágrimas, bendijo a los dioses con grandes voces, agradeciéndoles que le hubiesen permitido vivir hasta aquel venturoso instante, cuya dicha borraba todos los sufrimientos de su larga existencia.

La reunión de los gobernantes tenochcas concluyó con la decisión unánime de participar inmediatamente a todo el pueblo el feliz acontecimiento, así como de organizar una gran fiesta para celebrarlo.

Abstraído en los preparativos del festejo y embargado por la intensa emoción que lo dominaba, Chimalpopoca no tomó en cuenta las advertencias de Moctezuma respecto a una posible represalia tecpaneca, atribuyéndolas a un exceso de suspicacia, muy propia del carácter receloso de su hermano.

La mayor parte de los integrantes del pueblo azteca poseían únicamente una noción vaga —y un tanto deformada— respecto a lo que en verdad significaba la posesión del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl; sin embargo, en cuanto se tuvo conocimiento de que un miembro de la comunidad tenochca había alcanzado tan alta distinción, se produjo un estallido de regocijo popular como jamás se había visto en toda la historia del pequeño Reino.

Hileras de canoas adornadas con flores llegaban sin cesar a Tenochtítlan, provenientes de los múltiples sembradíos en tierra firme que poseían los pobladores de origen azteca en las riberas del lago. Las construcciones de la capital, incluso las más modestas, fueron bellamente engalanadas con tejidos de flores de los más variados diseños y sus habitantes rivalizaban en poner de manifiesto su alegría. Todo era bullicio, música y canciones.

Se celebraron el mismo día dos solemnes actos religiosos. Uno en el Teocalli Mayor, situado en el centro de la ciudad, y otro en el templo que le seguía en importancia, ubicado frente al mercado del barrio de Tlatelolco. Al concluir la primera de las ceremonias, Tozcuecuetzin habló largamente ante la nutrida concurrencia, en un esfuerzo por tratar de explicar, con lenguaje sencillo y popular, la gran trascendencia de lo ocurrido en Chololan y el inconmensurable privilegio que de ello se derivaba para el pueblo tenochca.

En medio de la desbordante alegría que se había posesionado de Tenochtítlan, una joven azteca era al mismo tiempo el ser más feliz y el más desdichado de todos los mortales: Citlalmina, la prometida de Tlacaélel.

Citlalmina era uno de esos raros ejemplares en los que la naturaleza parece volcar al mismo tiempo todas las cualidades que puede poseer un ser humano, haciéndolo excepcional.

La resplandeciente belleza de la prometida de Tlacaélel era conocida no sólo entre los aztecas, sino incluso entre los nobles tecpanecas, varios de los cuales habían hecho tentadoras ofertas de matrimonio —siempre rechazadas— a los padres de la joven.

Las facciones armoniosas de Citlalmina poseían una exquisita delicadeza y un encanto misterioso e indescriptible. Sus grandes ojos negros relampagueaban de continuo en miradas cargadas de entusiasta energía y toda su figura tenía una gracia encantadora e incomparable, que se manifestaba en cada uno de sus actos.

Pese a que los atributos físicos de Citlalmina eran tan relevantes, constituían algo secundario al ser comparados con los rasgos distintivos de su carismática personalidad. Una

voluntad firme y poderosa, unida a una inteligencia superior y a una gran nobleza de espíritu, habían hecho de ella la representante más destacada del movimiento de inconformidad que, en contra del vasallaje que padecía el Reino Tenochca, comenzaba a surgir entre la juventud azteca.

Ni Tlacaélel ni Citlalmina recordaban el momento en que sus vidas se habían cruzado. Las casas de los padres de ambos eran vecinas, y siendo aún niños, surgió entre ellos una mutua atracción y una. sólida camaradería infantil. Al llegar la pubertad, estos sentimientos fueron trocándose en un amor que crecía día con día; muy pronto los dos se convirtieron en una especie de pareja modelo de la juventud tenochca. La profunda y permanente comunión espiritual en que vivían, producía en todos la enigmática sensación de que trataban con un solo ser, que por algún incomprensible motivo había nacido dividido en dos cuerpos.

Cuando Tlacaélel marchó a Chololan como aspirante a sacerdote de la Hermandad Blanca, Citlalmina no vio en ello sino una simple separación transitoria, pues el hecho de formar parte de esta orden sacerdotal representaba una honrosa distinción, que comúnmente no requería de la renuncia de sus miembros a la vida matrimonial; sin embargo, el caso del Portador del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl era muy distinto, ya que constituía un cargo que por su altísima responsabilidad exigía de quien lo ejercía una entrega total y absoluta.

Sublimando la dolorosa frustración de ver deshechos sus proyectos matrimoniales, Citlalmina enfrentó los acontecimientos con un regocijo generoso y sincero. El inesperado honor conferido a Tlacaélel le enorgullecía como algo propio; y ante la trascendencia que este suceso tenía para todo el pueblo azteca, sus sentimientos personales quedaron voluntariamente relegados a un segundo término.

El festejo popular se encontraba en su apogeo, cuando arribaron a Tenochtítlan varias canoas transportando a un centenar de guerreros provenientes de Azcapotzalco. Su llegada no ocasionó alarma alguna en la capital azteca, ni siquiera sorpresa; sus moradores estaban acostumbrados a la continua presencia de soldados del poderoso ejército tecpaneca. Ingenuamente, una buena parte del pueblo pensó que los recién llegados constituían una delegación enviada por Maxtla, que portaba una felicitación al gobierno tenochca con motivo del venturoso acontecimiento que todos celebraban.

Cruzando los canales de la ciudad y marchando a través de sus congestionadas calles, los tecpanecas llegaron ante el edificio donde se encontraba Chimalpopoca, que en unión de los principales personajes del Reino, estaba por concluir un banquete. Mientras el resto de los guerreros permanecían aguardando en la calle, el capitán que los conducía, con algunos de sus mejores arqueros, penetró al interior del edificio y anunció sus deseos de transmitir al rey tenochca un mensaje del mandatario de Azcapotzalco.

Al enterarse de la presencia de los enviados de Maxtla, Chimalpopoca ordenó que fuesen conducidos a un salón cercano, en el cual se celebraban las audiencias públicas. Al terminar de comer, el monarca azteca, acompañado únicamente de un ayudante, se dirigió al encuentro de los tecpanecas. Mientras se aproximaba al salón de audiencias, Chimalpopoca recordó las advertencias de Moctezuma y un funesto presentimiento cruzó por su espíritu, pero lo desechó al instante, pensando que era imposible que un pequeño puñado de soldados, rodeados como se encontraban de todo el pueblo azteca, se atreviera a perpetrar una agresión en su contra.

En cuanto el capitán tecpaneca vio aproximarse a Chimalpopoca ordenó a sus guerreros disponer los arcos para el ataque. La actitud que asumían ante su presencia los soldados de Azcapotzalco hizo comprender a Chimalpopoca la suerte que le esperaba. Reflexionando con la celeridad que alcanza la mente en los momentos de peligro, el monarca sopesó las probabilidades que tendría de sobrevivir si dando media vuelta emprendía una veloz huida; pero desechó enseguida tal pensamiento ante la sola idea de recibir las flechas por la espalda y morir de forma tan ignominiosa.

Asumiendo una actitud a la vez digna y despectiva, Chimalpopoca aguardó erguido frente a sus verdugos el fin de su destino. El capitán tecpaneca dio una nueva orden y las flechas salieron disparadas de los arcos de los soldados. El ayudante de Chimalpopoca profirió un alarido y trató de cubrir con su cuerpo el del rey azteca, lo que logró sólo

parcialmente, pues recibió la mayor parte de los proyectiles desplomándose en medio de terribles gemidos, mientras que Chimalpopoca permanecía en pie, al parecer insensible a las heridas de los dardos que atravesaban sus brazos. Una segunda andanada de flechas dio de lleno en el cuerpo del monarca, haciéndole caer por tierra, siempre en silencio.

Los gritos del ayudante de Chimalpopoca atrajeron la curiosidad de varios sirvientes, que al entrar en la habitación y contemplar horrorizados lo ocurrido, salieron corriendo en todas direcciones, dando grandes voces de alarma.

Actuando con una sorprendente serenidad y sangre fría, los tecpanecas salieron del edificio con toda calma, cruzándose a su paso con innumerables personas que acudían presurosas y desconcertadas a tratar de averiguar lo que pasaba. Ya en el exterior, el capitán y los arqueros se unieron a sus compañeros y huyeron hacia el lugar donde dejaran sus canoas.

En el edificio que albergaba al gobierno tenochca se creó una pavorosa confusión; los esfuerzos de aquéllos que trataban de restablecer el orden e iniciar la persecución de los tecpanecas resultaban inútiles, pues se veían entorpecidos por los centenares de personas que sin cesar acudían al edificio y, que no pudiendo dar crédito a lo que escuchaban, deseaban corroborar por sus propios ojos la muerte de Chimalpopoca. Una vez cumplido su propósito, trataban de lanzarse a la calle en persecución de los asesinos, pero se veían a su vez obstaculizados por los nuevos recién llegados, cuyo número siempre creciente nulificaba tocios los intentos de una acción coordinada.

Los soldados tecpanecas se encontraban ya sobre sus lanchas, cuando comenzaron a escucharse gritos airados en su contra y algunas flechas cruzaron los aires para luego caer en el agua sin lograr alcanzarlos.

Siempre en medio del más completo desorden, varios grupos de enfurecidos aztecas, muchos de ellos aún sin armas, abordaron canoas y se lanzaron en persecución de los tecpanecas. Aquéllos que lograron darles alcance fueron recibidos por certeras andanadas de flechas, que les ocasionaron varias bajas. Poco después, al caer la noche, fue imposible cualquier acción efectiva de persecución.

Maxda podía sentirse orgulloso de la eficacia de sus guerreros, un centenar de los cuales había dado muerte al rey azteca en medio de su pueblo, sin que ninguno de ellos hubiese sufrido el más leve rasguño.

Capítulo III

LA REBELIÓN JUVENIL

Acompañado de dos jóvenes tenochcas Moctezuma recorría, con presuroso andar, el último trecho del camino central que comunicaba a la ciudad de Chololan con las riberas del lago que albergaba la capital azteca.

Los cansados caminantes se encontraban ya próximos al inmenso espejo de agua, cuando se cruzaron con un grupo de campesinos que vivían en un pequeño poblado situado en las proximidades del lago, quienes los enteraron de los trágicos sucesos ocurridos en Tenochtítlan el día anterior. Sus informantes habían estado presentes en la ciudad durante los festejos organizados para celebrar la designación de Tlacaélel como Portador del Emblema Sagrado, y por lo tanto, habían sido testigos del violento acontecimiento que dio fin a la alegre celebración.

Al escuchar el relato de los hechos, Moctezuma comprendió al instante la trascendencia del daño inferido a todo el pueblo azteca con el asesinato de Chimalpopoca, pues no sólo se le privaba inesperadamente de su legítimo gobernante, sino lo que era mucho más grave, se le hacía objeto de una intolerable humillación que ponía de manifiesto su incapacidad para defenderse del ataque sorpresivo de un insignificante número de agresores. Nada bueno podía esperarse de semejante debilidad, que de seguro impulsaría a Maxtla a exigir de los aztecas condiciones de vasallaje aún más severas que las que habían venido soportando.

Caminando en medio de un opresivo silencio, los jóvenes recorrieron la escasa distancia que les separaba del embarcadero más próximo; al llegar a éste, Moctezuma rompió su silencio para afirmar en tono lacónico:

No retornaré a Tenochtítlan; si el rey fue muerto por nuestros enemigos, ello significa que de seguro antes perecieron defendiéndolo todos los hombres de la ciudad y al no haber ya quien la resguarde, preciso es que alguien vele por ella.

Después de pronunciar estas palabras, colocó una flecha en su arco y adoptó la posición del arquero que espera la próxima aparición del enemigo.

• Sus acompañantes se miraron, sorprendidos ante la inesperada conducta del guerrero; después, temerosos de contradecirle y provocar su cólera, optaron por abordar una canoa. Muy pronto se alejaron remando con todas sus fuerzas, deseosos de llegar a la ciudad antes del anochecer.

En la orilla del lago sólo quedó Moctezuma, esperando la llegada de un adversario al cual hacer frente.

Las palabras pronunciadas por Moctezuma —en las cuales se contenía una clara acusación a todos los hombres de Tenochtítlan por no haber sabido defender a su monarca— se propalaron por toda la ciudad en cuanto llegaron a ésta los acompañantes del guerrero.

Los habitantes de la capital azteca se encontraban aún inmersos en el dolor y la confusión a causa de los infaustos acontecimientos del día anterior, y las lacerantes frases de Moctezuma, repetidas de boca en boca por los cuatro rumbos de la ciudad, produjeron en todos un profundo sentimiento de culpa, que les hizo enrojecer de vergüenza.

Pero aquellas palabras no originaron únicamente pasivos sentimientos de culpa y frustración; en la ciudad hubo una persona que supo recoger el reto contenido en las afirmaciones de Moctezuma a todos los hombres de Tenochtítlan; paradójicamente, no fue un hombre sino una mujer.

Desde tiempo atrás, la casa donde habitaba Citlalmina constituía el eje central de las más variadas actividades, lo mismo se celebraban en ella reuniones conspirativas para urdir planes contra la tiranía tecpaneca, que funcionaban permanentemente una escuela para mujeres de condición humilde y un taller donde se confeccionaban los mejores escudos y armaduras de algodón compacto de la ciudad.

Aquella noche Citlalmina impartía su clase acostumbrada a un numeroso grupo de modestas jovencitas, cuando una muchacha que vivía en las orillas de la ciudad llegó comentando lo que había escuchado sobre las afirmaciones hechas por Moctezuma. Al conocer las palabras mordaces del hermano del hombre a quien amaba, se operó en ella una súbita transformación: con el bello rostro contraído por la ira y poseída por la más viva emoción, se encaramó sobre un montón de escudos de guerra recién terminados y desde aquel improvisado estrado, dirigió a sus alumnas una breve y encendida arenga:

Tiene razón, está en lo justo Moctezuma cuando afirma que ya no hay hombres en Tenochtítlan. Si los hubiera, si de verdad existiesen, hace tiempo que Maxtla y su corte de sanguijuelas habrían dejado de enriquecerse a costa del trabajo de los aztecas. Pero se equivoca el valiente guerrero al creer que la sagrada ciudad de Huitzilopóchtli no tiene ya quien la proteja, quien cuide de ella. Las mujeres sabremos defender a nuestros dioses, a nuestras casas y a nuestros cultivos, lomemos las armas de las manos de aquéllos que no han sabido utilizarlas y vayamos con Moctezuma, a organizar de inmediato la defensa de la ciudad.

Citlalmina poseía un magnetismo irresistible que le permitía impulsar a los demás a llevar a cabo acciones que hubieran sido consideradas comúnmente como descabelladas. La pretensión de que fuesen las mujeres quienes se erigieran en defensoras de la ciudad, adoptando con ello una postura de franca rebeldía ante el poderío tecpaneca, resultaba a todas luces la más disparatada de las proposiciones, sin embargo, en cuanto la joven terminó de hablar, todas sus discípulas se comprometieron a secundarla en sus propósitos. Después de darse cita en la explanada frente al Templo Mayor, las jóvenes se dispersaron con objeto de abastecerse en sus casas del armamento necesario y de invitar a sus familiares y amigas a colaborar en aquel naciente movimiento de juvenil insurgencia femenina.

Muy pronto la actitud de las jóvenes tenochcas produjo las más variadas reacciones en toda la ciudad. Aun cuando en muchas casas los padres lograron oponerse a los propósitos de sus hijas —utilizando incluso la violencia—, la conducta adoptada por las mujeres desencadenó de inmediato una reacción de los hombres jóvenes que habitaban la capital, los cuales se lanzaron a las calles y, reunidos en grupos cada vez más numerosos, discutieron acaloradamente, bajo la luz de las antorchas, los recientes sucesos. Los improvisados oradores expresaban los sentimientos que los dominaban planteando preguntas, procedimiento muy generalizado en la oratoria náhuatl:

¿Qué es esto que contemplan nuestros ojos? ¿Hasta dónde ha llegado la degradación de los tenochcas? ¿Vamos a permitir que sean las mujeres las que tengan que encargarse de la defensa de la ciudad, mientras nosotros preparamos la comida y cuidamos a los niños? ¿Somos acaso tan cobardes que tendremos que vivir temblando, escondidos bajo las faldas de nuestras hermanas:

Cada vez más enardecidos por las preguntas hirientes que sobre su propia conducta se formulaban, los diferentes grupos de jóvenes fueron coincidiendo en una misma conclusión: era necesario armarse y acudir ante Moctezuma para organizar de inmediato, bajo su dirección, la adecuada defensa de la ciudad. Al igual que sus hermanas, los varones se dieron cita en la Plaza Mayor, que se iba poblando rápidamente de jóvenes de ambos sexos, armados de un heterogéneo arsenal y poseídos de un belicoso e incontenible entusiasmo. Sus cantos de guerra, incesantemente repetidos, parecían cimbrar a la ciudad entera.

Los integrantes del Consejo del Reino —organismo de facultades vagas e indeterminadas, pero al fin y al cabo la única autoridad importante que existía en esos momentos a causa del reciente asesinato del monarca— no podían permanecer inactivos ante los desbordados cauces de la actuación juvenil. Presionados por los acontecimientos, sus miembros se reunieron apresuradamente y comenzaron a deliberar.

Al enterarse de que estaba celebrándose una reunión de los integrantes del Consejo del Reino, surgió entre los jóvenes la esperanza de que tal vez las propias autoridades se harían cargo de dirigir las labores tendientes a dotar a la ciudad de apropiados sistemas de

defensa. Así pues, decidieron esperar a que concluyera la reunión del Consejo, antes de lanzarse a la búsqueda de Moctezuma.

Las esperanzas juveniles carecían en realidad de todo fundamento. El Consejo estaba constituido —en su gran mayoría— por individuos acostumbrados a utilizar su posición dentro del gobierno para la obtención de privilegios y el acrecentamiento de sus muy particulares intereses, y con tal de preservar su ventajosa situación, estaban dispuestos a soportar cualquier incremento de las formas de vasallaje que les sujetaban a los tecpanecas, pues en última instancia, siempre encontrarían la manera de eludirlas transfiriéndolas directamente sobre las espaldas del pueblo. Por otra parte, la conducta adoptada esa noche por la juventud tenochca había suscitado en los representantes de la autoridad profundos sentimientos de alarma y disgusto, convenciéndolos de que debía precederse, cuanto antes, a atacar a todos aquéllos que desobedeciesen la orden de desalojar las calles y retornar tranquilamente a sus hogares.

Las represivas intenciones del Consejo tropezaron con la resistencia de uno de sus miembros: Tozcuecuetzin, el sumo sacerdote tenochca cuyo proceder se regía comúnmente por un criterio en extremo rigorista y autoritario, se opuso terminantemente a que se adoptase la decisión de disolver por la fuerza a la creciente multitud de jóvenes que vociferaban en la Plaza Mayor.

Al parecer la inexplicable actitud de Tozcuecuetzin era resultado de la profunda impresión que había dejado en él la reciente designación de Tlacaélel como Portador del Emblema Sagrado. El anciano sacerdote consideraba ser el único de entre los aztecas que en verdad se había percatado de los alcances que tenía aquella designación. A su juicio, el hecho de que se hubiese roto la tradición de escoger para este cargo a un alto dignatario de la Hermandad Blanca (otorgándolo en cambio a un joven prácticamente desconocido, perteneciente a un pueblo débil y oprimido) sólo podía ser comprendido sobre la base de que el Supremo Dirigente de dicha Hermandad hubiese encontrado en Tlacaélel atributos suficientes para llevar a cabo la anhelada restauración del Imperio. De ser así —concluía el sacerdote— resultaba evidente que a partir de aquel instante no existía ya ninguna otra autoridad legítima sobre la tierra sino la de Tlacaélel, el cual debía ser reconocido por todos como Emperador y Heredero de Quetzalcóatl.

Aun cuando los razonamientos de Tozcuecuetzin resultaban confusos e incomprensibles para los restantes miembros del Consejo, éstos no se atrevieron a contradecir abiertamente al respetado sacerdote y, por lo tanto, se vieron imposibilitados para llevar adelante sus propósitos de castigar drásticamente a la alborotada juventud tenochca. La reunión del Consejo concluyó sin que se llegase a ningún acuerdo, como no fuese el de volverse a reunir al día siguiente para continuar deliberando.

En cuanto la muchedumbre de jóvenes que se hallaba congregada en la Plaza Mayor tuvo conocimiento de que los integrantes del Consejo no habían adoptado ninguna determinación, decidió no esperar más y como un solo y gigantesco ser, comenzó a marchar entre cantos y gritos de guerra en dirección a los desembarcaderos.

Los ramos de flores todavía frescos que lucían las canoas, adornadas con motivo de la festividad popular organizada el día anterior, fueron arrojados al agua y en su lugar se colocaron escudos y estandartes guerreros.

Sobre la negra superficie de las aguas resplandecían las luces de innumerables antorchas, portadas por jóvenes que desde sus canoas miraban ansiosamente el horizonte, intentando descubrir en las orillas del lago la silueta del recién surgido caudillo, el valeroso Moctezuma.

Capítulo IV

EL FLECHADOR DEL CIELO

Las primeras luces del amanecer comenzaban a reflejarse en las aguas del lago, cuando Citlalmina, desde la lancha que la conducía, avistó en la cercana ribera la musculosa figura de Moctezuma.

El guerrero había permanecido toda la noche montando su solitaria guardia, con el arco tenso y listo a lanzar sus flechas, sólo cambiando de vez en cuando el arma de un brazo a otro para evitar el cansancio.

La figura del arquero azteca, apuntando su saeta a las últimas estrellas que brillaban en el firmamento, constituía la representación misma del espíritu guerrero y su gesto aparentemente absurdo ,de hacer frente a un enemigo en esos momentos inexistente, era todo un símbolo que ponía de manifiesto la indomable voluntad que animaba a la juventud tenochca, firmemente decidida a no tolerar por más tiempo la opresión de su pueblo.

Al contemplar la retadora imagen de Moctezuma, Citlalmina y las jóvenes que la acompañaban guardaron un respetuoso silencio. Después, condensando el pensamiento y los sentimientos de cuantos presenciaban la escena, Citlalmina exclamó:

¡ Ilhuicamina![1]

Roto el silencio, las acompañantes de Citlalmina profirieron vítores en favor de Moctezuma y llamaron con grandes voces a los ocupantes de las canoas más próximas.

En pocos instantes el lugar se vio pletórico de jóvenes, que poseídos de un desbordante entusiasmo acudían presurosos a ponerse bajo las órdenes de Moctezuma. El guerrero abandonó su estática posición y comenzó a concertar una serie de medidas, tendientes a lograr el establecimiento de un sólido sistema de defensa en torno a la capital azteca.

La primera disposición de Moctezuma fue que se procediese a concentrar, en unos cuantos embarcaderos, todas las canoas que se encontraban en el lago. De acuerdo con una antigua costumbre que tenia por objeto facilitar al máximo la movilización de personas y mercancías en la región del Anáhuac, la mayor parte de las canoas que transitaban por el lago no eran de propiedad personal, sino que pertenecían en forma comunal a las distintas poblaciones asentadas junto a las aguas, cuyos moradores contaban entre sus obligaciones la de construir y mantener en buen estado un determinado número de lanchas, las cuales se hallaban diseminadas en los sitios más diversos, destinadas para el uso común de viajeros y mercaderes. Esta situación había contribuido enormemente a facilitar la ejecución del sorpresivo ataque que costara la vida a Chimalpopoca y mientras subsistiese, continuaría nulificando la natural ventaja defensiva que daba a Tenochtítlan el hecho de estar rodeada de agua por los cuatro costados.

En segundo lugar, Moctezuma ordenó que se diese [1]comienzo a la construcción de sólidas fortificaciones en torno a cada uno de los sitios seleccionados como embarcaderos. Finalmente, dispuso el establecimiento de un sistema permanente de vigilancia en derredor de la ciudad, realizado por jóvenes fuertemente armados a bordo de veloces canoas.

Una vez convencido de haber sentado las bases de una organización que terminaría por dotar a la capital azteca de efectivas defensas, Moctezuma reunió por la tarde a varios de los jóvenes que consideraba más capacitados para el mando militar y tras de exhortarlos a seguir adelante en la realización de las tareas que les encomendara, les participó su decisión de retornar a la ciudad y presentarse a las autoridades.

Todos sus amigos aconsejaron reiteradamente a Moctezuma que no fuese a Tenochtítlan, ya que se exponía a ser juzgado como instigador de un movimiento de rebelión y a sufrir por ello la muerte como castigo; sin embargo, el guerrero insistió en acudir de

[1] *¡El Flechador del Cielo!*

inmediato ante las autoridades, pues deseaba presionarlas para que terminasen por desenmascararse, exhibiéndose como lo que en realidad eran: las encargadas de mantener subyugado al pueblo tenochca al vasallaje tecpaneca. Solo y desarmado, Moctezuma abordó una canoa y se alejó remando en dirección a la ciudad.

En Tenochtítlan continuaba imperando la más completa confusión. La segunda reunión del Consejo del Reino había tenido que celebrarse sin contar con la presencia de Tozcuecuetzin. El sumo sacerdote tenochca confirmó a través de un mensajero el criterio expuesto el día anterior: el Consejo no poseía ya ninguna autoridad, pues ésta se hallaba concentrada en Tlacaélel, y por tanto, cualquier resolución que adoptasen sus miembros carecía de validez.

La ausencia de Tozcuecuetzin en las deliberaciones del Consejo permitió a sus integrantes la posibilidad de lograr una rápida unanimidad en la adopción de decisiones, pues todos ellos se hallaban dominados por el temor de las represalias tecpanecas que podrían derivarse a consecuencia de la actitud de rebeldía asumida por la juventud azteca. Sin detenerse a meditar en los nobles propósitos que impulsaban a los jóvenes, las autoridades acordaron reprimir a quienes calificaban de simples revoltosos.

Los caracoles de guerra sonaron por toda la ciudad convocando al pueblo. Una vez que éste se hubo congregado en la Plaza Central, Cuetlaxtlan, el mejor orador del Consejo, propuso se empuñasen las armas para dar con ellas un adecuado escarmiento "al insignificante puñado de vanidosos y engreídos jovenzuelos, que olvidando el respeto debido a sus padres y la obediencia a las autoridades, pretendían destruir el orden establecido e instaurar el caos y la anarquía".

La mayor parte de quienes escuchaban tan encendida arenga eran padres de los jóvenes cuyo castigo se solicitaba y si bien se inclinaban por desaprobar la conducta adoptada por sus vástagos, se resistían a secundar la drástica proposición que les conminaba a luchar contra sus propios hijos.

La reunión se prolongaba sin que los oradores del Consejo lograsen sus propósitos de impulsar al pueblo a la acción, cuando repentinamente, provenientes de uno de los costados del Templo Mayor, hicieron su aparición en la plaza un numeroso grupo de sacerdotes encabezados por Tozcuecuetzin. Los recién llegados comenzaron a injuriar a los miembros del Consejo, acusándolos de pretender seguir fungiendo como gobernantes sin poseer ya autoridad alguna para ello.

El pueblo tenochca no estaba al tanto de las profundas discrepancias surgidas entre los integrantes de la autoridad. Durante un largo rato la multitud permaneció paralizada de asombro, contemplando el inusitado espectáculo que daban sacerdotes y miembros del Consejo discutiendo e insultándose con creciente furia. Después, varios de los presentes comenzaron a reaccionar y a tomar partido en favor de alguno de los contendientes; la plaza se llenó de una ensordecedora algarabía y gruesos pedruscos, arrancados del suelo, comenzaron a volar por los aires. La reunión habría concluido en una generalizada zacapela, de no ser por la inesperada llegada de Moctezuma.

El Flechador del Cielo se abrió paso entre la abigarrada muchedumbre y con rápidas zancadas ascendió por la escalinata del Templo Mayor, hasta llegar a la plataforma donde se encontraban los integrantes del Consejo y desde la cual los oradores acostumbraban dirigirse al pueblo. Una expresión de reprimida ira se reflejaba en las enérgicas facciones del guerrero. Sin solicitar a nadie el uso de la palabra, Moctezuma dejó oír su voz, exclamando con acusador acento:

Los tecpanecas han dado muerte a nuestro rey, manifestando así el desprecio que sienten por nosotros y en lugar de responder a semejante afrenta como auténticos guerreros, perdéis el tiempo peleando como lo hacen los niños: lanzando piedras y profiriendo insultos, ¿Es que habéis perdido el juicio? ¿No comprendéis que no sólo peligra la ciudad que con tan grandes esfuerzos edificaron nuestros abuelos, sino que incluso la existencia misma del pueblo de Huitzilopóchtli se halla en peligro?

Las palabras de Moctezuma hicieron el efecto de un bálsamo tranquilizador en el ánimo de sus oyentes. La airada multitud, que momentos antes estaba a punto de llegar a las manos, se apaciguó de inmediato, aparentemente avergonzada de su conducta.

Cuetlaxtlan comprendió que no debía permitirse que Moctezuma siguiese hablando, pues de hacerlo, concluiría por ganarse a todo el pueblo para su causa. Así pues, interrumpió al guerrero increpándole con frases que ponían de manifiesto sus ocultos temores.

¡Engreído rebelde! ¿Cómo os atrevéis a erigiros en juez? Habéis introducido la discordia en el Reino, enfrentado a los hijos contra sus padres y provocado la cólera de nuestros poderosos protectores. ¿Qué pretendéis con semejantes locuras? ¿Buscáis acaso la destrucción de todos nosotros, con vuestros actos de insensata soberbia?

Imperturbable ante las acusaciones de que era objeto, Moctezuma se limitó a responder lacónicamente:

Sólo deseo, únicamente ambiciono resguardar a nuestro Reino de los ataques de sus enemigos; mas si esto es un delito me declaro culpable y entraré a la cárcel; pido, tan sólo, que ruando los tecpanecas inicien la destrucción de Tenochtítlan, se me permita, al menos, morir combatiendo en esta ciudad cuya construcción ordenaron los dioses y que nosotros no hemos sabido defender.

Sin detenerse a esperar la resolución que respecto de su persona pudiesen adoptar las autoridades, Moctezuma descendió de las escalinatas y encaminóse en dirección a la pequeña construcción que se utilizaba para mantener recluidos a los reos. Una gran mayoría del pueblo, conmovida por la evidente sinceridad contenida en las palabras del guerrero, lo acompañó hasta la entrada de la prisión, vitoreándolo incesantemente.

En la plaza permanecieron los miembros del Consejo con un reducido número de sus partidarios, así como Tozcuecuetzin y los sacerdotes, rodeados estos últimos de una considerable cantidad de gente, que repetía una y otra vez con fuertes gritos:

¡Tlacaélel Emperador!

Una furiosa tormenta que se desató intempestivamente sobre la ciudad obligó a todos a dispersarse y puso término a la tumultuosa reunión.

La situación en que se encontraban los miembros del Consejo del Reino (con su autoridad puesta en tela de juicio por el sacerdocio y por una abrumadora mayoría del pueblo) comenzaba a tornarse insostenible, razón por la cual, sus integrantes decidieron llevar a cabo una astuta maniobra que les permitiese nulificar la creciente oposición en su contra y entronizar a Cuetlaxtlan como nuevo monarca: acordaron la incorporación al Consejo de Tlacaélel y Moctezuma.

El propósito de los integrantes del Consejo de adoptar una resolución que al parecer resultaba contraria a sus intereses, no era sino el de lograr neutralizar la fuerza que estaba adquiriendo el movimiento de rebeldía juvenil, mediante el ingreso al gobierno de las dos personalidades varoniles más destacadas de la juventud azteca.

Al ser informado en la prisión de la inesperada resolución del Consejo, Moctezuma rechazó el nombramiento que se le ofrecía, manifestando que no se hallaba dispuesto a perder el tiempo prestando atención a ninguna otra cuestión que no fuese la organización de la defensa militar de Tenochtítlan.

Los integrantes del Consejo fingieron una gran indignación al conocer la respuesta de Moctezuma y clamando a voz en cuello, afirmaron que la intransigente actitud del guerrero no dejaba ya ninguna duda sobre sus intenciones de provocar una guerra que acarrearía la destrucción del Reino. Asimismo, y con objeto de completar la farsa tendiente a tratar de hacer creer al pueblo que la opinión de Tlacaélel para la designación del nuevo rey sería tomada en cuenta, las autoridades enviaron un mensajero a Chololan, informando al Portador del Emblema Sagrado que había sido incorporado al Consejo del Reino y pidiéndole uniese su decisión a lo acordado por dicho organismo, en el sentido de que fuese Cuetlaxtlan quien asumiese las insignias reales de los tenochcas.

Además del mensajero que partiera rumbo a Chololan por disposición del Consejo, otro mensajero, cumpliendo órdenes de Tozcuecuetzin, había salido el mismo día de la

capital azteca con idéntica meta. A través de su enviado, el sumo sacerdote tenochca se ponía incondicionalmente bajo las órdenes de Tlacaélel y solicitaba su autorización para iniciar de inmediato una revuelta popular que permitiese al Portador del Emblema Sagrado entronizarse como Emperador.

La creciente pugna entre los distintos sectores que integraban la sociedad azteca tendía a transformarse en un sangriento conflicto. Evitar la lucha entre los propios tenochcas —para estar así en posibilidad de hacer frente con mayores probabilidades de éxito a los enemigos externos— constituía el primer problema al que Tlacaélel debía encontrar una adecuada solución.

Capítulo V

LA ELECCIÓN DE UN REY

La milenaria pirámide de Chololan, bañada por los últimos resplandores del atardecer, parecía una gigantesca escalera de piedra destinada a servir de sólido puente entre el cielo y la tierra.

Centeotl, el sacerdote que durante tantos años y en las más adversas condiciones rigiera los destinos de la Hermandad Blanca, yacía gravemente enfermo. Cumplida su misión, la poderosa energía que le caracterizara parecía haberle abandonado y los rasgos de la muerte comenzaban a dibujarse nítidamente en su rostro. Con voz de tenue y apagado acento, el anciano solicitó la presencia de su sucesor.

Tlacaélel acudió de inmediato al llamado del enfermo. Recuperando momentáneamente un asomo de su vigor perdido, Centeotl explicó al joven azteca, con palabras saturadas de profunda esperanza, los motivos por los cuales le había escogido como depositario del preciado emblema. La larga y angustiosa espera había concluido, afirmó Centeotl con segura convicción, Tlacaélel era el hombre predestinado que aguardaban los pueblos para dar comienzo a una nueva etapa de superación espiritual. Su labor, por tanto, no sería la de un mero guardián del saber sagrado, debía reunificar a todos los habitantes de la tierra en un grandioso Imperio, destinado a dotar a los seres humanos de los antiguos poderes que les permitían coadyuvar con los dioses en la obra de sostener y engrandecer al Universo entero.

Una vez pronunciadas tan categóricas aseveraciones, Centeotl perdió hasta el último resto de sus cansadas fuerzas, adquiriendo rápidamente todo el aspecto de los agonizantes. A la medianoche, en ese preciso instante en que las sombras han alcanzado el máximo predominio y se ven obligadas a iniciar un lento retroceso, el corazón del sacerdote dejó de palpitar.

Al día siguiente, cuando Tlacaélel se disponía a dirigirse a Teotihuacan (con objeto de efectuar el entierro de Centeotl y llevar a cabo el retiro a que estaba obligado antes de iniciar sus actividades) fue informado de la llegada de los mensajeros provenientes de Tenochtítlan.

Tlacaélel escuchó con atención el relato de los trascendentales acontecimientos que habían tenido lugar en la capital azteca, así como las contradictorias proposiciones que le hacían los integrantes del Consejo del Reino y el anciano Tozcuecuetzin. Después, sin pronunciar palabra alguna, se encaminó al cercano sitio donde le fuera conferido su alto cargo (el bello patio bordeado por construcciones de simétricos contornos situado al pie de la pirámide) y a solas con su propia responsabilidad, reflexionó detenidamente sobre las cuestiones que le habían sido planteadas.

El Portador del Emblema Sagrado comprendió de inmediato el grave error de apreciación en que estaba incurriendo el Consejo al pretender entronizar a Cuetlaxtlan. La valiente actitud asumida por la juventud azteca entrañaba un reto al poderío tecpaneca que Maxtla jamás perdonaría. La guerra entre ambos pueblos constituía un hecho inevitable. Y en semejantes circunstancias, la designación de un monarca que hasta el último instante intentaría evadir la dura realidad que le tocaría en suerte afrontar, sólo podría acarrear fatales consecuencias para los tenochcas.

La proposición de Tozcuecuetzin, en el sentido de que Tlacaélel asumiese personalmente la dirección del gobierno tenochca, implicaba, al menos, evidentes ventajas: ninguno de los habitantes del Reino —incluyendo a los integrantes del Consejo que se mostraban más serviles a los dictados de la tiranía tecpaneca— osaría desafiar abiertamente a la autoridad del Heredero de Quetzalcóatl; todo el pueblo se uniría en forma entusiasta en torno suyo, desapareciendo al instante las distintas facciones en que se había escindido la sociedad azteca.

Sin embargo, Tlacaélel desechó de inmediato la posibilidad de erigirse Emperador. No sólo porque estimaba que resultaría absurdo ostentar este cargo sin la previa existencia de un auténtico Imperio, sino también a causa de su particular interpretación de los acontecimientos que habían precedido al desplome del Segundo Imperio Tolteca. A su juicio, la centralización en una sola persona de las funciones de Emperador y Sumo Sacerdote de la Hermandad Blanca había resultado igualmente perjudicial para ambas dignidades. Con su atención centrada en la gran variedad y complejidad de los problemas derivados de la administración de tan vastos dominios, los Emperadores Toltecas habían terminado por desatender las obligaciones inherentes a sus funciones de Portadores del Emblema Sagrado. El relato de los últimos años del gobierno de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, dividido internamente entre su preocupación por los graves conflictos que presagiaban el desmoronamiento del Imperio y su afán de continuar la tarea de lograr una auténtica superación espiritual de la humanidad, constituía el mejor ejemplo de la dificultad que representaba, en la práctica, tratar de realizar ambas funciones.

Tlacaélel no deseaba incurrir en el mismo error cometido por su afamado antecesor y si bien estaba firmemente decidido a llevar a cabo la restauración del Imperio, juzgaba que sería mucho más conveniente que fuese otra persona y no él quien ostentase el cargo de Emperador, para así poder dedicar lo mejor de su esfuerzo a las labores propias de su sacerdocio.

Dejando para el futuro todo lo tocante a la cuestión de la posible designación de un Emperador, Tlacaélel se concretó a tratar de resolver el problema de encontrar a la persona que en aquellas circunstancias pudiese resultar más apropiada para desempeñar el cargo de rey de los aztecas.

Mientras repasaba mentalmente las cualidades y defectos de las principales personalidades tenochcas, acudió a la memoria de Tlacaélel la figura de Itzcóatl, quien gozaba de una bien ganada fama de hombre sabio y prudente.[1] Su carácter amable y reservado —enemigo de toda ostentación— le había granjeado innumerables amigos, tanto entre el pueblo como entre los integrantes de las clases dirigentes. Itzcóatl no era dado a entrometerse en asuntos ajenos, pero cuando las partes de algún conflicto acudían de común acuerdo en su busca, lograba en casi todos los casos avenir a los contendientes mediante soluciones que entrañaban siempre un profundo sentido de justicia.

Entre más lo pensaba, más se afirmaba en Tlacaélel la convicción de que Itzcóatl era la persona indicada para restablecer la concordia en el agitado pueblo azteca. A causa de la reconocida prudencia del hijo de Acamapichtli, los miembros del Consejo no podrían acusarle de estar propiciando un conflicto que en verdad pudiese ser evitado, pero asimismo —y como resultado de esa misma prudencia— resultaba fácil prever que Itzcóatl no cometería la torpeza de dejar a la ciudad sin salvaguardia, sino que sabría encontrar la forma de mantener la organización defensiva surgida bajo la dirección de Moctezuma.

Retornando al sitio donde le aguardaban los mensajeros, Tlacaélel expresó ante éstos la respuesta que debían memorizar para luego repetir ante quien les había enviado.

En su mensaje dirigido a los integrantes del Consejo del Reino, el Portador del Emblema Sagrado les reprendía severamente por la ofensa que le habían inferido al pretender otorgarle un cargo dentro de dicho organismo. Con frases ásperas y cortantes, Tlacaélel recordó a los gobernantes tenochcas que él era ahora el legítimo Heredero de Quetzalcóatl y, por tanto, toda auténtica autoridad sólo podía provenir de su persona, resultando por ello absurdo que intentasen igualarse con él incorporándolo como un simple miembro más del Consejo. Sin embargo, concluía, estaba dispuesto a pasar por alto el agravio que se le había inferido —estimando que había sido motivado por ignorancia y no por un deliberado propósito de injuriarle— siempre y cuando acatasen de inmediato su determinación de que se entronizase a Itzcóatl.

En la respuesta que enviaba a Tozcuecuetzin, Tlacaélel agradecía al viejo sacerdote sus espontáneas manifestaciones de lealtad. Le informaba, asimismo, que no pensaba

[1] Itzcóatl era hijo de Acamapichtli —que había sido el primer monarca azteca— y de una mujer de muy modesta condición pero famosa por su astucia y belleza.

ejercer sus derechos para ocupar en lo personal el cargo de Emperador, sino dejar esta cuestión pendiente para el futuro, y por último, le pedía que procediese cuanto antes a coronar a Itzcóatl como nuevo rey de los aztecas.

Al término de cada uno de sus mensajes, Tlacaélel formulaba la promesa de retornar a Tenochtítlan en cuanto terminase su retiro en Teotihuacan, la antigua y sagrada capital del Primer Imperio Tolteca.

Capítulo VI

PROYECTANDO UN IMPERIO

El entierro del pequeño envoltorio conteniendo los calcinados restos de Centeotl había concluido. Con excepción de Tlacaélel y de dos modestos sirvientes, nadie más había acompañado los despojos del otrora poderoso sacerdote en su recorrido de Chololan a Teotihuacan, como tampoco nadie había visto a las tres solitarias figuras excavar una fosa junto a uno de los numerosos montículos existentes en las cercanías de las derruidas e imponentes pirámides.

De acuerdo con la tradición, la trascendental importancia del cargo de Sumo Sacerdote de la Hermandad Blanca superaba con mucho a la siempre transitoria figura humana que lo ocupaba. Era el cargo y no la persona el merecedor del máximo respeto. Las personas morían, pero el cargo subsistía inalterable a lo largo del tiempo. Esta distinción entre el cargo y la persona se hacía particularmente evidente en el momento de la muerte del Portador del Emblema Sagrado: no se guardaba luto por él, ni siquiera se celebraba alguna ceremonia especial con motivo de sus funerales. El nuevo Sumo Sacerdote preparaba personalmente la hoguera donde se efectuaba la cremación del cadáver de su antecesor y posteriormente, acompañado de los sirvientes estrictamente indispensables para el transporte de los restos, conducía éstos hasta el lugar donde se hallaban las ruinas de la primera metrópoli imperial de los toltecas y ahí, sin mediar mayores formalidades, procedía a darles sepultura.

Cumplida su última obligación con su predecesor, Tlacaélel, ayudado por la pareja de sirvientes que le acompañaba, se dio a la tarea de construir dos improvisados albergues bajo la sombra de la mayor de las pirámides. El primero de aquellos refugios estaba destinado a servir de morada al Portador del Emblema Sagrado. El segundo lo ocuparían sus sirvientes, los cuales tenían la obligación de suministrarle la escasa ración de alimentos que habría de requerir mientras durase su retiro.

Rodeado por vestigios que denotaban la existencia de un grandioso pasado, Tlacaélel dio comienzo a la difícil tarea de proyectar los cimientos sobre los cuales debía estructurarse el Imperio que pensaba forjar, así como los medios de que habría de valerse para lograr que la humanidad renovase su impulso hacia una siempre mayor elevación espiritual.

Durante los largos días de incesante meditación transcurridos entre las ruinas de la abandonada Teotihuacan, el Portador del Emblema Sagrado fue repasando mentalmente, una y otra vez, los conceptos fundamentales de la Cultura Náhuatl, con objeto de fundar sobre éstos sus futuras actividades.

Según los antiguos conocimientos, existía por encima y más allá de todo lo manifestado, un Principio Supremo, un Dios primordial, increado y único. Pero esta deidad o energía suma, aun cuando es el cimiento mismo del Cosmos, resulta por su misma superioridad incognoscible en su verdadera esencia.

Ahora bien, al comenzar a manifestarse en los distintos planos de la existencia, el Principio Supremo se expresa siempre, ante la humana observación, como una dualidad. Esto es, como una lucha de fuerzas aparentemente antagónicas que a través de su perenne oposición dan origen a todos los seres. Los dioses y las plantas, al igual que los astros y los hombres, son productos de esta interminable contienda creadora que abarca al Universo entero.

Poder captar el ritmo conforme el cual van predominando alternativamente las diferentes energías contenidas en todas las cosas constituía uno de los objetivos fundamentales de la sabiduría de los antiguos. Para lograrlo, se habían valido de una paciente y metódica observación de los astros, hasta llegar a precisar, con minuciosa exactitud, las diferentes influencias que los cuerpos celestes ejercen sobre la tierra, adquiriendo asimismo suficientes conocimientos para poder aprovechar adecuadamente estas influencias.

Estar en posibilidad de conocer y aprovechar los influjos celestes representaba un elevado logro, pero no era el más alto de los conquistados por los sabios de antaño, los cuales habían alcanzado el máximo ideal al que ser alguno pudiese aspirar: colaborar conscientemente al armónico funcionamiento del Universo.

Devolver a la humana naturaleza su olvidada misión de coadyuvar al engrandecimiento del Universo representaba el principal propósito al que Tlacaélel pensaba encaminar su empeño, y mientras meditaba sobre los medios de que habría de valerse para ello, su atención se vio atraída por los rojizos rayos de luz del amanecer, que al proyectarse sobre los costados de la pirámide mayor, parecían resaltar aún más las prodigiosas dimensiones de la milenaria construcción. Súbitamente, una idea que entrañaba una empresa de colosal magnitud cruzó por el cerebro de Tlacaélel: ya que el sol era la fuente central de donde dimana la energía que permite la vida, si se lograba contribuir a su sustentación e incrementar su desarrollo ello se traduciría en un generalizado beneficio para todos los seres que pueblan la tierra.

Desde tiempos remotos, aquéllos que se habían dedicado a observar con detenimiento el proceso que tiene lugar en los seres vivientes a lo largo de su existencia, habían llegado a la conclusión de que los seres humanos, en el instante de ocurrir su muerte, generaban una cierta cantidad de energía que era de inmediato absorbida por la luna y utilizada por ésta para proseguir su crecimiento. Con base en ello, Tlacaélel concluyó que si en un determinado momento el número de personas que morían era en extremo abundante, la luna se vería incapacitada para aprovechar este exceso de energía, la cual pasaría a ser absorbida por el sol, pues éste, en virtud de sus proporciones, resultaría ser el único cuerpo celeste capaz de utilizar la sobreabundancia de energía intempestivamente generada desde la tierra.

Resultaba evidente que tan ambicioso proyecto —colaborar al mantenimiento y engrandecimiento del sol— sólo podría llevarse a cabo tras la previa unificación de la humanidad en un Imperio que únicamente reconociese como fronteras los cuatro confines del mundo: los dos mares insondables cuyas aguas flanqueaban la tierra, los calcinantes y lejanos desiertos del norte y las impenetrables selvas situadas más allá de las regiones habitadas por los mayas.

Una vez fijados los objetivos fundamentales del Imperio cuya creación proyectaba, Tlacaélel resolvió dar por concluido su retiro y retornar a Tenochtítlan. Así pues, ordenó a uno de los sirvientes que le acompañaban se encaminase de inmediato rumbo a la capital azteca, con la misión de informar a las autoridades tenochcas de la fecha en que habría de arribar a la ciudad el Heredero de Quetzalcóatl.

Capítulo VII

DOS HOMBRES BUSCAN UNA CANOA

La elevación de Itzcóatl a la dignidad real, propuesta por Tlacaélel, se llevó a cabo sin que se produjese en su contra una franca oposición de los integrantes del Consejo del Reino, pues éstos, temerosos de contradecir abiertamente la determinación del Portador del Emblema Sagrado y desatar con ello una revuelta popular de imprevisibles consecuencias, optaron por aceptar la designación del nuevo gobernante, sin cejar por ello en su empeño de procurar congraciarse a toda costa con los tecpanecas.

La sencilla pero emotiva ceremonia de coronación, presidida por Tozcuecuetzin, suscitó en la población azteca generalizados sentimientos de optimismo y confianza. Todos deseaban ver en el ascenso de Itzcóatl el feliz presagio de una pronta restauración de la concordia interior y de la desaparición del grave conflicto externo que les amenazaba. Sin embargo, los más conscientes de entre los tenochcas, se percataban claramente de que ello no era posible y que ambos peligros continuaban latentes y oscurecían el porvenir del Reino.

A los pocos días de celebrada la coronación, una embajada proveniente de Azcapotzalco solicitó permiso para arribar a Tenochtítlan. Sus integrantes afirmaban venir en son de paz y ser portadores de un mensaje de salutación para el nuevo monarca. Itzcóatl dio órdenes para que se permitiese a los embajadores llegar a la ciudad, ya que los jóvenes tenochcas que custodiaban el lago les habían impedido cruzarlo, disponiendo, asimismo, se les rindiesen los honores y atenciones acostumbrados.

Los embajadores comenzaron por expresar ante Itzcóatl el saludo que le enviaba Maxtla con motivo de su reciente entronización, pero acto seguido, cambiaron de tono para transmitirle las duras exigencias acordadas por el soberano de Azcapotzalco: todos los jóvenes que habían secundado a Moctezuma debían ser considerados como rebeldes, siendo obligación de las autoridades tenochcas reducirlos por la fuerza, para luego entregarlos maniatados a los tecpanecas, los cuales les aplicarían el castigo que estimasen pertinente. Finalmente, Maxtla decretaba un considerable aumento en los tributos —ya de por sí elevados— que debían pagar los aztecas.

Al conocerse las pretensiones tecpanecas, renacieron de inmediato las diferencias de criterio entre los dirigentes tenochcas. Tozcuecuetzin las calificó de inadmisibles y otro tanto hizo Moctezuma —a quien Itzcóatl había liberado el mismo día de su ascenso al poder— pero en cambio, los miembros del Consejo del Reino vieron en el cumplimiento de dichas pretensiones la última posibilidad de lograr preservar la paz, e iniciaron una campaña de rumores tendientes a convencer al pueblo de que las condiciones impuestas por Maxtla no eran tan severas como pudiera esperarse, y que los únicos obstáculos que impedían lograr un acuerdo con sus poderosos vecinos provenían del orgullo de Moctezuma y de la senilidad de Tozcuecuetzin.

Correspondía a Itzcóatl decir la última palabra, pero éste había resuelto no tomar ninguna determinación sobre tan importante cuestión hasta no conocer la opinión de Tlacaélel. Así pues, se limitó a responder con evasivas a los requerimientos de los embajadores.

Percatándose de la inutilidad de sus esfuerzos para determinar cuál sería la conducta que asumiría en lo futuro el gobierno azteca, los emisarios de Maxtla dieron por concluida su misión en la corte de Itzcóatl y anunciaron su próximo regreso a Azcapotzalco.

Las elegantes canoas que transportaban a los funcionarios tecpanecas se cruzaron en su viaje de retorno con una modesta embarcación tripulada por un solitario individuo. Ninguno de los orgullosos personajes prestó mayor atención a la figura de aquel sujeto, cuyo humilde atuendo revelaba su condición de sirviente.

En cuanto hubo llegado a Tenochtítlan, el cansado viajero se presentó ante las autoridades para darles a conocer el mensaje del cual era portador: el informe que desde

Teotihuacan enviaba Tlacaélel respecto de la fecha en que proyectaba llegar a la capital azteca.

A través de la única abertura que hacía las veces de ventana en su paupérrima choza, la anciana Izquixóchitl contemplaba con ánimo entristecido las cercanas aguas del lago.

Una completa y anormal quietud prevalecía en el ambiente. No PC escuchaba voz alguna ni se veía una sola figura humana en las restantes casas que integraban la aldea donde moraba Izquixóchitl. Todos los habitantes del pequeño poblado se habían marchado muy de mañana rumbo a Tenochtítlan, a participar en la recepción que se había organizado en honor del primer azteca que alcanzaba el más alto privilegio a que podía aspirar hombre alguno sobre la tierra: portar sobre el pecho el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl.

Al recordar que ninguno de sus vecinos se había ofrecido para llevarla a la ciudad a presenciar los festejos, un amargo resentimiento hizo brotar gruesas lágrimas de los cansados ojos de la anciana. Jamás Izquixóchitl había sentido tan cruelmente el peso de su invalidez como en aquellos instantes, en que de buena gana habría dado lo que le restaba de vida a cambio de poder estar presente en Tenochtítlan, asistiendo con todo el pueblo azteca a la recepción que se había preparado a Tlacaélel.

La existencia de Izquixóchitl se hallaba marcada por un trágico destino. Siendo aún muy pequeña había perdido a sus padres y a la mayor parte de su familia a resultas de la grave epidemia de una misteriosa enfermedad que asolara, años atrás, las tierras de Anáhuac. Felizmente casada con el hombre a quien amaba (un pescador de muy modesta condición, poseedor de un carácter en extremo bondadoso), su matrimonio se había visto tan sólo ensombrecido por la carencia de anhelados vástagos. Cuando ya en edad madura Izquixóehitl sintió al fin los primeros síntomas del embarazo, tuvo por cierto que estaba próximo el día en que habría de completarse su dicha. Pero el alumbramiento tuvo fatales consecuencias, produciendo la muerte del hijo tan largamente esperado y ocasionando en la madre una extraña dolencia que paralizó casi todo su organismo, preservando tan sólo su capacidad de raciocinio y sus funciones vegetativas.

Los constantes cuidados que prodigaba a Izquixóchitl su devoto esposo, unidos al lento transcurrir del tiempo, fueron devolviendo a la enferma algunas de sus perdidas facultades: recuperó el habla, así como el movimiento en la mitad superior de su cuerpo.

Todos los días, tras de concluir sus cotidianas faenas, el esposo de Izquixóehitl acomodaba a ésta en una amplia y sólida canoa que personalmente había construido para el transporte de la inválida y efectuaba con ella largos paseos por alguno de los bellos parajes del lago. Mientras la balsa se movía pausadamente a través de las aguas, la pareja acostumbraba entonar con alegre acento antiguas canciones.

Al morir su esposo, Izquixóehitl se vio reducida a subsistir gracias a la caridad de los habitantes de la aldea. Nadie volvió ya a pasear a la anciana por las riberas del lago y ésta tuvo que resignarse a contemplar el mismo paisaje a través de la angosta ventana de su choza. La pesada canoa en que efectuara antaño sus gratos recorridos lustres fue llevada al interior de su habitación y su contemplación llenaba de recuerdos el lento transcurrir de sus solitarios días.

Cuando los juveniles y entusiastas seguidores de Moctezuma se dieron a la tarea de establecer un sistema defensivo en torno *a* la capital azteca, comenzaron por concentrar en unos cuantos embarcaderos, debidamente fortificados, las canoas dispersas por las distintas orillas del lago. Los encargados de llevar a cabo esta concentración, tras previa inspección de la aldea donde habitaba Izquixóehitl, decidieron que un poblado tan pequeño no ameritaba la construcción de obras de defensa, y por tanto, resolvieron trasladar a otro sitio las escasas lanchas existentes en aquel lugar.

Al percatarse que intentaban despojarla de su querida canoa, Izquixóchitl se había aferrado a ella, implorando lastimeramente le permitiesen conservarla. Conmovidos por las súplicas de la anciana, los jóvenes que tenían a su cargo efectuar la requisa de lanchas habían terminado por acceder a sus ruegos, contentándose con ocultar ingeniosamente la canoa, convirtiéndola en una especie de aparente refuerzo del endeble techo de la choza.

Ante la imposibilidad de asistir a Tenochtítlan a contemplar la llegada del Portador del Emblema Sagrado, Izquixóchitl trató de compensar, mediante un esfuerzo de su

imaginación, la incapacidad física que la mantenía inmovilizada. En su ágil mente fue trazando una completa representación de todo lo que suponía debía estar ocurriendo en aquellos instantes en la capital del Reino: centenares de sirvientes, ricamente vestidos, precedían al Heredero de Quetzalcóatl anunciando su proximidad con rítmico toque de tambores y atabales. A continuación, veinte altivos guerreros marchaban sosteniendo con fornidos brazos una ancha plataforma elaborada con maderas preciosas. Sobre la plataforma, en un sitial bellamente adornado con incrustaciones de oro y jade, lucía imponente la figura de Tlecaélel, ataviado con lujosos y vistosos ropajes. Pendiente de su cuello y sostenido por una gruesa cadena de oro, portaba el reverenciado emblema que ostentaran en el pasado los poderosos Emperadores Toltecas: el enorme caracol marino de Quetzalcóatl.

Izquixóchitl había oído decir que Tlacaélel era un hombre joven, pero ella se negaba terminantemente a conceder la menor validez a semejante absurdo. Sin duda alguna el Heredero de Quetzalcóatl era un anciano de larga cabellera blanca y de rostro hierático, desprovisto de toda pasión y emoción humanas, con la vista perdida en el infinito, atento sólo a las voces superiores de los dioses.

La súbita aparición de dos figuras humanas que avanzaban directamente hacia la aldea vino a interrumpir bruscamente las ensoñaciones de la anciana.

La presencia de extraños en aquella mañana resultaba del todo inusitada, pues de seguro ya toda la gente de los alrededores se encontraba en esos momentos en Tenochtítlan, participando en la recepción a Tlacaélel. Un sentimiento de temor sobrecogió el ánimo de Izquixóchitl, quien supuso que muy bien podía tratarse de ladrones deseosos de aprovechar la ausencia de los moradores de la aldea para saquear las casas.

Bajo el creciente impulso del miedo y la curiosidad, Izquixóchitl trató de dilucidar, a través de un atento examen, la clase de personas que podrían ser aquellos dos sujetos que se aproximaban.

A juzgar por el vestido y la actitud de uno de los recién llegados, la anciana no tuvo mayor dificultad para concluir que debía tratarse de algún modesto sirviente de un centro religioso. Sin embargo, a pesar de su profundo sentido de observación desarrollado a través de largos años de obligada inmovilidad, le resultó imposible emitir juicio alguno sobre la otra persona.

El sujeto que atraía la atención de Izquixóchitl era un joven de no más de veintitrés años, de estatura ordinaria y de recia figura y bien proporcionados miembros. Su atuendo, sencillo en extremo, constaba tan sólo de un maxtlatl y de un tilmatli.[1] No era por tanto su indumentaria, idéntica a la de cualquier campesino, la que desconcertaba a la inválida, sino la poderosa y extraña energía que parecía emanar de aquel individuo en cada uno de sus firmes y elásticos movimientos.

Aparentemente los dos recién llegados conocían de antemano que Izquixóchitl era en esos momentos la única habitante presente en la aldea, pues sin vacilación alguna se encaminaron hacia su desvencijada choza. Al llegar frente al umbral de la vivienda, una voz de firme y modulado acento solicitó autorización para penetrar al interior.

Sin superar aún los cautelosos temores que le dominaban, Izquixóchitl otorgó el permiso que se le pedía. Al instante, los dos desconocidos se introdujeron en la habitación y la anciana pudo contemplar, a escasa distancia de su propio rostro, las facciones del joven y enigmático visitante: su firme mandíbula de barbilla vigorosamente redondeada, su amplia y despejada frente, sus labios de expresión a un mismo tiempo severa y amable, y resaltando de entre todos aquellos singulares rasgos, los ojos, negros y profundos, en los que se ponía de manifiesto una voluntad indomable y una incontrastable energía, que parecía gritar su ansia por transformarse de inmediato en acciones de fuerza avasalladora.

Apartando la vista de aquella irresistible mirada, Izquixóchitl observó que el desconocido portaba sobre el pecho la mitad de un pequeño caracol marino pendiente de una delgada cadena de oro. Al contemplar aquel objeto, la inválida se sintió sacudida en el

[1] El Maxtlatl era un lienzo de algodón enrollado en torno a la cintura y el tilmatli una manta que colgaba de los hombros.

fondo mismo de su ser, percatándose repentinamente de la identidad del personaje que se hallaba frente a ella: Tlacaélel, el Heredero de Quetzalcóatl.

Izquixóchitl profirió un ahogado grito de asombro y trató de arrastrarse hasta los pies del joven azteca, con la evidente intención de besarlos respetuosamente. Mediante rápido y afectuoso ademán, Tlacaélel impidió los propósitos de la anciana.

Esbozando una amable sonrisa, el Portador del Emblema Sagrado tomó asiento al lado de la inválida e inició con ésta una amena conversación, relatándole un lejano acontecimiento de su niñez: tras de una infructuosa y agotadora mañana dedicada a tratar de cazar patos silvestres con su pequeño arco, un pescador que observaba la inutilidad de sus esfuerzos le había enseñado la forma de preparar trampas para atrapar a estas aves, aconsejándole que en lugar de perseguirlas aguardase con paciencia a que los animales cayesen en la trampa. Una vez comprobada la eficacia del sistema propuesto por el pescador, Tlacaélel había continuado durante sus años infantiles entrevistándose con frecuencia con aquel hombre, aprendiendo, a través de sus sabios consejos, incontables secretos sobre la forma de proceder que caracterizaba a los numerosos seres que vivían en el lago: desde los lirios acuáticos hasta las distintas especies de peces que veloces cruzaban sus aguas.

Para Izquixóchitl no constituyó mayor problema adivinar que el pescador de aquél relato no era otro sino su extinto esposo: solamente él había sido capaz de poseer en tan alto grado ese profundo conocimiento de las cosas de la naturaleza y ese bondadoso espíritu siempre dispuesto a proporcionar ayuda a los demás, características claramente sobresalientes en el pescador de aquella historia. Cuando el propio Portador del Emblema Sagrado confirmó sus suposiciones, dos lágrimas resbalaron por el agrietado rostro de la anciana.

Dando por concluidas las añoranzas, Tlacaélel expresó con toda franqueza el motivo de su presencia: necesitaba una canoa para llegar a Tenochtítlan, y aun cuando estaba al tanto de la requisa y concentración de lanchas llevada a cabo por órdenes de Moctezuma, suponía que esta disposición no había surtido efecto en lo concerniente a la canoa propiedad de Izquixóchitl, pues conociendo la generosa condición de sentimientos que animaba a los jóvenes que habían efectuado esta tarea, daba por seguro que no habrían sido capaces de despojarla de un objeto que para ella era tan preciado.

Izquixóchitl manifestó de inmediato su consentimiento a lo que se le solicitaba, sin embargo, no dejó de expresar la extrañeza que le producía aquella petición. La capital del Reino esperaba presa de emoción la llegada del primer azteca a quien se había confiado la custodia del Caracol Sagrado. ¿Por qué escogía Tlacaélel una forma casi subrepticia para retornar a su ciudad? En el embarcadero central le aguardaba, de seguro, una numerosa escolta con la misión de conducirle a través del lago.

Una expresión de dureza cubrió la faz de Tlacaélel mientras respondía a la pregunta de la anciana: ningún motivo, y mucho menos un simple festejo, constituía causa suficiente para que los aztecas descuidasen la vigilancia que debían mantener siempre en torno de su ciudad. Si buscaba llegar a Tenochtítlan sin ser visto, era precisamente para comprobar la efectividad de las defensas que la protegían.

Tras de bajar de su hábil escondrijo la pesada canoa, Tlacaélel y su acompañante la condujeron con todo cuidado hasta las cercanas aguas del lago y subiendo en ella, comenzaron a remar con vigoroso esfuerzo.

Dominada aún por la intensa impresión que dejara en ella la inesperada visita del Portador del Emblema Sagrado, Izquixóchitl contempló alejarse lentamente la canoa en dirección a la capital azteca.

Capítulo VIII

¡PUEBLO DE TENOCH, HABLA TLACAÉLEL!

Los luminosos rayos del sol se reflejaban con perfecta claridad en las tranquilas aguas del lago. Con excepción de la lancha en que viajaban Tlacaélel y su sirviente, ningún observador habría alcanzado a contemplar una sola embarcación en aquel inmenso espejo de agua. Todo parecía indicar que ante el atractivo de participar en una alegre recepción, los aztecas habían descuidado una vez más la vigilancia de su ciudad capital. Repentinamente, surgidas de entre un tupido conjunto de lirios y juncos, tres rápidas canoas comenzaron a maniobrar con la clara intención de cerrar el paso a la embarcación de Tlacaélel. Las canoas eran tripuladas por jóvenes guerreros tenochcas fuertemente armados que hacían sonar insistentemente sus caracoles de guerra. Sin atender a las voces que les ordenaban detenerse, Tlacaélel y su acompañante continuaron avanzando, muy pronto una andanada de flechas pasó silbando sobre sus cabezas, obligándolos a cambiar de decisión.

En breves instantes las tres veloces canoas rodearon la lenta embarcación. Una expresión de indescriptible asombro reflejóse en los juveniles semblantes al reconocer a Tlacaélel y percatarse de que acababan de lanzar sus flechas nada menos que al Sumo Sacerdote de Quetzalcóatl.

La cordial sonrisa contenida en el rostro del Portador del Emblema Sagrado disipó de inmediato el temeroso asombro de los guerreros. Con amables frases Tlacaélel elogió su conducta:

Nos congratulamos, nos alegramos. He aquí que la ciudad de Huitzilopóchtli no está ya más a merced de sus enemigos. Ahora está prevenida, ahora está alerta. Ya llega el día en que seremos nosotros, ya llega el día en que viviremos.

Tras de dialogar brevemente con los vigilantes defensores de la capital, Tlacaélel prosiguió su interrumpido viaje. Dos de las canoas que le interceptaron retornaron a su escondrijo entre los juncos, mientras la otra daba escolta a su embarcación.

Muy pronto Tlacaélel terminó de corroborar la eficaz organización defensiva existente en derredor de Tenochtítlan: estratégicamente distribuidas en diferentes lugares del lago, y casi siempre ocultas en los sitios en que la vegetación acuática adquiría características de mayor concentración, numerosas embarcaciones tripuladas por bien pertrechados guerreros mantenían una incesante vigilancia que eliminaba cualquier posibilidad de un ataque por sorpresa contra la ciudad.

Rodeada de una creciente escolta de canoas, conducidas por entusiastas jóvenes que hacían sonar sin cesar sus caracoles y tambores de guerra, la embarcación que transportaba a Tlacaélel se iba aproximando cada vez más a Tenochtítlan.

En la capital azteca el nerviosismo y la expectación crecían a cada instante. Desde muy temprano las calles y canales de la ciudad se hallaban abarrotados por una multitud que aguardaba impaciente la llegada del Heredero de Quetzalcóatl. Al transcurrir buena parte de la mañana sin que el Portador del Caracol Sagrado hiciera su aparición, comenzaron a circular los más alarmantes rumores, según los cuales, los tecpanecas habían apresado a Tlacaélel y pretendían utilizarlo como rehén para obligar al pueblo azteca a pagar tributos aún más onerosos.

En medio del creciente temor, únicamente Moctezuma mantenía un confiado optimismo que procuraba transmitir a los demás, repitiendo sin cesar que su hermano era amigo de actuar siempre en forma imprevista y que de seguro se había apartado de las rutas más transitadas, en donde le aguardaban escoltas enviadas en su búsqueda, e intentaría llegar sin ser visto, para así poder verificar por sí mismo la efectividad de los sistemas de defensa con que contaba la ciudad.

No pasó mucho tiempo sin que las sospechas de Moctezuma fueran confirmadas por los hechos. Una de las embarcaciones que escoltaban a Tlacaélel se adelantó a las demás para llevar a la ciudad la tan esperada noticia: el Portador del Emblema Sagrado se

encontraba ya en el lago y se dirigía en línea recta al embarcadero central de Tenochtítlan. Un grito de contenido júbilo brotó en incontables gargantas, al tiempo que idénticas preguntas cruzaban por la mente de todos los presentes: ¿En qué forma debía manifestarse el profundo respeto de que era merecedor el Sumo Sacerdote de Quetzalcóatl? ¿Llegaba Tlacaélel para erigirse como Emperador? ¿Era partidario de la colaboración con los tecpanecas o intentaría sacudir el yugo que oprimía al pueblo azteca?

La ruidosa algarabía con que los acompañantes de Tlacaélel anunciaban su avance muy pronto llegó a los oídos de los inquietos tenochcas. Miles de manos señalaron hacia el lejano sitio en el horizonte en donde un conjunto de pequeños puntos negros se iban agrandando rápidamente, hasta transformarse en veloces canoas que rodeaban a una lancha de pausado avance.

Al llegar junto a la orilla, Tlacaélel abandonó la embarcación de un ágil salto, pisando con pie firme el suelo de la capital azteca.

A partir del momento en que las autoridades tenochcas habían tenido conocimiento de la fecha en que retornaría Tlacaélel, se habían dado a la tarea de tratar de organizar los festejos más adecuados para recibirlo. Los problemas que dicho recibimiento implicaba no eran de fácil solución. En primer término porque en el pasado ningún Portador del Emblema Sagrado se había dignado visitar a Tenochtítlan, y por ende los aztecas no contaban con un precedente que resultase aplicable a la organización de una recepción de esta índole. Y en segundo lugar, a causa de la gran confusión que privaba entre el pueblo y dignatarios tenochcas respecto del papel que llegaba a desempeñar en un modesto y sojuzgado reino como el azteca un personaje a quien muchos calificaban de auténtica deidad.

Contrastando con el paralizante desconcierto que dominaba a las autoridades, Citlalmina y los grupos de jóvenes que la secundaban habían elaborado un programa integral de festejos que incluía las más variadas actividades. Al conocer los planes proyectados por la juventud tenochca, Itzcóatl les había otorgado su aprobación, dejando prácticamente en sus manos la organización del recibimiento.

Para los juveniles organizadores no representó mayor problema conseguir la colaboración popular que la realización de su proyecto de festejos requería. Poseído de un febril entusiasmo, el pueblo entero había participado en las múltiples tareas encaminadas a dar el máximo realce a la llegada del Portador del Emblema Sagrado, desde engalanar las casas con sencillos pero bellos adornos, hasta elaborar una gigantesca alfombra de flores a lo largo del recorrido que había de efectuar Tlacaélel dentro de la ciudad.

Así pues, ningún tenochca se sentía ajeno al trascendental acontecimiento que tendría lugar aquel día en la capital azteca.

Lo primero que contempló Tlacaélel al arribar a Tenochtítlan fue la bella figura de Citlalmina. rodeada de un numeroso grupo de pequeñas niñas ataviadas en forma por demás extraña, pues portaban toda clase de armas que a duras penas lograban sostener con sus débiles fuerzas. Las miradas de Tlacaélel y Citlalmina se cruzaron. La compenetración que existía entre ellos era tan grande, que bastó sólo una breve mirada —tan fugaz que pasó inadvertida a la observación de los presentes— para que sin mediar palabra alguna resolviesen de común acuerdo el proceder que adoptarían en el futuro.

El menor incumplimiento de los sagrados deberes a que Tlacaélel habría de consagrarse constituía, ante la recta mente y superior espiritualidad de ambos jóvenes, una incalificable traición que ni siquiera podía ser imaginada, por tanto comprendían muy bien que la nueva situación les obligaba al sacrificio de sus pensamientos personales. Sin embargo, sabían también que aun cuando quizá no volviesen a verse nunca más, continuarían siendo siempre un solo y único ser encarnado en dos cuerpos.

Alzando un brazo con grácil y firme ademán, Citlalmina señaló al portador del Emblema Sagrado al tiempo que exclamaba con fuerte acento:

¡Que Huitzilopóchtli esté siempre contigo Tlacaélel, Azteca entre los Aztecas!

La salutación de Citlalmina, expresaba en tan breves como reveladores términos, despejó en un instante los equívocos y difundidos conceptos respecto de la posición que

dentro de la sociedad azteca venía a ocupar el Heredero de Quetzalcóatl. La idea de que el Portador del Emblema Sagrado constituía en sí mismo una divinidad recibía así la más rotunda negativa. El calificativo dado por Citlalmina al recién llegado proporcionaba a todos una imagen clara y precisa de lo que en realidad era Tlacaélel: el personaje más importante y respetable de todo el Reino, pero no por ello un ser inaccesible y separado de las necesidades y problemas de su pueblo.

Superando la tensa inmovilidad que hasta ese momento había dominado a la multitud, las niñas ataviadas con armas de guerra se acercaron hasta Tlacaélel. Las pequeñas se habían apoderado de todo aquel armamento la noche que Citlalmina, aduciendo la aparente inexistencia de hombres en el Reino, había exhortado a las mujeres tenochcas a hacerse cargo de la defensa de la ciudad. Posteriormente las niñas habían ocultado las armas, negándose a devolverlas a sus familiares a pesar de las reprimendas y castigos sufridos. Con frases entre cortadas de la emoción que les dominaba, las chiquillas expresaron a Tlacaélel que venían a entregarle sus armas, pues estaban seguras de que él sí sabría utilizarlas adecuadamente.

El Azteca entre los Aztecas esbozó una amplia sonrisa al percatarse de la decidida actitud de las pequeñas, dialogó brevemente con ellas y después tomó varias de las armas que le ofrecían: cruzó sobre su pecho un largo arco, acomodó en sus hombros un carcaj rebosante de flechas, embrazó un bello escudo decorado con la imagen de Huitzilopóchtli y en su diestra esgrimió un macuahuitl[1] de cortantes filos. Una vez ataviado con las armas tradicionales de los guerreros náhualt, Tlacaélel dio comienzo a su triunfal recorrido por la capital azteca. La acertada salutación de Citlalmina y la confiada actitud de las pequeñas habían troncado en breves instantes los sentimientos populares: abandonado su actitud inicial, nerviosa e insegura, la multitud desbordase en un creciente y frenético entusiasmo.

La inmensa muchedumbre que ovacionaba a Tlacaélel se fue haciendo más compacta al irse acercado éste al centro de la ciudad. Desde las azoteas de las casas caía una incesante lluvia de flores, lanzada por grupo de mujeres que entonan alegres canciones. Un elevado número de tecnochas vestía atuendos de guerreros, manifestando así su forma de sentir ante el conflicto que afrontaba el Reino, sus estruendosos cantos de guerra impregnaban el ámbito con bélicos acentos; sin embargo, Tlacaélel pudo percatarse de que entre la multitud había también muchas personas, todas ellas de muy modesta condición, que cargaban canastillas conteniendo algunos de los productos con los cuales se cubrían los tributos a los tecpanecas. Los portadores de las canastillas no cesaban de expresar a grandes voces sus deseos de que la paz se mantuviese a cualquier precio: "No queremos guerra". "Paguemos los tributos a Maxtla y salvemos nuestras vidas y nuestras cosechas." Esta, al parecer sincera exteriorización de sentimientos pacifistas, era en realidad producto de una nueva maniobra de los integrantes del Concejo del Reino. Convencidos de que la actitud que adoptase Tlacaélel resultaría determinante para los futuros acontecimientos, habían distribuido entre la población más pobre generosos donativos, incitándola a que manifestase ante el Portador del Emblema Sagrado fervientes anhelos de paz, con objeto de presionarlo a que asumiese una actitud conciliadora ante las pretensiones de Maxtla.

En medio de un verdadero mar humano que en ocasiones volvía imposible su avance, Tlacaélel llegó finalmente a la Plaza Mayor de la ciudad; ahí le aguardaban, sobre un adornado templete de madera construido al pie del Gran Teocalli, las personalidades más destacadas del Reino.

Tlacaélel ascendió las gradas de! entarimado y se dirigió en línea recta hacia Tozcuecuetzin, el sumo sacerdote del culto tenochca. Al ver frente a él a su antiguo discípulo portando el Sagrado Emblema de Quetzalcóatl, el anciano sacerdote fue presa de la más viva emoción. Con el rostro bañado en lágrimas intentó arrodillarse ante los pies de Tlacaélel, al impedírselo éste, se despojó del símbolo de su poder, el pectoral de jade de Tenochca, y con humilde ademán hizo entrega del mismo a Tlacaélel. El Azteca entre los

[1] El macahuitl calificado con acierto como la “espada prehispánica”, se elaboraba incrustando filosas navajas de obsidiana a ambos lados de un recio pedazo de madera aproximadamente un metro de largo por veinte centímetros de ancho.

Aztecas rechazó amablemente el ofrecimiento y colocó de nuevo el pectoral sobre el pecho de Tozcuecuetzin, después de lo cual avanzó hasta quedar frente a Itzcóatl.

El monarca azteca, siguiendo el ejemplo del sumo sacerdote, se despojó del emblema más representativo de su autoridad —la diadema de oro con plumas de Quetzal que coronaba su frente— e intentó colocarla obre la cabeza de Tlacaélel, pero una vez más, éste rechazó el emblema que se le ofrecía.[2]

Acto seguido, Tlacaélel saludó a los integrantes del Consejo del Reino, su actitud con ellos fue cortés, pero no exenta de una deliberada frialdad, la cual resaltó aún más por el hecho de que a continuación, al dialogar brevemente con Moctezuma y los jóvenes guerreros que le acompañaban, se expresó ante éstos en elogiosos términos, felicitándolos por el sistema de vigilancia que para protección de la ciudad habían organizado y cuya eficacia había podido comprobar personalmente.

Concluidos los saludos, Tlacaélel se colocó a un lado de Itzcóatl, quien adelantándose unos pasos se

dispuso a presentar formalmente al Portador del Emblema Sagrado ante todo el pueblo azteca.

Con recia y emocionada voz, el monarca afirmó:

Tlacaélel, sacerdote de Quetzalcóatl, sé bienvenido. Te aguardábamos. Estábamos desasosegados por tu ausencia. Muy graves, muy difíciles son los problemas que hoy nos afligen. Los de Azcapotzalco ya no recuerdan, se han olvidado del valor de nuestros pasados servicios y hoy nos amenazan con la destrucción si no accedemos a sus exigencias. Sin embargo, siendo tan graves los conflictos externos que nos aquejan, son en realidad los problemas internos los que más nos inquietan y preocupan. No estamos unidos sino que vivimos en discordia. No avanzamos en derechura sino caminamos descarriados. No estamos serenos sino alterados y con alboroto.

Trocando sus pesimistas afirmaciones por frases que denotaban su confianza en una próxima mejoría de la angustiosa situación descrita, Itzcóatl finalizó su mensaje de presentación:

¡Oh Tenochcas! ¿A qué hablar más de nuestras rencillas y mezquindades? Estamos ciertos de que éstas han cumplido su tiempo y hoy, finalmente, merecemos, alcanzamos nuestro deseo. El sucesor de Quetzalcóatl, el legítimo heredero de los Emperadores Toltecas, el Sumo Sacerdote de la Hermandad Blanca, se encuentra ya entre nosotros... ¡Pueblo de Tenoch, habla Tlacaélel!

Un impresionante silencio extendióse por la enorme plaza. La gigantesca multitud congregada en ella quedó estática, como si repentinamente algún conjuro la hubiese petrificado. Hasta el aire mismo pareció detenerse para escuchar, expectante, el trascendental mensaje que ahí iba a pronunciarse. El opresor silencio y la antinatural inmovilidad produjeron una insoportable tensión en el ambiente, y en el instante mismo en que ésta llegó al máximo, escuchóse una voz con sonoridades de trueno:

¿Qué es esto tenochcas? ¿Qué hacéis vosotros? ¿Cómo ha podido llegar a existir cobardía en el pueblo de Huitzilopóchtli? Aguardad, meditad un momento, busquemos todos juntos un medio para nuestra defensa y honor y no nos entreguemos afrentosamente en manos de nuestros enemigos. ¿A dónde iréis? Este es nuestro centro. Este es el lugar donde el águila despliega sus alas y destroza a la serpiente. Este es nuestro Reino. ¿Quién no lo defenderá? ¿Quién pondrá reposo a su escudo? ¡Que resuenen los cascabeles entre el polvo de la contienda, anunciando al mundo nuestras voces!

Las palabras de Tlacaélel, pronunciadas con indescriptible energía, comenzaron a operar desde el primer momento un misterioso efecto en la multitud. Bajo su influjo, las

[2] La aceptación de Tlacaélel de aquellos símbolos le habría convertido de inmediato en rey y sumo sacerdote de los technochas. Su rechazo, efectuado ante la vista de incontables testigos, constituyo para todos no solo un claro testimonio de que tanto Itzcóatl como Tozcuecuetzin contaba con su más completa aprobación, sino también una prueba evidente de que la misión que el Heredero de Quetzalcóatl venía a desempeñar dentro de la sociedad technocha era de un carácter superior y diferente a la del monarca y sumo sacerdote.

incontables conciencias personales parecieron fundirse en una sola alma, alerta y poderosa, que aguardaba ansiosa encontrar una finalidad a su existencia.

El verbo arrebatador del Azteca entre los Aztecas continuaba haciendo vibrar a su pueblo y hasta a las mismas piedras de los edificios:

El tiempo de la ignominia y la degradación ha concluido. Llegó el tiempo de nuestro orgullo y

nuestra gloria. Ya se ensancha el Árbol Florido. Flores de guerra abren sus corolas. Ya se extiende la hoguera haciendo hervir a la llanura de agua. Ya están enhiestas las banderas de plumas de quetzal y en los aires se escuchan nuestros cantos sagrados.

Elevando aún más el tono de su voz, el Portador del Emblema Sagrado concluyó:

¡Que se levante la aurora! Sean nuestros pechos murallas de escudos. Sean nuestras voluntades lluvia de dardos contra nuestros enemigos. ¡Que tiemble la tierra y se estremezcan los cielos, los aztecas han despertado y se yerguen para el combate!

La vibrante alocución de Tlacaélel había llegado a su término. El Heredero de Quetzalcóatl quedó inmóvil y silencioso, su rostro tornóse impasible e inescrutable, sólo sus ojos continuaban despidiendo desafiantes fulgores.

Durante breves instantes, la multitud guardó el mismo respetuoso y absoluto silencio con que escuchara la encendida arenga, después, la enorme plaza pareció estallar a resultas del ensordecedor estruendo que desatóse en su interior: retumbar de tambores, incesantes y enardecidos vítores, retadores cantos de guerra, llanto emocionado de mujeres y niños. Los portadores de canastillas conteniendo tributos para los tecpanecas las estrellaban contra el suelo y luego las pateaban con furia, haciendo patente su radical cambio de opinión.

Al igual que todos los seres, los pueblos tienen también sus correspondientes periodos de nacimiento, infancia, adolescencia, juventud, madurez, vejez y muerte. El pueblo azteca había nacido en Aztlán y los sabios de superior visión y elevada espiritualidad que moraban en aquellas lejanas tierras le habían profetizado un glorioso destino. Vino luego la azarosa etapa de su infancia, transcurrida en un continuo deambular por regiones hostiles, buscando sin cesar la anhelada señal del águila devorando a la serpiente, cuyo hallazgo marcaría a un mismo tiempo el inicio de su adolescencia y su definitivo asentamiento en un territorio robado a las aguas. Pero todo esto constituía va en esos momentos un pasado superado, pues aun cuando el futuro se vislumbraba obscuro y cargado de amenazas, la superior personalidad de Tlacaélel había logrado imprimir un nuevo impulso al progresivo desarrollo de su pueblo, haciéndole concluir bruscamente la época de una adolescencia inmadura y titubeante, para dar comienzo a una etapa juvenil que se iniciaba pictórica de un vigoroso entusiasmo.

Durante toda la noche continuaron resonando en Tenochtítlan los vítores y cánticos del pueblo azteca.

Capítulo IX

TENOCHTITLAN EN ARMAS

Al día siguiente de su llegada a Tenochtítlan, Tlacaélel inició la inspección de los efectivos militares con que contaban los aztecas para hacer frente a la inminente guerra que se avecinaba. Al pasar revista a los juveniles batallones que comandaba Moctezuma, el Azteca entre los Aztecas, tras de elogiarlos por su decidida voluntad de lucha y evidente entusiasmo, aprovechó la ocasión para hacerles ver el grave error en que habían incurrido al pretender efectuar la defensa del Reino actuando en forma separada del resto de la sociedad. Resultaba imprescindible, afirmó, lograr cuanto antes la efectiva participación de todo el pueblo en el esfuerzo bélico que habría de realizarse, pues de ello dependía el que se pudiese contar con algunas posibilidades de éxito en el grave conflicto al que se enfrentaban.

Una vez concluida la revisión de las fuerzas militares del Reino, Tlacaélel llevó a cabo un segundo acto público: se dirigió a la población donde moraba Izquixóchitl, con objeto de devolver personalmente a la inválida la canoa que ésta le prestara para cruzar el lago y hacer su arribo a la ciudad.

La visita de Tlacaélel a la pequeña aldea fue motivo de una verdadera conmoción, no sólo entre sus

habitantes, sino en todos los pobladores de la comarca, los cuales acudieron de inmediato en cuanto se corrió la noticia de la presencia del Portador del Emblema Sagrado en aquel sitio.

Así pues, ante una concurrencia de regulares dimensiones, Tlacaélel hizo la devolución de la vieja canoa a una emocionada Izquixóchitl, no sin antes pronunciar un breve discurso en el cual puso de manifiesto su agradecimiento por la ayuda recibida y su segura convicción de que para el futuro la bondadosa anciana sería objeto de mayores y mejores atenciones por parte de sus vecinos.

Tlacaélel dedicó el resto del día a conversar informalmente con las numerosas personas que se habían reunido en la aldea, escuchando con atención los planteamientos que se le hacían acerca de los problemas que afectaban a las pequeñas comunidades en donde estas personas residían.

Al igual que ocurría en todas las poblaciones tenochcas que día con día se multiplicaban en las riberas del enorme lago, la mayor parte de las dificultades a que tenían que hacer frente los moradores de la región que visitaba Tlacaélel provenían de la total carencia de coordinación en las actividades que cada una de las distintas poblaciones realizaba, lo cual se traducía en una incesante duplicación de esfuerzos y en la consiguiente pobreza de resultados.

Con frases sencillas pero impregnadas de un criterio práctico y realista, Tlacaélel explicó pacientemente a sus atentos interlocutores que jamás verían resueltos sus problemas mientras no lograsen conjugar esfuerzos y actuar en forma unificada. Era preciso, por ejemplo, constituir asociaciones que agrupasen a los componentes de las distintas actividades productivas que se desarrollaban dentro de la sociedad azteca.

Tlacaélel se comprometió a dar su más completo apoyo a las asociaciones cuya creación proponía, pero acto seguido manifestó que si bien esta tarea representaba una importante labor por realizar, el Reino se enfrentaba a un problema inmediato mucho más urgente: la guerra en contra de los tecpanecas, de cuyo resultado dependía la sobrevivencia misma del pueblo azteca. ¿En qué forma tenían pensado participar los que lo escuchaban en tan decisiva contienda?

Todas las personas que habían asistido al diálogo con el Portador del Emblema Sagrado manifestaron un sincero interés por colaborar en la lucha, pero expresaron también su desconocimiento respecto a la mejor forma de actuar para lograr que dicha colaboración

resultase lo más efectiva posible. Tlacaélel les indicó que debían incorporarse cuanto antes a los grupos organizados por Moctezuma y Citlalmina; en los primeros tenían cabida todos los hombres aptos para el combate y en los segundos la totalidad de la población civil.

Concluida su visita a la aldea, el Azteca entre los Aztecas retornó al atardecer a Tenochtítlan, plenamente convencido de que los moradores de aquella comarca no se encontraban ya simplemente entusiasmados en favor de la independencia del Reino, sino que participarían activamente en los denodados esfuerzos que implicaba el tratar de obtenerla.

Lo ocurrido en la aldea donde habitaba Izquixóchitl, repitióse en forma más o menos parecida durante los incesantes recorridos que en los subsecuentes días llevó a cabo Tlacaélel por las diferentes comunidades de origen azteca existentes en las riberas del lago. En todas partes el Portador del Emblema Sagrado escuchó con atención los problemas que le planteaban personas de los más distintos estratos sociales, manifestando siempre una profunda compenetración con los anhelos y aspiraciones populares, pero a la vez fijando elevados objetivos cuya conquista el pueblo jamás había soñado.

En esta forma, la vigorosa personalidad de Tlacaélel constituyóse en el impulso rector que conducía al pueblo azteca en su lucha por liberarse del dominio tecpaneca. Las recientes direcciones que mantuvieron divididos a los tenochcas habían desaparecido y todos laboraban sin descanso con miras a incrementar su capacidad combativa.[1]

A su vez, Moctezuma era el jefe militar indiscutido del ejército tenochca. Sus excepcionales facultades de organización y mando, así como sus relevantes cualidades de estratego nato, hacían de su persona el guerrero insustituible dentro de las fuerzas aztecas.

Y en verdad era necesario un carácter indomable como el de Moctezuma para atreverse a asumir la responsabilidad de la dirección de la guerra dada la evidente desproporción existente entre los ejércitos contendientes. Los tecpanecas contaban con un numeroso ejército profesional, aguerrido y disciplinado, poseedor de una gran confianza en sí mismo como resultado de una interrumpida secuela de triunfos. Por si esto fuera poco, la prosperidad económica de que disfrutaba el Reino de Maxtla permitía a éste la posibilidad de incrementar considerablemente su ejército en el momento que lo juzgase conveniente mediante la contratación de tropas mercenarias provenientes de las más apartadas regiones.

En muy diferente situación se encontraba el ejército azteca. Con la excepción de aquellos que habían militado como mercenarios en las huestes tecpanecas, los demás integrantes de las fuerzas tenochcas poseían escasa o nula experiencia militar. Por otra parte, al ingresar al ejército la totalidad de los hombres con capacidad para empuñar las armas, las actividades productivas habían quedado súbitamente abandonadas, originándose con ello no sólo la ominosa perspectiva de una inminente carencia de alimentos, sino también la insuficiencia de material bélico con el cual equipar debidamente a los guerreros.

Para contrarrestar al máximo posible la carencia de un ejército profesional, Moctezuma obligó a todos los integrantes de los recién formados contingentes aztecas a un intenso entrenamiento y a la realización incesante de complicadas maniobras. El diario adiestramiento a que sometía Moctezuma a sus tropas resultaba a tal grado agotador, que muy pronto éstas comenzaron a desear que los verdaderos combates se iniciasen cuanto antes, pues habían llegado a la conclusión de que la guerra resultaría un descanso en comparación con los rigurosos entrenamientos a que se encontraban sujetas.

La difícil tarea de organizar a la población no combatiente para que ésta se hiciese cargo de todas las actividades productivas, principalmente las relacionadas con la urgente necesidad de dotar de armamento a las tropas tenochcas, fue afrontada con ánimo resuelto por Citlalmina. Muy pronto la joven logró crear una vasta organización que abarcaba a la totalidad de la población civil, cuyos integrantes, haciendo gala de un enorme entusiasmo y de una [2]increíble imaginación creadora, generaban sin cesar ingeniosas soluciones para

[1] Al comprender que habían perdido la partida y que muy posiblemente la ira popular se desataría en su contra, los integrantes del Consejo del Reino habían optado por abandonar Tenochtítlan para ir a refugiarse en Azcapotzalco, reconociendo así abiertamente quién era en verdad el amo al cual habían estado sirviendo.

resolver cuantos problemas se les planteaban. Mujeres, niños y ancianos, trabajaban sin descanso elaborando implementos guerreros y llevando a cabo las faenas agrícolas y de pesca indispensables para la diaria subsistencia.

En el breve lapso de unas cuantas semanas contadas a partir de la llegada de Tlacaélel a Tenochtitlan, el Reino Azteca se había transformado en una especie de enorme campamento armado en donde todos sus componentes se aprestaban febrilmente para la contienda.

Los acontecimientos que tenían lugar en Tenochtítlan eran objeto de profunda atención por parte de los tecpanecas. Hasta el último instante, Maxtla había sido de la opinión que las rivalidades existentes entre los dirigentes tenochcas terminarían por desatar una guerra intestina que le facilitaría enormemente recuperar el perdido control del Reino Azteca. Al ver definitivamente frustradas sus esperanzas en este sentido, resolvió que no debía intentarse ya lograr de nueva cuenta el sometimiento de los rebeldes, sino proceder a su completo exterminio. Plenamente consciente de la superioridad de recursos de que disponía en comparación con los de sus enemigos, Maxtla decidió no correr riesgo alguno, y por ende, optó por no precipitar el inicio de las hostilidades, sino que primeramente se dio a la tarea de concentrar en Azcapotzalco la suficiente cantidad de fuerzas que le garantizasen la total destrucción de sus rivales en un único y demoledor ataque.

La situación geográfica de Tenochtítlan, rodeada por doquier de poblaciones tributarias de los tecpanecas, volvía prácticamente imposible la probabilidad de concertar con ellas una alianza defensiva, pues a pesar de que sus habitantes soportaban a duras nenas el yugo que les imponían los de Azcapotzalco, no estaban dispuestos a tomar parte en una riesgosa aventura que contaba con muy pocas probabilidades de éxito y en cambio podía acarrearles su total destrucción.

Existía, sin embargo, un Reino que era la excepción a la regla anteriormente enunciada: el Reino de Texcoco, cuyos habitantes no se habían resignado nunca a la pérdida de su independencia y mantenían un indomable espíritu de rebeldía siempre a punto de estallar, fortalecido por el hecho de que el príncipe Nezahualcóyotl, a quien todos los texcocanos consideraban como su legítimo gobernante, había logrado sobrevivir a la incesante persecución de que era objeto por los secuaces de Maxtla.

Al percatarse los aztecas que los ejércitos tecpanecas estaban desguarneciendo las poblaciones que ocupaban para proceder a concentrarse en Azcapotzalco, enviaron mensajeros al escondite donde se encontraba Nezahualcóyotl, alentándolo a que aprovechase esta circunstancia e intentase promover una rebelión en Texcoco.

En un golpe de audacia, Nezahualcóyotl, acompañado tan sólo de media docena de sus más leales partidarios, se presentó de improviso en la que fuera antaño capital del Reino de su padre. La simple vista del ya legendario príncipe poeta despertó en el pueblo una reacción incontenible. La gente se lanzó a la calle a vitorearlo y a proferir toda clase de improperios contra sus opresores. Cuando los soldados que integraban el reducido contingente de tropas tecpanecas que permanecían en la ciudad intentaron apoderarse de Nezahualcóyotl, fueron atacados por el enfurecido pueblo de Texcoco; suscitóse una sangrienta refriega en la que la aplastante superioridad numérica de los habitantes de la ciudad no tardó en imponerse. Rodeado de una eufórica multitud que no cesaba de aclamarle, Nezahualcóyot penetró en el palacio construido por Ixtlilxóchitl y del cual había tenido que salir huyendo la noche en que sus enemigos tomaran por asalto la ciudad. Su primer acto de gobierno consistió en enviar emisarios a Tenochtítlan, informando a los aztecas que podían considerar al Reino de Texcoco como un firme alado en su lucha contra los tecpanecas.

La noticia de la rebelión de Texcoco produjo en Maxtla el mayor ataque de ira de toda su existencia; solamente existía sobre la tierra una persona a quien odiara más que a Tlacaélel y a Moctezuma, y ésta era precisamente Nezahualcóyotl. La inasible figura del príncipe texcocano hacía largo tiempo que constituía una permanente pesadilla para los gobernantes de Azcapotzalco. Primero Tezozómoc y después Maxtla habían urdido incontables celadas en contra del joven príncipe, pero tal parecía que éste gozaba de una

particular protección de los dioses, pues lograba siempre burlar todas las acechanzas y eludir una y otra vez a sus perseguidores.

A pesar del desbordante furor que le dominaba, Maxtla no dejó que sus sentimientos le cegasen al punto de impedir analizar la situación con frío realismo. Si pretendía castigar de inmediato a los texcocanos se vería obligado a dividir sus fuerzas, con los consiguientes riesgos y desventajas que esta clase de campañas traen siempre consigo. La rebelión de Texcoco había sido posible merced a una circunstancia muy particular: el indestructible afecto que unía al pueblo de este Reino con su príncipe. Al no existir en el resto de los pueblos vasallos de los tecpanecas condiciones similares, no se corría mayor peligro de que pudiese cundir el ejemplo de los rebeldes. Así pues, en virtud de la proximidad y mayor poderío de Tenochtítlan, los aztecas continuaban siendo el enemigo cuya destrucción debía obtenerse en primer término, ya se tomarían después las debidas represalias en contra de los engreídos texcocanos. Por otra parte —concluyó Maxtla— resultaba evidente que el tiempo estaba actuando en favor de la causa de Azcapotzalco: atraídos por la generosa paga que se les otorgaba, cada día era mayor el número de tropas mercenarias que acudían de todos los rumbos a ofrecer sus servicios. Esto permitía suponer que cuando llegase el momento de medir sus fuerzas, aun en el lógico supuesto de que aztecas y texcocanos se aliasen, resultarían fácilmente derrotados por el numeroso y bien pertrechado ejército que los tecpanecas lograrían armar en su contra.

Las noticias acerca de la incesante concentración de tropas mercenarias que tenía lugar en Azcapotzalco llevó a, los dirigentes aztecas a la decisión de apresurar el inicio de la contienda, aun cuando esto significase el tener que prescindir de las ventajas estratégicas que para una guerra defensiva otorgaba la ubicación de Tenochtítlan.

Moctezuma trazó un audaz plan de operaciones que fue aprobado íntegramente por Tlacaélel e Itzcóatl. Informado Nezahualcóyotl acerca del mismo, estuvo de acuerdo en efectuar la guerra conforme al proyecto azteca.

La lucha que habría de decidir el futuro de tres Reinos estaba por iniciarse.

Capítulo X

¿QUIEN PODRÍA DORMIR ESTA NOCHE?

El Flechador del Cielo, el prototipo azteca de valor y nobleza, el siempre sereno e inmutable Moctezuma, se revolvía nervioso en su estera sin lograr conciliar el sueño. La clara luminosidad de una luna llena, señoreando un cielo despejado, permitía al guerrero abarcar con su mirada a todo el campamento tenochca. Con la excepción de las débiles estelas de humo que aún surgían de las apagadas fogatas y cuyo acre olor impregnaba el ambiente, el paisaje que se extendía ante su vista ponía de manifiesto la calma y la quietud más completas; sin embargo, fuerzas indefinibles parecían haber envuelto el campamento, produciendo dentro de sus bien marcados contornos una tensión angustiosa y opresiva.

Entrecerrando los ojos, Moctezuma volvió a repasar mentalmente, por enésima vez, el plan de combate que tratarían de ejecutar las fuerzas aliadas bajo su mando en la decisiva batalla que habría de librarse al día siguiente.

A partir de la primera reunión celebrada entre los jefes militares de Texcoco y Tenochtítlan, el Flechador del Cielo había sido designado general en jefe de ambos ejércitos. La centralización del mando militar en una sola persona había evitado el peligro de falta de coordinación que se presenta siempre en la actuación de ejércitos aliados cuando obedecen a jefes de igual jerarquía. Asimismo, y como resultado de la relevante personalidad del guerrero azteca, su designación había despertado en las tropas un gran optimismo en alcanzar el triunfo sobre sus poderosos oponentes.

Resultaba evidente, por tanto, que aztecas y texcocanos se presentarían en el campo de batalla poseídos de un elevado espíritu de lucha y plenamente confiados en la acertada dirección del mando supremo a cargo de Moctezuma; pero en aquella interminable noche que precedía al decisivo encuentro, inesperados sentimientos de desconfianza e incertidumbre luchaban por dominar el ánimo tradicionalmente imperturbable del Flechador del Cielo.

Después de repasar mentalmente el plan de combate, Moctezuma fijó la mirada en el sector del campamento donde se encontraba concentrada la población civil. Aun cuando en un principio el guerrero azteca se había opuesto a que las mujeres, los niños y las personas de edad avanzada, acompañasen al ejército y estuviesen presentes en las cercanías del campo de batalla, había terminado por ceder ante la aplastante lógica de los argumentos expuestos por Citlalmina: de nada valdría que la población no combatiente permaneciese oculta en sus casas mientras se desarrollaba la contienda; de sobrevenir la derrota de las fuerzas aliadas, las enfurecidas huestes de Maxtla acudirían de inmediato a Tenochtítlan para arrasarla hasta sus cimientos y borrar toda huella de su existencia. Más valía que todos los integrantes del pueblo azteca estuviesen presentes en el lugar donde habría de decidirse su destino, pues la cercana proximidad de sus familiares estimularía al máximo a los guerreros, que en esta forma, no podrían ni por un instante dejar de tener presente la suerte que aguardaría a los suyos sino rendían el máximo de su esfuerzo. Por otra parte, en virtud del alto grado de organización y disciplina alcanzado por la población tenochca, los civiles estarían en posibilidad de prestar valiosos servicios auxiliares a las tropas, desde los concernientes a la asistencia médica de los heridos, hasta los relativos a sanidad, alimentación y transporte de armas.

Mientras la mirada del guerrero permanecía fija en el amplio sector del campamento ocupado por el pueblo, la lucha que se libraba en lo más profundo de su espíritu entre la zozobra que le invadía y la firmeza de su carácter, terminó por decidirse con una amplia victoria por parte de la primera. La clara conciencia de que la supervivencia del Reino Tenochca dependía íntegramente de que tuviese éxito el plan de combate ideado por él y cuya ejecución debía dirigir al día siguiente, terminó por doblegar, tras de larga y hasta entonces indecisa batalla, al poderoso espíritu de Moctezuma. Un amargo resentimiento en contra de las circunstancias, que le imponían la pesada carga de ser el responsable directo

de la muerte o sobre vivencia de su propio pueblo se adueñó del ánimo del Flechador del Cielo, paralizando su hasta entonces invencible voluntad.

En lo más profundo del alma del abatido guerrero, se formuló en una interrogante no expresada en palabras la pregunta que ponía de manifiesto los sentimientos que le embargaban: ¿Existía acaso sobre la tierra un ser humano que en aquellos momentos sobrellevase una responsabilidad mayor a la suya?

Apenas terminaba Moctezuma de formularse aquella pregunta, cuando en su interior surgió al instante la correspondiente respuesta: si bien su responsabilidad como general en jefe era de gran consideración, no podía ni remotamente compararse con la de Tlacaélel, máximo e indiscutido dirigente del movimiento que había puesto en pie de lucha al hasta entonces oprimido pueblo tenochca.

Arrepentido de haberse dejado vencer por la debilidad y el desaliento, el Flechador del Cielo se olvidó de sus propias preocupaciones, para reflexionar en cuál podría ser el estado de ánimo que privaría en aquellos instantes en el espíritu de Tlacaélel. A pesar de que se apreciaba de ser la persona que mejor conocía el carácter de su hermano, Moctezuma no supo hallar una respuesta adecuada para semejante pregunta.

El Rey de Azcapotzalco, famoso en todo el Anáhuac por su voluntad despótica e implacable, su inteligencia fría y calculadora y su total insensibilidad ante las desgracias ajenas, aguardaba en vigilante espera el final de aquella noche cargada de impredecibles presagios.

Tratando vanamente de aquietar su agitado espíritu, Maxtla recordó una a una las frases rebosantes de optimismo que ante él habían pronunciado los generales tecpanecas antes de retirarse a descansar. Todos ellos parecían estar sinceramente convencidos de que la superioridad numérica y el mayor profesionalismo de las tropas bajo su mando, les permitirían alcanzar una aplastante victoria en la batalla que habría de desarrollarse al día siguiente.

Sin embargo, a pesar de la evidente lógica en que se sustentaban todas las predicciones favorables a su causa, Maxtla no lograba evitar que en su interior la duda y el temor cobrasen a cada instante mayores proporciones. No sólo sentía que peligraba la subsistencia de su autoridad personal, alcanzada a resultas de toda una vida dedicada a conquistar el poder y a mantenerse en él por cualquier medio, sino que comprendía también que la hegemonía del señorío de Azcapotzalco sobre un heterogéneo conjunto de pueblos, lograda a base de tremendos esfuerzos por su padre y continuada por él con idéntico empeño, corría el riesgo de derrumbarse estrepitosamente.

Al tiempo que por la mente de Maxtla desfilaban toda una larga serie de recuerdos relativos a las grandes dificultades que había tenido que vencer para alcanzar el trono,[1] acudían también a su memoria los relatos que escuchara desde su infancia sobre la situación que había prevalecido en el Anáhuac en los años comprendidos entre la desaparición del Segundo Imperio Tolteca y la consolidación de la hegemonía de Azcapotzalco. La carencia en este período de un poder central capaz de imponer el orden y propiciar la cultura había llevado a todos los pueblos a la anarquía. Guerras inacabables, hambres, epidemias, inseguridad en los caminos y una virtual paralización de las actividades superiores de la mente y el espíritu, habían sido el pavoroso saldo de aquel sombrío periodo.

Esta caótica situación había ido desapareciendo lentamente al irse afianzando el predominio del señorío de Azcapotzalco sobre un creciente número de poblaciones. El poderío del ejército tecpaneca constituía una segura salvaguardia de la paz y el orden en todos los territorios conquistados. Por otra parte, eran innegables los esfuerzos realizados por los gobernantes de Azcapotzalco para preservar los restos de la antigua herencia cultural tolteca. Artistas y filósofos eran siempre protegidos y recompensados con largueza

[1] Por ser uno de los hijos menores de Tezozómoc (Rey de Azcapotzalco y creador del poderío tecpaneca) Maxtla contaba al nacer con muy escasas probabilidades de heredar el Reino de su padre, sin embargo, haciendo gala de una astucia y capacidad de intriga poco comunes, había logrado imponerse a todos sus hermanos —dando muerte a varios de ellos— y adueñarse del poder.

por las autoridades tecpanecas, sinceramente interesadas por incrementar al máximo posible las actividades educativas y culturales.

Al meditar en la particular misión que política y culturalmente había venido desempeñando en los últimos años el Reino de Azcapotzalco, Maxtla se percató repentinamente de que su innata ambición de poder, eje central de toda su conducta, había sido utilizada como un simple instrumento por ese instinto poderoso que subyace en toda sociedad y que anhela como suprema finalidad la preservación del orden y la paz, instinto que mantiene una permanente lucha en contra de la tendencia —igualmente poderosa y arraigada en lo más profundo de la naturaleza humana— que busca promover el desorden y la anarquía.

En esta forma, al cobrar plena conciencia de que la supremacía tecpaneca era al mismo tiempo la mejor garantía de la subsistencia pacífica entre múltiples pueblos y de la continuidad de una cierta manera de vivir, fundada en los vestigios de una herencia cultural proveniente de un remotísimo pasado, Maxtla se vio invadido, con gran sorpresa de su parte, de un desconocido sentimiento de responsabilidad. ¿Qué ocurriría —se preguntó con sincera preocupación— si desapareciese repentinamente el predominio tecpaneca? ¿Podrían acaso los pueblos de Tenochtítlan y Texcoco, recién salidos de una larga servidumbre, reemplazar en su función pacificadora y civilizadora al prestigiado señorío de Azcapotzalco? Después de un análisis en el que procuró ser del todo imparcial, Maxtla concluyó que ninguna de las dos ciudades rebeldes poseía ni la fuerza militar ni la tradición cultural suficientes para convertirse en dignas sucesoras de la capital tecpaneca, y por tanto, en el supuesto de que lograsen salir triunfantes en el combate del día siguiente, su victoria constituiría un seguro presagio del pronto retorno a la anarquía y de un retroceso cultural de incalculables consecuencias.

Agobiado bajo la doble carga que significaba ver en peligro su permanencia como gobernante y saberse responsable directo de la preservación de la paz y de la antigua herencia cultural, Maxtla calificó de injustos a los dioses por haber depositado en un solo hombre tan desmedida ambición y tan enormes obligaciones.

Al percatarse de su desfallecimiento, Maxtla trató de justificar su debilidad preguntándose: ¿Existía acaso sobre la tierra un ser humano que en aquellos momentos sobrellevase una responsabilidad mayor a la suya?

En lo más profundo de la mente de Maxtla surgió la figura de Tlacaélel. Si bien el rey de Azcapotzalco no se distinguía por un espíritu religioso particularmente acendrado, no podía dejar de admitir que la misión que desde tiempo inmemorial venía desempeñando la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl revestía una particular importancia para todo el género humano. ¿Qué sucedería si esta labor se interrumpiese bruscamente por la osadía del nuevo Portador del Emblema Sagrado, quien al romper la tradicional abstención que en materia política caracterizaba a la Hermandad, la había expuesto a las contingencias de una contienda en la que tenía muy pocas probabilidades de salir triunfante?

Olvidando por un momento sus propias preocupaciones, Maxtla intentó imaginar lo que estaría sucediendo en el interior del hombre que había asumido la responsabilidad de poner en peligro la existencia misma de la institución de mayor prestigio espiritual de que se tenía conocimiento; sin embargo, sus esfuerzos resultaron en vano, pues el monarca tecpaneca no logró encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta que a sí misino se planteara.

El poeta y filósofo más famoso del Anáhuac, Nezahualcóyotl, el perseguido príncipe de Texcoco que merced a su inquebrantable voluntad e inteligencia superior lograra siempre burlar las acechanzas de sus enemigos, vencido por el insomnio y la incertidumbre contemplaba absorto a las estrellas, tratando inútilmente de descifrar sus ocultos mensajes.

Los trágicos recuerdos de dos noches igualmente angustiosas volvían una y otra vez a la memoria de Nezahualcóyotl. La primera de ellas era aquélla en que las tropas tecpanecas de Tezozómoc habían tomado por asalto la ciudad de Texcoco, capital del Reino de igual nombre regido por Ixtlilxóchitl, padre de Nezahualcóyotl. Como si recordase una pesadilla, el príncipe revivió en su mente los múltiples horrores que presenciara en esa ocasión: las altas

llamas que envolvían gran parte de la ciudad, los gritos aterrorizados de las mujeres y los niños, los cuerpos de los soldados muertos y las quejas lastimeras de incontables heridos que se arrastraban por doquier sin que nadie pudiese auxiliarlos.

Únicamente unos cuantos días separaban aquella noche de otra todavía más fatídica en la memoria de Nezahualcóyotl. Durante la toma de Texcoco, Ixtlilxóchitl había logrado abrirse paso y salir de la ciudad, combatiendo en unión de un número cada vez más reducido de sus leales y teniendo a su lado a Nezahualcóyotl, quien a pesar de su aún temprana juventud sabía ya manejar las armas con singular destreza. El pequeño grupo de texcocanos fue pronto objeto de una implacable cacería por parte de las victoriosas tropas tecpanecas. Tras de deambular sin descanso escondiéndose en grutas y barrancos, fueron finalmente localizados y cercados por sus enemigos. Antes de iniciar el que habría de ser su último combate, Ixtlilxóchitl habló con Nezahualcóyotl y le hizo ver que por encima de los sentimientos personales de los gobernantes deben prevalecer siempre los intereses del pueblo cuyo destino encarnan transitoriamente. Con base en esto, le ordenó permanecer oculto mientras se libraba el encuentro, ya que de la supervivencia del heredero del trono dependía que subsistiese la esperanza de un futuro renacimiento del Reino de Texcoco. Por último, le hizo jurar solemnemente que consagraría su existencia a liberar a su pueblo del dominio tecpaneca.

Escondido entre las ramas de un capulín y teniendo como aliada la obscuridad de la noche, Nezahualcóyotl había permanecido oculto mientras que a su alrededor tenía lugar el fiero enfrentamiento entre tecpanecas y texcocanos. Muy pronto la superioridad numérica de los primeros logró imponerse sobre el valor de los segundos e Ixtlilxóchitl y sus guerreros fueron cayendo aniquilados. Concluido el combate, los tecpanecas se percataron de la ausencia del príncipe heredero e iniciaron al instante una meticulosa búsqueda de su persona. En dos ocasiones grupos de soldados enemigos llegaron a estar tan cerca de Nezahualcóyotl, que éste consideró inevitable su descubrimiento, sin embargo, en ambos casos los soldados desviaron su atención hacia los arbustos próximos al que le servía de escondrijo, revisándolos minuciosamente para luego alejarse y proseguir la búsqueda en otras direcciones. Al no encontrarlo, los tecpanecas llegaron a la conclusión de que Nezahualcóyotl había logrado huir de la zona donde se desarrollara el encuentro y que lo más conveniente era iniciar cuanto antes su persecución en lugar de seguir perdiendo el tiempo en aquel sitio.

Una vez que el príncipe vio alejarse las últimas antorchas bajó de su escondrijo, y con suma cautela, pues temía que los tecpanecas hubiesen dejado algunos guardias, comenzó a buscar el cuerpo de su padre entre los innumerables cadáveres esparcidos por la maleza.

Nezahualcóyotl no pudo hallar el cadáver de Ixtlilxóchitl, pues los soldados tecpanecas lo habían llevado consigo para mostrarlo a Tezozómoc como prueba irrefutable de la muerte del gobernante de Texcoco; sin embargo, el joven príncipe encontró y reconoció al instante el escudo que su padre portaba en el brazo izquierdo siempre que participaba en algún combate. Tomando entre sus manos aquel preciado recuerdo, Nezahualcóyotl se alejó tan rápido como le fue posible, encaminándose en dirección contraria a la que habían tomado sus perseguidores.

Al tiempo que interrumpía sus tristes recuerdos, Nezahualcóyotl dejó de contemplar el firmamento para observar con atención el espectáculo que le rodeaba. Una tensa inmovilidad predominaba en el improvisado campamento donde se hallaban concentradas las tropas texcocanas. A pesar de lo avanzado de la noche los guerreros no dormían, sino que aguardaban la aurora presos de un incontrolable nerviosismo. ¡Habían esperado durante tantos años la llegada del día en que se enfrentarían cara a cara con sus odiados opresores!

El príncipe poeta profesaba un sincero agradecimiento a su pueblo por la inconmovible lealtad y la confianza sin límites que en él habían depositado, sin embargo, en aquella noche cargada de zozobra, dichos sentimientos constituían una responsabilidad insoportable, pues hacían aún más evidente ante su conciencia el hecho de que la sobrevivencia o la extinción del Reino de Texcoco dependían de que hubiese adoptado una resolución correcta al juzgar llegado el momento de iniciar la lucha contra la tiranía tecpaneca.

Apesadumbrado y abatido, Nezahualcóyotl fijó una vez más su mirada en las lejanas estrellas, a la vez que una amarga pregunta cruzaba por su mente: ¿Existía acaso sobre la tierra un ser humano que en aquellos momentos sobrellevase una responsabilidad mayor a la suya?

Al parecer, las cintilantes y enigmáticas estrellas habían optado por contestar a las incógnitas que ante ellas formulaba el angustiado Nezahualcóyotl, pues al instante mismo de plantearse la pregunta vino a su mente con toda precisión la figura de Tlacaélel.

En virtud de su sobresaliente inteligencia Nezahualcóyotl se daba cuenta, mejor que nadie, de las causas que podían haber inducido a Tlacaélel a romper la conducta de abstencionismo en cuestiones políticas mantenida en los últimos tiempos por los Sumos Sacerdotes de la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl. A su juicio, ello indicaba que el nuevo Portador del Emblema Sagrado pretendía iniciar la reconstrucción del desaparecido Imperio Tolteca, y junto con ello, propiciar un poderoso movimiento de renovación espiritual que abarcase al mundo entero. ¿Que sentimientos predominarían en aquellos momentos en el alma de la persona que se había fijado en la vida una misión de tan enormes proporciones? Nezahualcóyotl se juzgó a sí mismo incapaz de responder a tan difícil interrogante.

Advirtiendo el manifiesto desasosiego que dominaba a Nezahualcóyotl, uno de sus más fieles soldados se aproximó hasta el lugar donde se encontraba el príncipe, inquiriendo con tono respetuoso:

¿Es que aún no dormís, señor?

Tras de meditar un instante, Nezahualcóyotl respondió con grave acento:

¿Quién podría dormir esta noche?

El sirviente que venía acompañando al Portador del Emblema Sagrado desde que saliera de Chololan se acercó cauteloso a la estera donde éste reposaba y contempló con atención la faz del Azteca entre los Aztecas. El rostro de Tlacaélel revelaba una serena confianza. Su sueño era tranquilo y reposado.

Capítulo XI

LA BATALLA DECISIVA

Rompiendo el tenso silencio nocturno, el rítmico sonido de un tambor dio comienzo a una larga serie de transformaciones tanto en el cielo como en la tierra. Como si las luces del amanecer hubiesen estado aguardando aquel ronco sonido para hacer su aparición, comenzaron al instante a desgarrar las tinieblas, dejando ver un horizonte sin nubes y anticipando un día claro y despejado. Mientras tanto, el hasta entonces paralizado campamento tenochca transformóse en incontenible mar humano presto a desbordarse. Innumerables guerreros, ataviados con vistosos uniformes de combate y portando sus armas, acudían presurosos ante sus respectivos capitanes. Los estandartes de cada batallón habían sido izados en vilo, poblando el paisaje de variadas figuras bellamente bordadas en grandes cuadros de algodón. Un número cada vez más elevado de tambores retumbaban sin cesar, estremeciendo el aire con su acompasado acento.

A pesar del incesante movimiento de personas prevaleciente en el campamento azteca, los preparativos para iniciar la marcha rumbo al campo de batalla se realizaban sin que nadie profiriese palabra alguna. Los guerreros se integraban a sus batallones con los puños crispados y la mirada llameante, los capitanes indicaban con enérgicos movimientos a los soldados el lugar que les correspondía en las filas, y al completarse éstas, iniciaban de inmediato la marcha con paso firme y decidido, pero todo ello en medio de una extraña carencia de voces humanas, sin que se escuchase un solo comentario o alguna orden de mando. Tal parecía que los guerreros aztecas, al unificar en tan alto grado su voluntad de lucha, se habían transformado súbitamente en un solo organismo de poderosa cohesión interna, para el cual salían sobrando todas las palabras.

Guiado tan sólo por el incesante retumbar de los tambores de guerra y por el ritmo acompasado de sus propios pasos, el ejército tenochca se encaminó al campo de batalla. Detrás del ejército venía la población azteca en masa. Ancianos, mujeres y niños, marchaban también en silencio, con los rostros encendidos y los cuerpos tensos. Un pueblo entero acudía puntual a la cita que decidiría su libertad o su muerte.

Muy pronto los tenochcas pudieron observar a un ejército que se aproximaba hacia ellos avanzando en cerrada formación. Entre los dibujos que adornaban los pendones de los recién llegados, sobresalía un motivo insistentemente repetido: la cabeza de un coyote, cuyas abiertas fauces denotaban un intenso sufrimiento producto de una prolongada privación de alimento. "Nezahualcóyotl",[1] designación acertada y profética, para el hombre que durante tantos años había padecido persecuciones y carencias de toda índole.

Al mismo tiempo que los aztecas contemplaban con íntima satisfacción la llegada de sus aliados, comenzaron a escuchar con toda claridad la canción que, [3]con recia voz y como un solo hombre, venía entonando el ejército de Texcoco mientras marchaba rumbo al campo de batalla. Se trataba de un popular poema del príncipe poeta:

Guerreros de Texcoco recuperad el rostro resuenen alábales, que vibren vuestros pechos y en estruendosa guerra recuperad el rostro.

Aguardan impacientes los dardos y las flechas las insignias floridas, los tambores de guerra los antiguos escudos con plumas de Quetzal.

Guerreros de Texcoco recuperad el rostro.

En medio de una dilatada llanura los dos ejércitos hicieron alto a escasa distancia uno del otro. Itzcóatl y Nezahualcóyotl avanzaron con pausado andar y al quedar frente a frente se estrecharon con fuerte abrazo. Tras de dialogar brevemente, los dos monarcas hicieron entrega a Moctezuma de sus correspondientes bastones de mando, simbolizando con ello que era el guerrero azteca quien poseería la autoridad máxima durante la batalla. El Flechador del Cielo convocó de inmediato a los capitanes de ambos ejércitos. Con lacónicas

[1] Coyote hambriento.

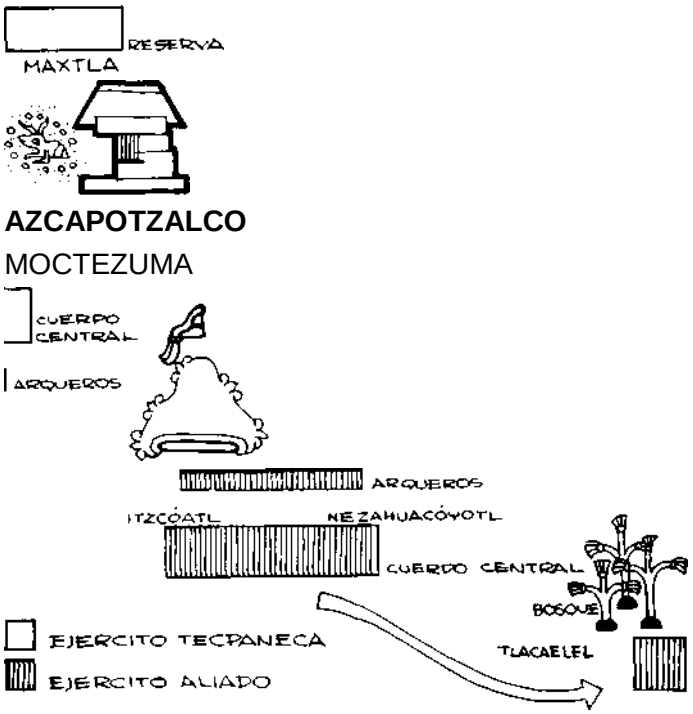
frases Moctezuma dio sus últimas instrucciones, e instantes después los batallones aliados se desplazaban con presteza para adoptar sus posiciones en el campo de batalla.

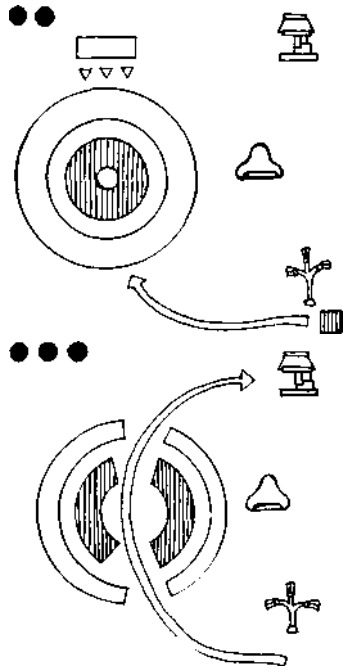
El frente quedó ocupado por largas y cerradas líneas de arqueros. Moctezuma conocía de sobra la bien ganada fama de los arqueros tecpanecas, cuya certera puntería desbarataba a distancia los contingentes enemigos decidiendo con ello la victoria aun antes del ataque del grueso de las tropas. Con objeto de contrarrestar a los peligrosos flecheros de Maxtla, Moctezuma había puesto un especial empeño en el entrenamiento de los arqueros aliados, elevando su número al máximo posible.

Atrás de las compactas filas de arqueros, y a una regular distancia de las mismas, se encontraba el agrupamiento principal de las tropas aliadas, constituido por alternados batallones de tenochcas y texcocanos, armados con filosos macuahuimeh, cortas lanzas y gruesos escudos. Los guerreros estaban distribuidos en un amplio cuerpo central y en dos cortas alas colocadas verticalmente a ambos lados. A escasa distancia de las tropas se encontraba la numerosa población civil que había venido acompañando a los combatientes, su presencia en los confines del campo de batalla estaba incluida dentro del plan de combate trazado por Moctezuma.

En el extremo derecho de la línea de arqueros, ligeramente adelante de la posición ocupada por los flecheros, sobresalía un pequeño promontorio rocoso. Al percatarse de la existencia de aquella saliente del terreno, Moctezuma juzgó que ésta le proporcionaría un magnífico lugar de observación mientras llegaba el momento de combatir al frente de sus tropas. Acompañado de unos cuantos oficiales, el guerrero se parapeto tras de las rocas y se dispuso a esperar con calma la llegada de sus contrarios.

El ejército tecpaneca no se hizo aguardar. El primer anuncio de su proximidad fue un leve e ininterrumpido estremecimiento del suelo, resultado del rítmico caminar de muchos miles de pies. Una ensordecedora sinfonía en la que se entremezclaba el incesante batir de innumerables tambores, el agudo tañer de largas flautas y el seco chasquido de los cascabeles con que los soldados tecpanecas acostumbraban adornar su calzado, anunció a los cuatro vientos la llegada de los dueños del Anáhuac al campo de batalla.





"Posición de las tropas antes del inicio de la batalla"

"Las tropas aliadas combaten cercadas por el ejército tecpaneca"

"Ruptura del frente y toma de Azcapotzalco"

Mientras contemplaba cómo el horizonte entero se poblaba de soldados enemigos avanzando en perfecta formación, Moctezuma no pudo reprimir un sentimiento de admiración ante la evidente gallardía y disciplina de las tropas tecpanecas. Observó también con preocupación el crecido número de fuerzas mercenarias que acompañaban al ejército de Maxtla, entre las cuales destacaban, por sus vistosos y multicolores uniformes, nutridos contingentes de guerreros totonacas y huastecos.

Los batallones del señor de Azcapotzalco estaban agrupados en tres grandes cuerpos compactos y sin alas, separados entre sí por considerables extensiones de terreno. El primero y más avanzado de estos cuerpos estaba integrado exclusivamente por arqueros. El segundo grupo, situado en el centro, constituía, sin lugar a dudas, el más importante de los tres, pues agrupaba a la inmensa mayoría de las fuerzas tecpanecas. El tercer cuerpo de tropas, colocado a la retaguardia, estaba formado por fuerzas de reserva.

Un solo vistazo a la formación del ejército contrario, bastó a Moctezuma para percatarse del plan de campaña adoptado por los generales de Maxtla. Los arqueros tecpanecas actuarían en primer término, buscando desde la distancia producir el mayor daño posible, después de esto atacaría el grueso del ejército, que apoyado en su superioridad numérica y contando con la circunstancia de que los aliados se encontraban en el centro de una extensa llanura, trataría de envolverlos para privarles de toda posibilidad de retirada y poder atacarlos por todos lados hasta exterminarlos.

Mientras el grueso del ejército tecpaneca hacía alto sin romper su formación, los batallones de arqueros continuaron avanzando. Al observar la cercana proximidad de sus oponentes, el capitán azteca que se encontraba al frente de los arqueros aliados pronunció una orden con ronca voz. Al instante, una cerrada lluvia de flechas partió de los tensos arcos de tenochcas y texcocanos. Tras detener su avance y adoptar rápidamente la posición adecuada, los tecpanecas lanzaron a su vez una primera andanada de proyectiles, iniciándose en esta forma el encuentro tan largamente esperado por ambos contendientes.

Durante un buen rato el duelo de arqueros se prolongó produciendo bajas considerables en los dos bandos, sin que ello se tradujese en una ventaja apreciable para ninguna de las partes. Repentinamente, la mala fortuna pareció sentar plaza en el campo aliado. El capitán azteca que dirigía a los flecheros se desplomó al ser traspasado por un

certero proyectil, que perforando su cota de algodón se le incrustó profundamente en el pecho. Su lugar fue ocupado de inmediato por un valiente capitán de Texcoco, pero apenas acababa éste de hacerse cargo del mando, cuando una flecha se clavó en su garganta. Soportando estoicamente los dolores, el texcocano continuó dirigiendo la acción de los arqueros aliados, pero la sangre que manaba abundantemente de su herida le ahogaba, impidiéndole una adecuada pronunciación de las voces de mando. Y en esta forma, mientras los proyectiles tecpanecas eran lanzados con creciente vigor y tino cada vez más certero, la actuación de los arqueros aliados comenzó a fallar ostensiblemente por falta de coordinación.

Desde su cercana atalaya tras las rocas, Moctezuma comprendió que el recién iniciado combate estaba a punto de convertirse en una catastrófica derrota para su ejército. Al ser incapaces de dar una adecuada respuesta al ataque de sus enemigos, las semiparalizadas líneas de arqueros no tardarían en desbandarse

o en ser aniquiladas por la ininterrumpida lluvia de flechas que se abatía sobre ellas. De sobrevenir la derrota de los flechadores aliados, los tecpanecas contarían con una ventaja insuperable que garantizaría plenamente su victoria.

Aun cuando el Flechador del Cielo tenía planeado encabezar a sus tropas durante la fase central y más importante del combate, motivo por el cual había juzgado conveniente no participar personalmente en la etapa inicial del mismo, al observar el adverso cariz que estaban tomando los acontecimientos cambió rápidamente su determinación y decidió hacerse cargo personalmente de la dirección de los arqueros.

El promontorio donde se encontraba Moctezuma — situado al frente y un poco a la derecha de las líneas aliadas —, que le resultara tan útil hasta ese momento como lugar de observación, planteaba ahora al guerrero azteca un serio problema para su movilización, ya que si se encaminaba directamente hacia donde se encontraban sus tropas, en cuanto abandonase su seguro refugio sería un fácil blanco para cuanto proyectil descasen lanzarle los cercanos flecheros tecpanecas, por el contrario, si para evitar los proyectiles enemigos efectuaba un largo rodeo, perdería un tiempo que muy bien podía resultar decisivo.

Tras de impartir algunas órdenes a los oficiales que le acompañaban, tendientes a evitar que cundiese la desorganización en el ejército aliado si ocurría su muerte, el Flechador del Ciclo salió del refugio y con paso tranquilo y firme se dirigió en línea recta hacía el lugar donde se encontraban sus abatidos arqueros. Una andanada de flechas pasó silbando por arriba de su cabeza casi en el instante mismo de iniciar la marcha. Era evidente que la orden de lanzar aquellos proyectiles había sido dada antes de que los tecpanecas vieran a Moctezuma, pues la trayectoria seguida por las flechas no incluía todavía a la figura del guerrero.

El primero en darse cuenta de la inesperada aparición de Moctezuma fue el herido capitán de texcoco, que con sobrehumanos esfuerzos y patéticos ademanes continuaba tratando de dirigir a los arqueros aliados. Comprendiendo que la llegada de Moctezuma lo liberaba de una responsabilidad que había sabido sobrellevar por encima de la más rigurosa exigencia, el ensangrentado rostro del texcocano reflejó una profunda expresión de alivio en el momento mismo en que rodaba por tierra entre estertores de agonía.

Mientras el Flechador del Cielo continuaba su solitaria marcha, su bien adiestrado oído percibió con toda claridad lo que ocurría a sus espaldas, escuchó el ruido producido por las cuerdas de los arcos tecpanecas al ser tendidos al máximo, enseguida oyó el característico vibrar que se produce en las cuerdas en el momento de lanzar las flechas, así como el agudo silbar de innumerables proyectiles que cruzaban velozmente el aire en dirección a su persona.

Sin acelerar el paso, Moctezuma rogó a los dioses que la compacta armadura laboriosamente tejida para él por la bella Citlalmina resultase eficaz. El impacto de numerosos proyectiles —golpeando e incrustándose en las más diversas regiones de su armadura— le hizo tambalearse y estuvo a punto de derribarle, sintió un ligero escozor en varias partes del cuerpo y supuso que aun cuando varias flechas habían traspasado la armadura, sólo habían llegado a arañar superficialmente la piel pero no a herirle de gravedad.

Con incontables flechas clavadas en su armadura, semejando una especie de extraño y gigantesco erizo, Moctezuma concluyó su recorrido y llegó ante los paralizados flechadores aliados. Aquéllos de entre éstos que pudieron observar de cerca su rostro, se sorprendieron ante la expresión de serena tranquilidad contenida en las facciones del guerrero; nada en él, salvo las flechas que, cual singular adorno, sobresalían de su armadura, denotaba que acababa de burlar a la muerte mediante espectacular hazaña.

Al mismo tiempo que sobre tenochcas y texcocanos se abatía una nueva andanada de flechas enemigas, llegó hasta ellos la enérgica voz de Moctezuma dando órdenes para la continuación del combate; bajo su influjo, los desmoralizados guerreros se sintieron infundidos de un nuevo vigor, recuperando rápidamente la confianza perdida. Muy pronto la coordinación de los arqueros aliados quedó restablecida, sus proyectiles partían con tanto ímpetu y con tan buena puntería como los que arrojaban los tecpanecas.

El reñido duelo entre los arqueros prosiguió largamente, ocasionando fuertes bajas en ambas partes. El equilibrio logrado en la lucha no permitía predecir ninguna otra posibilidad que no fuera el completo exterminio de los respectivos contingentes de arqueros; en vista de lo cual, Maxtla ordenó que entrase en acción el grupo central y más numeroso de su ejército.

Acatando de inmediato las órdenes recibidas, las diezmadas filas de flecheros tecpanecas se retiraron en buen orden del campo de batalla, pasando a incorporarse a las fuerzas de reserva. Por su parte, el grueso del ejército de Maxtla inició un avance en masa con la evidente intención de envolver a sus contrarios.

La actitud de las tropas aliadas parecía propiciar en forma inexplicable los propósitos tecpanecas, pues alejándose de la cercana zona boscosa y adentrándose cada vez más en la dilatada llanura, tenochcas y texcocanos marchaban en línea recta al encuentro de sus enemigos.

Los veloces espías de Maxtla, que a riesgo de ser capturados observaban desde las cercanías de las tropas aliadas los movimientos ejecutados por éstas, se sorprendieron cuando se dieron cuenta de que marchando en pos de los guerreros, el pueblo azteca se adentraba también en la llanura, lo que obviamente lo exponía a quedar cercado y sin ninguna posibilidad de escapatoria en cuanto los tecpanecas concluyesen su amplia maniobra envolvente.

Al continuar su avance, los batallones aliados —encabezados por Itzcóatl y Nezahualcóyotl— llegaron al lugar donde acababa de desarrollarse el feroz encuentro entre los arqueros. Sin interrumpir su marcha, las tropas vitorearon en forma entusiasta a los maltrechos flechadores, testimoniándoles así su admiración por el esfuerzo y valor desplegados en su recién terminado enfrentamiento con los diestros arqueros tecpanecas.

Mientras Moctezuma reorganizaba a los arqueros que aún se encontraban en situación de continuar combatiendo, la población civil se encargaba, con gran celeridad y presteza, de recoger a los heridos y a los muertos y de sustituir los arcos y flechas de los guerreros por lanzas y escudos. Una vez concluidas sus labores de asistencia a los guerreros, los civiles iniciaron una maniobra al parecer absurda: con largas escobas de recias varas comenzaron a barrer el suelo, levantando con ello enormes polvaredas.

Instantes después se inició una doble marcha en direcciones opuestas. La mayor parte de las reorganizadas tropas de arqueros aliados, portando sus nuevos pertrechos y bajo la dirección de Moctezuma, se dirigieron al frente en seguimiento del resto del ejército.

La población civil, en unión de setecientos guerreros al mando de Tlacaélel, comenzó a alejarse del campo de batalla a la mayor velocidad posible, encaminándose a la región boscosa situada en las proximidades de la llanura donde tenía lugar el encuentro. Las densas nubes de polvo que los tenochcas continuaban levantando con sus enormes escobas, impidieron a los espías tecpanecas percatarse del hecho de que confundidos entre la población civil que abandonaba el campo de batalla iban también algunos guerreros.

Aún no se disipaban las nubes de polvo levantadas por el pueblo azteca en su precipitada retirada, cuando el ejército tecpaneca terminó de cerrar el enorme círculo en cuyo interior —formando una especie de compacto núcleo— quedaron apresadas las

fuerzas aliadas. La distancia que mediaba entre ambos contendientes era ya tan escasa que unos a otros podían distinguirse los rostros sin mayor dificultad. Tenochcas y texcocanos habían estrechado al máximo sus filas, adoptando una cerrada posición defensiva. El ejército de Maxtla detuvo momentáneamente su marcha, para luego, con ímpetu similar al de un huracán devastador, lanzarse con desatada furia sobre sus oponentes.

El choque fue terrible. Incontables guerreros fueron puestos fuera de combate desde el primer momento. Muertos y heridos quedaban tendidos en el lugar donde se desplomaban y eran pisoteados sin misericordia por el resto de los combatientes, atentos tan sólo a inferirse el mayor daño posible unos a otros, poniendo en ello una frenética ferocidad que producía estragos en ambos bandos.

El campo de batalla se transformó al instante en un gigantesco remolino cuyo centro atraía y devoraba a los guerreros con increíble velocidad. Ninguno de los participantes en la lucha recordaba haber presenciado un encuentro tan implacable y despiadado. El combate se prolongaba sin que se produjese una sola captura de prisioneros. Era obvio que se luchaba buscando no la rendición, sino el exterminio del adversario.

Combatiendo siempre en los lugares de mayor peligro y animando de continuo a sus tropas con su esforzado ejemplo, Itzcóatl y Nezahualcóyotl eran la encarnación misma del arrojo y la valentía. En varias ocasiones estuvieron a punto de sucumbir ante el número arrollador de sus contrarios, quedando, incluso, más de una vez cercados por enemigos que les atacaban por doquier, pero en todos los casos, la reacción desesperada de sus leales más próximos había venido a rescatarlos de una muerte que, momentos antes, parecía inevitable.

La inconfundible figura de Moctezuma, con su armadura erizada de saetas, parecía multiplicarse y estar en todas partes infundiendo determinación y confianza con su sola presencia. Dando órdenes e indicaciones siempre oportunas y combatiendo sin cesar con insuperable destreza, el Flechador del Cielo era a un mismo tiempo el cerebro y el alma del ejército aliado.

Un guerrero tecpaneca llamado Mázatl, famoso por su invencible fortaleza y descomunal corpulencia, logró llegar hasta el sitio donde el Flechador del Cielo sembraba el suelo de oponentes. El duelo de los dos colosos se entabló al instante. Ante la inmensa mole del tecpaneca, la recia y compacta figura de Moctezuma semejaba un jaguar luchando contra una enorme y movediza roca. Un golpe demoledor del enorme macuahuitl que cual ligero carrizo empuñaba Mázatl hizo volar en pedazos el escudo de Moctezuma. Haciendo gala de su gran agilidad y de su experimentada pericia en los combates cuerpo a cuerpo, el Flechador del Cielo fue cansando lentamente a su peligroso contrincante a base de incesantes ataques y de rápidas retiradas, logrando evadir siempre, en ocasiones por un mínimo margen, los fuertes golpes de su adversario. Tras de un último y desesperado intento por acabar con su inasible rival de un solo y mortífero golpe, el gigantesco tecpaneca rodó por tierra, sangrando de incontables heridas.

El tiempo transcurría y la batalla continuaba con gran intensidad. Los ejércitos aliados, cercados por todos lados, se mantenían tenazmente aferrados al terreno, rechazando asalto tras asalto de sus enemigos. Tal parecía que aquel reñido encuentro podría prolongarse indefinidamente sin que ninguno de los contendientes lograse la victoria; sin embargo, al comenzar a declinar la tarde, la superioridad numérica de las huestes de Maxtla empezó a rendir sus frutos. Mientras los huecos dejados en las filas tecpanecas a causa de los guerreros muertos, heridos, o simplemente extenuados por la incesante lucha, eran de inmediato llenados por nuevas y descansadas tropas, los aliados se veían obligados, para evitar la ruptura de sus posiciones, a estrechar continuamente sus líneas, única medida de que disponían para llenar el vacío dejado en ellas por el siempre creciente número de bajas. Por otra parte, no sólo el espacio de que disponían las tropas aliadas era cada vez menor, sino que conforme avanzaba el tiempo, una gran parte de sus componentes comenzaban a dar señales de un completo agotamiento, debido al tremendo esfuerzo que habían venido realizando a lo largo de toda la jornada.

Los generales tecpanecas que con atenta mirada contemplaban el desarrollo del encuentro, se percataron del cansancio que comenzaba a hacer presa del ejército aliado y

solicitaron a Maxtla que ordenase la intervención de las fuerzas de reserva aún disponibles, con objeto de acelerar la destrucción del enemigo y garantizar plenamente el triunfo tecpaneca.

El Rey de Azcapotzalco, desconfiado y receloso por naturaleza, no se decidía a lanzar sus últimas tropas al combate. Las nubes de polvo levantadas por la población tenochca al abandonar el campo de batalla, le hacían temer la posibilidad de una maniobra tendiente a ocultar la retirada de tropas que muy bien podían retornar en cualquier momento. Sus generales opinaban lo contrario, para ellos aquella extraña conducta sólo perseguía el propósito de causar desconcierto y de obligarles a mantener paralizadas buena parte de sus fuerzas a la espera de unas tropas inexistentes, pero aún en el supuesto, concluían, de que los aliados mantuviesen escondidas algunas fuerzas de reserva, el número de éstas debía ser en extremo reducido —a juzgar por la totalidad de los combatientes aliados enzarzados en la lucha— de manera que su posible intervención en la última fase de la batalla no podría cambiar el ya predecible resultado final de la misma.

Con objeto de vencer la oposición de Maxtla al empleo de sus reservas, los generales le hicieron notar que no estaba ya lejana la llegada de la noche: si el ejército aliado no era aniquilado antes de que concluyese el día, se corría el riesgo de que bajo el amparo de las tinieblas aztecas y texcocanos lograsen romper el cerco tecpaneca y refugiarse en Tenochtítlan, prolongando con ello un conflicto que muy bien podía quedar plenamente resuelto en aquellos momentos. A regañadientes, el tirano ordenó la entrada en acción de sus últimas tropas de reserva.

La llegada al campo de batalla de importantes contingentes de refresco se dejó sentir de inmediato en el desarrollo del combate. El ejército tecpaneca percibió con toda claridad que tenía la victoria al alcance de la mano, e infundido de nuevos y renovados bríos incrementó su ataque. Las tropas aliadas, sobrepasado el límite de sus fuerzas, comenzaron a resultar impotentes para resistir la incesante avalancha que pesaba sobre ellas. De poco servía ya que Itzcóatl, Nezahualcóyotl y Moctezuma, continuasen dando ejemplo de una sobrehumana resistencia, hilvanando una tras otra increíbles proezas de valor y conservando la vida en forma del todo inexplicable, sus guerreros iban siendo implacablemente vencidos, no por carencia de arrojo, sino por sobra de agotamiento. La total destrucción del ejército aliado era ya sólo cuestión de tiempo.

En el cercano claro del bosque en donde se encontraba el pueblo azteca —en unión de Tlacaélel y de setecientos guerreros— prevalecía una enorme tensión y una angustiosa incertidumbre. En virtud de la disposición de los ejércitos combatientes —los aliados en el centro y los tecpanecas acosándolos por todos lados— resultaba imposible para los observadores ubicados en el bosque poder percatarse del desenvolvimiento de la lucha, ya que lo único que alcanzaban a contemplar eran los incesantes movimientos que tenían lugar en la retaguardia de las tropas tecpanecas.

El nerviosismo motivado por el desconocimiento de lo que ocurría en el campo de batalla era de tal grado, que de no ser por la presencia de Tlacaélel, tanto el pueblo como el pequeño contingente de soldados habrían abandonado gustosos su escondite en el bosque para lanzarse hacia el lugar donde tenía lugar el encuentro. En medio de aquel ambiente de mal reprimida zozobra, la imperturbable presencia de ánimo de que hacía gala el Portador del Emblema Sagrado constituía la base inconmovible a la que se asían las esperanzas de liberación de todo el pueblo tenochca. Alrededor del mediodía, Tlacaélel anunció que antes de retornar al campo de batalla transmitiría un mensaje de trascendental importancia. Sus palabras provocaron una gran expectación, e incrementaron aún más el ya casi irresistible anhelo común de marchar cuanto ante al sitio donde se desarrollaba el encuentro.

En el improvisado campamento tenochca, la esposa del capitán azteca muerto al frente de los arqueros aliados al iniciarse el combate se debatía en dolorosos espasmos que presagiaban un próximo y difícil alumbramiento. Las parteras que le acompañaban, tras de reprenderle por no haberse quedado en Tenochtítlan, procuraron desentenderse del asunto convencidas de que su intervención resultaría inútil, pues el nacimiento se anunciaba con problemas que juzgaban insuperables. Por otra parte, ninguna de ellas quería dejar de participar en el ya inminente retorno de todo el pueblo azteca al campo de batalla. Al lado de

la infeliz mujer permanecía tan sólo Citlalmina, brincándole la ayuda que le era posible en aquellas difíciles circunstancias.

Provenientes de distintos rumbos, dos jadeantes y sudorosos adolescentes —integrantes de los grupos encargados de vigilar desde cerca lo que ocurría en el campamento enemigo— llegaron casi simultáneamente ante Tlacaélel, sus informes eran coincidentes: los tecpanecas habían lanzado a la batalla sus tropas de reserva. De inmediato Tlacaélel ordenó a pueblo y guerreros que se aprestasen para la marcha. Los soldados se agruparon en tres cerrados batallones. El pueblo se formó ordenadamente detrás de los guerreros.

La insoportable tensión que dominaba a todos los tenochcas aumento aún más, cuando observaron al Azteca entre los Aztecas encaminarse a una ligera protuberancia del terreno con la evidente intención de dirigir desde aquella eminencia su anunciado mensaje.

Al igual que en la primera ocasión en que hablara ante su pueblo, el Portador del Emblema Sagrado parecía haber sufrido una misteriosa y profunda transformación: su ser constituía una especie de vibrante energía cuyas emanaciones se esparcían por doquier. La presencia de fuerzas superiores a punto de manifestarse se percibía claramente en el ambiente. En forma intuitiva, todos los presentes comprendían que estaban a punto de participar en un hecho de inusitada trascendencia.

Tlacaélel levantó el brazo señalando hacia el campo de batalla, mientras de sus labios salía una sola palabra tres veces repetida:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

El heredero de Quetzalcóatl acababa de pronunciar en público, por vez primera en la historia, el nombre secreto del territorio en donde a través del tiempo habían surgido una y otra vez prodigiosas civilizaciones. Aquel vocablo era tenido como el más sagrado de todos los conjuros pronunciados por los Sumos Sacerdotes de Quetzalcóatl en ceremonias religiosas cuya celebración ignoraba el común del pueblo. El significado de aquella palabra era doble, por una parte simbolizaba la expresión del principio de dualidad existente en todo lo creado —manifestado por la presencia en el cielo del sol y la luna— y por otra, el ideal de alcanzar la unidad y la superación de la humanidad, mediante la integración de una sola y armónica sociedad en la cual quedasen superadas las contradicciones que separan a los diferentes grupos humanos. La sabiduría y los anhelos de varios milenios de cultura, sintetizados en una sola palabra.[2]

A pesar de que nadie de entre los que escuchaban a Tlacaélel conocía el profundo significado de aquel misterioso y ancestral vocablo, presintieron al instante que se trataba de un conjuro, de una palabra símbolo, capaz de permitir la creación de un puente espiritual entre el ser humano y las fuerzas superiores que lo trascienden.

Todavía vibraba en el aire el eco de la palabra triplemente pronunciada por la poderosa voz de Tlacaélel, cuando pueblo y guerreros, impulsados por un irresistible anhelo surgido de lo más profundo de su ser, comenzaron a su vez a repetir con recio acento:

¡Me-xihc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

La incesante repetición de la enigmática palabra, resonando en cada nueva ocasión con mayor vigor, parecía ir borrando rápidamente en quienes la pronunciaban no sólo su sentido de individualidad en relación con los demás, sino también su conciencia de diferenciación con los restantes elementos del Universo : la tierra y los árboles, el agua y la luz, las rocas y los dioses, no eran ya algo ajeno y distinto a ellos mismos, sino que todos formaban parte de un poderoso espíritu único, del cual eran voluntad y expresión consciente en aquellos momentos.

Sin dejar de pronunciar la palabra-símbolo, los aztecas salieron del bosque y penetraron en la dilatada llanura donde se libraba el combate. Una vez más, mujeres, niños y ancianos, hicieron uso de las enormes escobas que portaban levantando con ellas densas nubes de polvo mientras se aproximaban al campo de batalla.

[2] Me-xíhc-co: "Lugar en donde se unen el sol y la luna".

En el interior del cada vez más estrecho círculo tendido por las tropas tecpanecas en torno a las fuerzas aliadas, la lucha comenzaba a transformarse en simple carnicería. A pesar de su indeclinable valentía, las agotados guerreros de Tenochtítlan y Texcoco iban siendo exterminados con creciente rapidez por las descansadas tropas de reserva que los tecpanecas habían lanzado al combate.

Cuando todo parecía indicar la inminente derrota del ejército bajo su mando, Moctezuma comenzó a escuchar en la lejanía, primero en forma apenas audible pero luego con clara precisión, la afirmación insistente de una misma palabra:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

El Flechador del Cielo concluyó que los dueños de aquellas voces no podían ser otros sino el pueblo y los guerreros bajo el mando de Tlacaélel, que de acuerdo con lo convenido, retornaban al campo de batalla a intentar un súbito cambio en el desarrollo del encuentro. Sin dejar de combatir un solo instante, Moctezuma elevó su voz por sobre el fragor de la lucha, para afirmar con recio y desesperado acento:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

Los desfallecientes guerreros aliados parecieron presentir que la enunciación de aquella misteriosa y desconocida palabra entrañaba la única perspectiva de salvación; y con voces que denotaban entremezclados sentimientos de angustia y esperanza, clamaron al unísono:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

Por sobre encima de la barrera de fuerzas enemigas que les separaban, las voces de los sitiados se unieron a las de los recién llegados, formando un solo y gigantesco coro:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

El ancestral conjuro, pronunciado una y otra vez con tan ferviente emotividad que impedía la más leve monotonía, parecía a un mismo tiempo descender de lo alto de los cielos y brotar de las profundidades de la tierra. Su retumbante acento impregnaba el campo de batalla, transformándolo en una especie de recinto en donde tenía lugar una sagrada ceremonia:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

Las tropas tecpanecas, sorprendidas ante la inesperada aparición de contingentes contrarios cuya existencia ignoraban, detuvieron su avasallador avance sin abandonar por ello su ordenada formación. Ante el inminente ataque de que iban a ser objeto, los soldados de Maxtla situados en la retaguardia dieron una apresurada media vuelta para hacer frente a las nuevas fuerzas surgidas a sus espaldas.

Envueltos entre densas nubes de polvo que impedían a cualquier observador percatarse de lo escaso de su número, los setecientos guerreros aztecas encabezados por Tlacaélel atacaron con furia incontenible la retaguardia del ejército tecpaneca. El pueblo tenochca, arrastrando siempre sus largas escobas, volvió a alejarse del campo de batalla, dirigiéndose en línea recta a la cercana ciudad de Azcapotzalco.

Abriéndose paso por entre las filas de sus confundidos oponentes, las tropas bajo el mando de Tlacaélel traspasaron el cerco tecpaneca y llegaron hasta el lugar donde se encontraba el ejército aliado. Los diezmados batallones de tenochcas y texcocanos abrieron momentáneamente su cerrada formación defensiva para formar un largo pasadizo interno por el cual avanzaron a todo correr los recién llegados. Tras de atravesar su propio campo, Tlacaélel y los guerreros que le acompañaban chocaron con las tropas tecpanecas situadas en la delantera. Los soldados de Maxtla eran presa del desconcierto producto de la sorpresa y la desilusión: cuando creían tener ya la victoria al alcance de la mano y sólo restaba terminar de liquidar a sus desfallecidos oponentes, aparecían surgidos quién sabe de dónde nuevos batallones de descansados y aguerridos combatientes que les atacaban por todos lados.

Aprovechando el transitorio descontrol que paralizaba a sus adversarios, las tropas del Portador del Emblema Sagrado lograron de nueva cuenta perforar el cerco tecpaneca, arrollando a todo aquel que se oponía a su avance. Una vez transpuestas las líneas

enemigas, Tlacaélel y sus acompañantes comenzaron a alejarse del campo de batalla encaminándose rumbo a la Ciudad de Azcapotzalco. Muy pronto dieron alcance al pueblo azteca que marchaba con idéntica dirección, y unidos pueblo y guerreros, continuaron avanzando con gran prisa.

La repentina irrupción en el campo de batalla de las fuerzas bajo el mando de Tlacaélel, seguida de su inmediata desaparición, pareció ser la esperada señal que aguardaban todos los integrantes del ejército aliado para iniciar una generalizada contraofensiva. Superando el agotamiento que les dominaba a base de voluntad y entusiasmo, tenochcas y texcocanos contraatacaron con renovado ímpetu, en un claro y desesperado esfuerzo tendiente a romper el apretado cerco mantenido por los tecpanecas a lo largo del encuentro.

La inesperada reacción aliada cambió rápidamente la faz del combate. En incontables sitios el cerco quedó roto, y en lugar de dos ejércitos combatiendo en un bien delimitado frente, la lucha se transformó en un sin fin de pequeños encuentros, sostenidos por grupos reducidos que en medio del más completo desorden se destrozaban unos a otros, sin que nadie pudiese determinar cuál de los dos bandos estaba logrando sacar la mejor parte en aquella lucha caótica y feroz.

Si bien la ruptura del cerco significaba que la estrategia tecpaneca tendiente a lograr la destrucción total de las fuerzas aliadas había fracasado, de ello no se infería la necesaria derrota del ejército de Maxtla, cuyos contingentes, por el hecho de continuar siendo más numerosos que los aliados, seguían contando con una decisiva ventaja que muy bien podría permitirles terminar imponiéndose. Así lo entendían los oficiales tecpanecas que continuaban arengando a sus tropas a seguir luchando sin desmayo, y así lo entendía también el común de los soldados bajo su mando, que gracias a la disciplina y al espíritu de lucha que caracteriza a los combatientes profesionales, lograron pronto recuperarse parcialmente del desaliento que les dominara al ver frustradas sus esperanzas de una cercana victoria y continuaron peleando con denuedo.

Mientras la lucha en el campo de batalla seguía desarrollándose en medio de una creciente anarquía, Tlacaélel y sus seguidores llegaban a las afueras de la Ciudad de Azcapotzalco. En la capital tecpaneca reinaba un confiado optimismo sobre el resultado del combate que se libraba en las cercanías de la ciudad. Acostumbrados a los reiterados triunfos de su ejército, los habitantes de Azcapotzalco daban por segura la derrota de los rebeldes. Los numerosos mensajeros llegados del frente a lo largo del día, no habían hecho sino confirmar lo que todos suponían: a pesar de la desesperada resistencia que estaban presentando las fuerzas enemigas, éstas iban siendo vencidas en forma lenta pero segura.

Repentinamente, los vigías apostados en las entradas de Azcapotzalco observaron con extrañeza la proximidad de un contingente humano que rápidamente se acercaba a la ciudad. La larga estela de polvo dejada en su avance por los desconocidos indicaba muy claramente su elevado número. En cuanto los vigías se dieron cuenta que los recién llegados eran tenochcas, comenzaron a esparcir la voz de alarma, sembrando el temor y la confusión entre los moradores de la capital tecpaneca.

Al marchar Maxtla con sus tropas al combate, había dejado para proteger Azcapotzalco tan sólo unos cuantos batallones de guerreros, los cuales, sorprendidos ante la inesperada aparición de sus enemigos, concluyeron que se hallaban frente a la totalidad de las fuerzas aliadas, que tras de aniquilar al ejército tecpaneca en el campo de batalla se disponían a ocupar la ciudad.

En vista de la, al parecer, aplastante superioridad de sus adversarios, los oficiales tecpanecas que mandaban la guarnición consideraron inútil tratar de impedirles la entrada a la ciudad y optaron por ordenar a sus fuerzas se replegaran al cuartel central, con objeto de fortificarse en su interior mientras analizaban las propuestas de rendición. Ni siquiera esta maniobra pudo efectuarse en forma organizada, pues a la entrada del cuartel aguardaban varios sacerdotes de elevada jerarquía, que a grandes voces exigieron a las tropas dirigirse al Templo Mayor para hacerse cargo de su defensa. Después de una violenta discusión entre sacerdotes y militares, la mayor parte de los guerreros se introdujeron en el cuartel, mientras el resto de sus compañeros se encaminaba, en unión de los sacerdotes, hacia la

alta pirámide en cuya cima estaba edificado el templo principal de la ciudad. Aterrorizada y presagiando lo peor, la población civil se mantenía oculta dentro de sus casas.

En tanto que el pueblo azteca detenía su marcha y aguardaba en las afueras de Azcapotzalco, Tlacaélel y sus guerreros penetraban en la ciudad y tras de recorrer sus desérticas calles llegaban ante las escalinatas del Templo Mayor. Los soldados y los sacerdotes tecpanecas, ubicados en la parte superior del edificio, comenzaron de inmediato a lanzar una furiosa lluvia de proyectiles en contra de los tenochcas, pero éstos, haciendo caso omiso de las bajas que sufrían, ascendieron a toda prisa los empinados peldaños de la elevada escalera y trabaron combate cuerpo a cuerpo con los defensores del templo. El encuentro fue breve y feroz. Los tecpanecas combatían poseídos por una frenética desesperación, varios de sus sacerdotes, al darse cuenta de la inminencia de la derrota, se arrojaron al vacío. Tras de rodar por los inclinados muros de la pirámide, sus cuerpos quedaron inertes al pie de la gigantesca construcción.

Una vez que lograron terminar con todos sus enemigos, los aztecas incendiaron el templo, prendiéndole fuego por los cuatro costados. Al impulso del viento las llamas se extendieron rápidamente y muy pronto toda la parte superior de la pirámide era presa de enormes llamaradas.

Conseguido su empeño, Tlacaélel y sus acompañantes se dirigieron sin pérdida de tiempo al cuartel central de la ciudad. Dado lo reducido de su número, era obvio que resultaría contraproducente cualquier intento de asalto a la fortificación, así pues, los aztecas se contentaron con lanzar periódicamente certeras andanadas de flechas contra las ventanas del edificio, maniobrando de continuo en su contorno, para hacer creer a sus ocupantes que se encontraban cercados por fuerzas considerables.

Las enormes llamas que envolvían al Templo Mayor de Azcapotzalco iban a producir repercusiones de trascendentales consecuencias en el desarrollo del prolongado combate que se libraba en las cercanías de la ciudad. Al percatarse del incendio que consumía al templo, todos los integrantes del ejército de Maxtla llegaron a la conclusión de que fuerzas enemigas se habían apoderado de la ciudad. El abatimiento y el desaliento más completos cundieron de inmediato tanto entre los tecpanecas como entre los diversos contingentes de tropas mercenarias que luchaban en su compañía, cuyos jefes, convencidos de que la pérdida de la ciudad imposibilitaría a Maxtla el poder cumplir los compromisos con ellos adquiridos, se dieron a la tarea de organizar cuanto antes la retirada de sus respectivas fuerzas, labor nada fácil, dada la característica de batalla campal que había adquirido e] encuentro.

Mientras las tropas mercenarias iban abandonando el campo de batalla —en medio de una gran desorganización y acosadas continuamente por sus contrarios— los guerreros aliados se agruparon con gran celeridad en dos nutridos contingentes. Los tenochcas, bajo la dirección de Moctezuma y de Itzcóatl, se dirigieron en línea recta a la ciudad de Azcapotzalco, en donde se unieron a las reducidas fuerzas de Tlacaélel y en rápido asalto se apoderaron del cuartel central enemigo. Los texcocanos, a cuyo frente continuaba el príncipe poeta con su armadura hecha girones, iniciaron un incontenible avance en dirección al lugar en donde se encontraban Maxtla y su guardia

personal. Al ver avanzar a su temido rival arrollando a todo aquel que se atrevía a interponerse en su camino, el tirano optó por emprender una veloz huida, actitud que muy pronto fue secundada por los restos de su derrotado ejército.

Las sombras de la noche, al descender sobre el campo de batalla, dieron fin al combate impidiendo la persecución de los vencidos y facilitando a éstos su fuga.

Desde el cercano bosque próximo al campo de batalla, Citlalmina contemplaba la desordenada retirada de las tropas tecpanecas y el triunfal avance de los tenochcas rumbo a la capital enemiga. El difícil parto que atendiera sin la ayuda de nadie había concluido y una robusta criatura comenzaba a llorar entre sus brazos, sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo, la madre se desangraba y era evidente que estaba a punto de perecer.

—¿Qué fue? —inquirió la infeliz mujer con débil voz cargada de ternura.

—Es un niño —respondió Citlalmina.

—Quiero que vea cómo triunfan nuestras tropas —afirmó la madre mientras sentía que la vida se le escapaba rápidamente.

Citlalmina se puso de pie y dirigió el sollozante rostro del pequeño hacia el campo de batalla, semicubierto ya por las tinieblas de la noche, después, con recia voz que resonó con acentos proféticos, habló así al recién nacido:

Llegarás a ser un guerrero ejemplar y tus ojos no verán nunca la derrota de los tenochcas.

Contemplando a su hijo con plácida expresión de maternal alegría, la madre expiró víctima de incontenible hemorragia. Citlalmina ocultó el cadáver lo mejor que pudo entre el denso follaje y emprendió enseguida el camino de retorno a Tenochtítlan, en unión de su pequeña carga.

Mientras cruzaba el solitario y silencioso bosque a través de estrechas veredas que le eran familiares desde su infancia, Citlalmina iba meditando sobre los importantes cambios que para el mundo náhuatl habrían de derivarse de la victoria obtenida por su pueblo en aquella decisiva jornada. En el vigoroso llanto del recién nacido, cuyos padres habían muerto el mismo día en diferentes clases de combate —contra el enemigo y en la lucha por traer un nuevo ser al mundo—, la joven tenochca veía simbolizados los primeros balbuceos del poderoso espíritu encarnado en el pueblo azteca, espíritu que ahora, en virtud del triunfo logrado en el campo de batalla, podría al fin comenzar a manifestarse plenamente.

Capítulo XII

CIMENTANDO UN IMPERIO

El ejército de Maxtla constituía la base sobre la cual se sustentaba el poderío tecpaneca; al ser derrotado, el predominio de Azcapotzalco llegó a su fin.

Acompañado de las escasas fuerzas que aún le continuaban siendo leales en la desgracia, el antaño poderoso monarca tecpaneca se refugió en la ciudad de Coyohuácan e intentó entablar pláticas de paz con sus vencedores; pero éstos no estaban dispuestos a perder en negociaciones lo ganado en el campo de batalla. Después de ocupar Azcapotzalco la misma noche del encuentro, tenochcas y texcocanos dirigieron sus combinados ejércitos a Coyohuácan, posesionándose de la ciudad mediante un rápido y bien coordinado asalto.

Sabedor de la suerte que le aguardaba, Maxtla trató inútilmente de evadir su destino escondiéndose en un abandonado baño de temascal, pero fue descubierto y perdió la vida al pretender oponerse a sus captores.

La súbita desaparición de la hegemonía tecpaneca, que era el lazo por el que se mantenía integrada dentro de una misma organización política a una gran parte de los pueblos de Anáhuac, motivó de inmediato múltiples reacciones entre las poblaciones sojuzgadas. Primero una oleada de júbilo sacudió a todos los pueblos vasallos al enterarse de lo ocurrido, pero enseguida se produjeron en diversos lugares expresiones de un mismo y generalizado deseo: constituir una gran variedad de pequeños Reinos dotados de plena autonomía. La tarea de fijar los límites que habrían de abarcar cada una de estas entidades comenzó a causar graves discrepancias entre las distintas poblaciones, muchas de las cuales se aprestaban ya a dirimir sus divergencias mediante el uso de la fuerza. Al parecer, estaba por iniciarse un nuevo periodo de generalizadas contiendas dentro del mundo náhuatl, con la consiguiente anarquía devastadora que estas luchas habían traído consigo en el pasado.

La llegada de embajadores de la capital azteca a todos los pueblos que habían sido tributarios de los tecpanecas produjo un nuevo giro en los acontecimientos. Los embajadores eran portadores de un doble mensaje. Itzcóatl, Rey de los Tenochcas, hacía saber a los habitantes de estas poblaciones que como consecuencia de la victoria obtenida sobre el Reino de Azcapotzalco, Tenochtítlan se consideraba la natural heredera de todos los dominios que antaño poseyeran los tecpanecas. Por su parte, el Portador del Emblema Sagrado respaldaba con la autoridad moral de su alta investidura las pretensiones del monarca azteca.

Los mensajes de Tlacaélel y de Itzcóatl suscitaron reacciones diferentes entre los pueblos a los que iban dirigidos. Algunos de ellos consideraron que lo más conveniente era aceptar desde un principio la existencia de un nuevo centro hegemónico de poder y optaron por acatar la autoridad tenochca, otros, por d contrario, se negaron rotundamente a reconocer la substitución de autoridad que intentaban llevar a cabo los aztecas y se prepararon para la lucha; pero ambos extremos constituían en realidad una minoría, ya que la mayor parte de las poblaciones optaron por no dar respuesta a los mensajes recibidos, manteniéndose atentas al desarrollo de los futuros sucesos con el evidente propósito de normar su conducta conforme a éstos.

Actuando con la celeridad del relámpago, las tropas aztecas bajo el mando de Moctezuma atacaron una tras otra las poblaciones rebeldes, derrotando en todos los casos los desorganizados intentos de resistencia en su contra. Atemorizados por el empuje aparentemente irresistible del ejército tenochca, todos los exvasallos de Azcapotzalco, que hasta esos momentos habían mantenido una actitud vacilante ante las pretensiones aztecas, optaron por acatar de inmediato la supremacía de Tenochtítlan.

Una vez logrado el reconocimiento de la autoridad del Reino Azteca en los antiguos dominios tecpanecas, Tlacaélel juzgó llegado el momento de inicar algunas de las importantes reformas que tenía proyectadas.

La guerra contra Azcapotzalco, así como los combates librados posteriormente con distintos pueblos, habían constituido una valiosa experiencia militar para los tenochcas partícipes en dichos encuentros. Con base en ello y en el hecho de que los nuevos tributos pagados por los pueblos recién conquistados eran ya de regular cuantía, Tlacaélel juzgó factible lograr en poco tiempo que una buena parte de la población masculina del pueblo azteca, abandonando sus anteriores trabajos, se consagrase exclusivamente a prepararse para el combate, con objeto de constituir un ejército profesional y permanente, que sustituyese el sistema de organización militar seguido hasta entonces por los tenochcas, según el cual, todos los hombres que estaban en posibilidad de empuñar las armas debían hacerlo al sobrevenir un conflicto, pero durante las épocas de paz podían dedicarse al desempeño de actividades que nada tenían que ver con la guerra. Así pues, aquellos jóvenes aztecas que se hallaban convencidos de poseer una decidida vocación guerrera, ingresaron al ejército que bajo la dirección de Moctezuma comenzaba rápidamente a integrarse.

Deseoso de comenzar a definir la índole de sus atribuciones dentro del gobierno, Tlacaélel reinstituyó la existencia de un antiguo cargó creado desde la época de los primeros toltecas: el de "Cihuacóatl".[1] También dejó establecido que la autoridad del soberano azteca no tendría nunca un carácter absoluto, sino que debería tomar en cuenta la opinión de los miembros de un "Consejo Consultivo" integrado por cuatro personas. Este organismo —del cual Tlacaélel sería el miembro más prominente— estaba facultado para privar al monarca de toda autoridad cuando éste adoptase una conducta contraria a los intereses del Reino.

Acontecimientos imprevistos interrumpieron, transitoriamente, la labor reformadora de Tlacaélel. Dentro de los confines del Valle del Anáhuac existía un señorío, el de Xochimilco, que a pesar de su proximidad con la capital del Reino Tecpaneca no había sido nunca sojuzgado por Azcapotzalco, pues su riqueza y el valor de sus habitantes había despertado el respeto de sus poderosos vecinos, quienes se habían contentado con tenerlo de aliado en varias de sus empresas guerreras.

Recelosos los xochimilcas de la fuerza creciente que iba adquiriendo Tenochtítlan, decidieron constituir una alianza en su contra. Los señoríos de Chalco, Cuitláhuac y Mizquic —situados ya fuera de los contornos del valle— se sumaron a la empresa de intentar poner un dique al avance azteca.

La guerra contra los xochimilcas y sus aliados fue una contienda larga y difícil, sin embargo, la superior dirección militar de Moctezuma y la cada vez mayor capacidad combativa de las tropas aztecas —resultado de su incesante adiestramiento— fueron poco a poco minando la moral de sus adversarios. Tras de ser derrotados en varios importantes y sangrientos encuentros, los coaligados perdieron toda esperanza de lograr la destrucción de Tenochtítlan, y desbaratando el mando unificado que habían creado para la dirección de sus tropas, optaron por una guerra estrictamente defensiva, en la que cada uno de los antiguos aliados actuaba por su propia cuenta, mientras intentaban entablar negociaciones que les permitieran abandonar cuanto antes la funesta aventura en que se habían embarcado.

La falta de coordinación en las acciones enemigas facilitó de inmediato la labor del ejército tenochca. Rechazando sistemáticamente cualquier posibilidad de un arreglo negociado, los aztecas sitiaron y tomaron por asalto las capitales de los cuatro señoríos que habían pretendido contener su expansión.

La conquista de Xochimilco constituyó un triunfo que trajo consigo consecuencias particularmente favorables. Tanto por la fertilidad de su suelo como por la laboriosidad de sus habitantes, dicha región era considerada desde tiempo atrás como la productora de verduras más importante en todo el valle, su incorporación a los dominios de Tenochtítlan dotaba a ésta de una gran autosuficiencia en materia de alimentos. Con miras a facilitar el transporte de mercancías entre ambas regiones, los aztecas dispusieron la construcción de una amplia calzada que comunicaba a Xochimilco con la capital azteca.

En cuanto Tlacaélel juzgó suficientemente consolidado el dominio tenochca sobre los territorios recién adquiridos, volvió de nueva cuenta a concentrar su atención en las reformas que se había propuesto llevar a cabo. En esta ocasión, el Portador del Emblema Sagrado

[1] Consejero principal del monarca.

consideró llegado el momento de poner las bases sobre las cuales habría de cimentarse la organización política del futuro Imperio.

Según se desprendía de la lectura de los códices y de los informes transmitidos por la tradición, los sistemas de organización política adoptados hasta entonces podían reducirse a tres.

El primero, y más elemental, era el de señorío o pequeño Reino, y consistía en una entidad integrada por una población poco numerosa y de características homogéneas, en lo referente a idioma, religión y costumbres, asentada en un territorio de no muy extensas dimensiones.

El sistema de pequeños Reinos era el régimen de gobierno más antiguo de que se tenía memoria. Las comunidades tendían de modo natural a retornar a esta forma de organización en cuanto desaparecía el lazo unificador creado por un fuerte poder central que controlase extensas regiones. Si bien en los momentos en que Tlacaélel intentaba iniciar sus reformas este régimen político era el predominante, perduraba en la memoria de los pueblos de Anáhuac y de todas las regiones circunvecinas el recuerdo de los poderosos Imperios Toltecas.

La organización imperial representaba la antítesis misma del régimen anterior, su característica fundamental la constituía la existencia de una fuerte autoridad central, cuya hegemonía abarcaba enormes territorios habitados por pueblos de muy diversas peculiaridades, que conjuntaban sus esfuerzos y energías en forma coordinada para la realización de metas comunes.

La arraigada certidumbre —prevaleciente en todos los moradores de las diferentes poblaciones— de que había sido durante los Imperios Toltecas cuando los seres humanos habían alcanzado su más plena realización, tanto en lo individual como en lo colectivo, originaba una permanente añoranza de esas épocas felices y un común anhelo, hasta entonces frustrado, de retornar a un sistema de gobierno semejante al que había contribuido a la consecución de tan elevados logros. En su calidad de Portador del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl —y por lo tanto de heredero directo de la autoridad de los Emperadores Toltecas— Tlacaélel era el lógico representante de todas las tendencias que propugnaban por el restablecimiento de la Autoridad Imperial; sin embargo, el Azteca entre los Aztecas no deseaba que *el* nuevo Imperio que proyectaba fuese tan sólo una simple copia de los anteriores, sino que intentaba aprovechar las experiencias del pasado para constituir un Imperio de cimientos aún más sólidos y duraderos.

Al analizar las diferentes formas de gobierno existentes en la antigüedad, Tlacaélel prestó particular atención al sistema de "Confederación de Reinos", desarrollado por los pueblos de la lejana área maya; en dicho sistema, los Reinos, aun cuando conservaban plena independencia para efectos internos, se mantenían voluntariamente vinculados entre sí colaborando estrechamente en la resolución de una gran variedad de problemas, que iban desde el intercambio de conocimientos en asuntos relacionados con la observación celeste, hasta la edificación de templos y centros ceremoniales comunes.

La evidente efectividad del sistema de "Confederación de Reinos" —puesta de manifiesto por la larga supervivencia de esta forma de gobierno y por las altas realizaciones alcanzadas por los pueblos mayas— motivó que Tlacaélel optase por intentar la creación de una nueva fórmula de organización política que conjugase las ventajas de este sistema con las derivadas de la existencia de un poderoso Imperio, esto es, decidió que antes de que Tenochtítlan se convirtiese en el centro de la Autoridad Imperial, debía primeramente aliarse con otros Reinos para constituir una Confederación.

Una vez adoptada esta determinación, quedaba por resolver el problema de cuáles podrían ser los aliados más convenientes para los tenochcas. Los beneficios obtenidos como resultado de la reciente alianza guerrera con Texcoco eran obvios, como lo eran también las ventajas que podrían alcanzarse a través de una colaboración entre ambos Reinos que no se limitase a los asuntos puramente militares, sino que incluyese las más diversas cuestiones. Así pues, la inclusión de Texcoco en la proyectada alianza resultaba un hecho natural y lógico.

En contra de lo que cualquiera hubiera podido suponer, Tlacaélel decidió elegir como tercer miembro integrante de la Confederación al Reino de Tlacópan; constituido por población de origen tecpaneca, y por consiguiente, enemiga reciente de Tenochtítlan. La elección de tan inesperado aliado no obedecía a un simple capricho del Portador del Emblema Sagrado, sino a una bien calculada política de reconciliación con los tecpanecas, o más exactamente, con los múltiples sabios y artistas con que este pueblo contaba debido a los esfuerzos realizados por sus autoridades para preservar la valiosa herencia tolteca. La existencia de un Reino tecpaneca dotado de un alto grado de independencia —al impedir la emigración y consiguiente dispersión de la clase culta de este pueblo— garantizaba la colaboración de importantes sabios y artistas en la realización de toda clase de labores culturales.

A través de largas pláticas sostenidas entre los principales consejeros de Itzcóatl, Nezahualcóyotl y Totoquihuátzin —rey de Tlacópan—, fue quedando establecida la forma en que habría de funcionar la alianza que estaba por pactarse. Concluidas las conversaciones, tuvieron lugar en diferentes poblaciones animados festejos populares para celebrar tan importante acontecimiento y, finalmente, la Triple Alianza quedó plenamente formalizada por medio de una impresionante ceremonia religiosa efectuada en la capital azteca, en la que participaron los tres monarcas ante la presencia del pueblo y de las más importantes personalidades de Tenochtítlan, Texcoco y Tlacópan.

El Azteca entre los Aztecas podía estar satisfecho de los sólidos cimientos que había construido como asiento del futuro Imperio. La Triple Alianza garantizaba a los tenochcas la amistad de dos importantes pueblos cercanos a su capital, los cuales, por el hecho de ser aliados y no vasallos, habrían de proporcionarles una valiosa colaboración.

Apenas concluidos los festejos celebrados con motivo de la concertación de la Triple Alianza, Tlacaélel se propuso iniciar la tarea que calificaba como la más alta misión que intentaría realizar en su vida —superior incluso a la construcción de un Imperio—, o sea la creación de un vigoroso movimiento de renovación espiritual, que permitiese nuevamente a los seres humanos participar activamente en la labor de colaborar a un mejor desarrollo del Universo.

Para dar cumplimiento a tan difícil tarea, el Portador del Emblema Sagrado decidió solicitar la ayuda de los dirigentes de las diferentes organizaciones religioso-culturales existentes en el mundo náhuatl y en las regiones próximas al mismo.

Convocados por medio de los eficaces mensajeros tenochcas y procedentes de las más diversas regiones, importantes dirigentes de una gran variedad de organizaciones religioso-culturales comenzaron a concentrarse en Tenochtítlan. La mayor parte de los recién llegados pertenecían a instituciones surgidas en donde antaño florecieran los Imperios Toltecas, sin embargo, había también representantes de organizaciones existentes en las fértiles tierras del hule próximas al mar, así como destacados dignatarios que habitaban en lejanas y montañosas regiones. En esta forma, congregados por el Heredero de Quetzalcóatl, una auténtica asamblea de hombres ilustres por su saber y experiencia inició sus deliberaciones en la capital azteca.

Una vez transcurridas las sesiones preliminares, durante las cuales se puso de manifiesto el generalizado sentir de todos los participantes en cuanto a la necesidad de intentar romper el paralizante estancamiento espiritual en que la humanidad se debatía, el Portador del Emblema Sagrado expuso, con el vigor y la energía que le eran característicos, las bases y lineamientos fundamentales de su ambicioso proyecto: la unificación del género humano con el objeto de lograr un desarrollo más acelerado y armónico del sol, mediante la práctica en gran escala de los sacrificios humanos.

Los planteamientos de Tlacaélel entrañaban la más drástica ruptura con las antiguas formas del pensamiento náhuatl, su osado proyecto, presentado ante una asamblea integrada por individuos consagrados a la preservación del saber tradicional, produjo en los que le escuchaban una gran sorpresa y la más completa confusión.

A solicitud de una gran mayoría de los integrantes de la Asamblea, Nezahualcóyotl dio respuesta en la siguiente sesión a la proposición de Tlacaélel. Haciendo gala de un elegante dominio de los más refinados giros del idioma de sus mayores y manifestando a lo largo de

su exposición no sólo un profundo conocimiento de las bases fundamentales sobre las que se estructuraba la Cultura Náhuatl, sino también un entrañable amor hacia dicha cultura, el gobernante poeta manifestó un parecer del todo contrario al sustentado por Tlacaélel. Nezahualcóyotl estaba de acuerdo en que debía intentarse un gigantesco esfuerzo tendiente a lograr que la humanidad superase el pesado letargo que la dominaba, pero difería en cuanto al medio propuesto para alcanzar este fin. A su juicio, el mejor camino para alcanzar la elevación espiritual que todos anhelaban, consistía en el desarrollo de una corriente de pensamiento que subrayase la unidad de la Divinidad, retornando con ello a la base misma de la más antigua tradición religiosa, oscurecida desde hacía largo tiempo por la preferente atención que los humanos solían prestar a manifestaciones importantes pero secundarias del Ser Divino, como lo eran los cuerpos celestes que poblaban el Universo.

Tras de afirmar que sólo el Ser Supremo era real e inmutable y que el movimiento de renovación espiritual que se intentaba crear debería sustentarse en una mejor y mayor comprensión de su esencia, Nezahualcóyotl concluyó su brillante exposición con una poética enunciación de algunos de los atributos del Dios Único: Dador de la Vida, Dueño de la Cercanía y la Proximidad, Inventor de Sí Mismo, Ser Invisible e Impalpable, Señor de la Región de los Muertos y Autor del Libro en cuyas pinturas existimos todos.

La contraproposición de Nezahualcóyotl vino a incrementar la confusión prevaleciente en la Asamblea. Aun cuando efectivamente el concepto de un Dios superior y único formaba parte de una inmemorial tradición religiosa, los más destacados pensadores de todos los tiempos habían coincidido en señalar la inutilidad de los esfuerzos humanos encaminados a tratar de comprender su naturaleza, concluyendo que lo único que podía afirmarse acerca del mismo era la existencia de su realidad, pero que todo lo relativo a su íntima esencia y a sus posibles motivaciones constituía un misterio impenetrable e irresoluble.

Ante la encrucijada planteada por las contradictorias propuestas de Tlacaélel y Nezahualcóyotl, los integrantes de la Asamblea, por acuerdo unánime, decidieron consultar al "Códice que responde a todas las preguntas", o sea indagar cuáles eran en esos momentos las influencias celestes dominantes sobre la tierra, para así estar en posibilidad de adoptar la resolución que estuviese más acorde con dichas influencias.

Los complejos conocimientos requeridos para averiguar cuál era el influjo predominante de los astros en un determinado momento, constituían una de las más valiosas herencias culturales que sabios y sacerdotes habían logrado preservar tras el colapso sufrido por las antiguas civilizaciones. De entre los distintos medios empleados para indagar los designios trazados por los astros, existía uno considerado por todos como el más certero: el "Ollama",[2] que partiendo del principio filosófico que postulaba la íntima conexión de todo lo existente en el Universo, buscaba reproducir en un pequeño escenario sobre la tierra lo que acontecía en la vasta inmensidad del cosmos. Cada uno de los individuos que participaba en esta ceremonia actuaba en ella como representante de un determinado planeta.[3] En igual forma, la determinación del sitio y de las dimensiones del recinto donde debía tener lugar la ceremonia, así como del día y momento más adecuados para la celebración de la misma, se fijaban mediante complicados cálculos astronómicos.

En Tenochtítlan no se había celebrado jamás una ceremonia de esta índole, razón por la cual no existía el recinto apropiado para llevarla a cabo. Así pues, los integrantes de la Asamblea primero tuvieron que realizar los estudios encaminados a la construcción de un "Tlachtli",[4] para posteriormente, dirigir su edificación y efectuar la elección de las personas que habrían de participar en el ritual destinado a obtener información sobre los dictados de los astros.

Una vez concluidos todos los preparativos, tuvo lugar el legendario ritual ante la presencia de la totalidad de los integrantes de la Asamblea y de los reyes de Tenochtítlan, Texcoco y Tlacópan. Una intensa emoción dominaba a los espectadores, mientras

[2] O sea el "Juego de pelota", designación desde luego errónea, originada en la natural incapacidad en que se hallaban los conquistadores españoles para desentrañar el complejo simbolismo de esta ceremonia.

[3] Estos individuos eran considerados como auténticos símbolos de los cuerpos celestes. El principal elemento de juicio que se utilizaba para efectuar la selección de estas personas era el análisis de las influencias ejercidas sobre ellas por los astros como resultado del lugar y momento de su nacimiento.

[4] Designación que se daba al recinto en donde se efectuaba la ceremonia.

contemplaban el incesante ir y venir de la compacta pelota de hule dentro de los bien marcados límites del pequeño terreno que en aquellos momentos simbolizaba el Universo entero.

Al finalizar la segunda y última parte de la ceremonia,[5] ninguno de los presentes en la misma ignoraba ya cuál era la conclusión que podía inferirse como resultado de la indagación que acerca de las influencias de los astros acababan de realizar: el predominio de Huitzilopóchtli era incontrastable,[6] la hegemonía que ejercía en esos momentos sobre los seres que poblaban la Tierra —misma que al parecer se prolongaría durante un largo período— era muy superior a la procedente de cualquier otro cuerpo celeste.

Al día siguiente de celebrada la ceremonia la Asamblea prosiguió sus deliberaciones. Una vez más, Tlacaélel hizo uso de la palabra para insistir en su proposición inicial, apoyándose en los resultados aportados por la reciente investigación cósmica. La supremacía de Huitzilopóchtli —sentenció el Portador del Emblema Sagrado— impregnaba a la Tierra de evidentes y poderosas influencias bélicas, bajo cuyo dictado se generarían incesantes enfrentamientos entre los seres humanos. En su proyecto, las guerras que habrían de producirse en el futuro debido a las influencias cósmicas tendrían un concreto y elevado propósito: impulsar el crecimiento del astro del cual dependía primordialmente el desarrollo de todos los seres.

En esta ocasión, los argumentos del Azteca entre los Aztecas terminaron por convencer a los integrantes de la Asamblea. El resultado de la reciente ceremonia les había llevado a la conclusión de que se aproximaba para la humanidad una larga época de contiendas como inevitable consecuencia de las fuerzas prevalecientes en el cosmos, por lo que consideraron que la implantación del sistema propuesto por Tlacaélel —en el que al menos se pretendía canalizar la energía derivada de las guerras hacia un propósito específico— constituía un mal menor a la simple realización anárquica y sin sentido, que de otra forma tendrían dichas contiendas.

Únicamente Nezahualcóyotl mantuvo una inalterable oposición al proyecto de su mejor amigo, pero dado que no sólo el sentir general de la Asamblea sino al parecer hasta el de la Bóveda Celeste eran contrarios a sus personales puntos de vista, se contentó con lograr para los texcocanos una situación de exclusión: a cambio de su promesa de no oponerse a la realización de los planes trazados por Tlacaélel, éste se comprometió a su vez a no pretender implantar, dentro de los confines del Reino de Texcoco, los nuevos conceptos y prácticas con los que se proponía reorganizar a todos los pueblos de la Tierra.

Con objeto de lograr una más rápida aceptación de los conceptos y sistemas cuyo establecimiento proyectaba, Tlacaélel consideró que resultaría conveniente tratar de borrar de la memoria colectiva de las distintas poblaciones aquellos conocimientos del pasado que implicasen una oposición a las ideas que intentaba poner en vigor. Para lograr esto, previno a sus oyentes que en un futuro cercano ordenaría que en todas aquellas regiones que fuesen quedando bajo el dominio tenochca se procedería a la inmediata destrucción de los antiguos códices. El Azteca entre los Aztecas comprendía muy bien que si bien esta drástica medida era necesaria para facilitar la difusión de los nuevos conceptos, la destrucción de aquellos venerados documentos constituiría una pérdida irreparable; así pues, aconsejó a los integrantes de la Asamblea —pertenecientes todos ellos a las diferentes organizaciones religioso-culturales en cuyo poder se encontraban la mayor parte de los códices— que seleccionasen de entre el sinnúmero de documentos que poseían aquéllos que en verdad representasen un auténtico legado de sabiduría y que los ocultasen cuidadosamente en lo más profundo de recónditas cavernas. En esta forma, la valiosa herencia cultural contenida en aquellos códices se salvaría y podría ser utilizada en algún futuro remoto, sin que por el momento su existencia representase un obstáculo a la realización de los planes tenochcas.

Finalmente, los participantes en la Asamblea elaboraron un extenso proyecto con objeto de lograr la máxima colaboración de cada una de las diferentes instituciones religioso-

[5] La primera tenía lugar en el día y la segunda por la noche.

[6] Huitzilopóchtli era a un mismo tiempo un símbolo del planeta Marte y una Deidad Solar, o más exactamente, constituía una representación de las influencias que ejercía el planeta Marte sobre la Tierra cuando sus fuerzas se conjugaban con la energía del Sol. Los toltecas del Segundo Imperio habían designado a esta misma influencia celeste con el nombre de "Tezcatlipoca azul".

culturales representadas en aquella reunión, cuyos componentes se comprometían a realizar un gigantesco esfuerzo tendiente a superar la decadencia cultural imperante, para lo cual se reimplantarían en todas partes los antiguos procedimientos de enseñanza que propiciaban un armónico desenvolvimiento de la personalidad, incluyendo el desarrollo de facultades que comúnmente permanecían dormidas en la mayor parte de los seres humanos.

Las bases sobre las cuales se edificaría todo el movimiento ideológico y cultural propiciado por el advenimiento de la hegemonía tenochca habían quedado sólidamente establecidas.

Capítulo XIII

LA REBELIÓN DE LOS FALSOS ARTISTAS

Atraídos por los importantes privilegios que las autoridades aztecas otorgaban a quienes se dedicaban al ejercicio de las bellas artes, un creciente número de artistas y artesanos comenzó a concentrarse en la capital azteca.

Siempre que se creaba una nueva corporación de artistas o artesanos, Tlacaélel formalizaba el acontecimiento con su presencia y aprovechaba la ocasión para exhortarlos a que intentasen propiciar un renacimiento artístico que no fuese una simple repetición de lo efectuado en el pasado, sino que innovase radicalmente esta clase de actividades.

No transcurrió mucho tiempo sin que Tlacaélel llegase a la conclusión de que sus exhortaciones en favor de una auténtica renovación artística estaban cayendo en el vacío. Tanto artistas como artesanos se contentaban con reproducir, una y otra vez, los modelos creados durante la existencia del Segundo Imperio Tolteca. Las plazas y los templos de la capital azteca, al igual que el interior de las casas de sus moradores, iban llenándose rápidamente de los más diversos objetos de diseño tolteca. Tenochtítlan estaba en camino de convertirse en una copia de la antigua Tula, pero en una mala copia —concluía Tlacaélel— pues resultaba evidente que las reproducciones de obras toltecas que por doquier se efectuaban, estaban muy lejos de poseer la elevada calidad artística que caracterizaba a los modelos originales.

A pesar de su disgusto por la forma en que se desarrollaba todo lo relacionado con las actividades artísticas, el Portador del Emblema Sagrado se cuidaba mucho de intervenir en esta clase de asuntos, pues comprendía que el nacimiento de un nuevo arte jamás puede lograrse mediante disposiciones emitidas por las autoridades y que la misión de éstas consiste únicamente en colaborar indirectamente en tan delicada gestión, respetando escrupulosamente la libertad creativa de los artistas y proporcionándoles toda clase de ayuda para el desempeño de su trabajo. No quedaba, por lo tanto, sino esperar a que los artistas que surgiesen en las nuevas generaciones —educados ya en un ambiente que tendía a la búsqueda de la superación personal y colectiva— fuesen capaces de llevar a cabo una empresa que, al parecer, sus padres no eran capaces ni siquiera de imaginar.

De entre las distintas corporaciones artísticas y artesanales que habían surgido en Tenochtítlan, la que agrupaba a los escultores comenzó muy pronto a cobrar especial relevancia, a resultas de las astutas maniobras de su dirigente principal, el culhuacano Cohuatzin.

Cohuatzin era un sujeto singularmente dotado para el empleo de la insidia y la intriga. A pesar de que como artista era menos que mediocre, había sabido siempre obtener un provecho considerable por su trabajo, utilizando para ello procedimientos que iban desde el más abyecto servilismo con los poderosos, hasta la hábil dirección de pérfidas campañas de calumnias, con las cuales acostumbraba desprestigiar a cuanta persona osaba interponerse en su camino.

Durante el apogeo de Azcapotzalco, Cohuatzin había figurado destacadamente en la corte tecpaneca, dirigiendo la ejecución de un gran número de esculturas y organizando frecuentes homenajes al máximo gobernante en turno —primero Tezozómoc y posteriormente a Maxtla—, a los que gustaba comparar en sus elogios con los más grandes Emperadores Toltecas.

Al sobrevenir la derrota de Maxtla y con ella el brusco final de la hegemonía tecpaneca, Cohuatzin comprendió que en lo futuro el asiento del poder radicaría en Tenochtítlan y se trasladó de inmediato a la capital azteca, presentándose ante sus autoridades con un elaborado plan para incrementar las actividades artísticas.

Maniobrando hábilmente en favor de sus intereses, Cohuatzin sobresalió rápidamente en Tenochtítlan. No sólo obtuvo la dirección de su propia corporación —la de escultores— sino que de hecho fue logrando controlar a casi todas las asociaciones artísticas y

artesanales, valiéndose para ello de sus numerosos incondicionales, sujetos que al igual que él eran pésimos artistas pero excelentes intrigantes.

Las continuas maquinaciones del falso artista no pasaban desapercibidas ante la vigilante mirada de Tlacaélel. Poseedor de un certero conocimiento de los seres humanos, el Azteca entre los Aztecas había valorado desde un principio a Cohuatzin y comprendido que nada bueno para el desarrollo del verdadero arte podía derivarse de la actuación de aquel ambicioso y siniestro personaje; sin embargo, dominando **su** natural inclinación que le impelía siempre a la acción, mantuvo inalterable la política de no intervenir en los asuntos internos de los gremios artísticos y artesanales.

Un inesperado acontecimiento vendría a devolver a Tlacaélel su perdida confianza en un cercano resurgimiento artístico. Cierto día, en una reunión a la que asistían las principales autoridades del Reino con la finalidad de trazar los planes tendientes a lograr la anexión del señorío de Cuauhnáhuac, el monarca azteca ordenó se sirviese a sus acompañantes chocolate recién preparado. La espumeante bebida fue servida mientras el Portador del Emblema Sagrado apremiaba a los presentes a iniciar cuanto antes las operaciones militares; de pronto, al observar el recipiente que le era ofrecido a Moctezuma, Tlacaélel interrumpió bruscamente su exposición, y tras de solicitar a su hermano la pequeña vasija rebosante de chocolate que éste tenía ya próxima a los labios, procedió a examinarla cuidadosamente ensimismándose en su contemplación a tal grado, que parecía del todo abstraído de cuanto le rodeaba. Los demás asistentes a la reunión observaban a Tlacaélel con curiosa expectación, sin alcanzar a comprender la causa de tan inusitado interés por un objeto del uso común, similar a cualquiera de las vasijas que cada uno de ellos sostenía en esos momentos entre las manos.

Y en efecto, el utensilio que tan poderosamente había llamado la atención de Tlacaélel no poseía al parecer ninguna cualidad sobresaliente; se trataba de un producto de cerámica típico de la época: una vasija de barro de forma sencilla, decorada con hileras de delgadas líneas de color negro, paralelas y ondulantes, siguiendo el modelo del estilo tradicional establecido largo tiempo atrás por los alfareros toltecas. Sin embargo, la penetrante mirada del Azteca entre los Aztecas había descubierto desde el primer vistazo notables singularidades en aquel objeto: cada una de las líneas de nítidos contornos que lo rodeaban poseía una ondulación levemente acentuada, circunstancia que resultaba imposible de captar cuando la vasija estaba en reposo, pero al desplazar ésta de un lugar a otro, se producía una fugaz ilusión óptica, perceptible tan sólo a un sagaz observador, consistente en que la vasija parecía cobrar vida y palpitar levemente entre las manos que la movían.

Tlacaélel concluyó, para sus adentros, que aquel objeto constituía una especie de sarcástico reto lanzado por un desconocido artífice a la venerada memoria de los alfareros toltecas, pues éstos habían tratado siempre de transmitir a través de sus obras un sentimiento de inmutable serenidad, mientras que por el contrario, aquella vasija era la expresión misma del cambio y de la tensa lucha de encontradas fuerzas que genera **el** movimiento, pero todo ello ingeniosamente oculto tras un aparente respeto a la forma y al diseño convencionales imperantes en la alfarería.

Una vez finalizado el análisis del recipiente y sin proporcionar explicación alguna que permitiese a sus sorprendidos compañeros de reunión dilucidar las causas de su extraña conducta, Tlacaélel planteó de nuevo las principales cuestiones que debían tomarse en cuenta para garantizar el éxito de la proyectada campaña militar en el Sur.

Concluida la reunión, Tlacaélel conversó a solas con Itzcóatl, comunicándole su asombro ante las peculiaridades contenidas en la vasija ofrecida a Moctezuma. En vista del interés manifestado por Tlacaélel hacia aquella pieza de cerámica, Itzcóatl se la obsequió gustoso, sin explicarse del todo la desmedida importancia **que** el Heredero de Quetzalcóatl atribuía a las casi imperceptibles singularidades de aquel sencillo utensilio. Así mismo, le informó que el origen de aquella vasija era idéntico al de todos los objetos de cerámica que se utilizaban diariamente en sus aposentos: provenía del taller de Yoyontzin, el más prestigiado de los alfareros aztecas.

Aun cuando Tlacaélel estaba seguro de que Yoyontzin no podía ser el alfarero que había modelado tan excepcional recipiente, pues si bien se trataba de un artífice que

producía obras de gran calidad, carecía de originalidad y sus trabajos eran siempre reproducciones fieles de antiguos modelos toltecas, envió de inmediato un mensajero al taller del alfarero, invitándolo a comparecer ante él.

Tan rápidamente como se lo permitían sus cansadas piernas, Yoyontzin se encaminó a la residencia de Tlacaélel, [1] interrogándose inútilmente a lo largo del camino sobre los posibles motivos que pudiera tener el Portador del Emblema Sagrado para desear entrevistarse con el modesto propietario de un taller de alfarería.

Tlacaélel recibió afablemente al artesano, logrando en poco tiempo disipar la paralizante timidez del anciano mediante la amable naturalidad de su trato. Una vez captada la confianza del alfarero, mostró a éste la vasija que Itzcóatl le obsequiara aquella misma tarde, preguntándole si sabía quién era el autor de aquel objeto. Yoyontzin casi no necesitó mirar la vasija para dar una respuesta a la pregunta que se le había formulado: se trataba de una pieza elaborada en su taller por un joven de nombre Técpatl. La historia de aquel joven, relató el anciano, era triste en extremo: huérfano desde muy pequeño, había logrado sobrevivir a duras penas merced a la escasa ayuda brindada por los habitantes de la población en que naciera, una pequeña aldea azteca semiperdida en la región más pobre e insalubre de todas las que bordeaban al lago. Cuando tenía doce años de edad, Técpatl se había trasladado a Tenochtítlan, e ingresado como sirviente en un taller de escultura. Al poco tiempo de trabajar en dicho lugar, y en vista de que revelaba excepcionales facultades para el tallado en piedra, se le había ascendido al rango de aprendiz. Todo parecía indicar el inicio de un brusco y favorable cambio en el destino hasta entonces adverso del joven huérfano, sin embargo, su buena suerte se prolongó menos de un año; repentinamente, y sin que mediara para ello explicación alguna del propietario del taller, fue arrojado a la calle. Desesperado había recorrido los talleres de escultura que existían en la ciudad y en las poblaciones vecinas en busca de trabajo, bien fuera de aprendiz o de simple sirviente. Todo fue en vano, misteriosamente todos los escultores parecían haberse puesto de acuerdo para impedirle el menor contacto con la actividad a la que había decidido consagrar su existencia.

Acosado por el hambre y las enfermedades propias de la desnutrición, Técpatl había deambulado varios meses en el mercado de Tlatelolco, trabajando como cargador a pesar de su frágil condición física. Fue ahí, en medio del incesante bullicio del próspero y creciente mercado, donde Yoyontzin lo conoció. El extremo cuidado utilizado por el endeble cargador al manipular las piezas de cerámica que el alfarero llevaba para ofrecer en venta a los comerciantes había llamado la atención del anciano. Una breve plática entre ambos bastó a Yoyontzin para darse cuenta de la innata sensibilidad artística de aquel joven, así como del total desamparo en que se encontraba. El bondadoso alfarero ofreció a Técpatl un trabajo de aprendiz en su taller, ofrecimiento que éste aceptó en el acto, naciendo a partir de aquel instante un estrecho vínculo entre ambos personajes. Yoyontzin había llegado a la ancianidad sin haber formado nunca una familia y toda su frustrada paternidad se volcó muy pronto en el joven huérfano, en quien veía no sólo al hijo que siempre había anhelado tener, sino también al artista que él mismo hubiera deseado llegar a ser, capaz de convertir en realidad los propios sueños y no sólo dedicarse a reproducir los modelos creados por otros.

Apenas había comenzado a trabajar Técpatl en el taller de Yoyontzin, cuando el dirigente principal de la corporación que agrupaba a los productores de cerámica —un sujeto del todo incondicional a Cohuatzin— mandó llamar al anciano artesano para aconsejarle que despidiera cuanto antes a su nuevo aprendiz, ya que, según él, se trataba de un individuo de pésimos antecedentes e indigno de formar parte del gremio de los alfareros. Las acusaciones en contra de Técpatl iban desde la de haber cometido diversos hurtos en su antiguo trabajo, hasta la de llevar una vida consagrada a la práctica de toda clase de vicios.

Yoyontzin había rechazado indignado todas las acusaciones que se hacían a Técpatl, pero muy pronto comprendió que aquello no era sino el principio de una interminable campaña de calumnias en contra de su protegido. Los comerciantes del mercado de Tlatelolco, a los cuales vendía la mayor parte de su producción artesanal, comenzaron repentinamente a presionarlo, amenazándolo con dejar de comprar sus productos si no

[1] La residencia de Tlacaélel se encontraba a un costado del Templo Mayor y formaba parte del "Tecpancalli", o sea del conjunto de edificios donde habitaban el Rey y las principales autoridades tenochcas.

prescindía de los servicios de su ayudante. Extrañado ante la inexplicable animadversión manifestada en contra de un ser noble y generoso que no había hecho jamás el menor daño a nadie, Yoyontzin se propuso averiguar quién era el promotor de tan feroz hostigamiento. Muy pronto indagó toda la verdad: Cohuatzin, temeroso de que la aparición de un artista de genio viniese a significar el momento de su ocaso, y presintiendo que tras la débil apariencia de Técpatl latía un poderoso espíritu creativo, era quien venía intrigando en contra del joven huérfano. Al culhuacano se debía tanto la expulsión de Técpatl del taller a donde éste ingresara inicialmente, como los posteriores rechazos en los restantes talleres de escultura existentes en la ciudad. En igual forma, era Cohuatzin quien ahora intentaba amedrentar a Yoyontzin para obligarlo a retirar la protección que brindaba a su desvalido aprendiz.

Una vez que Yoyontzin concluyó de narrar la vida de su joven ayudante ante el Portador del Emblema Sagrado, éste manifestó un vivo interés por conocer a Técpatl y anunció que efectuaría a la mañana siguiente una visita oficial al taller del alfarero. La resolución de Tlacaélel de efectuar dicha visita en lugar de simplemente mandar llamar a Técpatl al Templo Mayor, tenía el propósito de manifestar públicamente el afecto que profesaba al viejo artesano, pues esperaba que esto constituyese una clara advertencia para Cohuatzin de que debía suspender de inmediato la campaña de intrigas que venía realizando en contra de Yoyontzin.

Ataviado con un largo manto blanco, luciendo sobre el pecho el caracol sagrado pendiente de una delgada cadena de oro y acompañado de varios importantes sacerdotes, Tlacaélel se encaminó ceremoniosamente al taller de Yoyontzin. El artesano, presa de una enorme emoción ante aquella visita jamás imaginada, lo aguardaba ante la entrada de su engalanado taller.

Tlacaélel había dado instrucciones a Yoyontzin de que su visita no debía ser motivo para la interrupción de las labores propias del taller, pues deseaba observarlo en pleno funcionamiento; así pues, los distintos operarios que integraban el taller de alfarería laboraban nerviosos en sus lugares de costumbre a la llegada del Cihuacóatl Azteca.

El Heredero de Quetzalcóatl saludó afectuosamente a Yoyontzin e inició en su compañía el recorrido del taller, deteniéndose ante cada uno de los operarios para examinar su trabajo e interrogarles brevemente sobre la índole del mismo. Al llegar junto a un joven de larga cabellera, Yoyontzin confirmó a Tlacaélel lo que éste ya presentía: que aquel operario no era otro sino Técpatl. El Azteca entre los Aztecas permaneció un buen rato en silencio, observando con suma atención al novel artista. A través de todo su ser, Técpatl manifestaba una perceptible contradicción entre los elementos físicos y espirituales que lo integraban. Los periodos de privaciones habían dejado su huella: la delgadez de su cuerpo era de tal grado que permitía observar claramente cada uno de sus huesos, firmemente adheridos a la piel y como queriendo perforarla y salir de ella; toda su figura era la más clara imagen de un adolescente endeble y desvalido. Su ovalado rostro de finas facciones reflejaba, igualmente, una perenne expresión de angustia y desconcierto. Sin embargo, de aquel organismo débil y aún no del todo formado, un espíritu increíblemente poderoso parecía querer emerger y manifestarse con fuerza irresistible: cada uno de los movimientos de sus manos —ocupadas **en** esos momentos en modelar una vasija de barro— revelaban una pasmosa habilidad y un pleno dominio de la materia sobre la cual trabajaban. En igual forma, de lo más profundo de su mirada provenían destellos de una energía desafiante y poderosa que contrastaba radicalmente con su frágil aspecto exterior.

Tlacaélel cruzó tan sólo unas cuantas frases convencionales con Técpatl, pero después, una vez concluido el recorrido del taller, pidió a Yoyontzin que llamase a su aprendiz, y a solas con ambos, mantuvo una larga plática con el joven artista.

A pesar de que Técpatl era por naturaleza retraído e introvertido, en esta ocasión no le resultó difícil aprovechar la oportunidad que se le brindaba para expresar su opinión sobre cuestiones que le eran tan vitales. Con voz entrecortada por la emoción, criticó acervamente la forma como habían venido desenvolviéndose las actividades artísticas en los últimos tiempos. Calificó a los más prestigiados artistas —particularmente a Cohuatzin— de ser unos consumados farsantes que no buscaban otra cosa sino el enriquecimiento personal, valiéndose para ello de las buenas intenciones de las autoridades aztecas, deseosas de promover al máximo el florecimiento artístico dentro del Reino. Finalmente, se lamentó de

que todo esto estuviese ocasionando una verdadera atrofia en la sensibilidad popular, ya que la gente terminaba por aceptar como algo digno de admiración las pésimas reproducciones de arte tolteca que se estaban produciendo en Tenochtítlan, reduciéndose con ello las probabilidades de que pudiesen surgir y desarrollarse en el futuro nuevas corrientes de expresión artística.

Tlacaélel manifestó estar del todo acorde con los planteamientos de Técpatl, sin embargo, le externo a su vez su tradicional punto de vista sobre el particular, consistente en que era obligación de las autoridades fomentar el desarrollo del arte mediante la ayuda que proporcionaban a los artistas, pero que no correspondía a éstas dictar las normas conforme a las cuales aquéllos debían desarrollar su trabajo. A continuación, Tlacaélel preguntó al joven cuál era según su criterio la fórmula más conveniente para ayudarle. La respuesta de Técpatl no se hizo esperar: deseaba recorrer las apartadas regiones en donde antaño habían florecido importantes civilizaciones con objeto de poder estudiar detenidamente las diferentes formas de escultura desarrolladas en esos lugares. El Portador del Emblema Sagrado prometió acceder a lo solicitado y después de felicitar a Yoyontzin por la eficaz organización del taller y la calidad de los productos que en él se elaboraban, regresó al Templo Mayor, en medio de la respetuosa expectación que despertaba siempre en el pueblo su presencia.

Aún no transcurría una semana de la visita de Tlacaélel al taller de Yoyontzin, cuando ya Técpatl abandonaba Tenochtítlan en unión de una delegación diplomática de regulares proporciones. Unos días antes Itzcóatl había dado a conocer los nombres de los primeros embajadores tenochcas. Por intervención de Tlacaélel, Técpatl había sido designado ayudante del embajador que representaría los intereses del Reino Azteca ante los distantes señoríos zapotecas. Tanto Itzcóatl como el propio Tlacaélel habían hecho saber al embajador en dicha región que el nombramiento otorgado al joven artista tenía por objeto dotarlo de la debida protección oficial, así como permitirle la obtención de ingresos suficientes para subsistir decorosamente, pero que sus funciones eran de índole especial y debía dejársele en la más completa libertad para desempeñarlas, no estando obligado a prestar servicios diplomáticos de ninguna clase.

Desde lo alto del camino y antes de iniciar el descenso que lo alejaría del valle, Técpatl se detuvo a contemplar el espectáculo siempre fascinante que constituía la ciudad de Tenochtítlan. La capital azteca estaba formada por dos grandes islas artificiales construidas en el centro de la enorme laguna. Un sinnúmero de canales atravesaban por doquier la ciudad, confiriéndole un aspecto singular y fantástico. Sus anchas avenidas, al igual que sus incontables calles, eran de una perfecta simetría, lo que producía en el observador una clara impresión de orden y concierto, así como un sentimiento de admiración hacia aquella asombrosa obra humana, producto del continuado esfuerzo de sucesivas generaciones.

Técpatl echó un último vistazo a la ciudad y dando media vuelta prosiguió con decidido andar su camino, repitiéndose a sí mismo la firme promesa de no retornar a Tenochtítlan mientras no lograse desarrollar su propio estilo escultórico.

A través del servicio de los mensajeros aztecas, que día con día iba extendiéndose a lugares más apartados, Tlacaélel no dejaba nunca de recibir informes periódicos sobre las actividades de Técpatl. Después de permanecer cerca de dos años en la zona zapoteca, el joven escultor había solicitado permiso para dirigirse a los territorios habitados por los mayas; posteriormente y una vez obtenida una nueva autorización, se había trasladado a la fértil región totonaca. En cierta ocasión, un embajador tenochca procedente de **la** lejana Chi Chen Itzá, había manifestado a Tlacaélel la sorpresa que le causara un acto del todo incomprensible cometido por Técpatl: después de trabajar arduamente en una enorme escultura de piedra cuya elaboración venía suscitando los más elogiosos comentarios de los artistas de la localidad, había procedido a demolerla en cuanto la hubo terminado.

Cuando faltaban escasas semanas para que se cumplieran cinco años contados a partir de la fecha en que Técpatl partiera de Tenochtítlan, un mensajero llegado desde el Tajín informó a Tlacaélel que el artista marchaba ya de retorno rumbo a la capital azteca y

que arribaría a ésta en pocos días. La noticia produjo un profundo regocijo en el Portador del Emblema Sagrado. Aun cuando durante la ausencia de Técpatl no había tenido muchas oportunidades para detenerse a reflexionar sobre cuestiones artísticas, le molestaba sobremanera contemplar el fatuo orgullo que embargaba al pueblo y a las autoridades tenochcas con motivo de la creciente producción de supuestas obras de arte que en forma incontenible brotaban de los talleres controlados por Cohuatzin y su camarilla. Desde lo más profundo de su ser, el Azteca entre los Aztecas anhelaba que el regreso de Técpatl constituye una especie de feliz augurio de que aquella deplorable situación tocaría pronto a su fin.

Tlacaélel ordenó que se introdujese a Técpatl ante su presencia en cuanto tuvo conocimiento de que el artista solicitaba verle. Un sorprendente y notorio cambio se había operado en la persona del joven huérfano. En las finas pero firmes facciones del escultor, al igual que en cada uno de sus gestos y movimientos —que antaño fueran la imagen misma de la incertidumbre y el desconcierto— se evidenciaba ahora una vigorosa voluntad y una serena confianza en sí mismo. Resultaba evidente que el antiguo conflicto interior que caracterizara a Técpatl, entre su poderoso espíritu y su débil organismo, había concluido con una clara victoria para el primero.

Tlacaélel dialogó largamente con Técpatl poniendo manifiesto durante la entrevista un vivo interés por escuchar todo lo que el artista le narraba. Al final de **la** plática, y como preguntase a Técpatl cuáles eran sus proyectos para el futuro, éste se limitó a contestar que por lo pronto retornaría a su antiguo trabajo de ayudante en el taller de Yoyontzin; asimismo, manifestó su intención de comenzar a esculpir una enorme piedra existente en las cercanías del poblado en que naciera y a la que había soñado dar forma desde niño. El único favor que el artista solicitaba era precisamente que se le proporcionase la ayuda necesaria para transportar aquella piedra hasta el taller de Yoyontzin. El Portador del Emblema Sagrado se comprometió a enviarle a la mañana siguiente un buen número de cargadores para que efectuasen dicho trabajo; después de esto dio por concluida la entrevista.

El retorno de Técpatl a Tenochtítlan, así como su entrevista con Tlacaélel, fueron motivo de prolongados comentarios por toda la ciudad y despertaron de inmediato la recelosa suspicacia de Cohuatzin y de su floreciente corte de amigos.

La labor que a los pocos días de su llegada realizó Técpatl, consistente en dirigir el traslado hasta el taller de Yoyontzin de una gran piedra, constituyó la voz de alerta para Cohuatzin y su grupo, pues al ver aquello, dieron por cierto que el propio Tlacaélel había encomendado al escultor la realización de una obra. No atreviéndose a presentar directamente sus quejas al Portador del Emblema Sagrado, acudieron ante el rey para lamentarse de la ruptura de la norma fundamental que tradicionalmente regía las relaciones entre artistas y autoridades, de acuerdo con la cual, éstas encomendaban a las diferentes asociaciones de artistas y artesanos la elaboración de los diferentes objetos que necesitaban —desde una imagen destinada al culto hasta los utensilios de uso común que se requerían en los templos y en los aposentos reales— y dichas asociaciones a su vez determinaban, con plena autonomía, quién de sus miembros debía llevar a cabo cada uno de los diferentes trabajos.

Itzcóatl negó rotundamente que se hubiese roto o se intentase romper la forma tradicional de operar entre autoridades y artistas: nadie había encomendado a Técpatl la ejecución de una obra, como tampoco se le había otorgado o prometido emolumento alguno; si Tlacaélel había dispuesto que se le brindase cierta ayuda para transportar una piedra, ello constituía un favor como otro cualquiera de los que diariamente concedía el Portador del Emblema Sagrado a las múltiples personas que acudían ante él en demanda de ayuda.

El hecho de saber que sus ganancias no se verían mermadas por las actividades de Técpatl, tranquilizó momentáneamente a Cohuatzin y a sus allegados, sin embargo, muy pronto tuvieron un nuevo motivo de inquietud, pues al poco tiempo se comenzaron a producir una serie de deserciones en diferentes talleres de escultura de la ciudad: varios de

los jóvenes que trabajaban en esos lugares como aprendices o ayudantes de escultor, abandonaron su trabajo para ingresar como aprendices de alfarero al taller de Yoyontzin.

La actividad de escultor otorgaba una superior posición social y era más lucrativa que la de alfarero, así pues, resultaba aparentemente absurda la conducta asumida por aquellos jóvenes, los cuales, tras de avanzar un buen trecho por el camino que conducía a una envidiable posición, lo abandonaban repentinamente para recomenzar desde el principio una actividad que, aun a la larga, habría de resultarles menos provechosa.

Tomando en cuenta que en la mayoría de los casos los jóvenes que habían abandonado los talleres eran precisamente quienes venían manifestando mayores facultades para el ejercicio de la escultura, Cohuatzin llegó a la conclusión de que la explicación de tan extraña paradoja era que aquellos jóvenes deseaban aprender directamente de Técpatl los secretos del arte de esculpir, pero en vista de que éste no poseía su propio taller, pues era únicamente un simple ayudante de alfarero, habían optado por laborar en su compañía, pese a que ello significase sacrificar los frutos de sus anteriores esfuerzos y enfrentarse a un incierto porvenir, ya que el gremio de escultores —que Cohuatzin presidía y controlaba— jamás otorgaría a ninguno de ellos la necesaria autorización para establecer un taller.

Acompañado de un buen número de sus incondicionales, Cohuatzin acudió una vez más ante Itzcóatl para exponerle todo lo relativo a las deserciones de personal de los talleres y pedirle su intervención en contra de Técpatl. Con palabras que al parecer denotaban una intensa preocupación por el problema que se le planteaba, pero en las cuales era fácil percibir un dejo de sorna, el monarca respondió que le era imposible intervenir en aquel conflicto, pues de hacerlo, violaría la autonomía de los gremios y rompería las tradicionales formas de relación existentes entre autoridades y artistas.

Comprendiendo que las autoridades no habrían de brindarles ninguna clase de ayuda en su lucha contra Técpatl y decididos más que nunca a impedir que éste lograse darse a conocer como escultor, Cohuatzin y sus secuaces tomaron la determinación de movilizar a la opinión pública en su contra, para lo cual urdieron una hábil maniobra: dos jóvenes que les eran adictos hicieron el simulacro de unirse a los disidentes; abandonando los talleres donde trabajaban fueron aceptados en el de Yoyontzin, y al igual que sus demás compañeros, comenzaron a recibir lecciones de Técpatl y a laborar con él en la ejecución de la obra escultórica que éste había iniciado. Apenas habían cumplido una semana en su nuevo trabajo, cuando los dos traidores solicitaron ser readmitidos en sus antiguos talleres, y a la vez que simulaban un profundo arrepentimiento por su pasajero desvarío, comenzaron a propalar a los cuatro vientos la versión de que Técpatl proyectaba destruir la fe del pueblo en los dioses, para cuyo propósito estaba esculpiendo una obra indescriptiblemente grotesca, una burlesca representación de la máxima deidad femenina, la venerada Coatlicue. El propósito de Técpatl al realizar dicha obra —afirmaban sus detractores— no era sólo mofarse de los sentimientos del pueblo, sino hacer patente el profundo desprecio que profesaba hacia la Deidad misma. Finalmente, se repetía en contra del artista el mismo cargo de que se le acusara años atrás, o sea el de llevar una vida consagrada al vicio, añadiendo a ello el de haber convertido el taller de Yoyontzin en un antro de corrupción en donde se practicaban toda clase de excesos.

Aun cuando la verdad de las cosas era que la vida privada de Técpatl no sólo podía calificarse de irreprochable sino incluso de ascética, y que en materia religiosa su personalidad estiba muy próxima al misticismo, un creciente número de personas, desconocedoras de la auténtica forma de ser del joven escultor, aceptaban como válidas las calumnias que día con día difundían los secuaces de Cohuatzin. Los familiares de los numerosos jóvenes que habían abandonado sus trabajos para convertirse en discípulos y colaboradores de Técpal, molestos de que éstos hubiesen trocado un prometedor futuro para tomar parte en al*go* que a sus ojos no tenía sentido alguno, dolidos por la actitud de rebelde intransigencia que caracterizaba a todos los seguidores de Técpatl y sin creer que en verdad fuesen las intensas jornadas de trabajo y no la práctica de toda clase de vicios lo que había convertido a dichos jóvenes en unos extraños en sus propias casas, contribuían

en forma importante, con sus incesantes peroratas en contra del artista, a que la opinión pública comenzase a ver en Técpatl a una auténtica amenaza social.

Cuando Cohuatzin juzgó que la animadversión de los habitantes de Tenochtítlan por Técpatl había llegado a un punto tal que ya podría impulsarles fácilmente a la acción, urdió un plan para solucionar, de una vez por todas, aquel espinoso asunto.

Mientras sus enemigos se preparaban a poner en práctica sus siniestros propósitos, Técpatl trabajaba sin descanso en la doble misión que para esa etapa de su vida se había impuesto: realizar una obra escultórica diametralmente distinta a todas las producidas en el pasado y formar a un alto número de artistas que, dejando a un lado la labor de simples copistas de las obras de arte toltecas, fuesen capaces de iniciar un auténtico movimiento de renovación artística. Asimismo, procuraba en unión de sus seguidores incrementar al máximo posible la producción artesanal del taller de Yoyontzin, con objeto de no convertirse en una carga demasiado pesada para la modesta economía del generoso anciano.

El engaño sufrido por Técpatl a manos de los dos jóvenes espías al servicio de Cohuatzin había constituido un duro revés para los propósitos del escultor, quien deseaba mantener en secreto la ejecución de la obra que estaba llevando a cabo hasta que no estuviese del todo terminada, pues de acuerdo con su inveterada costumbre, se había propuesto demolerla una vez concluida si no resultaba de su entera satisfacción, como había hecho con todas sus anteriores creaciones.

Ignorantes de que había llegado la fecha fijada para la celada tendida en su contra, Yoyontzin y Técpatl, acompañados de varios de sus ayudantes y de algunos porteadores, se dirigieron al igual que todos los días primeros de cada mes al mercado de Tlatelolco. El propósito que les guiaba era el de vender a los comerciantes del mercado los productos de cerámica elaborados en el taller durante los veinte días anteriores. Las canoas que transportaban la mercancía se deslizaban muy lentamente sobre las calzadas de agua a causa del excesivo peso depositado en ellas.

Apenas habían traspasado los límites del mercado, cuando Yoyontzin y sus acompañantes comenzaron a ser insultados soezmente por numerosas personas. Sin hacer caso de la creciente lluvia de injurias, los integrantes del pequeño grupo se encaminaron hacia los locales donde operaban los mercaderes con los que habitualmente celebraban sus transacciones, pero éstos se negaron a adquirir la mercancía que les llevaban, aduciendo que no deseaban tener ninguna clase de tratos con individuos viciosos y degenerados.

Desconcertados ante la hostilidad de que eran objeto, el anciano alfarero y sus jóvenes amigos optaron por retirarse cuanto antes del mercado, pero al retornar sobre sus pasos, los insultos de la multitud se hicieron aún mayores, e intempestivamente un sujeto llegó hasta Yoyontzin y con rápido ademán le propinó una bofetada en el rostro. Ante el cobarde ataque a su generoso protector, Técpatl perdió la serenidad y lanzándose sobre el agresor lo derribó al suelo de un solo golpe. Se inició al instante una furiosa zacapela. Incontables personas se arrojaron en contra de Técpatl y de sus amigos agrediéndoles a golpes y puntapiés, y a pesar de que éstos se defendieron bravamente, la incontrastable superioridad numérica de sus adversarios no tardó en imponerse. Los jóvenes fueron salvajemente golpeados hasta dejarlos inconscientes, después, los agentes provocadores al servicio de Cohuatzin —que eran los que habían azuzado y dirigido a la multitud durante todo el zafarrancho— apartaron al maltrecho cuerpo de Técpatl y sin hacer caso de las súplicas de Yoyontzin, procedieron a recostarlo contra un muro y comenzaron a repartir entre la gente canastillas llenas de piedras, invitando a todos los presentes a que las lanzasen contra el joven escultor.

El hábil plan trazado por Cohuatzin para eliminar a Técpatl propiciando un motín popular que diese fin a la vida del artista estaba por cumplirse. Algunas piedras volaban ya por los aires y rebotaban junto a Técpatl, cuando una grácil figura femenina se abrió paso entre la enardecida muchedumbre y atravesando con paso firme el espacio vacío existente entre la turba y el desfallecido cuerpo del escultor llegó junto a éste, y le tendió los brazos, ayudándolo a reincorporarse. Un murmullo de asombro se extendió entre la multitud al reconocer a la recién llegada, cuyo nombre comenzó a correr de boca en boca. Se trataba de Citlalmina, la iniciadora de la rebelión juvenil con la que había dado comienzo la lucha

libertaria del pueblo azteca. Citlalmina había llegado al mercado justo en el momento en que los provocadores repartían las canastillas de piedras e incitaban a la gente a lapidar a Técpatl. Un solo vistazo a lo que ocurría le había bastado para formarse un juicio acerca de la situación, así como para tomar la determinación de intentar salvar la vida del escultor.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano Técpatl se mantenía en pie esbozando una dolorida sonrisa a través de sus ensangrentadas facciones. Airadas voces surgían de la muchedumbre pidiendo a Citlalmina que se apartase para dar comienzo a la lapidación, pero ella permanecía inmóvil, sosteniendo con su cuerpo buena parte del peso de Técpatl y evidenciando con su actitud la inquebrantable decisión de compartir la suerte del artista, fuese ésta la que fuere. El rostro de Citlalmina —famoso en todo el Anáhuac por su resplandeciente belleza— reflejaba con toda claridad los sentimientos que la dominaban en aquel instante: no había en su interior el menor asomo de temor por lo que pudiera ocurrirle, sus grandes ojos negros relampagueaban con ira reprochando con la mirada a la multitud su cobardía en forma mucho más elocuente que el más conmovedor de los discursos. Lentamente, el ensordecedor griterío de la gente comenzó a disminuir de tono hasta extinguirse por completo, sobreviniendo un pesado y tenso silencio. La superior presencia de ánimo de Citlalmina había terminado por imponerse sobre los desatados impulsos de furia de la muchedumbre.

Sin dejar de sostener a Técpatl, que se movía con gran dificultad a causa de los innumerables golpes recibidos, Citlalmina inició un lento avance hacia la salida del mercado. Las compactas filas de gente se iban abriendo a su paso sin presentar resistencia alguna. Un cambio brusco se había operado en el ánimo de la multitud, trocando sus agresivos sentimientos en una mezcla de profundo arrepentimiento y de vergüenza colectiva por su reciente proceder.

Citlalmina y Técpatl se encontraban ya en los confines del mercado, cuando hizo su aparición un pelotón de soldados comandados por un oficial. Ante la presencia de las tropas, la multitud optó por desbandarse con gran rapidez. En la gran plaza quedaron tan sólo Yoyontzin y los jóvenes discípulos de Técpatl, en cuyos cansados y doloridos rostros podían verse con toda claridad las huellas dejadas por el desigual combate que acababan de librar. A pesar de todo lo ocurrido, sus amigos rodearon alborozados a Técpatl, felicitándolo por haber logrado salvar la vida. El oficial trasladó a todos los integrantes del maltrecho grupo hasta el cuartel más cercano, en donde sus heridas fueron atendidas. A la mañana siguiente, y de acuerdo con las instrucciones dictadas expresamente por el propio Itzcóatl, una fuerte escolta acompañó hasta el taller de Yoyontzin tanto al anciano alfarero como al escultor y a sus amigos, concluyendo así el azaroso episodio.[2]

El grave altercado ocurrido en el mercado de Tlatelolco, que tan cerca estuviera de originar la muerte de Técpatl, constituyó en realidad un acontecimiento en extremo venturoso para el escultor, pues debido al mismo habría de sumarse a su causa un nuevo aliado de incalculable valor, poseedor de la fuerza de un huracán desencadenado: Citlalmina.

Cuando al día siguiente de aquél en que ocurrieran los disturbios, Técpatl y sus amigos retornaron al taller de Yoyontzin en compañía de la escolta, Citlalmina los aguardaba ya al frente de un numeroso grupo de mujeres. Citlalmina no se limitó a manifestar su buena disposición y la de sus acompañantes para colaborar con los artistas en aquello en que éstos considerasen les podría resultar de utilidad, sino que de inmediato puso en marcha un vasto plan de acción tendiente a contrarrestar las aviesas maniobras *de* Cohuatzin. En primer término, las mujeres aztecas tomaron por su cuenta la distribución de los productos de alfarería que se elaboraban en el taller de Yoyontzin, utilizando para ello el sistema de ventas directas de casa en casa, nulificando en esta forma el bloqueo económico con el cual —merced a la complicidad de los mercaderes— los enemigos de Técpatl y Yoyontzin pensaban doblegarlos. Acto seguido Citlalmina pasó a la ofensiva. Su penetrante inteligencia le había hecho entender con toda claridad el verdadero motivo de aquel conflicto: el temor de un grupo de artistas mediocres a perder sus jugosas ganancias, lo que

[2] Con motivo de este incidente las autoridades aztecas ordenaron la constitución de una guardia especial para la vigilancia del mercado y crearon un tribunal que tenía por objeto dirimir cualquier controversia que se suscitase dentro del mismo.

ocurriría fatalmente en cuanto la población comenzase a valorar las obras realizadas por artistas de verdadero genio. Así pues, era indispensable, si en verdad se quería obtener la victoria en aquella nueva lucha, lograr la elevación de la conciencia crítica de la sociedad tenochca en lo relativo a cuestiones artísticas.

En todo el Valle del Anáhuac existían restos fácilmente localizables de las antiguas ciudades toltecas. Numerosos grupos organizados por Citlalmina se dieron a la tarea de escarbar en ellos, para obtener objetos que fuesen representativos del arte desarrollado en esos tiempos. Una vez extraídos, se procedía a estudiarlos y a compararlos con aquellos objetos similares que se elaboraban en los talleres de Tenochtítlan. En todos los casos, el resultado de la comparación resultaba altamente desfavorable para los nuevos productos, pues su calidad era de un grado de inferioridad tal, que no podía pasar desapercibido ni ante el ser menos dotado de sensibilidad artística.

176

Noche tras noche comenzaron a celebrarse reuniones cada vez más numerosas en diversos sitios de la ciudad, en ellas, Citlalmina y sus colaboradores exponían la Índole de las investigaciones que venían realizando, presentaban ante la consideración de los asistentes toda clase de objetos antiguos y modernos, promovían apasionadas discusiones entre los participantes, y generaban con ello un creciente interés sobre cualquier tema relacionado con las actividades artísticas y artesanales que se desarrollaban en la comunidad tenochca.

A pesar de que en un principio Técpatl se negó reiteradamente a participar en esta clase de reuniones —tanto porque la reserva de su carácter era contraria a toda actividad pública, como por el hecho de que no le agradaba desatender ni un solo instante el trabajo que estaba realizando—, terminó por acceder a ello, ante la indoblegable insistencia de Citlalmina.

La presencia de Técpatl en las reuniones originaba invariablemente las mismas reacciones; al iniciarse éstas, era claramente perceptible que privaba en el ambiente un abierto sentimiento de animadversión en contra del escultor —¡ eran tantas las calumnias que se habían propalado acerca de su persona!— pero en cuanto éste comenzaba a exponer sus ideas acerca de la necesidad de crear un arte nuevo y vigoroso, que en verdad constituyese una auténtica expresión de los sentimientos y anhelos del pueblo azteca, la actitud de sus oyentes iba variando rápidamente, primero le escuchaban con curiosidad, después con profundo interés y finalmente con apasionado entusiasmo. Sin poseer dotes oratorias de ninguna especie, la fuerza de sus convicciones y la nobleza de su espíritu eran de tal grado, que Técpatl lograba comunicar, a través de sus palabras, una buena parte del afán que lo dominaba por llevar al cabo sus elevados ideales. Como resultado de aquellas reuniones, el número de personas que comprendían y compartían las tesis que en materia de renovación artística propugnaba el escultor, era cada vez mayor.

El cambio que en contra de sus intereses comenzaba a operarse en la opinión pública no pasaba desapercibido para Cohuatzin y su camarilla; sin embargo, cuanto intento efectuaban con miras a impedirlo, se estrellaba invariablemente ante una conciencia popular cada vez más despierta, que conducida bajo la acertada dirección de Citlalmina y de un numeroso grupo de jóvenes entusiastas e inteligentes, parecía adivinar con suficiente anticipación las maniobras del culhuacano, impidiendo su realización a través de una eficaz organización. Los provocadores enviados a las reuniones donde se debatían temas artísticos eran siempre localizados y expulsados a golpes. En torno al taller de Yoyontzin se formó un constante servicio de vigilancia armada, realizada por gente del pueblo, que impedía tanto la posibilidad de una agresión a quienes ahí laboraban, como cualquier intento de destrucción de la ya casi terminada obra escultórica realizada por Técpatl. Finalmente, la tan temida posibilidad de que sus intereses económicos se vieran afectados, comenzaba a convertirse en una realidad para el grupo de Cohuatzin, pues la venta de sus productos había empezado a disminuir en forma ostensible, indicando con ello que se estaba operando una profunda transformación en el gusto artístico de la población azteca.

Una vez que Técpatl hubo concluido la escultura en que había venido laborando, y habiendo quedado satisfecho con la realización de la misma, se dirigió nuevamente al

Templo Mayor para comunicar a Tlacaélel que deseaba obsequiar su obra a la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl. En su carácter de Sumo Sacerdote de la respetada y milenaria Institución, Tlacaélel aceptó el ofrecimiento de Técpatl y fijó la fecha en la que, acompañado de las más altas autoridades del Reino, acudiría al taller de Yoyontzin a recibir personalmente la escultura.

Una enorme expectación se despertó en todo el pueblo azteca en cuanto tuvo conocimiento de estos hechos. Hasta esos momentos nadie que no fuesen los propios ayudantes de Técpatl (con la excepción de Yoyontzin y de los dos espías enviados por Cohuatzin) había tenido oportunidad de contemplar la escultura, razón por la cual, seguían corriendo los más disparatados rumores acerca de la misma. Un incesante afluir de gentes deseosas de asistir al acto de la entrega de la obra de Técpatl comenzó a efectuarse desde los más diversos rumbos hacia la capital azteca. Al aproximarse el día en que había de tener lugar este acto, eran ya verdaderas multitudes las que diariamente hacían su arribo a Tenochtítlan.

Aterrorizado ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, Cohuatzin perdió la noción de las proporciones y urdió una nueva maniobra que entrañaba ya la realización de actos que podían calificarse de abierta rebelión en contra de las autoridades aztecas. Contratados por Cohuatzin, numerosos soldados tecpanecas que habían combatido en las filas del desaparecido ejército de Maxtla comenzaron a concentrarse en Tenochtítlan. Confundidos entre el torrente humano que en número siempre creciente acudía a la capital del Reino, los mercenarios penetraron en la ciudad y fueron alojados en los talleres pertenecientes al culhuacano y a sus secuaces. Cohuatzin proyectaba utilizar estas tropas para dar muerte a Técpatl y a sus ayudantes. El momento escogido para ello sería durante la ceremonia en la cual, ante la presencia del pueblo y de las autoridades, el joven escultor haría entrega de su recién terminada escultura al Portador del Emblema Sagrado. Un grupo de provocadores realizaría primeramente un último intento tendiente a promover una revuelta popular: vociferando en contra de la escultura, a la que calificarían de imperdonable sacrilegio cometido en contra de la Deidad que pretendía representar, incitarían al pueblo a que exterminase de inmediato al autor de aquella profanación. Si el pueblo no secundaba a los provocadores, entrarían en acción las tropas mercenarias; su actuación había sido planeada para producir un impacto paralizante de efectos definitivos: tras de vencer cualquier posible resistencia procederían al asesinato de Técpatl, de Yoyontzin y de sus respectivos ayudantes, finalmente, demolerían la escultura hasta convertirla en un montón de escombros. El hecho de que todo esto pretendiese realizarse ante la presencia de las más altas autoridades del Reino, hacía del atentado un acto de imprevisibles consecuencias, ya que resultaba imposible anticipar la actitud que asumirían frente a semejantes acontecimientos los dirigentes tenochcas, así como los extremos a que podría llegar, una vez iniciada su acción, el contingente de tropas mercenarias, integrado por antiguos soldados tecpanecas poseídos de un ciego afán de venganza.

La noche anterior al día en que habría de tener lugar la tan esperada entrega de la obra de Técpatl, Tlacaélel recibió un aviso de Itzcóatl solicitándole acudiese de inmediato a una reunión de emergencia del Consejo Consultivo del Reino. La intempestiva reunión había sido convocada a instancias de Moctezuma. El comandante en jefe de los ejércitos aztecas tenía informes confirmados de que un número aún no precisado de tropas mercenarias había penetrado en Tenochtítlan y se hallaban alojadas en diversos talleres de la ciudad, listas para tratar de impedir, por la fuerza, la celebración de la ceremonia que habría de efectuarse a la mañana siguiente. El Flechador del Cielo había acuartelado ya a sus tropas y solicitaba se le autorizase para tomar por asalto esa misma noche los talleres que servían de refugio a los mercenarios, así como para proceder a la captura de Cohuatzin y de todos sus cómplices.

Ante el asombro de los ahí presentes, Tlacaélel se manifestó en contra de que fuesen las autoridades las que adoptasen las medidas necesarias para hacer frente a la amenaza surgida en la propia capital del Reino.

El pueblo tenochca —afirmó el Cihuacóatl Azteca— no era ya un organismo indefenso que pudiese ser devorado por la primera ave de rapiña que se cruzase en su camino. Los nefastos días en que una partida de audaces podía penetrar hasta el corazón de

Tenochtitlan y en un ataque sorpresivo dar muerte a su máximo gobernante, eran cosa del pasado. La vigilancia de la ciudad para preservarla de las acechanzas de sus enemigos constituía una responsabilidad de todos sus habitantes y éstos sabrían encontrar, por sí mismos, la respuesta más adecuada a la maniobra urdida por un puñado de sujetos que, lo mismo como artistas que como conspiradores, habían manifestado una total falta de talento y una insufrible mediocridad.

Después de escuchar los razonamientos de Tlacaélel, Itzcóatl estuvo de acuerdo en que por el momento las autoridades no debían emprender acción alguna, para dar así al pueblo la oportunidad de demostrar su capacidad para organizarse y defenderse de quienes pretendían engañarlo, sin embargo, opinó que no sería prudente acudir a la ceremonia del día siguiente sin contar con la debida protección de una fuerte guardia armada.

Una vez más Tlacaélel sostuvo un parecer contrario, al afirmar con vigoroso acento:

El gobernante que necesita protección cuando se encuentra entre su pueblo, no merece llamarse gobernante.

En vista de la segura confianza manifestada por Tlacaélel de que el pueblo sabría hacer frente apropiadamente a la situación, el monarca dio por concluida la reunión y los integrantes del Consejo Consultivo retornaron a sus respectivas moradas.

Antes de retirarse a sus habitaciones, el Portador del Emblema Sagrado subió hasta la cúspide del Templo Mayor para observar desde lo alto a la ciudad. Era ya pasada la medianoche, sin embargo, resultaba obvio que Tenochtítlan no dormía. Una gran tensión se percibía claramente en el ambiente. Incontables lucecillas brillaban por todos los rumbos de la capital azteca, evidenciando con ello que una gran parte de sus habitantes permanecía aún en vela. En la negra superficie del enorme lago se movían las luces de numerosas canoas que se desplazaban en dirección a la ciudad, a donde continuaban llegando grupos de personas deseosas de estar presentes en el acto de entrega de la escultura de Técpatl.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Tlacaélel mientras recordaba al joven escultor causante de toda aquella conmoción, y en aquel instante, presintió que en esa ocasión no se hallaba sólo en su imperturbable confianza frente al destino, sino que esta misma actitud era compartida también por otra persona.

Y el Azteca entre los Aztecas tenía razón, pues aquella noche, tras de revisar hasta el último detalle de su recién terminada obra y proceder a envolverla con gruesos ayates, Técpatl, sin percatarse al parecer de la febril emoción que imperaba entre sus ayudantes y amigos, se había retirado muy temprano a su aposento, en donde dormía con sueño tranquilo y reposado.

Tlacaélel se encontraba aún en sus habitaciones, cuando fue informado de que Cohuatzin y los dirigentes de las corporaciones de artistas y artesanos existentes en Tenochtítlan le aguardaban para acompañarle al acto que tendría lugar aquella mañana.

Cohuatzin y sus allegados saludaron al Cihuacóatl Azteca con grandes muestras de aparente afecto. El culhuacano pronunció un breve discurso en el cual, en nombre de las distintas organizaciones de artistas y artesanos ahí representadas, expresó la supuesta satisfacción que embargaba a los componentes de dichas instituciones con motivo de la obra realizada por Técpatl.

Tlacaélel escuchó pacientemente aquellas palabras rebosantes de cinismo e hipocresía, a la vez que observaba con atenta mirada a cada uno de los integrantes de aquel grupo, percatándose al instante del incontrolable nerviosismo que les dominaba. El semblante de Cohuatzin era el de un hombre al borde del colapso: sus ojos hundidos en medio de profundas ojeras reflejaban un profundo terror, un continuo tic le desfiguraba el rostro y sus palabras no poseían ni la fluidez ni el meloso acento que caracterizaba su natural hablar, pues ahora tartamudeaba y entrecortaba las frases, acentuando con ello el grotesco aspecto que tenía toda su figura en aquellos momentos. El Portador del Emblema Sagrado concluyó para sus adentros que Cohuatzin, al impulso de su naturaleza ambiciosa e intrigante, se había dejado llevar por los acontecimientos hasta el grado de pretender preservar sus intereses organizando una conspiración que le llevaría inexorablemente a un choque frontal con las autoridades del Reino, empresa del todo desproporcionada a su

capacidad y posibilidades, pero de la cual no podía ya desligarse a pesar de que seguramente hacía tiempo que se hallaba arrepentido de haberla iniciado.

En unión de tan poco grata comitiva, Tlacaélel se dirigió al encuentro de Itzcóatl. El monarca lo aguardaba en compañía de las principales personalidades del gobierno azteca. Nuevamente Cohuatzin improvisó algunas balbuceantes frases para expresar su lealtad al rey y la complacencia que le producía la ejecución de la obra llevada a cabo por Técpatl. Los mandatarios respondieron en forma fríamente cortés a los afectuosos saludos de los dirigentes de las corporaciones de artistas y artesanos, con la excepción de Moctezuma, quien de plano se negó a dar respuesta a los saludos de los conspiradores, limitándose a traspasarlos con fiera mirada. La actitud del guerrero incrementó al máximo el manifiesto pavor que dominaba a los acompañantes de Cohuatzin, varios de los cuales dieron la impresión de que podrían caer desmayados de un momento a otro.

No deseando prolongar por más tiempo aquella embarazosa situación, Itzcóatl dio la orden de encaminarse cuanto antes al taller de Yoyontzin. Una enorme multitud esperaba a sus gobernantes en la gran plaza central, deseosa de acompañarles durante todo el trayecto. Muy pronto el avance de los dignatarios por las calles y canales de la ciudad se convirtió en un entusiasta homenaje del pueblo a sus autoridades. Tlacaélel, Itzcóatl y Moctezuma, eran vitoreados en forma incesante y atronadora. Un festivo ambiente de alegría imperaba en toda la capital azteca.

Tlacaélel no veía a Citlalmina por ningún lado, pero adivinaba su inconfundible aliento e inspiración en todo cuanto contemplaba: en los emocionados rostros de los niños y niñas que agrupados en numerosos conjuntos entonaban por doquier vibrantes canciones, en los semblantes enérgicos y decididos de los jóvenes, que dando muestras de una organización y disciplina impecables, mantenían una efectiva vigilancia en el amplio sector de la ciudad comprendido en el recorrido, y en general, en el evidente sentimiento de altiva y segura confianza en sí mismo que parecía caracterizar a todo el pueblo azteca en aquellos momentos. Ante tan palpables muestras de la existencia de una conciencia popular vigilante y poderosa, Tlacaélel no tuvo la menor duda de que las fuerzas mercenarias al servicio de Cohuatzin no se atreverían a intentar acción alguna.

Tanto la comitiva como la inmensa multitud que le seguía se detuvieron al llegar frente a la casa de Yoyontzin. Con objeto de que la escultura de Técpatl resultase visible desde el exterior al mayor número posible de personas, el artesano había ordenado, desde el día anterior, se derribase una buena parte de la barda que rodeaba al taller. En esta forma, las curiosas miradas de los recién llegados se posaron de inmediato en el enorme bulto envuelto en toscos ayates que se encontraba colocado sobre una recia plataforma en el centro del patio.

Técpatl y Yoyontzin aguardaban la llegada de las autoridades a la entrada del taller. La serena actitud del joven contrastaba marcadamente con la intensa emoción que dominaba al anciano. Técpatl presentó **ante** los dignatarios aztecas a los jóvenes que habían colaborado con él en la ejecución de la escultura.

Tlacaélel observó en todos ellos esa mirada a un mismo tiempo soñadora y enérgica que caracteriza a los auténticos artistas.

Autoridades y artistas avanzaron hasta llegar junto a la plataforma, detrás de ellos se apretujaba un enorme gentío que había invadido ya cuanto espacio disponible existía: el patio del taller, los techos de las casas cercanas, las calles adyacentes y los amplios terrenos aún no construidos que existían frente a la casa de Yoyontzin. Los ojos de todos los presentes no se despegaban ni un instante del misterioso envoltorio, como si intentasen arrancar su cubierta a fuerza de mirarlo. De un ágil salto Técpatl se encaramó en la plataforma, y luego, con un ademán no exento de cierta solemne teatralidad, deshizo de un solo tirón el nudo del grueso cordel que mantenía unidos todos los ayates; éstos cayeron al instante dejando al descubierto su oculto contenido.

Únicamente la paralizante e inenarrable sorpresa que tal vez se produzca en el espíritu de aquéllos a los que la muerte arrebata en forma repentina, podría compararse a la conmoción que se generó en el ánimo de los espectadores cuando surgió ante ellos la imagen de la Deidad que sintetizaba en su ser uno de los dos aspectos —el femenino— de

la dualidad creadora. En un primer momento, ninguno de los presentes creyó que se hallaba ante una mera representación escultórica de la venerada Coatlicue, sino más bien juzgaron que por algún incomprensible prodigio les era dado contemplar a la manifestación real y verdadera de la Deidad. Y es que aquella efigie en piedra era mucho más que una simple escultura, en ella habían sido plasmadas, en forma magistral, intuiciones presentidas por el pueblo azteca a lo largo de siglos. Oscuros sueños adormecidos en el subconsciente colectivo y elaboradas concepciones teogónicas de los cerebros más esclarecidos, aparecían ahora claramente representados en una obra magnífica y terrible.

Estática, muda, fascinada ante lo que contemplaba, la multitud permanecía extrañamente inmóvil, como si desease prolongar indefinidamente aquel singular instante de éxtasis y comunión colectivos. Haciendo un esfuerzo, Tlacaélel logró finalmente sustraerse al estado cercano a la hipnosis en que se encontraban todos e intentó de inmediato analizar la obra con un espíritu puramente crítico.

La escultura constituía, primordialmente, una conjunción de símbolos genialmente integrados en una sola figura. Cada uno de los múltiples detalles que componían la obra aludía a una profunda concepción de carácter cósmico religioso: caracoles, serpientes, manos, corazones, cráneos, garras y cabezas de águila, así como los demás elementos contenidos en el monolito, poseían un significado específico, y era atendiendo al mismo, que habían sido colocados y armonizados en aquella obra de fuerza y vigor indescriptibles.

Aquella simétrica y majestuosa escultura era un auténtico compendio de conocimientos materializados en piedra y el desentrañar plenamente su significado constituía una labor que requería una buena cantidad de tiempo, incluso para una mente como la de Tlacaélel; así pues, el Portador del Emblema Sagrado optó por dejar para posteriores observaciones el lograr una apreciación integral de la obra, y dirigiéndose a los sacerdotes que le acompañaban, les instó a dar comienzo a la ceremonia de consagración de la escultura.

Lentamente, como si cada uno de sus movimientos constituyese para ellos un enorme esfuerzo, los sacerdotes dieron inicio al acto religioso de consagración de la imagen en piedra de la Deidad que simbolizaba a las fuerzas cósmicas de signo femenino que animan a la tierra y que dan origen a la vida y a la muerte. El Heredero de Quetzalcóatl presidía la ceremonia pronunciando con recia voz las sacramentales palabras, fórmulas milenarias preservadas en virtud de una celosa tradición que había logrado mantener incólumes los sagrados rituales.

Sumido aún en aquel estado de conciencia que le había permitido alcanzar el éxtasis colectivo, el pueblo mantuvo un respetuoso silencio a lo largo de toda la ceremonia; al concluir ésta, el hechizo que imperaba en el ambiente pareció comenzar a desvanecerse y un murmullo de voces expresando su admiración hacia la obra de Técpatl se dejó escuchar por doquier.

Itzcóatl mandó llamar al jefe de los porteadores que tendrían a su cargo la misión de transportar la monumental efigie desde aquel lugar hasta el Templo Mayor y le ordenó dar comienzo a la operación. Un elevado número de cargadores rodeó en un instante a la escultura, discutiendo sin cesar sobre la mejor forma de llevar a cabo la difícil maniobra.

Desplazándose mediante una base colocada sobre pesados y uniformes troncos de árbol que iban siendo movidos con gran cuidado, la colosal efigie inició su avance hacia el centro de la ciudad. En el momento mismo en que la operación del traslado daba comienzo, suscitóse un acontecimiento del todo inesperado: sin que existiese al parecer un motivo en especial para ello, la reverente actitud de la multitud se trocó repentinamente en un sentimiento de ira incontenible. Miles de puños se alzaron amenazadores señalando a Cohuatzin y a los demás dirigentes de las corporaciones de artistas y artesanos. Un solo rugido, proferido al unísono por incontables gargantas, hizo estremecer el aire produciendo un eco de ominosas vibraciones. Tal parecía que una pesada venda se hubiese desprendido bruscamente de los rostros de todos, permitiéndoles percatarse tanto de los mezquinos intereses que guiaban la conducta de los supuestos artistas, como de las bajas argucias de que éstos se habían valido para intentar impedir la realización de la admirable obra que ahora se erguía triunfante ante sus ojos.

Una ola humana, vengativa y colérica, se precipitó hacia el lugar donde se encontraban Cohuatzin y su camarilla. Profiriendo agudos gritos de terror, los falsos artistas se refugiaron en el interior de la casa de Yoyontzin, quien en unión de Técpatl, así como de los discípulos de éste y de sus propios ayudantes, intentaba vanamente contener el avance de la airada multitud.

Tlacaélel y Moctezuma prosiguieron tranquilamente su camino, sin manifestar el menor interés en lo que ocurría, Itzcóatl, por el contrario, se volvió rápidamente sobre sus pasos e internándose en la casa del artesano subió a la azotea y desde ahí conminó con enérgico acento a la multitud, ordenándole dispersarse de inmediato. Atendiendo a las indicaciones del monarca, el pueblo se retiró de las inmediaciones de la casa de Yoyontzin, sin embargo, él exaltado ánimo que privaba entre la multitud estaba aún lejos de extinguirse, los rumores acerca de la existencia de fuerzas mercenarias dentro de la ciudad eran ya del dominio público y la enardecida población se lanzó a tratar de localizarlas.

En ninguna parte fue posible hallar a un solo mercenario, éstos habían huido muy de mañana, al percatarse de la imposibilidad de pretender llevar a cabo una agresión frente a un pueblo organizado y en actitud de alerta. Ante lo infructuoso de su búsqueda, la multitud desahogó su furia destruyendo e incendiando las casas y los talleres de Cohuatzin y de todos sus incondicionales.

En la tarde de ese mismo día, mientras los rescoldos de las casas incendiadas aún humeaban y la calma retornaba lentamente a la agitada capital azteca, Cohuatzin y su camarilla abandonaron la ciudad, protegidos de las iras populares por un numeroso contingente de tropas. Itzcóatl había decretado que los fracasados conspiradores fuesen expulsados de los confines del Reino Azteca, quedándoles prohibido el retorno bajo pena de muerte.

A pesar de que Tlacaélel se opuso terminantemente a que en los códices en donde iban siendo anotados los principales acontecimientos se registrasen las maniobras urdidas por Coahuatzin y sus secuaces (aduciendo que las actividades desarrolladas por dichos sujetos constituían un hecho carente de la menor importancia) el pueblo, por medio de la tradición oral, conservó fiel memoria de estos sucesos, a los cuales dio la irónica denominación de "La Rebelión de los Falsos Artistas".

Capítulo XIV

CONSTRUYENDO UN IMPERIO

En el año trece pedernal, a consecuencias de una pulmonía fulminante murió Itzcóatl, rey de los tenochcas. Al ascender al trono contaba cuarenta y siete años de edad y sesenta al ocurrir su fallecimiento. Durante su reinado, iniciado bajo las más adversas circunstancias, habían tenido lugar los trascendentales acontecimientos que transformaran a un pueblo sojuzgado y vasallo, en el poderoso reino que con ánimo resuelto intentaba unificar al mundo entero bajo su dominio.

Poseedor de una personalidad desprovista de ambiciones de poder, Itzcóatl había obtenido su alta investidura como resultado de una acertada determinación de Tlacaélel, que con certera visión, descubriera en él al sujeto indicado para impedir el estallido de la lucha fraticida que amenazaba escindir al pueblo azteca en los momentos en que más se requería la unidad de todos sus componentes. Itzcóatl había sabido desempeñar su difícil cargo con señorío, serenidad y prudencia. Su habilidad para lograr conciliar los más opuestos intereses era ya legendaria, como lo era también su imparcialidad para impartir justicia. El afectuoso recuerdo que del extinto monarca conservaría siempre el pueblo tenochca, constituía el mejor homenaje a su memoria.

En vista de la forma del todo favorable a sus proyectos en que venían desarrollándose los acontecimientos, Tlacaélel juzgó que había llegado la tan esperada oportunidad de llevar a cabo el restablecimiento del Poder Imperial. La decisión de Tlacaélel implicaba, antes que nada, la designación de la persona en quien habría de recaer la responsabilidad de ostentar el cargo de Emperador. En virtud de que el Azteca entre los Aztecas mantenía inalterable el criterio de que a su condición de Portador del Emblema Sagrado no debía agregarse la de Emperador —pues la acumulación extrema de poder había demostrado ser nefasta a juzgar por lo ocurrido en el Segundo Imperio Tolteca— no quedaba sino una sola persona capaz de sobrellevar con la debida dignidad tan elevado cargo: Moctezuma, el Flechador del Cielo.

Las ceremonias tendientes a formalizar el restablecimiento del Imperio revistieron una particular solemnidad y culminaron con la entrega que de los símbolos del Poder Imperial —penacho de plumas de quetzal adornado con diadema de oro y turquesas, largo manto verde y cetro en forma de serpiente emplumada— hizo Tlacaélel a Moctezuma.

Una vez concluidos los festejos de la coronación, numerosas delegaciones de embajadores tenochcas se encaminaron a las más apartadas regiones, para difundir por doquier idéntico mensaje: a partir de aquel momento sólo existía un solo gobierno legítimo sobre la tierra y éste era el representado por las Autoridades Imperiales, así pues, cualquiera que se ostentase como gobernante debería manifestar de inmediato su voluntad de acatar el poderío azteca o de lo contrario sería considerado como un rebelde.

Los tenochcas no eran tan ingenuos como para suponer que la transmisión de un simple mensaje bas*taba* para garantizar el general acatamiento a sus designios, pero confiaban en que a resultas de la actuación de sus embajadores se producirían dos consecuencias favorables a sus intereses. La primera de ellas, era la de que muchos gobernantes que hasta entonces se habían mantenido indecisos entre hacer frente a la creciente hegemonía de Tenochtítlan o procurar avenirse a su mandato, terminarían por inclinarse hacia esta última alternativa, y la segunda, que aun en los casos de aquéllos que habían optado con ánimo resuelto por combatir la expansión azteca, al saber que luchaban en contra de un Imperio que se ostentaba como el único legítimo depositario de la autoridad, verían debilitada su voluntad de resistencia en las futuras contiendas.

Muy pronto las actividades diplomáticas que tenían lugar en Tenochtítlan se incrementaron al máximo. Numerosos reinos que aún conservaban su independencia, pero que se hallaban en lugares cercanos a los territorios que integraban el dominio azteca, enviaron representantes con la doble misión de patentizar su obediencia a los dictados tenochcas y de negociar las mejores condiciones posibles en que habría de efectuarse su

incorporación al Imperio. Por el contrario, de lejanos lugares retornaban embajadores portando las firmes negativas expresadas por diversos reinos a los designios de predominio universal de los tenochcas.

Una larga serie de campañas militares, tendientes a someter poblaciones cada vez más distantes, comenzaron a desarrollarse con resultados siempre favorables a las armas imperiales.

Las reformas introducidas en materia de educación comenzaban ya a dar sus primeros frutos; en los centros de enseñanza se estaban formando seres dotados de una diferente y superior personalidad, poseedores de una firme voluntad y de un recio carácter, sinceramente interesados en dedicar su vida entera a la consecución de los más elevados ideales. La aplicación intensiva y generalizada de los antiguos métodos de enseñanza, producía una vez más magníficos resultados.[1]

Guiado por el propósito de proporcionar al naciente Imperio una sólida estructura, Tlacaélel decidió llevar a cabo el restablecimiento de la antigua Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres.

Esta Orden había sido en el pasado la base de sustentación de toda la organización social y política de los dos Imperios Toltecas y el Portador del Emblema Sagrado deseaba que, en igual forma, constituyese la columna vertebral de la nueva sociedad azteca.

Los requisitos para ingresar como aspirante en la Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres eran de muy variada índole; en primer término, se requería haber concluido en forma destacada los estudios que se impartían en algunas de las instituciones de enseñanza superior; en segundo lugar, era preciso haber participado como guerrero en por lo menos tres campañas militares y haber dado muestras de una gran valentía; finalmente, se necesitaba la aprobación de las autoridades del Calpulli en cuya localidad se habitaba, las cuales debían avalar la buena conducta del solicitante y atestiguar que se trataba de una persona caracterizada por un manifiesto interés hacia los problemas de su comunidad.

Al ingresar como aspirantes en la Orden, los jóvenes abandonaban sus hogares y se trasladaban a residencias especiales en donde iniciaban un periodo de aprendizaje que habría de prolongarse a lo largo de cinco años. Durante dicho periodo, además de fortalecer su cuerpo y su espíritu a través de una rigurosa disciplina, comenzaban a ponerse en contacto con el nivel más elevado de las antiguas enseñanzas. Profundos conocimientos sobre teogonía, matemáticas, astronomía, botánica, lectura e interpretación de códices y muchas otras materias más, eran impartidos en forma intensiva en las escuelas de la Orden.

El alto grado de dificultad, tanto de los estudios que realizaban como de las disciplinas a que tenían que ajustarse, hacía que el número de aspirantes se fuese reduciendo considerablemente en el transcurso de los cinco años que duraba la instrucción. Al concluir ésta venía un período de pruebas, durante el cual los aspirantes tenían que dar muestras de su capacidad de mando —dirigiendo un regular número de tropas en diferentes combates— y de su habilidad para aplicar en beneficio de su comunidad los conocimientos adquiridos. Una vez finalizado este período, los aspirantes que habían logrado salvar satisfactoriamente todos los obstáculos eran admitidos como miembros de la Orden, otorgándoseles en una impresionante ceremonia el grado de Caballeros Tigres.

El otorgamiento del grado de Caballero Tigre no constituía tan sólo una especie de reconocimiento al hecho de que una persona había alcanzado una amplia cultura y un pleno dominio sobre sí mismo, sino que fundamentalmente representaba la aceptación de un compromiso ante la sociedad, en virtud del cual, los nuevos integrantes de la Orden se obligaban a dedicar todo su esfuerzo, conocimiento y entusiasmo, a la tarea de lograr el mejoramiento de la colectividad.

---

[1] La prodigiosa capacidad de resurgimiento que caracterizara al mundo náhuatl —que en la época de los aztecas ya había sido objeto por lo menos de dos terribles devastaciones debido a las invasiones de pueblos bárbaros provenientes del norte— se explica en buena medida por los profundos y en verdad asombrosos sistemas de enseñanza que le eran propios, los cuales tenían como objetivo fomentar al máximo la potencialidad creativa de los educandos, hasta lograr dotarlos, según poética expresión, "de un rostro y un corazón".

Una vez adquirida la alta distinción y el compromiso que entrañaba su designación, los recién nombrados Caballeros Tigres podían escoger libremente entre las dos opciones que ante ellos se presentaban: la primera consistía en permanecer al servicio directo de la Orden, realizando las tareas que les fuesen encomendadas —instrucción de los nuevos aspirantes, administración de los bienes de la Orden, dirección de cuerpos especiales del ejército, etc.— y la otra, retornar al hogar paterno, contraer matrimonio y dedicarse a la actividad de su preferencia, procurando, desde luego, que el ejercicio de dicha actividad constituyese un medio seguro para llevar a cabo una considerable contribución al mejoramiento de su comunidad.

Con la obtención del grado de Caballero Tigre se otorgaba al mismo tiempo la calidad de aspirante a Caballero Águila. Así como el Caballero Tigre era la representación del ser que es ya dueño de sí mismo y que se halla al servicio de sus semejantes, el Caballero Águila simbolizaba la conquista de la más elevada de las aspiraciones humanas: la superación del nivel ordinario de conciencia y la obtención de una alta espiritualidad.

No existían —y no podía ser de otra forma— reglas fijas para el logro de tan alto objetivo. Aun cuando los principales esfuerzos de la Orden estaban dirigidos a prestar a sus miembros la máxima ayuda posible, alentándolos en su empeño y proporcionándoles los valiosos conocimientos de que era depositaría, la realización interior que se requería para llegar a ser un Caballero Águila era resultado de un esfuerzo puramente personal, alcanzable a través de muy diferentes caminos que cada aspirante debía escoger y recorrer por sí mismo, hasta lograr, merced a una larga ascesis purificadora, una supremacía espiritual a tal grado evidente, que llevase a la Orden a reconocer en él a un ser que había logrado realizar el ideal contenido en el más venerable de los símbolos náhuatl: el águila —expresión del espíritu— había triunfado sobre la serpiente —representación de la materia.[2]

Los nuevos grupos que día con día surgían y se desarrollaban en el seno de la sociedad azteca tendían en forma natural a vertebrarla y jerarquizarla. Tlacaélel juzgaba que si este proceso no era debidamente encauzado terminaría fatalmente por crear una sociedad de castas cerradas, celosas de sus diferentes prerrogativas, propensas a intentar medrar a costa de las demás y dispuestas a luchar entre sí por el mantenimiento de sus respectivos intereses. La importante función que la recién restablecida Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres estaba llamada a realizar requería, por lo tanto, el desempeño de múltiples y complejas tareas, siendo una de ellas la de convertirse en la directora de la transformación social que estaba teniendo lugar en el pueblo tenochca y en guiar dicha transformación en tal forma que ésta se tradujese siempre en beneficio de toda la colectividad y no sólo de un pequeño grupo. El hecho de que los Caballeros Águilas y Tigres —que en poco tiempo habrían de ocupar todos los cargos de importancia en el Imperio— obtuviesen su grado no por haberlo heredado de sus padres ni por poseer mayores recursos económicos, sino atendiendo exclusivamente a sus relevantes cualidades personales, garantizaba a un mismo tiempo que la conducción de los destinos del Imperio se hallaban en buenas manos y que el procedimiento adoptado para determinar la movilidad en el organismo social era el más apropiado para impulsar tanto la superación individual como el beneficio colectivo.

El incesante incremento de la población tenochca y su cada vez mayor diseminación hacía crecer de continuo el número de Calpultin, originando que la labor de coordinar a las autoridades de los mismos se estuviese convirtiendo en una abrumadora tarea que absorbía demasiado tiempo al Consejo Imperial,[3] impidiéndole con ello prestar la debida atención a la administración de las provincias que iban siendo conquistadas. Tlacaélel y Moctezuma adoptaron varias resoluciones para hacer frente a este problema: se creó un organismo intermedio entre el Consejo y los Calpultin, integrado por los dirigentes de estos últimos y dotado de las atribuciones necesarias para poder llevar a cabo la mencionada coordinación y para designar a tres de los seis miembros que integraban el Consejo Imperial.[4]

---

[2] Como es lógico suponer dadas las ingentes dificultades de la empresa, los Caballeros Tigres que llegaban a convertirse en Caballeros Águilas eran siempre muy escasos; sin embargo, a pesar de lo reducido de su número, la actividad de este pequeño grupo resultó trascendental a todo lo largo de la existencia del Imperio Azteca.

[3] Al constituirse el Imperio, el antiguo "Consejo Consultivo del Reino" habíase transformado en el Tlatocan o "Consejo Imperial".

[4] Los otros tres miembros del Consejo Supremo eran el Cihuacóatl y los reyes de Texcoco y Tlacopan. El Cihuacóatl era el

Asimismo, se constituyó un cuerpo de funcionarios directamente responsables ante el Monarca y el Consejo Imperial, que tenía a su cargo la administración del creciente número de provincias que iban pasando a formar parte del Imperio.

La recia solidez que el Imperio iba adquiriendo, así como su capacidad para hacer frente a problemas de la más diversa índole, fueron puestas a prueba con motivo de los desastres naturales que se abatieron sobre la región del Anáhuac a partir del séptimo año de iniciado el gobierno de Moctezuma.

En el año Siete Caña una serie de tormentas de no recordada intensidad produjeron un inusitado aumento en el nivel de los lagos del Valle, ocasionando con ello una inundación general en la capital azteca: casas y templos, escuelas y cuarteles, se vieron seriamente afectados por el incontenible ascenso de las aguas. Innumerables construcciones se derrumbaron y los daños ocasionados en las cosechas motivaron una pérdida casi total de las mismas. Por primera vez en la historia de la ciudad, sus habitantes comprobaron que la existencia de Tenochtítlan implicaba un reto permanente a la naturaleza y que ésta podía llegar a cobrar venganza por la ofensa que se le había inferido, intentando recuperar el espacio que a lo largo de los años y a costa de tan grandes esfuerzos le había sido arrebatado.

Tlacaélel y Moctezuma decidieron consultar a Nezahualcóyotl acerca de las medidas que podrían adoptarse para evitar en el futuro otra inundación de tan graves consecuencias como la que estaba padeciendo la capital azteca. Tras de estudiar cuidadosamente el problema, el rey de Texcoco presentó un audaz proyecto para lograr un control efectivo de todos los lagos existentes en el Valle del Anáhuac. El proyecto en cuestión consistía en separar las aguas dulces de las saladas, canalizar el agua potable que brotaba en Chapultépec para llevarla a Tenochtítlan, y construir una vasta red de diques en todo el Valle que permitiese una regulación integral de las aguas, así como un adecuado aprovechamiento de éstas para fines agrícolas.

Las autoridades tenochcas aprobaron el plan de Nezahualcóyotl y dieron comienzo de inmediato a su ejecución. Cuando finalmente, después de ímprobos esfuerzos, fue concluido el ambicioso proyecto —en el corto plazo de unos cuantos años, gracias a la gran cantidad de recursos de que el Imperio podía echar mano— tanto los aztecas como el Rey de Texcoco contemplaron su obra con orgullosa satisfacción y celebraron su conclusión con toda clase de festejos.[5]

No habían transcurrido muchos años después de aquél en que ocurriera la inundación, cuando sobrevino un periodo de sequías particularmente intenso que afectó a todo el territorio controlado por los aztecas, así como a las regiones circunvecinas, y que se prolongó a lo largo de varias temporadas agrícolas, ocasionando considerables pérdidas en las cosechas, ya que con excepción de las tierras que eran regadas utilizando las aguas almacenadas en los lagos, todas las siembras basadas en las lluvias de temporal se malograban irremisiblemente una y otra vez.

Consejero más importante del monarca y la principal autoridad en cuestiones judiciales. A partir de la restauración de la Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, correspondería siempre al máximo dirigente de esta Orden ocupar el cargo de Cihuacóatl Imperial. Los dos reyes aliados actuaban exclusivamente como consejeros, sin poseer facultades de decisión en las cuestiones internas del gobierno azteca.

[5] La vasta red de diques con que los aztecas habían logrado un perfecto control de los grandes volúmenes de agua existentes en los lagos del Valle, fue para los españoles motivo de particular admiración. Durante el sitio de la Gran Tenochtítlan los diques quedaron inutilizables al ser perforados en incontables sitios con el fin de permitir la movilidad de los pequeños bergantines artillados utilizados por los conquistadores para cañonear la ciudad. La destrucción de los diques habría de convertirse en el origen de graves vicisitudes para la capital de la Nueva España, que en varias ocasiones padeció de terribles inundaciones.
Tanto en la etapa Colonial como en el Porfiriato y en la Época Actual, se han venido realizando importantes obras de ingeniería —a un costo increíblemente elevado— tendientes a combatir la amenaza de las inundaciones que pende sobre la Ciudad de México; en todos los casos, el sistema utilizado para ello ha sido el de construir canales de superficie o profundos túneles a través de los cuales poder sacar el agua fuera del Valle. El empleo continuado de este procedimiento ha ocasionado un trastorno total en el equilibrio ecológico del Valle: los grandes lagos se han secado y de sus secos lechos de tierra se levantan insalubres polvaredas, una gran parte de la vegetación ha desaparecido, incluyendo vastas extensiones boscosas, el subsuelo se ha resecado provocando un incontenible hundimiento del terreno, numerosas especies de animales se han extinguido, e incluso el clima se ha visto alterado.
Así pues, y con base en los hechos anteriormente mencionados, puede afirmarse que la solución que para resolver el Problema de las inundaciones en el Valle de México adoptaron en su tiempo Nezahualcóyotl y los Aztecas, fue mucho más acertada e inteligente que las que posteriormente han venido aplicándose, con idéntico fin, a partir de entonces.

Durante la época de transición comprendida entre la desaparición del Segundo Imperio Tolteca y la restauración del Poder Imperial por los aztecas, siempre que la sequía había afectado durante periodos prolongados a extensas regiones había sido origen de fatales consecuencias, incluyendo en algunas ocasiones la extinción, por hambre, de poblaciones enteras. La causa de ello era que la producción agrícola de los señoríos apenas bastaba para satisfacer las necesidades ordinarias de su propio autoconsumo, pero cuando sobrevenía una sequía y se producía una pérdida total de las cosechas, la población se veía obligada, para poder subsistir, a consumir una gran parte de los granos destinados a las nuevas siembras. Cuando la sequía se prolongaba por varios años la situación adquiría proporciones de una auténtica catástrofe: numerosos pueblos emigraban en masa buscando trasladarse a regiones en donde fuera posible sobrevivir alimentándose de raíces o de la caza de pequeños animales; la movilización de las poblaciones suscitaba sangrientos conflictos entre los recién llegados y los antiguos pobladores de las regiones más disputadas, derivándose de todo ello una pavorosa desolación en extensas regiones, que a veces se prolongaba durante varios decenios después de haber concluido la sequía.

Una de las primeras providencias adoptadas por las autoridades tenochcas, desde la época de Itzcóatl, había sido la construcción de enormes bodegas en las cuales se almacenaban importantes dotaciones de granos, destinadas no sólo a ser utilizadas en las siembras futuras, sino como reserva de alimento para cuando se malograsen las cosechas por cualquier causa; esto había sido posible en virtud de la creciente prosperidad del Reino y del mayor aprovechamiento de obras de riego que permitían la obtención de cosechas aun en épocas de carencia de lluvias.

Al sobrevenir la grave y prolongada sequía durante el gobierno de Moctezuma, los aztecas hicieron uso primeramente de sus vastas reservas de granos, al agotarse éstas y continuarse perdiendo sucesivamente las cosechas de temporal por la falta de lluvias, aplicaron una serie de bien planeadas medidas con el fin de disminuir, en lo posible, los daños derivados de la difícil situación por la que atravesaban. Se estableció un estricto racionamiento de la distribución de los alimentos, dándose prioridad a los niños y a las mujeres embarazadas, se utilizaron las reservas de oro y la totalidad de la producción artesanal para trocarlas por las mayores cantidades posibles de granos que era dable adquirir en las apartadas regiones que no habían sido afectadas por la sequía, finalmente, se incrementaron al máximo las obras de riego que permitían el empleo para fines agrícolas de las aguas de los lagos del valle, ya que ello garantizaba, al menos, la suficiente dotación de semillas para llevar a cabo una nueva siembra. En esta forma, los efectos producidos por la atroz sequía, sin dejar de ser graves y de ocasionar calamidades sin cuento a los habitantes de una extensa zona, no alcanzaran, ni mucho menos, las devastadoras proporciones de otras ocasiones. La organización socio-política y económica del Imperio se mantuvo firme, poniendo de manifiesto una gran eficiencia para hacer frente a esta clase de dificultades.

Tras de siete años de continuas sequías se produjo al fin el tan esperado cambio en la conducta de las nubes, las cuales proporcionaron agua en abundancia, permitiendo con ello la obtención de magníficas cosechas, tanto de granos como de frutas y legumbres.

Superadas las crisis con que la naturaleza parecía haber querido probar la solidez del nuevo Imperio, se inició para éste una era de ininterrumpida prosperidad en todos los órdenes de su existencia.

Capítulo XV

A LA BÚSQUEDA DE AZTLAN

Una vertiginosa y radical transformación se estaba operando en la fisonomía de la capital azteca. Transmutando una pasajera desgracia en un permanente beneficio, las autoridades imperiales habían aprovechado la oportunidad que les brindara la inundación que tan graves daños causara a Tenochtítlan, para iniciar toda una serie de obras tendientes a convertir a la hasta entonces modesta ciudad en la digna sede de un poderoso Imperio.

En primer lugar se elaboró un bien meditado proyecto de urbanización y remodelación integral de la ciudad. Una vez aprobado, dio comienzo la gigantesca tarea: se trazaron anchas y firmes avenidas, se desasolvaron canales y reforzaron los muros de contención, se reedificaron multitud de casas y se ampliaron considerablemente los barrios que integraban la metrópoli, se inició la construcción de auténticos palacios, entre los que destacaban, por su particular belleza y grandiosidad, la residencia del Emperador y la Casa de la Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres; finalmente, en la gran Plaza Central, en el mismo sitio donde sus errantes antepasados habían concluido el largo peregrinaje al encontrar el águila devorando a la serpiente, los aztecas comenzaron a edificar un templo de majestuosas proporciones.

205

Una vez al mes, sin más compañía que la de algún sirviente, Tlacaélel acostumbraba atravesar la ciudad para llegar hasta la casa donde antaño estuviera el taller de Yoyontzin. El anciano alfarero ya había fallecido, pero Técpatl, el genial escultor, continuaba laborando en aquella casa.

El taller de Técpatl era ahora el sitio de reunión predilecto de todos los artistas, no sólo de los que habitaban dentro de los confines del Imperio, sino incluso de los que moraban en apartadas regiones todavía fuera de su dominio, los cuales efectuaban penosas travesías para conocer al famoso escultor y permanecer largas temporadas a su lado, colaborando con él en alguna de sus extraordinarias creaciones. Este constante ir y venir de artistas pertenecientes a muy diferentes tradiciones culturales, permitía una incesante confrontación de las más variadas corrientes artísticas y daba origen a la formulación de toda clase de proyectos, muchos de los cuales se veían posteriormente realizados en diversos talleres y poblaciones.

El incesante crecimiento del Imperio Azteca originó la necesidad de introducir importantes cambios en el sistema utilizado hasta entonces para capacitar a los jóvenes que integraban al ejército, consistente en combinar los periodos de instrucción y entrenamiento que tenían lugar en los cuarteles, con la experiencia práctica adquirida a través de su participación en los combates.

Las campañas militares, que en un principio se desarrollaban siempre en lugares cercanos a la capital *azteca,* comenzaron a efectuarse en apartadas regiones, obligando con ello a los integrantes de los ejércitos a permanecer fuera de su base de operación durante periodos cada vez más prolongados.

Previniendo que esta situación habría de acentuarse conforme se fueran ensanchando los límites del Imperio, las autoridades tenochcas idearon una solución que permitiría a los nuevos reclutas continuar su entrenamiento regular en los cuarteles y tomar parte en combates librados en lugares situados a distancias que no resultasen demasiado alejadas de los mismos.

Hacia el Oriente del Anáhuac existían los señoríos de Tlaxcallan, habitados por pueblos particularmente valerosos y diestros en el manejo de las armas.

Los territorios ocupados por estos pueblos aún no habían sido invadidos por los ejércitos de Moctezuma, sin embargo, su definitiva incorporación al Imperio era considerada por todos como una simple cuestión de tiempo. Los señoríos de Tlaxcallan se encontraban

rodeados por doquier de provincias tenochcas, imposibilitados por tanto de concertar cualquier alianza que les permitiese la esperanza de presentar resistencia con algunas probabilidades de éxito.

La fecha para iniciar la campaña que tenía por objeto lograr el sojuzgamiento de los indómitos habitantes de Tlaxcallan había sido ya fijada, cuando las autoridades imperiales decidieron dar un nuevo giro a los acontecimientos y ofrecieron a los gobernantes de estos señoríos respetar la independencia y autonomía de sus territorios, siempre y cuando se comprometieran a presentar combate a los ejércitos que los aztecas mandarían periódicamente en su contra, en la inteligencia de que dichos ejércitos no tendrían como misión convertir a Tlaxcallan en provincia del Imperio, sino tan sólo efectuar batallas que sirvieran a un tiempo como entrenamiento a sus jóvenes guerreros y como un medio de capturar prisioneros para los sacrificios.

Los gobernantes de Tlaxcallan analizaron fríamente el ofrecimiento de los tenochcas y llegaron a la conclusión de que éste entrañaba un mal comparativamente menor al que se produciría como consecuencia de la conquista lisa y llana de sus territorios, así pues, optaron por celebrar un singular pacto con sus oponentes, en virtud del cual, periódicamente se llevarían a cabo guerras previamente programadas —a las que se dio el nombre de "floridas"— y cuyo objeto sería, como ya ha quedado dicho, la capacitación de los jóvenes aztecas que se iniciaban en la carrera de las armas y la obtención de un buen número de víctimas para los sacrificios.

Sin que fuera posible determinar con precisión en qué momento y en dónde se había planteado por vez primera tan problemática cuestión, el pueblo azteca comenzó a preguntarse con creciente inquietud lo que ocurriría el día en que los ejércitos tenochcas, en su arrollador avance, llegasen hasta las blancas tierras de Aztlán, esto es ¿qué clase de relaciones deberían establecerse entre ambas entidades? ¿Pasaría Aztlán a formar parte del Imperio o se respetarían su integridad y autonomía?

Los aztecas poseían profundamente arraigado en lo más íntimo de su ser el orgullo de provenir de una región considerada entre las más sagradas de toda la tierra: Aztlán, el lugar en donde los hombres podían dialogar permanentemente con los Dioses.

A pesar del tiempo transcurrido desde la lejana fecha en que partieran de Aztlán, los aztecas seguían sintiéndose vinculados espiritualmente a la región donde se encontraban sus raíces: sus poetas componían de continuo bellos poemas para expresar el nostálgico anhelo de retornar algún día al territorio de sus antepasados, y en general, el pueblo manifestaba siempre un profundo interés por cualquier asunto relativo a su lugar de origen.

Las discusiones en torno a la índole de las relaciones que en lo futuro debían establecerse entre Aztlán y Tenochtítlan llegaron a tal punto, que Tlacaélel se sintió obligado a expresar oficialmente su opinión al respecto. El territorio de Aztlán, afirmó el Heredero de Quetzalcóatl, era sagrado, y por tanto, el Imperio mantendría siempre el más profundo respeto a su integridad y autonomía.

La clara posición asumida por Tlacaélel en lo relativo a las hipotéticas relaciones con Aztlán fue recibida con general beneplácito y tranquilizó la inquietud que este asunto había despertado en la población; todos parecieron quedar satisfechos con la forma en que el Portador del Emblema Sagrado había resuelto el problema, todos menos el propio Tlacaélel, pues el inesperado planteamiento de semejante cuestión en el ánimo popular le había permitido percatarse de que el pueblo azteca daba por cierto que el reencuentro con su propio pasado estaba por producirse de un momento a otro, y que de no ocurrir este hecho, el espíritu mismo del pueblo azteca se vería afectado por una frustración de incalculables consecuencias.

Atendiendo a lo expresado en las más antiguas tradiciones, Aztlán se hallaba situado en una lejana región ubicada al norte del Anáhuac, sin embargo, ninguno de los informes que frecuentemente recibía Tlacaélel de personas que viajaban por tierras situadas muy al norte le permitía forjarse la menor esperanza de una pronta localización de Aztlán. Embajadores, comerciantes, jefes militares y exploradores, coincidían en una misma opinión: en los apartados territorios del norte predominaban enormes extensiones desérticas, habitadas por escasos pobladores caracterizados por un bajo nivel cultural. No

existía —concluían los informantes— ningún indicio que denotase la presencia en alguna parte de aquellos contornos de un pueblo poderoso y altamente civilizado, como de seguro lo era el que habitaba junto a los milenarios templos de Aztlán.

Tlacaélel concluyó que la mejor forma de solucionar el misterio que planteaba la localización de Aztlán era encabezar personalmente una expedición que partiese en su búsqueda lo antes posible. Así pues, se dio de inmediato a la tarea de organizar los preparativos para llevar a cabo la nueva misión que se había impuesto.

Un elevado número de comisionados especiales partieron de la capital azteca rumbo al norte, portando órdenes específicas para facilitar la marcha de los futuros viajeros. Sus instrucciones iban desde la compra y almacenamiento de provisiones en determinados lugares, hasta la obtención de todo tipo de informes que pudiesen resultar útiles para los fines de la expedición.

El Portador del Emblema Sagrado designó como comandante de la escolta que habría de acompañarle a Tlecatzin, joven guerrero de comprobado valor y destacadas facultades de estratego, que recientemente había obtenido el grado de Caballero Tigre. Tlecatzin había nacido el mismo día en que el pueblo azteca librara la batalla decisiva contra los ejércitos de Maxtla. Su alumbramiento, ocurrido en las cercanías del lugar donde se desarrollara el combate, había ocasionado la muerte de su madre, a pesar de todos los esfuerzos que para impedirlo había realizado la bella Citlalmina convertida en improvisada partera. El padre de Tlecatzin —capitán de arqueros en el ejército azteca— había perecido también en aquella memorable jornada, completándose así la orfandad del recién nacido. A partir de aquellos sucesos, Citlalmina se había hecho cargo del pequeño, adoptándolo y educándolo con el mismo cariño y dedicación que habría puesto en el hijo que, en otras circunstancias, hubiera podido llegar a concebir con Tlacaélel.

Una vez concluidos los preparativos y celebradas las ceremonias religiosas tendientes a propiciar el favor de los dioses, la expedición partió de Tenochtítlan encaminándose hacia el norte, a la búsqueda de Aztlán, la sagrada región en donde se hallaban los más remotos orígenes del pueblo azteca.

Avanzando a buen ritmo y contando con todo género de ayuda durante las primeras etapas de su recorrido, la expedición llegó en pocas semanas a las zonas limítrofes del Imperio. Después de un breve descanso de algunos días, Tlacaélel y sus acompañantes reanudaron la marcha, adentrándose en territorios donde no imperaba ya la hegemonía tenochca; a pesar de ello, el avance prosiguió sin mayores contratiempos durante un buen tiempo. Las poblaciones por las que atravesaban conocían muy bien el poderío azteca y se cuidaban de no efectuar actos de hostilidad en su contra; por otra parte, los enviados que precedieran a la expedición habían hecho una buena labor: comprando importantes dotaciones de provisiones, contratando los servicios de guías y traductores y obteniendo toda clase de información sobre las diferentes regiones por las que habrían de cruzar los expedicionarios.

Al continuar siempre adelante, internándose por territorios cada vez más alejados y desconocidos, la expedición dejó de contar con la ayuda externa que había venido recibiendo y tuvo que atenerse exclusivamente a sus propios recursos para subsistir. Áridas planicies en las que predominaba un clima extremoso se sucedían una tras otra, en una inacabable continuidad que parecía no tener fin.

Cierto día los aztecas llegaron a las riberas de un río de regulares dimensiones, dotado de un caudal de agua que jamás hubieran imaginado encontrar en aquellas tierras secas y desoladas. Mientras atravesaba el río a nado —la expedición no contaba con ninguna clase de canoas, pues ello hubiera significado un considerable impedimento— Tlacaélel tuvo el claro presentimiento de estar cruzando una frontera inmemorial, una especie de línea de demarcación sancionada por el tiempo y la naturaleza, que separaba a dos mundos del todo diferentes; ello le llevó a concebir la esperanza de que el término de aquel viaje se encontraba próximo y de que muy pronto comenzarían a extenderse ante su vista los innumerables templos y palacios que engalanaban las fabulosas ciudades donde moraban los privilegiados habitantes de Aztlán.

Las optimistas esperanzas de Tlacaélel no tardaron en sufrir una ruda prueba. Al día siguiente de aquél en que los aztecas cruzaran el río fueron objeto de un ataque por parte de una numerosa banda de salvajes. El rápido contraataque de los guerreros tenochcas hizo huir de inmediato a los agresores poniendo fin a la escaramuza, pero se trataba tan sólo del comienzo; a partir de entonces, resultaron frecuentes las emboscadas y los ataques sorpresivos efectuados en contra de la expedición por partidas de bárbaros, al parecer nómadas, que con una manifiesta falta de organización y una total carencia de coordinación en sus acciones, se lanzaban al ataque profiriendo invariablemente feroces gritos de guerra.

Aun cuando la superior estrategia y armamento de los tenochcas les permitía salir victoriosos en todos los encuentros, no por ello dejaban de ocasionarles bajas, que en aquellas circunstancias resultaban siempre considerables, ya que cualquier guerrero muerto representaba una disminución en la capacidad combativa de la expedición, y por lo que respecta a los heridos, su presencia y los consiguientes cuidados de que eran objeto obligaban a un ritmo de marcha mucho más lento.

En más de una ocasión, al observar la forma en que Tlecatzin hacía frente a los peligros y resolvía las dificultades que de continuo se presentaban, Tlacaélel se congratuló por haberlo designado como jefe militar de la expedición. Tlecatzin poseía cualidades que lo convertían en el dirigente ideal para llevar a cabo misiones particularmente difíciles. Dotado de una perspicaz inteligencia y de una gran serenidad de ánimo, sabía ser a un mismo tiempo valeroso y prudente. Asimismo, el hijo adoptivo de Citlalmina contaba en su favor con esa característica que en un buen militar resulta un don inapreciable, y que consiste en poder establecer rápidamente una especie de invisible e indestructible vínculo con cada uno de los integrantes de las fuerzas bajo su mando, lo que permite la posibilidad de ejecutar acciones para las cuales se requiere una perfecta sincronización de todos los soldados que en ella participan.

La enorme dificultad con que los expedicionarios lograban obtener los alimentos necesarios para subsistir constituía un problema aún mayor que el representado por los ataques de los bárbaros. Los parajes Por los que transitaban eran inhóspitos en extremo y a duras penas lograban cazar uno que otro animal y encontrar algunas plantas y raíces que resultasen comestibles. Cuando después de atravesar un calcinante desierto se adentraron en una región ligeramente fértil, los aztecas hicieron una breve pausa en su ininterrumpido avance, y tras de construir un albergue fortificado, permanecieron en aquel refugio recuperando sus gastadas energías.

Con base en lo observado personalmente a lo largo de aquel prolongado viaje —o sea la evidente carencia de cualquier signo que denotase la presencia de un centro vivo de cultura en aquellos contornos— Tlacaélel había llegado a la conclusión de que Aztlán había desaparecido de la faz de la tierra desde hacía mucho tiempo, siendo la causa más probable de su extinción un devastador ataque de los pueblos bárbaros que le rodeaban; sin embargo, el Portador del Emblema Sagrado consideraba que la expedición debía continuar adelante, no ya con la esperanza de establecer contacto directo con los guías espirituales de la milenaria nación, sino con la finalidad de hallar entre aquellas vastas soledades las ruinas de la antaño portentosa civilización, para extraer de las mismas algunos preciados restos que pudiesen ser trasladados a Tenochtítlan, como un fehaciente testimonio del grandioso pasado del pueblo azteca.

Una vez recobradas parcialmente las fuerzas, los tenochcas abandonaron la relativa seguridad que les ofrecía su improvisado campamento y prosiguieron su avance con renovado ímpetu. Tlacaélel había dialogado largamente con sus acompañantes y todos ellos coincidieron con él en una misma y firme resolución: la expedición debía continuar adelante hasta encontrar indicios inequívocos de la existencia de Aztlán o hasta que pereciese el último de sus integrantes, jamás retornarían a la capital azteca llevando a cuestas la ignominia de no haber sabido cumplir con su misión.

A los dieciocho días de reiniciada la marcha, al trasponer una colina en cuyo costado fluía un abundante manantial, los viajeros observaron pequeñas estelas de humo que se alzaban de entre los escombros de lo que hasta hacía poco tiempo debía haber sido un poblado de regulares dimensiones, situado al pie de la colina.

Al frente de una patrulla Tlecatzin llegó hasta la derruida población para efectuar una inspección. Ante su vista fue surgiendo un desolador panorama en el que la muerte y la devastación reinaban por doquier. Los atacantes del poblado habían llevado su propósito de exterminio hasta el último extremo: los cadáveres de hombres, mujeres, niños y ancianos, yacían insepultos entre el polvo y las ruinas, semidevorados por las fieras y por incontables bandas de buitres y zopilotes, que se elevaban pesadamente por los aires ante la presencia de los guerreros aztecas. Tlecatzin concluyó que a juzgar por todos los indicios la matanza y destrucción de que eran testigos había tenido lugar dos días antes. A pesar de lo rápido de su visita a tan fúnebre paraje, los tenochcas pudieron percatarse de que existían en diversos lugares del poblado pequeñas reservas de alimentos que se habían salvado del saqueo y de la destrucción perpetrados por los asaltantes. Concluida su inspección, la patrulla retornó donde se encontraba el resto de la expedición para dar cuenta de todo lo observado.

Tras de escuchar el informe de Tlecatzin, Tlacaélel resolvió que la expedición se encaminase hacia las afueras de la población, con objeto de acampar en sus proximidades y dedicar por lo menos un día a la cremación y entierro de los muertos, así como a la localización de cuantas provisiones les fuese posible hallar en aquel lugar, pues ya casi no contaban con alimentos.

Iniciaban los aztecas la penosa tarea de ir concentrando los cadáveres con miras a su posterior cremación, cuando repentinamente, de entre los escombros de una habitación al parecer vacía, surgió la figura de una niña que a gran velocidad intentaba alejarse de la aldea. La recién aparecida poseía una increíble agilidad, razón por la cual resultó necesaria la intervención de numerosos tenochcas para lograr atraparla. En medio de agudos gritos e intentando en todo momento liberarse de sus captores, la pequeña fue llevada ante Tlacaélel.

La serena presencia de ánimo que emanaba siempre del Portador del Emblema Sagrado pareció obrar las veces de un bálsamo reparador en el ánimo de la niña, la cual permaneció durante un buen rato sollozando quedamente, abrazada al cuello del Azteca entre los Aztecas, mientras éste le acariciaba afectuosamente la negra cabellera. El tembloroso cuerpo de la chiquilla era la imagen misma del miedo y en sus redondos ojos, negros e inundados de llanto, podía leerse con toda claridad la impresión que en su indefenso ser habían dejado los recientes acontecimientos que condujeran a la total destrucción de su pequeño mundo. Tlacaélel estimó que la única sobreviviente de aquella desventurada población llegaría cuando mucho a los siete años de edad. El ovalado rostro de la pequeñuela estaba dotado de una gracia singular y de una manifiesta picardía; todos los rasgos de sus facciones eran a un mismo tiempo enormemente parecidos e indefinidamente diferentes a los que podía esperarse que poseyera cualquier niña azteca de similar edad. Su atuendo, siendo en extremo sencillo, revelaba buen gusto y un cierto refinamiento., características que resultaban igualmente aplicables a los distintos ropajes y enseres utilizados por los habitantes de aquella aldea, que al parecer, habían logrado distanciarse en buena medida del marcado primitivismo predominante en los restantes pobladores de aquellas regiones.

Durante los días que permanecieron en aquel solitario paraje, la chiquilla descubierta por los tenochcas dio muestras de haber perdido todo temor hacia los integrantes de la expedición. Aun cuando el idioma hablado por la niña resultaba del todo incomprensible para los aztecas, ella procuraba manifestarles en muy distintas formas que les consideraba sus amigos y protectores. Atendiendo a la fecha en que la encontraron, Tlacaélel dio a la pequeña el nombre de Macuilxóchitl[1] *y* decidió unirla a la suerte de la expedición.

Una vez concluida la incineración y entierro de los cadáveres, así como la recolección de cuantas provisiones les fue posible hallar entre los restos de las casas, Tlacaélel dio la orden de proseguir la interrumpida marcha rumbo al norte. Al percatarse Macuilxóchitl de que los extraños guerreros que la habían salvado de perecer devorada por las fieras se disponían a marcharse y que iban a llevarla consigo, se dio prisa en recoger un minúsculo ramo de flores silvestres, y acto seguido, comenzó a indicar con toda clase de señales su

[1] Flor. Este día era considerado por los aztecas como particularmente favorable para el desarrollo de las bellas artes, especialmente en lo que respecta a la danza, la poesía y el canto.

intención de dirigirse al otro lado de la colina junto a la cual se asentaba la aldea. Él Portador del Emblema Sagrado supuso que la niña, al presentir que habría de alejarse para siempre de aquel lugar, deseaba depositar algunas flores en el cementerio del pueblo a modo de despedida; así pues, indicó a Tlecatzin que acompañase a la pequeña y regresasen lo antes posible pues se encontraban a punto de partir.

La pareja se alejó para retornar al poco rato. Una manifiesta emoción dominaba a Tlecatzin, quien informó a Tlacaélel haber encontrado un extraño símbolo grabado a la entrada de una caverna.

El Cihuacóatl Azteca decidió examinar al instante aquel inesperado hallazgo y en unión de Tlecatzin subió a la cercana colina e inició el descenso de la misma por el extremo opuesto. Al llegar a la mitad de la ondonada el jefe de la escolta le mostró la abertura que daba paso al interior de una caverna. La entrada de la gruta lucía numerosas ofrendas de marchitas flores, que evidenciaban el respeto que por aquel sitio habían sentido los moradores de la cercana y destruida aldea. A un costado de la entrada figuraba el singular símbolo que atrajera la atención de Tlecatzin. A pesar de que la estructura del diseño grabado en la roca poseía una aparente sencillez —se trataba tan sólo de dos espirales unidas y rodeadas de huellas de pisadas humanas— resultaba evidente, por la impecable perfección de su trazo, que aquella obra no podía ser producto de una mentalidad primitiva, sino por el contrario, expresión de un espíritu superior, capaz de sintetizar, con tan escasos elementos, los más profundos conceptos.

Una vez concluida una prolongada y minuciosa observación del grabado, a Tlacaélel no le cupo la menor duda de que se hallaba ante un símbolo que compendiaba todo lo que la Coatlicue representaba: los ciclos cósmicos de fecundidad y esterilidad que rigen para todos los seres, la maternal responsabilidad que la Tierra tiene respecto de la Luna, la muerte como origen del nacimiento, y en general todo lo que constituye esa poderosa energía de índole femenina en la cual se encierra el secreto de la vida y de la muerte, aparecía magistralmente sintetizado en aquel símbolo de desconocido origen.

A la memoria de Tlacaélel vino el recuerdo de la escultura que aludiendo al mismo tema había sido tallada tiempo atrás por Técpatl. La diferencia de estilos y ejecución entre ambas obras era indudable, sin embargo, el mensaje expresado en ellas sobre la esencia íntima de lo que la Coatlicue simbolizaba, era idéntico, como si ambos artistas hubiesen alcanzado en muy distintas épocas y lugares el mismo grado de comprensión sobre la forma de actuar de las fuerzas que creaban y destruían al Universo entero.

Presintiendo que aquella caverna encerraba aún muchos valiosos secretos, Tlacaélel retornó a la aldea únicamente para comunicar a los miembros de la expedición del importante hallazgo realizado —que constituía una prueba irrefutable de que en alguna remota época había florecido una elevada cultura en esos mismos territorios en los que ahora imperaba la barbarie— y para cancelar su orden de marcha, permanecerían en aquel lugar con objeto de llevar a cabo una minuciosa búsqueda en las profundidades de la gruta.

Poseídos de un enorme entusiasmo y portando un gran número de antorchas, los aztecas dieron comienzo de inmediato a su nueva tarea. Muy pronto se percataron de que el interior de la caverna era mucho más extenso de lo que en un principio imaginaran: incontables pasadizos subterráneos se entrecruzaban por doquier, comunicando salas de las más variadas dimensiones y haciendo de aquella gruta un intrincado laberinto. Un fascinante mundo poblado por rocas de formas caprichosas y extravagantes comenzó a desplegarse ante los asombrados ojos de los exploradores tenochcas.

Transcurrió una semana sin que el incesante ir y venir de los aztecas por las profundidades de las cavernas se tradujese en resultado alguno, pero al cumplirse el séptimo día de incesante búsqueda, al atravesar una sala pletórica de estalactitas por la que ya habían transitado, en varias ocasiones, Tlecatzin notó que el paso a uno de los túneles que conducían a dicha sala se hallaba obstruido por un alud de rocas. Aun cuando la obstrucción muy bien podía deberse a loes efectos de un temblor de tierra, el hijo adoptivo de Citlamina concluyó, después de observar detenidamente la forma en que se encontraban colocadas las piedras, que se trataba de una labor efectuada por seres humanos y no de un simple resultado de la acción de fuerzas naturales.

Durante cinco días los aztecas trabajaron incansablemente, apartando el compacto montón de piedras que les cerraba el paso. Se trataba de una tarea en extremo ardua y fatigosa, realizada a la luz de las antorchas y en medio de un sin fin de incomodidades. Una vez que lograron hacer un hueco lo suficientemente ancho como para dar cabida a un hombre, Tlecatzin se arrastró lentamente por el angosto pasadizo hasta desaparecer tragado por la impenetrable obscuridad. Varios guerreros lo siguieron, semiasfixiados por el polvo y el humo de las antorchas; el eco de sus fuertes toses resonaba en los estrechos muros de roca y amplificado volvía a ellos una y otra vez, produciéndoles la angustiosa sensación de que eran muchos centenares de gargantas las que se ahogaban en aquel apretado pasaje. Durante algunos instantes Tlecatzin no alcanzó a vislumbrar nada especial en la sala subterránea a la que había penetrado: se trataba de una concavidad de regulares dimensiones, desprovista de otra salida que no fuese la angosta abertura por la que continúan afluyendo guerreros tenochcas cubiertos de polvo, pero al aproximar uno de ellos su antorcha a la rocosa pared, el capitán azteca descubrió con asombro un sinnúmero de jeroglíficos finamente esculpidos que se extendían por todos los muros de la sala, haciendo de ésta una especie de colosal códice tallado en piedra.

Informado de loa acontecido, Tlacaélel acudió de inmediato a examinar por sí mismo aquel nuevo enigma descubierto en el interior de la caverna. Una sola mirada le bastó para percatarse que se hallaba ante un excepcional descubrimiento que de seguro recompensaría con creces todas las penalidades y sacrificios padecidos a lo largo de la expedición. Tras de efectuar un reconocimiento de las largas filas de enigmáticos signos grabados en la roca, concluyó que si bien le llevaría tiempo y un paciente esfuerzo para lograrlo, terminaría descifrando el mensaje encerrado en aquellos jeroglíficos, pues éstos constituían un conjunto de símbolos proyectados para ser comprendidos a través del tiempo por todos aquéllos que poseyesen conocimientos suficientemente profundos en la materia de simbología, y durante su estancia en el monasterio escuela de Chololan, había sido instruido acerca de las distintas claves existentes para lograr la comprensión de las antiguas escrituras.

Acompañado únicamente de Tecatzin y de dos de sus guerreros expertos en la elaboración de códices, los cuales tenían a su cargo la misión de copiar hasta en sus menores detalles cada uno de los jeroglíficos grabados en la roca, Tlacaélel se dio a la tarea de intentar descifrar el oculto contenido de aquel pétreo depósito de conocimientos. Día tras día, a lo largo de varias semanas, el Azteca entre los Aztecas penetraba muy de mañana en la caverna y permanecía en ella hasta bien entrada la tarde, dedicado a su difícil y laborioso trabajo.

Lentamente, como si la caverna se resistiese a manifestar todos los secretos que tan celosamente había sabido guardar y éstos tuviesen que irle siendo arrancados uno a uno, TIacaélel fue desentrañando el significado de los jeroglíficos. La narración contenida en los enigmáticos signos trazados en la roca era nada menos que la historia integral de Aztlán; pero no se trataba de un simple relato en el cual se enumerasen los hechos más relevantes acontecidos en dicha nación, sino de algo mucho más importante y trascendental: lo que aquellos jeroglíficos revelaban era el influjo que ejercía el cosmos sobre la porción de la tierra donde existía Aztlán, esto es, expresaban los resultados de profundos estudios astronómicos realizados por los antiguos sabios aztleños, tendientes a determinar, con rigurosa exactitud, cuáles habían sido y cuáles serían las influencias que sobre su territorio ejercían los astros.

A través de la lectura de aquel asombroso mapa celeste, Tlacaélel fue adentrándose en el conocimiento de las características esenciales de Aztlán, así como de la particular función que esta nación venía desempeñando y del porqué de su aparente inexistencia en aquellos momentos.

En virtud de determinadas influencias cósmicas, Aztlán constituía una región de la tierra singularmente favorable para el desarrollo de la más alta espiritualidad; sin embargo, como resultado precisamente de las cambiantes posiciones de los astros, la historia de Aztlán estaba sujeta a radicales transformaciones: cuando las condiciones cósmicas eran favorables se generaba en su interior una indescriptible tensión que impulsaba a las personas dotadas de un mayor grado de conciencia a lograr, a través de sobrehumanos

esfuerzos, una radical superación en todos los órdenes de su existencia, derivándose de ello el florecimiento de civilizaciones altamente refinadas y espirituales, cuya duración se prolongaba largos periodos; por el contrario, cuando las mencionadas condiciones celestes se tornaban bruscamente desfavorables, Aztlán se veía abocada a una incontenible decadencia de consecuencias siempre funestas, pues encontrándose rodeada de vastas extensiones por las que transitaban una gran variedad de pueblos nómadas —que nunca llegaban a incorporarse del todo a la civilización, a pesar de la bienhechora influencia cultural que ella irradiaba— muy pronto sus fronteras eran traspuestas por oleadas de invasores que terminaban arrasando sus ciudades sagradas y borrando todo vestigio de su antiguo esplendor. El último de aquellos cataclismos había ocurrido precisamente al poco tiempo de la salida del pueblo azteca de su país de origen, siendo lo más probable que dicha salida obedeciese a una sabia previsión de los dirigentes que regían los destinos de Aztlán, los cuales, percatándose de la catástrofe que se avecinaba, debían de haber juzgado conveniente la emigración de una buena parte de la población hacia regiones más propicias para su supervivencia. A juzgar por lo asentado en los jeroglíficos descifrados por TIacaélel, faltaban aún varios siglos para que las condiciones cósmicas resultasen propicias a un nuevo renacimiento de Aztlán.

Una vez concluida la labor de reproducir en los códices todos los jeroglíficos que se hallaban tallados en las paredes de roca, TIacaélel consideró llegado el momento de iniciar el largo recorrido de retorno hacia el Valle del Anáhuac. Aun cuando los resultados alcanzados por la expedición no eran precisamente los esperados, de ninguna manera podían calificarse como un fracaso, pues habían permitido lograr testimonios que confirmaban en forma irrefutable la veracidad de lo asentado por la tradición popular de todos los tiempos: la existencia de Aztlán, lugar de origen del pueblo *azteca,* cuna de místicos y de artistas y centro civilizador de primer orden sobre la tierra.

En contra de lo que suponían los integrantes de la expedición, los incesantes ataques de tribus bárbaras padecidos a lo largo de su recorrido rumbo al norte no habrían de repetirse durante las agotadoras jornadas que lentamente los iban aproximando a su país. Al parecer, la noticia de sus anteriores encuentros, en los que invariablemente salieran victoriosas las armas tenochcas, había tenido una amplia difusión por aquellos contornos dotándolos de un conveniente prestigio de seres invencibles y paralizando la voluntad de los belicosos nómadas.

Extenuados por las interminables caminatas, los prolongados ayunos y los rigores de una naturaleza que les resultaba hostil en extremo, los aztecas llegaron de nuevo al río en el que Tlacaélel había presentido la existencia de una frontera natural que en forma tajante establecía la división entre dos mundos. A pesar de que la distancia que les separaba de las fronteras imperiales era aún considerable, los expedicionarios tuvieron la acogedora sensación, al cruzar el río y arribar a la orilla opuesta, de encontrarse ya próximos a sus hogares.

A los pocos días de haber transpuesto el río, Tlacaélel y sus acompañantes se toparon con un numeroso contingente de tropas aztecas enviadas en su búsqueda por Moctezuma. El largo período transcurrido desde la salida de su hermano, así como la total carencia de noticias sobre la suerte corrida por los viajeros, habían terminado por alarmar seriamente al Emperador, resolviéndolo a organizar una segunda y poderosa expedición, que había marchado hacia el norte con el expreso propósito de localizar a los integrantes de la primera y facilitarles su retorno al Anáhuac. Tras de unir sus fuerzas, las dos expediciones iniciaron el recorrido del dilatado trayecto que debía conducirles hasta la Gran Tenochtítlan.

La noticia del feliz desempeño de sus respectivas misiones precedía siempre a los expedicionarios, los cuales eran acogidos con crecientes muestras de afecto conforme se iban adentrando en regiones cada vez más cercanas a la capital azteca.

La entrada en la Gran Tenochtítlan del Azteca entre los Aztecas y de los cansados integrantes de su escolta fue motivo de una memorable celebración para todo el pueblo tenochca, Moctezuma, en unión de los más altos dignatarios del Imperio, salió a recibir a los viajeros a las afueras de la ciudad y efectuó en su compañía el triunfal recorrido hasta la Plaza Central. Un entusiasmo tan sólo comparable al que imperaba en la capital azteca el día en que llegara a ella Tlacaélel portando el Emblema Sagrado, predominaba en todos los

rumbos de la gran ciudad, cuyas calles y canales se veían invadidos de una inmensa multitud, deseosa de contemplar de cerca a los expedicionarios que habían tenido el privilegio de tocar el suelo sagrado de Aztlán.

Tras de depositar formalmente en el Templo Mayor los documentos en los que se habían reproducido todos los jeroglíficos hallados en la caverna, así como a la pequeña Macuilxochitl,[2] el Heredero de Quetzalcóatl ofició en lo alto del Templo, y ante la vista de todo el pueblo ahí reunido, una ceremonia religiosa celebrada para expresar su agradecimiento a la Divinidad por el feliz desenlace de la misión realizada.

Al día siguiente de su retorno, Tlacaélel se dirigió al edificio que albergaba a la Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, con el objeto de exponer ante todos los integrantes de la misma un pormenorizado relato de su viaje.

En el estilo a un mismo tiempo elegante y conciso que caracterizaba a su oratoria, el Azteca entre los Aztecas narró a los más destacados exponentes de la sociedad tenochca los principales sucesos acaecidos a la expedición, resaltando la singular importancia de los descubrimientos perpetrados, en virtud de los cuales se había podido confirmar plenamente la veracidad de las tradiciones que explicaban los orígenes del pueblo azteca.

Con emotivas palabras impregnadas de optimistas presagios, Tlacaélel concluyó su relato:

La tierra de la blancura y de la aurora, la sagrada Aztlán, cuna de civilizaciones y hogar de nuestros antepasados, repara actualmente sus cansadas fuerzas mediante pasajero sueño; cuando despierte, el mundo entero se llenará de asombro, atenderá a su voz y comprenderá de nuevo los mensajes del cielo.

[2] Debido quizás a las condiciones en que se había producido su rescate, así como a su determinante participación en los valiosos descubrimientos llevados a cabo por la expedición, los aztecas consideraron a Macuilxochitl un testimonio personificado de la capacidad de sobrevivencia del espíritu que animaba a los habitantes de la tierra de sus mayores —una especie de símbolo viviente de Aztlán— otorgándole los más diversos honores; fue consagrada al culto sacerdotal y adoptada como hija por el propio Tlacaélel. A partir de entonces, el Heredero de Quetzalcóatl veló con esmero por la educación de la niña, manifestando por ella un profundo y sincero afecto.
El augurio contenido en el nombre de la pequeña habría de cumplirse plenamente, Macuilxochitl llegaría a ser, con el tiempo, una de las más destacadas poetisas del mundo náhuatl.

Capítulo XVI

TRES ESTRELLAS SE APAGAN

En el año dos pedernal, tras de ocupar el trono imperial durante veintinueve años, falleció Moctezuma Ilhuicamina. La recia personalidad del afamado guerrero había constituido un factor determinante en los acontecimientos que condujeron al vertiginoso encumbramiento de la hegemonía azteca. El altivo gesto del Flechador del Cielo al pretender defender Tenochtítlan por sí solo, constituyó el origen de la rebelión juvenil con que diera comienzo la lucha libertaria del pueblo tenochca. Jefe militar indiscutido de las fuerzas aliadas de aztecas y texcocanos, supo guiarlas a la victoria definitiva, destruyendo a las hasta entonces invencibles tropas de Maxtla. Forjador del ejército azteca, hizo de éste el instrumento bélico más poderoso de que se tuviera memoria en el Anáhuac. Al restaurarse la Dignidad Imperial, desaparecida desde los lejanos tiempos de los toltecas, Moctezuma había sido designado por sus altos méritos para ocupar el trono de los antiguos Emperadores. Durante su gobierno, el Imperio Azteca había alcanzado inimaginadas cumbres de gloria y grandeza.

Para Tlacaélel la muerte de Moctezuma representaba una pérdida irreparable. Desde pequeños, ambos hermanos estaban acostumbrados a actuar siempre en estrecha colaboración, uniendo sus esfuerzos para el logro de sus propósitos. Durante su juventud, Tlacaélel se había ejercitado en el manejo de las armas bajo la acertada dirección de Moctezuma, aprendiendo de éste importantes conocimientos sobre el arte de la guerra. Por su parte, el futuro Flechador del Cielo gustaba de escuchar con atención los elevados conceptos expresados por su hermano, particularmente en todo aquello que se relacionase con el proyecto de lograr la liberación del entonces sojuzgado pueblo azteca. A lo largo de su prolongada actuación como Emperador, la colaboración entre Moctezuma y Tlacaélel había alcanzado su máxima expresión, tal parecía como si las dos poderosas personalidades se hubiesen fundido en una sola e indomable voluntad, bajo cuyo mando el Imperio incrementaba día con día su poderío, hasta transformarse en una fuerza irresistible y avasalladora.

Las exequias del extinto monarca estuvieron revestidas de gran solemnidad, acudiendo a ellas delegaciones de los distintos pueblos que integraban el vasto Imperio. Un profundo y sincero pesar prevalecía en la capital azteca; para todos resultaba evidente que con la muerte del valeroso Moctezuma se cerraba toda una época en la historia del Anáhuac.

La noche misma del día en que tuvieron lugar los funerales de Moctezuma, al contemplar desde lo alto del Templo Mayor de la Gran Tenochtítlan los incontables astros que poblaban el firmamento, Tlacaélel creyó percibir la súbita desaparición de la luz de una estrella. El suceso no le causó extrañeza alguna, pues vio en él la más clara representación de lo ocurrido sobre la tierra: la noble figura del Flechador del Cielo, que por tanto tiempo constituyera una estrella que guiaba la marcha ascendente del pueblo azteca, había dejado de brillar.

El fallecimiento de Moctezuma planteaba como lógica consecuencia la cuestión relativa a la designación del nuevo monarca que habría de sucederle. El problema no era un asunto de fácil solución, pues dadas las relevantes cualidades del gobernante desaparecido, no se vislumbraba una personalidad poseedora de suficientes merecimientos como para convertirse en el sucesor del Flechador del Cielo.

Convencidos de que, salvo Tlacaélel, no existía en todo el Imperio nadie capaz de superar los méritos del anterior monarca, los miembros del Consejo Imperial suplicaron al Heredero de Quetzalcóatl que aceptase convertirse en el nuevo Emperador. El propio Nezahualcóyotl —miembro honorario del Consejo—, al ser requerido para que externase su opinión sobre la trascendental cuestión que se debatía, afirmó que lo más conveniente en

aquellas circunstancias era que el Azteca entre los Aztecas aceptase el elevado cargo que se le ofrecía.

A pesar de las numerosas opiniones en contra, Tlacaélel sostuvo la validez del criterio que venía sustentando desde el inicio de su actuación pública: era necesario evitar la acumulación de todo el poder en una sola persona y mantener la dualidad de Emperador y Cihuacóatl que tan buenos resultados había producido. Por otra parte, debía tomarse en cuenta que el Imperio Azteca había superado ya la etapa de su desarrollo en que la actuación de personalidades excepcionales podía haber resultado imprescindible Y que ahora debía basarse, principalmente, en la existencia de las poderosas organizaciones sobre las cuales se cimentaba.

Atendiendo a las indicaciones de Tlacaélel, el Consejo Imperial designó como Emperador a Axayácatl. Se trataba de un joven guerrero, nieto de Moctezuma, que al igual que sus dos hermanos menores —Tízoc y Ahuízotl— llamaba desde hacía tiempo la atención de la opinión pública por su reconocido valor y destacada inteligencia.

El alto grado de expansión y poderío alcanzado por el Imperio se puso una vez más de manifiesto con motivo de la coronación de Axayácatl, celebrada con fastuosas ceremonias y ante la presencia de innumerables delegaciones, que desde las más apartadas regiones, acudieron a la capital azteca con el propósito de hacer patente su lealtad al nuevo monarca.

Aún no se cumplían cuatro años de gobierno bajo el reinado de Axayácatl, cuando tuvo lugar un sorpresivo acontecimiento que atrajo la atención de todos los habitantes del Imperio: Teconal, uno de los más importantes comerciantes de Tlatelolco, famoso por su insaciable sed de riquezas y por una marcada carencia de escrúpulos que en más de una ocasión le había ocasionado serias dificultades con las autoridades, anunció jubiloso su próximo enlace matrimonial con Citlalmina.

Citlalmina era ya una leyenda viviente para el pueblo azteca. Su entusiasta y carismática personalidad había desempeñado siempre un papel determinante en cuanto movimiento popular de generosa inspiración se suscitara en el alma colectiva de la sociedad tenochca. Sin poseer cargo oficial alguno, pues se había negado invariablemente no sólo a percibir la menor retribución por sus actividades, sino incluso a ocupar puestos puramente honoríficos, Citlalmina había sido la inspiradora e indiscutida guía de un sinnúmero de organizaciones populares que tendían a convertir en realidad los más elevados ideales.

El anuncio de la boda de Citlalmina con un sujeto de tan pésima reputación como lo era Teconal, produjo en un primer momento una generalizada incredulidad sobre la veracidad de tan increíble suceso, pero al ser confirmada la noticia por propia voz de la interesada, un confuso sentimiento, mezcla del más profundo asombro y de la más amarga de las desilusiones, se extendió de inmediato entre los aztecas.

Tomando en cuenta la edad de ambos contrayentes —el comerciante tenía setenta años y Citlalmina sesenta y cuatro— la gente dio por descartada la existencia de un móvil pasional o sentimental como causa del anunciado enlace, e intentó desentrañar los verdaderos motivos de tan desconcertante acontecimiento.

En cuanto al ambicioso mercader, se concluyó que el propósito que lo motivaba a contraer matrimonio con Citlalmina era su deseo de hacer ver a todos lo acertado del razonamiento que había determinado siempre su conducta, consistente en considerar que tanto las personas como las cosas, incluyendo a las más respetadas y sagradas, podían ser compradas cuando se era propietario de una enorme fortuna.

Por lo que respecta a Citlalmina, las causas que podían haberle llevado a adoptar tan extraña conducta resultaban mucho más difíciles de determinar, sin embargo, al no lograr encontrar una justificación lógica, la mayoría de la gente terminó por aceptar como válida la que al parecer era la explicación más evidente: cansada de representar el papel de heroína, Citlalmina deseaba pasar los últimos años de su existencia rodeada de las comodidades que podían proporcionarle las cuantiosas riquezas de su futuro esposo.

El servicio de información con que contaba Tlacaélel para enterarse de lo que ocurría en el Imperio

gozaba de un bien ganado prestigio de eficiencia. Una vasta red de individuos al servicio directo del Cihuacóatl Imperial, diseminados por los cuatro puntos cardinales, transmitían diariamente a la Gran Tenochtítlan —por medio de mensajeros tan veloces como los del mismo monarca— toda una serie de noticias y de informes que permitían al Heredero de Quetzalcóatl normar su criterio y tomar determinaciones con base en los más recientes acontecimientos.

A pesar de lo anterior, los días transcurrían y Tlacaélel continuaba siendo la única persona en el Imperio que ignoraba todo lo concerniente al proyecto matrimonial entre Teconal y Citlalmina, pues ninguno de los que le rodeaban deseaba transmitirle semejante noticia.

El primer indicio que tuvo Tlacaélel de que ignoraba algún extraño suceso, provino de una al parecer inexplicable solicitud que le formulara Tlecatzin. El hijo adoptivo de Citlalmina ostentaba ya el grado de Caballero Águila y era uno de los más destacados generales del ejército tenochca: tras de dirigir en forma brillante varias campañas, había sido designado Director de la Escuela de Aspirantes de la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, cargo que venía desempeñando con singular acierto. Tlacaélel profesaba hacia Tlecatzin un profundo afecto y lo recibía con frecuencia para charlar de muy diversas cuestiones; razón por la cual no le llamó mayormente la atención la visita del guerrero, pero en cambio encontró incomprensible lo que éste le solicitaba: deseaba abandonar de inmediato la capital azteca, para lo cual pedía se le relevase de su cargo de Director de la Escuela Militar y se le incorporase, con el simple grado de combatiente, en cualesquiera de los ejércitos que en aquellos momentos desarrollaban alguna acción en las fronteras del Imperio.

Ante lo insólito de la petición, Tlacaélel pidió a Tlecatzin que explicase los motivos que la originaban, pero éste se negó rotundamente a mencionarlos. El Portador del Emblema Sagrado se percató de la enorme confusión que privaba en el ánimo del guerrero y creyó adivinar, en su angustiada mirada, la certeza de que no era necesario proceder a justificar su conducta, puesto que las causas que la determinaban debían ser ya del conocimiento de Tlacaélel, sin embargo, como no era ese el caso, éste dio por concluida la entrevista, ordenando a Tlecatzin que continuase en su puesto y se abstuviese de formular peticiones absurdas.

Al darse cuenta Axayácatl del vacío de información que se había creado en torno a Tlacaélel, comprendió que le correspondería a él la poco grata tarea de tener que informarle lo que ocurría. Así pues, el Emperador acudió al Templo Mayor a visitarlo, y a solas, lo puso al tanto del acontecimiento que acaparaba en esos momentos a la atención pública.

La revelación que escuchara de labios de Axayácatl produjo en Tlacaélel un abrumador desconcierto: por vez primera en su existencia se veía frente a un hecho que rebasaba su capacidad de análisis, y ante el cual, se sentía incapaz de encontrar una respuesta adecuada.

El inusitado estado de ánimo en Tlacaélel obedecía a que éste había considerado siempre que Citlalmina y él constituían en realidad un solo ser, y que el hecho de que actuasen a través de cuerpos físicos diferentes, obedecía únicamente a una expresión más de la ley de dualidad que rige todo lo creado, pero que ello no modificaba en nada el hecho de que ambos formaban una sola entidad espiritual.

A pesar de que habían transcurrido ya más de cuarenta años desde su último y fugaz encuentro con Citlalmina (ocurrido el día en que arribara a Tenochtítlan portando el Emblema Sagrado y escuchara en la voz de su bella exprometida la designación con que habría de quedar claramente definido ante todo el pueblo el verdadero carácter de su personalidad: "Azteca entre los Aztecas") Tlacaélel no había dejado de sentir jamás dentro de sí la renovadora y vigorosa presencia de la mujer que encarnaba la otra mitad de su propio ser. Así pues, y al igual que para todos los tenochcas, el inesperado compromiso matrimonial de Citlalmina constituía para él un indescifrable enigma. La explicación finalmente aceptada por la opinión pública, o sea la de considerar que Citlalmina no buscaba otra cosa sino pasar los últimos años de su vida disfrutando de las comodidades que otorga la riqueza, resultaba a su juicio absurda e imposible; sin embargo, no lograba ni siquiera

imaginar cuál podría ser la verdadera causa del sorpresivo cambio de conducta de la máxima heroína del pueblo azteca.

Independientemente de las implicaciones estrictamente personales que aquel asunto tenía para Tlacaélel, entrañaba también algunas importantes cuestiones a las que éste debía prestar particular atención en su calidad de Cihuacóatl Imperial.

Así, por ejemplo, era necesario valorar los alcances de la frustración que tan sorpresivo suceso habría de ocasionar en el pueblo. Tras de reflexionar detenidamente sobre ello, Tlacaélel llegó a la conclusión de que si bien la actuación de Citlalmina había resultado determinante tanto para alcanzar el triunfo en la lucha de liberación, como para llevar a cabo la tarea de cimentación y construcción del Imperio, una vez lograda la edificación del mismo y asentado éste en la sólida estructura que le daban las organizaciones creadas para dirigirlo, dicha actuación había dejado ya de ser imprescindible, razón por la cual, la frustración que se derivaría de la destrucción de la venerada imagen que el pueblo se había forjado de Citlalmina no acarrearía ninguna consecuencia de carácter irreparable.

Existía también, en relación con el mismo asunto, una segunda cuestión que comprendía aspectos mucho más complejos:

La unificación económica de muy diferentes regiones productivas que trajera consigo la incesante expansión del Imperio, había generado condiciones en extremo propicias para el desarrollo del comercio en alta escala, mismas que habían sido aprovechadas por un grupo de mercaderes aztecas, que teniendo como base al tradicional barrio comercial de Tlatelolco, habían extendido su red de operaciones a todos los territorios conquistados, obteniendo con ello cuantiosas ganancias.

Ahora bien, el sistema educativo, así como la Orden de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, tendían a obtener una estructura social en la que la posición de cada persona se encontrase determinada por su grado de desarrollo espiritual. Dentro de este sistema se había negado hasta entonces cualquier posibilidad de progreso social o político a los mercaderes, por considerar que las actividades mercantiles eran muy poco propicias para la realización de ideales elevados. En esta forma, todos aquéllos que se dedicaban al comercio sabían que a pesar de que llegasen a poseer una considerable fortuna, jamás podrían ocupar un puesto público, ni gozar del respeto y la admiración de sus compatriotas.

El hecho de que a pesar de sus riquezas los comerciantes careciesen no sólo de fuerza política para hacer valer sus intereses, sino incluso de la posibilidad de ascender socialmente que le era otorgada hasta al más humilde de los habitantes del Imperio, había venido provocando un creciente descontento entre el grupo de caudalosos mercaderes establecidos en Tlatelolco. El dirigente del movimiento de protesta de los comerciantes en contra de este estado de cosas era precisamente Teconal, quien a últimas fechas, además de los problemas que comúnmente tenía ante los tribunales a causa de su tradicional falta de escrúpulos, comenzaba a ser objeto de acusaciones, hasta entonces no comprobadas, según las cuales intentaba hacer uso del soborno para lograr que las autoridades asumiesen una conducta que resultase más favorable a los intereses de los comerciantes.

En medio de semejantes circunstancias resultaba lógico preveer —concluyó Tlacaélel— que la boda de Teconal con Citlalmina vendría a incrementar las pretensiones de los mercaderes, pues éstos sentirían que habían logrado hacerse de una valiosa aliada, que gozaba más que nadie del afecto del pueblo y del respeto de las autoridades.

Por segunda vez en un breve periodo, al observar las múltiples estrellas que poblaban el firmamento, Tlacaélel tuvo la segura convicción de que una de éstas había dejado de brillar, y al igual que ocurriera cuando el fallecimiento de Moctezuma, ello no le produjo sorpresa alguna, pues así como todo lo que sucede en el cielo repercute sobre la tierra, lo que en ésta acontece se refleja también en el cosmos.

En el cielo de las antiguas tierras de Anáhuac se había extinguido la más pura de todas sus luces: Citlalmina no iluminaba ya el camino por donde avanzaba el pueblo azteca con firme y acompasada marcha.

Como resultado de la anunciada boda entre Teconal y Citlalmina, la Gran Tenochtítlan se había convertido para Tlacaélel en un lugar en extremo incómodo para el normal

desempeño de sus actividades. En las miradas de todos cuantos le rodeaban, lo mismo se tratase de los más altos funcionarios del Imperio que de las más modestas gentes del pueblo, el Azteca entre los Aztecas advertía una misma petición que no se atrevía a ser formulada en palabras: la de que fuese él quien proporcionase una explicación satisfactoria de aquel extraño acontecimiento, e indicase si se debía tomar alguna clase de medidas para impedir su realización.

En vista de la imposibilidad en que se hallaba para dar una respuesta adecuada a semejantes interrogantes, Tlacaélel pensó que era prudente ausentarse transitoriamente de la capital azteca. Aduciendo como pretexto el efectuar una visita protocolaria al monarca de Texcoco, Tlacaélel salió al encuentro de Nezahualcóyotl, confiado en que la profunda intuición que éste poseía por ser poeta, le permitiría comprender lo que para él resultaba inexplicable.

Nezahualcóyotl venía padeciendo de tiempo atrás una enfermedad incurable que le iba aproximando lentamente a la muerte; no obstante, la llegada de Tlacaélel pareció infundirle nuevas energías y abandonando su lecho, efectuó en su compañía largos paseos por los bellísimos jardines de la ciudad, disertando con su deslumbrante inteligencia acerca de los más variados e intrincados temas.

La noche anterior a su retorno a la Gran Tenochtítlan, mientras contemplaban desde una de las amplias terrazas del palacio real el espacio infinito pletórico de estrellas, Tlacaélel expuso ante su amigo, mediante elaborado simbolismo, la cuestión que lo tenía confundido:

La gran sabiduría, el profundo conocimiento de nuestros antepasados, les permitió determinar, llegar a saber la índole de las influencias que los astros ejercen sobre la vida de aquéllos que transitamos sobre la tierra. Sin embargo ignoramos si el predominio de los astros perdura o desaparece cuando éstos no brillan más en el cielo.

Nezahualcóyotl escuchó con atención el singular problema celeste planteado por su ilustre huésped, intuyendo de inmediato el significado encerrado en aquella metáfora. Tras de meditar largo rato en silencio, el príncipe poeta afirmó con seguro acento:

Al igual que como ocurre con aquellas personas que son luz y guía para los demás, los astros ejercen siempre un constante ascendiente en nuestras vidas. El súbito ocultamiento de su resplandor en los cielos no significa que se extinga su acción rectora. Lo que sucede, lo que acontece, es que en estos casos resulta mucho más difícil poder precisar su influjo, pero este subsiste, permanece, y a la larga, cuando personas y astros son realmente poderosos, terminamos por darnos cuenta de su presencia oculta, por reconocer su permanente influencia.

Las palabras de Nezahualcóyotl produjeron una evidente complacencia en su interlocutor. El semblante de Tlacaélel, que en últimas fechas había perdido su habitual expresión de serena confianza, la recuperó al instante, al tiempo que parecía iluminarse a resultas de una profunda alegría interna.

El azteca y el texcocano no pronunciaron ya palabra alguna, se limitaron a contemplar con respetuosa atención el lejano cintilar de las estrellas.

Aún no cumplía Tlacaélel una semana de haber regresado a la Gran Tenochtítlan, cuando llegó desde Texcoco un apesadumbrado mensajero portando la no por esperada menos infausta noticia: Nezahualcóyotl había fallecido.

En unión del Emperador Axayácatl y de los más altos dirigentes del Imperio, así como de un gran número de componentes de los más diversos sectores de la población azteca, Tlacaélel se encaminó de inmediato a la capital aliada, para participar en las exequias de su mejor amigo.

Un sentimiento de pesar a tal grado tangible que parecía haberse extendido a la naturaleza misma —pues todo en el ambiente era gris y sombrío— imperaba en el Reino de Texcoco. El llanto incontenible de poblaciones enteras constituía el más fiel testimonio del inmenso cariño que Nezahualcóyotl había logrado despertar en su pueblo.

La multifacética personalidad del Rey de Texcoco encarnaba el más claro ejemplo de la capacidad de superación prácticamente ilimitada que posee el ser humano. A lo largo de su azarosa existencia, Nezahualcóyotl había desempeñado con sin igual maestría un

sinnúmero de actividades: rebelde y estadista, filósofo y arquitecto, poeta y guerrero, legislador y urbanista. A su muerte dejaba más de cien viudas y cerca de trescientos hijos. Nada en él había sido mediocre.

Los funerales de Nezahualcóyotl habían concluido; y en forma simultánea a la aparición de las tinieblas nocturnas, un impresionante silencio unido a una opresiva quietud comenzaron a extenderse progresivamente por la ciudad de Texcoco, produciendo una inmovilidad total y anormal. Tal parecía que la bella y alegre capital no deseaba sobrevivir a la muerte de su insigne gobernante.

Cansados por la agotadora tensión que prevalecía en el ambiente y deseosos de emprender el camino de regreso a la Gran Tenochtítlan con las primeras luces del alba, los altos funcionarios tenochcas presentes en las exequias de Nezahualcóyotl se habían recluido desde el anochecer en los aposentos del palacio de gobierno donde se alojaban. En lo alto del enorme edificio, en la misma terraza en donde días atrás mantuviera con el recién fallecido monarca una poética conversación sobre las influencias celestes, Tlacaélel observaba, solitario y meditabundo, la marcha inmutable de los astros a través del firmamento.

El profundo pesar que la desaparición de Nezahualcóyotl producía en el ánimo del Azteca entre los Aztecas, se aliviaba grandemente al recordar los conceptos vertidos en aquel lugar por el extinto poeta. No importaba, por tanto, el que una vez más Tlacaélel se percatase de que en el cielo había dejado de fulgurar una estrella, pues ahora comprendía claramente, que tal y como de seguro acontecía con Moctezuma Ilhuicamina y con Citlalmina, la poderosa luz que provenía de Nezahualcóyotl continuaría iluminando, permanentemente, las tierras de Anáhuac.

Capítulo XVII

LA REBELIÓN DE LOS MERCADERES

En medio de la noche, cuando la Gran Tenochtítlan semejaba una especie de poderoso gigante dormitando entre las aguas del inmenso lago, el corazón de Tlacaélel dejó súbitamente de latir.

Al ocurrir el inesperado colapso, el Azteca entre los Aztecas reposaba tranquilo en sus habitaciones. El brusco sobresalto de su organismo en agonía le hizo despertar y percatarse al instante de lo que ocurría. No sólo comprendió que iba a morir, sino que conoció también, en vislumbrante atisbo de suprema conciencia, la causa que motivaba su fallecimiento: Citlalmina perecía en aquel instante, y poseyendo ambos un solo y único espíritu, él tenía igualmente que marchar al mundo de los desencarnados. Sereno e imperturbable, Tlacaélel observó con atención el avance inexorable, de las tinieblas, hasta que finalmente, terminó por perder todo asomo de conocimiento.

Un débil y lento, pero rítmico e insistente sonido, fue la primera percepción captada por la aún aturdida conciencia de Tlacaélel. En un primer momento, el Cihuacóatl Azteca supuso que se encontraba ya en alguna de las diferentes regiones que integran al mundo de los muertos, pero después, al lograr entrever por entre las sombras que le rodeaban los objetos de su habitación que le eran familiares, concluyó que aún se hallaba con vida y trató de incorporarse. Su paralizado organismo se negó a obedecerle, permaneciendo rígido e inmóvil sobre el lecho.

Durante un buen rato únicamente el funcionamiento de su mente y el latido de su corazón —autor del débil sonido que escuchara al comenzar a recuperar el conocimiento— permitieron a Tlacaélel mantener el criterio de que aún vivía, pues el resto de su organismo permanecía inerte, dominado por una parálisis total; pero luego muy lentamente —iniciándose la recuperación por las extremidades inferiores— el cuerpo del Azteca entre los Aztecas comenzó poco a poco a recobrar la capacidad de movimiento.

Al mismo tiempo que permanecía atento al lento proceso que iba reintegrando su organismo a la normalidad, el pensamiento de Tlacaélel se esforzaba por encontrar una explicación coherente de lo ocurrido. Una misma pregunta, formulada en mil distintas formas, se planteaba una y otra vez en su mente: ¿Por qué si Citlalmina había fallecido —y de ello no le cabía la menor duda— continuaba él con vida?

En lo más profundo de su conciencia, Tlacaélel encontró la única respuesta posible a la interrogante que le atormentaba: había sido Citlalmina quien lograra, mediante un acto supremo de voluntad realizado en el instante mismo de su muerte, mantener subsistente la dualidad a través de la cual venía manifestándose en este mundo el espíritu que ella y Tlacaélel encarnaban. En esta forma, al impedir que dicho espíritu recobrase su natural unidad, había originado aquella singular anomalía consistente en que la mitad de un mismo ser habitase ya en la región del misterio, mientras la otra parte continuaba existiendo sobre la tierra.

Aun cuando el propósito perseguido por Citlalmina con tan extraño proceder constituía por el momento un enigma indescifrable, Tlacaélel presentía con certeza que se aproximaba el momento en que habrían de resolverse todas las incógnitas que últimamente había venido planteando la extraña conducta de la heroína azteca.

La tímida y respetuosa voz de uno de sus sirvientes, llamándole desde el pórtico de la habitación, vino a interrumpir las profundas cavilaciones de Tlacaélel. Era todavía muy entrada la noche y resultaba por tanto inusitado que alguien viniese a perturbar su descanso. Haciendo un esfuerzo sobrehumano Tlacaélel logró incorporarse, constatando con agrado que había recuperado plenamente el control de su organismo.

Tras de autorizar la entrada al sirviente, éste penetró en el dormitorio y procedió a informar que Chalchiuhnenetzin solicitaba con extrema urgencia una entrevista para exponer ante el Cihuacóatl Imperial un asunto de suma gravedad.[1]

Tlacaélel recordó que hacía tan sólo unas semanas había sido informado del cambio de residencia de Citlalmina, quien atendiendo a la invitación de Chalchiuhnenetzin —de quien era íntima amiga— había dejado su modesta casa ubicada en las proximidades de la Plaza Mayor, para trasladarse al barrio de Tlatelolco, a la bella residencia donde moraban Moquíhuix y Chalchiuhnenetzin, todo ello con objeto de poder efectuar más fácilmente los preparativos de su próxima boda con Teconal. El Azteca entre los Aztecas supuso que Chalchiuhnenetzin venía a participarle la muerte de Citlalmina, y sin pérdida de tiempo, se encaminó hasta la sala de audiencias en donde le aguardaba la hermana del Emperador.

Chalchiuhnenetzin se encontraba ataviada con modestos ropajes usuales entre la servidumbre; sus enérgicas facciones reflejaban una profunda preocupación. Después de disculparse por lo insólito de la entrevista, la recién llegada expuso a Tlacaélel el motivo de su visita: existía una conspiración para derrocar al monarca, asesinar a los más altos dignatarios del Imperio y abolir los elevados ideales que normaban la conducta del pueblo azteca.

Mediante palabras que pretendían ser expresadas con ánimo sereno, pero en las cuales se traslucía una emoción largamente contenida, la hermana del Emperador fue revelando a Tlacaélel toda la vasta información que poseía acerca de la conjura:

Desde tiempo atrás y a pesar del inmenso cariño que profesaba a su marido, Chalchiuhnenetzin se había percatado de la malsana ambición que dominaba a Moquíhuix, así como del hecho de que éste sólo la había tomado como esposa guiado por el propósito de ser grato a los ojos de Axayácatl y obtener con ello un puesto de mayor jerarquía dentro del gobierno. Sin embargo, en vista de que el tiempo transcurría sin que se le otorgase la tan esperada promoción, Moquíhuix había terminado por desesperarse y comenzado a prestar atención a las veladas proposiciones de apoyo mutuo que venían haciéndole Teconal y demás integrantes del poderoso grupo de mercaderes establecidos en Tlatelolco.

En cuanto Moquíhuix comunicó a Teconal su disposición de aliarse a los mercaderes —continuó narrando Chalchiuhnenetzin—, éstos procedieron, dentro del más estricto secreto, a informarle de sus aviesas intenciones: proyectaban eliminar mediante un audaz golpe de fuerza a los principales personajes del Imperio y sustituirlos por sujetos que permitiesen a los comerciantes ejercer una influencia determinante en el gobierno. El afán de incesante superación espiritual y la pretensión de intervenir en la marcha del cosmos, que constituían los máximos ideales del Imperio Azteca, serían sustituidos por una finalidad mucho más pragmática, como lo era la de reorganizar a los territorios conquistados con objeto de lograr una mejor explotación de los mismos. Para poder llevar adelante la conjura con posibilidades de éxito, los mercaderes requerían del apoyo de un buen número de tropas. Riquezas sin cuento aguardaban a todos aquellos militares que estuviesen dispuestos a secundarlos en sus propósitos.

Debido a su larga experiencia en el ejército, Moquíhuix había podido darse cuenta de la existencia dentro del mismo de militares que se hallaban resentidos por no haber sido promovidos desde hacía mucho tiempo; pues dados los rigurosos criterios de ascetismo espiritual que imperaban en las fuerzas armadas, hasta el más leve ascenso constituía una conquista difícilmente alcanzable. Así pues, Moquíhuix tenía la seguridad de que lograría atraer a su causa a un buen número de oficiales al mando de tropas.[2]

Tras de comprometerse a proporcionar a los mercaderes la ayuda militar necesaria para la realización de sus planes, el gobernante tlatelolca había manifestado a su vez cuál

---

[1] Chalchiuhnenetzin era hermana del Emperador Axayácatl, y al igual que todos sus hermanos, había dado muestras desde pequeña de una superior inteligencia. Una periódica y virulenta infección en las encías había afeado su rostro imprimiéndole un aspecto de prematura vejez. A pesar de lo desfavorable de su apariencia, Chalchiuhnenetzin había celebrado un buen matrimonio a juicio de todos, pues se hallaba casada con Moquíhuix, personaje de indiscutible talento que desempeñaba el cargo de gobernador de Tlatelolco.

[2] Moquíhuix era Caballero Tigre y a pesar de que en varias ocasiones había sido propuesto para Caballero Águila no se **le** había otorgado dicho grado, pues varios de los dirigentes de la Orden —incluyendo al propio Tlacaélel— opinaban que si bien le sobraban valor e inteligencia, estaba aún muy lejos de poseer la elevada espiritualidad que se requería para ostentar tan alta distinción.

era el móvil que lo impulsaba. No anhelaba la posesión de riquezas, sino convertirse en la máxima autoridad del pueblo azteca. En vista de que el cargo de Emperador sólo podía ser conferido por el Heredero de Quetzalcóatl, Moquíhuix estaba consciente de que le resultaría imposible alcanzar semejante dignidad, pues Tlacaélel no accedería nunca a sus propósitos; sin embargo, se contentaba con llegar a ser reconocido como rey de los tenochcas, para lo cual precisaba, además de conquistar el poder, contar con el apoyo de algún sector dentro del sacerdocio.

Como una consecuencia del arraigado concepto de dualidad —aplicable según los postulados de la filosofía náhuatl a todo lo existente— el sacerdocio azteca se hallaba dividido en dos grandes grupos, cuyos componentes, de acuerdo con la índole del culto que practicaban, se autodenominaban respectivamente como sacerdotes solares o lunares. Desde la lejana época en que los tenochcas adoptaran a Huitzilopóchtli como a su máxima deidad protectora, existía dentro de la sociedad azteca una marcada preponderancia del clero dedicado al culto solar, situación que se había hecho aún más patente a partir del momento en que Tlacaélel estableciera como objetivo primordial de los tenochcas el de coadyuvar al engrandecimiento del sol.

El Templo Mayor de Tlatelolco se hallaba consagrado al culto lunar y constituía la sede central de este culto en todo el Imperio. En su calidad de gobernador del barrio de Tlatelolco, Moquíhuix mantenía un estrecho contacto con los dirigentes de dicho templo, y en esta forma, estaba al tanto del oculto despecho que existía en muchos de ellos a consecuencia de la marcada inferioridad en que se encontraba todo lo concerniente al culto lunar en comparación con el solar. Tomando en cuenta esta situación, Moquíhuix había considerado que no le resultaría imposible obtener el apoyo de esta marginada porción del clero para la realización de su ambicioso proyecto de convertirse en rey de los aztecas.

Tal y como supusiera Moquíhuix —continuó relatando la hermana del Emperador— destacados sacerdotes del culto lunar y diversos militares de rango secundario —pero que ocupaban posiciones que podían resultar de primordial importancia en un determinado momento— habían accedido a secundar a los conjurados, integrándose así una peligrosa y poderosa organización de opositores a la Autoridad Imperial, que aguardaban ansiosos el momento más propicio para entrar en acción.

A pesar de los esfuerzos de Moquíhuix tendientes a lograr que su consorte no sospechase la clase de asunto que se traía entre manos, ésta había descubierto, casi desde un principio, el hecho de que su esposo se hallaba involucrado en una conjura que tenía como propósito derrocar al gobierno.

Enfrentada a la difícil disyuntiva de permanecer leal al hombre que amaba y traicionar con ello no sólo a su familia, sino también a los ideales que constituían la base de sustentación de toda su existencia, Chalchiuhnenetzin había permanecido indecisa y vacilante durante un largo tiempo, hasta que finalmente, al borde de la desesperación, había optado por acudir ante Citlalmina, quien fuera antaño su maestra y era ahora su mejor amiga, en busca de guía y consejo.

Una sola entrevista entre ambas mujeres había bastado para que Citlalmina hiciese ver a su antigua discípula la decisión que debía tomar en aquel conflicto : su adhesión a los elevados ideales por los cuales luchaba el pueblo del sol, debía prevalecer sobre cualquier afecto de carácter personal.

La actitud asumida por aquel puñado de repugnantes traidores, había afirmado Citlalmina con encendido acento, ponía en grave peligro la supervivencia del Imperio, no debía, por tanto, tenerse ninguna clase de consideraciones con ellos, sino por el contrario, era preciso aprovechar la ocasión para efectuar el más drástico de los escarmientos. Sin embargo, había añadido, no consideraba que hubiese llegado aún el momento de informar a las autoridades de la conspiración urdida en su contra. Convenía primero recabar la máxima información posible acerca de la conjura, averiguando tanto sus alcances como los nombres de todos los que en ella participaban.

Para poder llevar a cabo sus propósitos —siguió relatando Chalchiuhnenetzin a Tlacaélel— Citlalmina se había trazado un peligroso plan de acción. Convencida de que si bien Moquíhuix constituía el brazo ejecutor de la conspiración, los promotores y directores

intelectuales de la misma eran los enriquecidos comerciantes que Teconal encabezaba, decidió no perder de vista al jefe de los mercaderes, y con este objeto, buscó la manera de relacionarse con dicho personaje a través de su amiga.

La afable actitud que adoptó Citlalmina a partir de entonces en su trato con Teconal había constituido para éste la más grata e inesperada de las sorpresas. Cegado por su desmesurada vanidad, creyó ver en ello una evidente prueba de claudicación a los ideales de rectitud y austeridad preconizados durante tantos años por la mujer más respetada del Imperio.

Plenamente consciente de la enorme influencia popular con que contaba Citlalmina y deseoso de aprovecharla en beneficio propio, Teconal comenzó colmando a la heroína azteca de los más valiosos presentes para terminar ofreciéndole matrimonio, compromiso que ésta había aceptado de inmediato. A partir de ese momento, Citlalmina pasó a formar parte del grupo de personas que rodeaban a Teconal y entre las cuales se gestaba la conjura en contra de las Autoridades Imperiales. Aun cuando el mercader no se atrevió a comunicar sus insidiosos planes a su prometida, no había sido para ésta una labor en extremo difícil obtener —a través del trato diario con sus nuevas amistades— valiosos fragmentos de información sobre la proyectada conspiración, que al ser reunidos, le permitieron formarse una visión completa de la misma.

Una vez que Citlalmina tuvo conocimiento de la fecha y lugar en que se intentaría llevar a cabo el derrocamiento, consideró que había llegado el momento de actuar, y con ese objeto dio a su amiga instrucciones precisas. En atención a éstas, Chalchiuhnenetzin memorizó primero toda la información obtenida por Citlalmina en torno a la conjura y después buscó una buena excusa para salir de Tlatelolco sin despertar sospechas.

En la residencia de Moquíhuix se hallaban de visita varias primas de Chalchiuhnenetzin que habitaban en Coatlinchan. Al participarle éstas el deseo de retornar a su hogar y proponerle que las acompañase a pasar una temporada en dicha población, la hermana del Emperador comprendió que aquella era la oportunidad que venía aguardando y aceptó al instante la invitación. Sin sospechar en ningún momento las intenciones que animaban a su consorte, Moquíhuix había dado su consentimiento al proyectado viaje, pensando que tendría mayor libertad de acción si su esposa se encontraba fuera de la capital durante los decisivos acontecimientos que se avecinaban.

La estancia de Ghalchiuhnenetzin en Coatlinchan no se prolongó por mucho tiempo. A los pocos días de su llegada simuló un repentino recrudecimiento de la vieja dolencia que padecía en las encías, razón por la cual emprendió de inmediato el camino de retorno a la capital azteca, en busca de la supuesta atención que su mal requería.

Chalchiuhnenetzin no regresó a su hogar en Tlatelolco. Aduciendo ser víctima de agudos dolores, pidió ser llevada directamente a la casa de la anciana experta en plantas medicinales que en anteriores ocasiones había logrado curarla, y ya a solas con ésta, le confió la delicada misión en que se hallaba empeñada, solicitando su ayuda para llevarla a cabo.

La anciana había comprendido muy bien la gravedad de la situación, prestándose de buen grado a proporcionar cuanta colaboración le era posible. Haciendo uso de sus profundos conocimientos en materia de herbolaria, mezcló en la comida destinada a los sirvientes que acompañaban a Chalchiuhnenetzin substancias que les producirían un prolongado estado de letargo, eliminando así cualquier posibilidad de que alguno de ellos pudiese avisar a Moquíhuix que su esposa se hallaba de vuelta en la ciudad. A continuación, la hermana del Emperador cambió su atuendo por el atavío que portaba una de sus adormiladas sirvientas, y en compañía de la anciana, aguardó impaciente a que el avance de la noche hiciese cesar poco a poco el perpetuo bullicio que caracterizaba a las calles de la Gran Tenochtítlan. Ya casi en la madrugada, las dos mujeres se habían encaminado sigilosamente hacia la residencia del Azteca entre los Aztecas.

Chalchiuhnenetzin concluyó su relato proporcionando a Tlacaélel un detallado informe acerca de las personas involucradas en la conjura. Finalmente. le participó que la conspiración estallaría la noche del día que estaba por iniciarse. Los conjurados habían escogido aquella fecha debido a que terminaba el importante período de festejos populares

que tenían lugar al finalizar el séptimo mes del año (Tecuilhuitontli) y por tanto, el pueblo y las autoridades se encontrarían distraídos y fatigados tras la celebración de dichos festejos.[3]

Tlacaélel agradeció a Chalchiuhnenetzin su valiosa información y le aseguró que sabría utilizarla adecuadamente en defensa del Imperio, después de ello le preguntó si tenía alguna noticia reciente acerca de Citlalmina, a lo cual la interrogada contestó que no sabía nada sobre su amiga desde que partiera hacia Coatlinchan, sin embargo, esperaba que ésta se pondría oportunamente a salvo de cualquier peligro, abandonando ese mismo día el barrio de Tlatelolco y retornando a su antigua casa en el centro de la ciudad. Tlacaélel se guardó de comunicar a la joven su segura convicción respecto de la muerte de Citlalmina. Finalmente, el Cihuacóatl Azteca pidió a su informante que permaneciese oculta durante aquel día, pues seguía siendo de trascendental importancia para lograr frustrar los planes de los conjurados que estos continuasen creyendo que las autoridades no estaban al tanto de sus propósitos.

Mientras contemplaba desde lo alto del Templo Mayor el surgimiento de las primeras luces del alba, y con ellas el inicio de una incesante actividad por todos los rumbos de la imperial metrópoli, Tlacaélel meditó serenamente sobre la mejor forma de hacer frente al problema que para la continuación de la hasta entonces ascendente marcha del pueblo azteca planteaba la existencia del pequeño grupo de seres ambiciosos y traidores que integraban la conspiración. En virtud de la oportuna información que le proporcionara Chalchiuhnenetzin, no dudaba que resultaría una tarea muy sencilla frustrar la conjura, bastaría para ello que el ejército procediese esa misma mañana al arresto de todos los confabulados. Tal vez éstos intentarían oponer alguna resistencia, pero en vista del escaso número de tropas de que disponían, y no contando ya con el factor sorpresa a su favor, sería tan sólo cuestión de tiempo —y de muy poco tiempo— lograr su total sojuzgamiento. Sin embargo, Tlacaélel concluyó que semejante solución no era en realidad la apropiada, sino que sería mucho más conveniente tratar de aprovechar aquella inesperada crisis para poner a prueba la fortaleza y firmeza de principios que en verdad poseían aquellos que habrían de dirigir, en el futuro, los destinos del Imperio.

Formando parte de los festejos y celebraciones que se estaban realizando, tendría lugar en la mañana de aquel día la ceremonia de reconocimiento de] grado de Caballero Tigre a todos los jóvenes que habían logrado concluir el arduo periodo de aprendizaje que se requería para el otorgamiento de dicho grado.

La ceremonia de admisión de los nuevos miembros de la Orden revestía en esta ocasión un especial interés, pues singulares circunstancias habían concentrado la atención pública en aquella generación de aspirantes.

Dos hermanos del Emperador Axayácatl, Ahuízotl y Tízoc, formaban parte del grupo de jóvenes aztecas que esa mañana ingresarían a la prestigiada Orden. Se trataba, en ambos casos, de recias y destacadas personalidades, poseedoras de contrastantes características.

A pesar de su juventud, la figura de Ahuízotl era ya ampliamente conocida en todos los confines del Imperio. Se decía de él que al ocurrir su nacimiento no había prorrumpido en llanto en momento alguno, y que en igual forma, a lo largo de toda su existencia había mantenido tal dominio sobre sí mismo y tema tal control de sus emociones, que nadie jamás le había visto nunca derramar una lágrima o esbozar una sonrisa. Como quiera que fuese, una cosa resultaba innegable: Ahuízotl era un personaje completamente fuera de lo común, no sólo por su inmutabilidad, sino también por su profunda inteligencia e indomable tenacidad, así como por su valentía y capacidad de mando.

Además de las ya mencionadas características, Ahuízotl poseía un peculiar atributo que terminaba por hacer de él un sujeto en extremo singular, y éste era el de sentirse directamente responsable de todo cuanto ocurría en su derredor, en tal forma que consideraba como una obligación personal el reparar los errores cometidos por cualesquiera de las personas con las que se hallaba vinculado.

[3] Estas fiestas duraban diez días y concluían en fecha equivalente al 24 de junio del actual calendario. El objetivo fundamental de las mismas era el de subrayar la transcendencia del solsticio de verano.

Poseyendo igualmente cualidades que hacían de él un ser excepcional, eran sin embargo muy diferentes las características que configuraban la personalidad de

Tízoc. Dotado de un agudo sentido del humor y de un carácter particularmente alegre y festivo, acostumbraba bromear de continuo, aun a costa de personas consideradas como muy respetables. Una fértil imaginación unida a una mente ágil y poco convencional, le facultaban para encontrar soluciones a problemas que los demás calificaban de insolubles. Durante su adolescencia había soñado con llegar a ser un prestigiado escultor, e incluso, sin desatender sus estudios en el Calmecac, había frecuentado el taller de Técpatl con miras a ir aprendiendo los fundamentos de dicho arte; sin embargo, al percatarse de que en realidad poseía tan sólo facultades mediocres para el dominio de las formas, había optado por ingresar como aspirante a la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, crisol donde se forjaban los futuros gobernantes del Imperio.

Estimulados por el ejemplo de incesante superación que Ahuízotl encarnaba, los integrantes de su generación habían sorteado todas las pruebas del riguroso noviciado sin que se produjera —caso único en toda la historia de la Orden— la deserción de ninguno de ellos, cuando inesperadamente, en el último año de aprendizaje, había tenido lugar un acontecimiento que estuvo a punto de torcer el destino de aquel grupo de jóvenes.

Mientras participaban en una clase que versaba sobre la forma de elaborar medicamentos, un recipiente conteniendo una substancia de color amarillento se había volcado accidentalmente sobre el maestro que impartía la enseñanza, impregnando parte de su cuerpo de dicho color. El intrascendente suceso había sido aprovechado por Tízoc para externar con festivo acento una broma en la cual se comparaba al profesor con Tlazoltéotl.[4]

La severa disciplina imperante en la escuela de aspirantes resultaba incompatible con esta clase de humoradas, y como ya en ocasiones anteriores Tízoc había sido reprendido por la comisión de faltas similares, las autoridades del plantel lo consideraron acreedor a la expulsión, sanción que le había sido aplicada de inmediato.

En cuanto Ahuízotl tuvo conocimiento del castigo impuesto a Tízoc, manifestó que, siendo responsable de la conducta de su hermano, dicho castigo resultaba asimismo aplicable a su persona, razón por la cual él también se consideraba expulsado.

Al parecer el curioso concepto de responsabilidad colectiva adoptado por Ahuízotl había pasado a ser compartido por todos los integrantes de su generación, pues éstos externaron una opinión del todo semejante a la anterior, considerándose igualmente merecedores a la expulsión.

Alarmado ante el giro que estaban tomando los acontecimientos, Tízoc había acudido en aquella ocasión ante Tlacaélel, solicitando su intervención para impedir que resultasen afectados todos sus compañeros por una falta de la que en realidad sólo él era responsable.

En su calidad de máximo dirigente de la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, Tlacaélel tenía una ingerencia directa en todo lo concerniente a la escuela de aspirantes a dicha Orden; con base en ello, decidió actuar para impedir la pérdida de aquella valiosa generación de jóvenes, pero al mismo tiempo, resolvió hacerlo en tal forma que aquel asunto no marcara un precedente de ruptura de las reglas disciplinarias que regían a los aspirantes. Tras de convocar a éstos, les dio a conocer su determinación: estimaba correcto el criterio por ellos adoptado, de acuerdo con el cual, la falta de uno solo debía acarrear para todos idéntico castigo, así pues, debían considerarse como expulsados y retornar cuanto antes a sus respectivos hogares. Sin embargo, si alguno de ellos deseaba reiniciar desde el principio su aprendizaje, no existiría, llegado el momento, impedimento alguno para su readmisión.

Tal y como supusiera Tlacaélel, en cuanto dio comienzo el periodo de admisión para la integración de un nuevo grupo de aspirantes, los componentes de la anterior generación —sin una sola excepción— habían solicitado su reingreso. Cumpliendo su ofrecimiento, el

[4] Tlazoltcotl: "Diosa del pecado o de la basura", "comedera de inmundicias". Se le representaba en los códices con **el** cuerpo pintado de amarillo.

Azteca entre los Aztecas avaló personalmente la solicitud de los jóvenes, los cuales iniciaron de nueva cuenta, con redoblado entusiasmo, su interrumpido noviciado.

Además de los readmitidos, integraban el grupo un buen número de nuevos aspirantes, lo que hacía de aquella generación la más numerosa de que se tuviera memoria en la historia de la Orden. Una vez más, la poderosa voluntad de Ahuízotl pareció infundir a todos sus compañeros la inquebrantable determinación de vencer cuanto obstáculo se opusiese a la finalidad de lograr que todos juntos concluyesen venturosamente su noviciado. Tízoc no había vuelto a hacer de las suyas, contentándose con dirigir sus consabidas ironías a sus propios compañeros, mas no a sus maestros.

Y en esta forma, concluido tanto el periodo de aprendizaje como la etapa de pruebas, llegaba al fin el esperado día en que todos los integrantes de aquella generación habrían de recibir el grado de Caballero Tigre. Este era, por tanto, el grupo de jóvenes al cual Tlacaélel proyectaba dar a conocer la traición urdida en el seno mismo del Imperio.

Los bellos ejercicios de danza ejecutados por incontables jóvenes en la explanada central de la ciudad habían concluido. En compañía de las más altas autoridades del Imperio, Axayácatl se retiró al interior del Palacio a descansar breves instantes antes de seguir con el apretado programa de festejos que habrían de desarrollarse en ese día.

Ya a solas con los principales dignatarios, Tlacaélel hizo del conocimiento de sus sorprendidos oyentes toda la información que poseía acerca de la proyectada conjura. En igual forma, expuso ante éstos el plan que había elaborado para hacer frente al inesperado problema. Aun cuando los dirigentes tenochcas se manifestaron partidarios de una acción directa e inmediata en contra de los conspiradores, el Portador del Emblema Sagrado insistió en llevar adelante su personal solución, terminando por convencer a los demás de las ventajas que ésta ofrecía para lograr una reafirmación de las futuras bases en que habría de sustentarse el Imperio.

En unión de sus acompañantes, Tlacaélel y Axayácatl salieron del Palacio y se encaminaron al edificio que albergaba a la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres. Durante el corto trayecto que separaba ambos edificios, una inmensa multitud aclamó entusiasta a sus dirigentes. Tlacaélel concluyó para sus adentros que si entre la gente había espías enviados por Moquíhuix y Teconal para vigilar la actitud asumida por las autoridades, éstos darían por seguro que aún no existía la menor sospecha acerca de la conjura, pues jamás aceptarían que a sabiendas de lo que se tramaba en su contra las autoridades prosiguiesen sin alteración alguna con el programa de festejos.

El arribo de los dignatarios imperiales a la casa sede de la Orden se realizó en medio de respetuosas muestras de afecto. Una tensa expectación predominaba en el ambiente. Tanto las severas facciones de los maestros como los juveniles rostros de los aspirantes, excepción hecha del de Ahuízotl, revelaban la profunda emoción que les embargaba. Hacía ya largo tiempo que unos y otros aguardaban ansiosos la llegada de aquel esperado momento.

Cumpliendo con el milenario ritual establecido desde el inicio mismo de la Orden, Tlacaélel fue otorgando a cada uno de los aspirantes el grado de Caballero Tigre. Al concluir la ceremonia, todos los participantes se congregaron en el amplio patio interior del edificio para escuchar las palabras que, según era costumbre, dirigía en esas ocasiones a los nuevos miembros de la Orden el Heredero de Quetzalcóatl, y a las cuales daba respuesta, de acuerdo también con antigua tradición, aquel de entre los recién nombrados Caballeros Tigres que era designado para este efecto por sus propios compañeros.

Lo habitual en estos casos era que las palabras del Cihuacóatl Imperial hiciesen referencia a las arduas responsabilidades contraídas por aquéllos que acababan de ingresar en la Orden, para luego concluir su discurso expresando el deseo de ver algún día a todos ellos convertidos en Caballeros Águilas, pero en esta ocasión, el contenido del mensaje iba a ser muy otro.

Sin mediar preámbulo alguno, con palabras impregnadas de vibrante energía, Tlacaélel fue exponiendo ante su asombrado auditorio toda la información que poseía sobre la conjura urdida en contra del Imperio. En el vivo y animado relato del Portador del Emblema Sagrado, fueron desfilando una a una las principales figuras que habían venido

escenificando el desconocido drama: Teconal y su grupo de ambiciosos mercaderes, Moquíhuix y los frustrados guerreros y sacerdotes que le secundaban, Citlalmina y Chalchiuhnenetzin, a cuya sagacidad y firmeza de carácter se debía el que los traicioneros propósitos de los conspiradores hubiesen quedado al descubierto.

Después de haber descrito los hechos y personajes que constituían e integraban la conspiración, Tlacaélel hizo una breve pausa en su exposición, para luego dar a conocer cuál era la inesperada actitud que ante aquel acontecimiento asumirían las autoridades, pues no serían ellas quienes determinasen la conducta que se habría de seguir frente al peligro que las amenazaba; tanto el Emperador como el Consejo Imperial delegaban a la juventud azteca, representada por aquel grupo de nuevos Caballeros Tigres, la tarea de resolver el conflicto a su entero criterio, adoptando para ello las medidas que estimasen convenientes.

Una expresión que revelaba sorpresa y desconcierto fue asomándose en los semblantes de los nuevos Caballeros Tigres al tiempo que escuchaban la inusitada proposición de Tlacaélel. Resultaba evidente que sí bien daban por cierto que en el futuro llegarían a ocupar puestos que implicaban grandes responsabilidades, en donde por fuerza tendrían que tomar importantes determinaciones, jamás habían imaginado que esto ocurriría el mismo día de su ingreso a la Orden. Alineado en medio de una de las largas hileras de jóvenes, Ahuízotl permanecía rígido e inmutable, sin que sus facciones denotasen la mas leve emoción ante lo que escuchaba, como si considerase perfectamente lógico y normal el que fuesen ellos y no las autoridades los encargados de resolver el más grave antagonismo interno surgido hasta entonces en la sociedad azteca.

Con palabras que sintetizaban en unas cuantas frases la disyuntiva existente en aquellos momentos para la vida del Imperio, Tlacaélel dio por terminado su discurso:

Deseando recuperar para los seres humanos su olvidada misión de participar en la labor de coadyuvar al orden cósmico, los aztecas hemos edificado, hemos construido un Imperio destinado a la sagrada tarea de acrecentar el poderío del Sol. Este ha sido el propósito que ha venido guiando todos los pasos del pueblo de Huitzilopochtli, pero hoy en día no es ya el único que se plantea a nuestras conciencias, precisamos, por tanto, detener un momento nuestro avance para preguntarnos, para interrogarnos: ¿Debe el Imperio continuar laborando para un mayor engrandecimiento del Sol, o convertirse tan sólo en un instrumento destinado a incrementar las ganancias de un puñado de avariciosos y taimados mercaderes? ¡Jóvenes aztecas, futuros Caballeros Águilas! ¿Cuál es vuestra respuesta?

Atendiendo a la costumbre establecida en anteriores ceremonias de esta índole, correspondía ahora que un representante de los recién nombrados Caballeros Tigres se encaminase hasta el estrado, para desde ahí dar respuesta a las palabras del Cihuacóatl Azteca. En esta ocasión, el encargado de hablar en nombre de sus compañeros lo era Ahuízotl, quien al parecer consideró que la pregunta formulada por Tlacaélel al final de su disertación precisaba ser contestada con tanta urgencia, que no podía perder ni siquiera el tiempo que le llevaría llegar hasta el estrado. Aún resonaban en el espacio las últimas palabras proferidas por Tlacaélel, cuando Ahuízotl, avanzando un paso al frente y levantando muy en alto un puño, pronunció tres veces, con recio acento, una misma palabra:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

Una especie de invisible relámpago pareció haber descargado súbitamente su enorme energía en el grupo de jóvenes alineados en el amplio patio central del edificio de la Orden; las expresiones de asombro y perplejidad desaparecieron al instante de todos los semblantes para ser substituidas por las más evidentes señales de firmeza y determinación. Como un solo hombre, los integrantes de la nueva generación de Caballeros Tigres alzaron al cielo el rostro y los puños, a la vez que repetían con el atronador estrépito de una tempestad:

¡Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

La casa que albergaba a la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres no era ya una simple e inanimada construcción. Las palabras de Tlacaélel transfiriendo a los nuevos miembros de la Orden la autoridad suficiente para hacer frente al conflicto existente, así como la gallarda actitud asumida por los jóvenes y muy particularmente la incesante

repetición que éstos hacían del misterioso y sagrado vocablo, parecían haber dotado al bello edificio de una poderosa vitalidad, transformándolo en el corazón mismo de todo el vasto organismo del Imperio.

Manifestando en sus miradas una profunda satisfacción y una serena confianza, los dignatarios tenochcas que habían presidido la ceremonia comenzaron a descender del estrado para dirigirse en seguida hacía la puerta de salida. El Director de la Escuela de Aspirantes no acompañó en esta ocasión a los mandatarios hasta el exterior del edificio. Desde el instante mismo en que Tlacaélel revelara la decisiva intervención que había tenido Citlalmina en el desenmascaramiento de la conjura, una especie de paralizante estupor se había apoderado de Tlecatzin, impidiéndole hablar y concertar cualquier clase de movimiento. Los severos juicios — jamás expresados en palabras pero consentidos por el pensamiento— con que calificara la conducta asumida en los últimos tiempos por su madre adoptiva, se convertían ahora, al conocer las verdaderas causas de dicha conducta, en un peso insoportable sobre la conciencia del guerrero. Finalmente, el remordimiento que devoraba interiormente a Tlecatzin logró materializarse y gruesas lágrimas comenzaron a deslizarse involuntariamente por la noble faz del forjador de Caballeros Tigres.

Mientras los altos funcionarios imperiales se alejaban del edificio de la Orden y Tlecatzin recuperaba sus perdidas facultades de voz y movimiento, en el aire continuaba vibrando, con rítmico y estremecedor acento, el antaño secreto nombre de la región donde tantas veces habían florecido prodigiosas culturas:

¡ Me-xíhc-co. Me-xíhc-co. Me-xíhc-co!

La respuesta de la nueva generación de Caballeros Tigres a la amenaza planteada por los ambiciosos mercaderes no se concretó tan sólo a repetir con ferviente entusiasmo el milenario vocablo. Al poco rato de que Axayácatl y sus acompañantes retornaron a palacio, fueron informados de que una comisión integrada por varios de los recién designados Caballeros Tigres solicitaba una entrevista.

La comisión era presidida por Ahuízotl, el cual expuso ante el monarca un plan de acción para la total destrucción de los conjurados. En cumplimiento de la promesa formulada por Tlacaélel a los jóvenes, Axayácatl no modificó en nada lo acordado por los noveles Caballeros Tigres, sino que se concretó a girar las instrucciones necesarias para que se diese un exacto cumplimiento al proyecto por ellos elaborado.

Un aguacero pertinaz se abatió sobre la capital azteca durante buena parte de, aquella tarde y aún no daba trazas de concluir al principiar la noche. La mayoría de los habitantes de la Gran Tenochtítlan, cansados por la celebración de los animados y recién finalizados festejos, había procurado recluirse desde temprana hora en sus casas, por lo que muy pronto la ciudad adquirió un desusado ambiente de apacible quietud. Nada permitía presagiar los agitados sucesos que habrían de desarrollarse durante aquella noche.

Un rumor apagado e insistente, semejante al que producen las olas pequeñas al chocar contra la playa, avanzaba por las húmedas calles de la ciudad en dirección a la gran plaza central. Sin proferir palabra alguna y procurando hacer el menor ruido posible, las tropas al mando de Moquíhuix se aproximaban cada vez más a su objetivo.

Repentinamente, proviniendo de lo alto del Templo Mayor, se dejó escuchar el penetrante y poderoso sonido de un caracol marino. Al instante, como si se tratase de multiplicados ecos de aquellas mismas notas, incontables caracoles resonaron desde diferentes lugares cercanos a la plaza. Sin que nadie lo hubiese ordenado, las tropas que comandaba Moquíhuix detuvieron su avance; sin embargo, el rumor que poblaba las calles no desapareció en ningún momento, sino al contrario, pareció alcanzar de improviso una redoblada intensidad, y es que no eran ahora estas tropas las que lo producían: eran los incontables batallones que por doquier surgían cerrando toda posibilidad de escape a sus contrarios.

Ante lo que ocurría, Moquíhuix comprendió de inmediato que la conspiración había sido descubierta por las autoridades y que éstas les habían tendido una trampa de la que difícilmente escaparían, sin embargo, conociendo lo que les esperaba si eran hechos prisioneros, dio la orden de ataque a sus tropas, indicándoles que intentasen romper el cerco avanzando hacia el canal más próximo al lugar donde se encontraban.

Se inició un combate frenético y despiadado. Impulsados por la convicción de que no tenían ya nada que perder, los contingentes comandados por Moquíhuix luchaban con feroz desesperación. Conocedoras de su superioridad numérica y del lógico final que habría de tener aquel encuentro, las tropas leales al gobierno combatían con serena y firme determinación. La cerrada obscuridad de la noche y el estrecho espacio donde se libraba el combate impedían cualquier acción de rescate de los heridos, el que caía perecía aplastado por la compacta masa de guerreros trabados en implacable lucha.

La innegable destreza en el manejo de las armas que poseía Moquíhuix causaba estragos en las filas de sus enemigos, pero ello no impedía que estos continuasen su inexorable avance, limitando cada vez más el cerco que contenía a las tropas rebeldes. Ahuízotl y Tízoc habían avistado ya al desleal comandante e intentaban llegar hasta él con la evidente intención de lograr su captura. Ambos hermanos luchaban coordinada y eficazmente, apoyándose uno al otro en sus avances y movimientos y aniquilando a todo aquel que se interponía en su camino.

Varias de las casas contiguas a las calles donde se libraba el combate estaban también convertidas en campo de batalla. Guerreros de ambos bandos habían penetrado en ellas para proseguir la contienda ante las asustadas miradas de sus moradores. Comprendiendo que su captura era ya inminente, Moquíhuix se introdujo en la casa más próxima y sin pérdida de tiempo ascendió hasta la azotea de la construcción, seguido por varios de sus partidarios y por incontables rivales que a toda costa trataban de darle alcance.

Saltando por entre las azoteas, Moquíhuix y una veintena de soldados consiguieron burlar a sus perseguidores y escapar del teatro de la lucha. Atravesando a nado los múltiples canales que cruzaban la ciudad y teniendo a su favor la protección que les brindaba la noche, los fugitivos lograron llegar hasta el Templo de Tlatelolco, donde les aguardaban el resto de los conjurados.

Los comerciantes y sacerdotes implicados en la conspiración, habían permanecido en el interior del templo esperando impacientes el aviso de Moquíhuix de que había logrado adueñarse de los más importantes edificios de gobierno y dado muerte a las principales autoridades. Al conocer el fracaso sufrido por los militares que les eran adictos, la más profunda consternación invadió a los conjurados, pues éstos comprendieron de inmediato que estaban irremisiblemente perdidos y que no tardarían en verse rodeados por innumerables contingentes de tropas leales.

Y en efecto, después de obtener la más contundente victoria en el nocturno combate, los noveles Caballeros Tigres que dirigían la operación habían procedido a reagrupar sus tropas e iniciado un rápido avance en dirección al barrio de Tlatelolco.

Tras de cruzar buena parte de la ciudad —cuyas calles todavía en tinieblas comenzaban a verse invadidas de personas deseosas de averiguar lo que estaba ocurriendo— las largas columnas de guerreros llegaron hasta la gran plaza central de Tlatelolco. Uno de los contingentes avanzó hasta el Templo siendo recibido por una cerrada lluvia de flechas, lanzadas desde lo alto por los mercaderes y sacerdotes rebeldes, que comandados por Moquíhuix y Teconal, intentaban presentar una última y desesperada defensa.

Las tropas rodearon la elevada pirámide e iniciaron su ascenso por diferentes lugares. Poseídos de una especie de frenético afán suicida, sacerdotes y mercaderes se arrojaron contra los guerreros intentando arrastrarlos en su caída. Algunos lo lograron y perecieron aferrados a sus rivales. Otros fueron acribillados a flechazos o cayeron con el cráneo hundido a golpes de macuahuitl. Moquíhuix y Teconal se lanzaron al vacío desde lo alto del Templo y encontraron la muerte al estrellarse contra los costados del edificio.

Al mismo tiempo que daba comienzo el asalto al Templo, un pequeño destacamento al mando de Tlecatlin se posesionaba del Palacio de Gobierno en Tlatelolco, iniciaba la búsqueda de Citlalmina por entre las numerosas habitaciones de la lujosa construcción.

Durante su alocución a los recién designados Caballeros Tigres, Tlacaélel se había limitado a poner de relieve la participación de Citlalmina en el descubrimiento de la conspiración, pero no había hecho mención alguna sobre la certeza que tenía acerca del

fallecimiento de la heroína azteca. Así pues, estimando que Citlalmina corría un grave peligro al encontrarse aún en la guarida de los conspiradores, Tlccatzin había solicitado a los jóvenes guerreros que dirigían la operación le autorizasen a intentar rescatarla de entre las manos de sus posibles captores. Los Caballeros Tigres habían acordado gustosos la solicitud de su antiguo Director, proporcionándole un contingente de tropas para el desempeño de su misión.

El Palacio de Gobierno de Tlatelolco —residencia oficial de Moquíhuix estaba del todo desierto y abandonado. La servidumbre había huido atemorizada ante la llegada de las tropas y al parecer no quedaba nadie en el inmenso edificio. Repentinamente, al penetrar a una de las habitaciones, Tlccatzin se encontró ante un inesperado espectáculo: recostada sobre una estera y luciendo un sencillo atuendo yacía la inerte figura de Citlalmina.

La tranquila serenidad que parecía emanar de Citlalmina, así como la natural viveza que animaba sus facciones, hicieron creer al guerrero, durante un primer momento, que ésta se encontraba tan sólo sumida en un profundo sueño. Al comprender la realidad de la situación, Tlecatzin se arrodilló ante el cadáver para besar respetuoso las manos de su madre adoptiva.

Nada en el exterior de Citlalmina permitía adivinar la causa de su muerte ni daba base para suponer que ésta hubiese sido violenta. No sólo no presentaba ninguna clase de herida o contusión, sino que incluso su físico parecía haber sufrido una inexplicable y favorable transmutación. Su rostro lucía rejuvenecido, revelando algunos rasgos de su otrora asombrosa belleza, y una especie de poderosa energía parecía fluir de todo su ser, impregnando el ambiente de paz y fortaleza. Tlccatzin envió mensajeros a informar a Tlacaélel y al Emperador del funesto suceso, mientras él y algunos de sus guerreros permanecían en silenciosa guardia al lado de Citlalmina.

Los resplandores de las llamas que incendiaban la cúspide de la pirámide de Tlatelolco se unieron muy pronto a las primeras luces del amanecer. La rebelión de los mercaderes había sido sofocada.

Capítulo XVIII

A UN PASO DEL SOL

La noticia de los sucesos ocurridos durante la agitada noche en que tuviera lugar la frustrada rebelión de los mercaderes se extendió con increíble rapidez por todos los rumbos de la capital azteca. Aún no amanecía del todo, cuando ya enormes multitudes —impulsadas no sólo por un febril afán de información acerca de lo que estaba sucediendo, sino deseosas de tomar parte activa en los acontecimientos— recorrían las calles de la imperial metrópoli. Al enterarse de la fracasada intentona de insurrección realizada por Moquíhuix y los mercaderes, un sentimiento de ira y estupor se dejó sentir entre todos los integrantes de la población tenochca; sin embargo, muy pronto el asunto de la sofocada revuelta pasó a segundo término —e incluso quedó del todo olvidado— al difundirse la noticia de la muerte de Citlalmina.

Aun cuando el respeto rayano en veneración que el pueblo azteca profesara antaño a Citlalmina se había transformado en los últimos tiempos en una desdeñosa indiferencia, aquella mañana, al darse a conocer —por labios de los nuevos Caballeros Tigres— los hasta entonces ocultos motivos que habían movido a Citlalmina a tramar su proyectado matrimonio con Teconal, y conjuntamente, propalarse la noticia de su fallecimiento, una especie de telúrico estremecimiento sacudió la conciencia del pueblo azteca. Arrepentimiento y dolor, tristeza y vergüenza, admiración y nostalgia, se entremezclaron al unísono en el alma de los tenochcas. La exacta valoración de lo que la figura de Citlalmina representaba en el nacimiento y desarrollo del Imperio, se hacía ahora patente ante los ojos de todos.

Como obedeciendo a un mismo e irresistible impulso, los habitantes de la Gran Tenochtítlan comenzaron a dirigirse en largas filas de silenciosos dolientes hacia la Plaza de Tlatelolco, en uno de cuyos costados se encontraba el edificio de gobierno donde yacía el cadáver de Citlalmina. Mujeres y niños de todas las edades, de cuyos ojos brotaban raudales de lágrimas, avanzaban con pausado andar portando entre sus brazos enormes ramos de flores de las más variadas especies. Muy pronto, la segunda gran plaza de la capital azteca empezó a resultar del todo insuficiente para dar cabida al siempre creciente mar humano que iba llenando hasta los últimos resquicios de la enorme explanada.

Mientras la población se agolpaba en torno al lugar donde se encontraba el cadáver de Citlalmina, Axayácatl ordenaba desde su palacio se tributasen a la recién fallecida heroína los mismos honores que se rendían a los generales aztecas que perecían en combate. En cumplimiento a lo dispuesto por el Emperador, un batallón de tropas selectas se encaminó a toda prisa a Tlatelolco con instrucciones de ponerse bajo el mando de Tlecatzin y trasladar de inmediato el cuerpo de Citlalmina hasta el Templo Mayor de la ciudad. La resolución de Axayácatl obedecía a un sincero deseo de rendir a la difunta el máximo homenaje que a su juicio resultaba posible; sin embargo, en esta ocasión, las órdenes imperiales no iban a ser acatadas.

A través de su activa existencia, Citlalmina había demostrado en incontables ocasiones que el pueblo no necesita estar aguardando a que sean siempre las autoridades las que vengan a resolver todos sus problemas, sino que puede muy bien organizarse para llevar a cabo sus propios propósitos. La muerte de la heroína azteca daría lugar a una nueva manifestación de esta forma de proceder: mucho antes de que los enviados de Axayácatl llegasen a Tlatelolco portando las órdenes del monarca sobre la forma de celebrar las honras fúnebres, el pueblo había comenzado ya, por su propia cuenta, a organizar los funerales.

Construida por manos anónimas, una sencilla plataforma de madera adornada con flores fue introducida hasta el lugar donde se encontraba el cuerpo de Citlalmina. Junto con la plataforma irrumpió en el edificio una multitud respetuosa, pero decidida a sacar cuanto antes el cadáver de la heroína para dar comienzo a un público homenaje. Tlecatzin no tenía aún conocimiento de las disposiciones acordadas por el Emperador, y al constatar la firme

determinación popular de rendir un último y espontáneo tributo a Citlalmina, vio en ello el más apropiado de todos los homenajes. Así pues, ordenó a las tropas bajo su mando que diesen por terminada la guardia que habían venido manteniendo junto al cadáver, y con sus propios brazos, depositó el cuerpo de su madre adoptiva en la rústica plataforma tapizada de flores. Estimando que en los funerales de Citlalmina saldría sobrando cualquier ostentación de pretendida superioridad, Tlecatzin se despojó de sus insignias de Caballero Águila y marchó como un doliente más en seguimiento de la plataforma en que era conducido el cadáver. Los jóvenes Caballeros Tigres, que al frente de sus fatigados y victoriosos guerreros permanecían aún en los recién conquistados edificios que bordeaban la plaza de Tlatelolco, al observar la conducta asumida por su respetado Director procedieron a imitarla, y guardando sus flamantes insignias, se entremezclaron con la dolorida multitud que lentamente comenzaba a desplazarse hacia el centro de la ciudad.

La ancha y larga avenida que conducía desde Tlatelolco hasta la Plaza Mayor había sido convertida por el pueblo en una gigantesca alfombra de flores. En sus costados se agolpaban miles y miles de personas de entristecidos rostros que aguardaban el paso del cortejo para unírsele. Un brusco y sorprendente cambio de estado de ánimo se operaba en todas las gentes en cuanto les era dado contemplar el cadáver de Citlalmina: como si la vigorosa y contagiosa energía que caracterizara a la heroína durante toda su vida continuase emanando de su cuerpo ahora inerte, ante su presencia, la multitud iba trocando la inicial pesadumbre que la dominaba en una actitud de serena firmeza. Una voz de mujer comenzó a entonar uno de los populares cánticos que los poetas habían compuesto en honor de la desaparecida, de inmediato incontables voces se le unieron, y a partir de aquel instante, la plataforma y su mortuoria carga prosiguieron su avance entre un incesante recitar de versos y entonar de canciones. Aquello no parecía ya unas exequias, sino el desfile triunfal de un guerrero.

Informado de lo que acontecía, Axayácatl había cancelado sus instrucciones iniciales —dejando por tanto al pueblo plena iniciativa en la organización del funeral— y en unión de Tlacaélel observaba desde lo alto del Templo Mayor el avance de la aún lejana multitud que lentamente se iba aproximando al corazón de la ciudad. En lontananza, y hacia cualquier punto a donde voltearan la mirada, podían contemplar un incesante afluir de lanchas pletóricas de gente que a toda prisa se desplazaban hacia la capital azteca.

Resultaba evidente que la noticia de la muerte de Citlalmina, como si hubiese sido propalada por los vientos, había llegado ya hasta un gran número de poblaciones situadas en los contornos del lago y que sus moradores acudían presurosos a rendir un último homenaje a la fallecida defensora de las causas populares.

En los bien trazados contornos de la Plaza Mayor, trabajando cual inmenso hormiguero, incontables personas laboraban febrilmente en la confección de una gigantesca alfombra de flores que abarcase toda la explanada. Técpatl, en compañía de otros destacados artistas, dirigía personalmente a los operarios, que con inigualable habilidad y rapidez iban transformando el vasto espacio disponible en una policromía de gran belleza, en la que figuraban representaciones de Deidades y geométricos dibujos de complicado diseño. Al pie de la enorme pirámide que albergaba al Templo Mayor, se hallaba colocado un alto montículo de madera, destinado a convertirse en la hoguera cuyas llamas consumirían el cuerpo de la heroína azteca.

Al percatarse de la proximidad del cortejo, Tlacaélel y Axayácatl descendieron del Templo y en unión de los más importantes dignatarios imperiales se dispusieron a salir a la Plaza para participar en los funerales. Sabedores de la actitud adoptada por Tlecatzin y los noveles Caballeros Tigres, se despojaron también de todas las insignias inherentes a sus altos cargos, y sencillamente ataviados, se encaminaron hacia el lugar donde habría de encenderse la hoguera.

La aparición de las autoridades en la Plaza Central coincidió con la llegada de la inmensa multitud que acompañaba al cadáver. Un profundo asombro suscitóse entre el pueblo al contemplar a los principales personajes del Imperio despojados de todo distintivo que aludiese a su grandeza y poderío. Particularmente la figura de Tlacaélel era objeto de la asombrada mirada de todos los presentes, pues no se conocía ningún precedente de algún

Portador del Emblema Sagrado que hubiese participado en un acto público sin ostentar sobre su pecho la venerada insignia.

Los cánticos cesaron y un extraño e impresionante silencio prevaleció en el ambiente. Lentamente, como si sus portadores se resistiesen a hacer entrega de su preciada carga, la plataforma conteniendo el cuerpo de Citlalmina llegó hasta donde se encontraba la madera convenientemente dispuesta para facilitar su incineración. En los momentos en que el cadáver iba a ser trasladado de la plataforma al montículo, el viento agitó las blancas vestiduras que cubrían el cuerpo, produciendo con ello una fugaz ilusión de vida y movimiento. Un rumor revelador de nerviosa inquietud se dejó escuchar entre la apretada multitud. La contemplación de la natural serenidad que prevalecía en las facciones de Citlalmina había suscitado ya numerosas dudas entre el pueblo —principalmente entre las mujeres— acerca de si en verdad la heroína se encontraba muerta o tan sólo sumida en un profundo sueño. La impresión de movimiento producida por el viento transformó en un instante aquellas dudas en la segura convicción de que Citlalmina no había fallecido, sino que se hallaba en una especie de trance semejante al sueño.

Inesperadamente, sin que nadie supiese de donde había brotado, una voz pronunció una palabra con la firme seguridad de aquel que enuncia la adecuada solución a un complejo problema:

¡ Iztaccíhuatl!

Millares y millares de rostros elevaron al unísono la mirada en dirección a los eternos centinelas del Anáhuac: la majestuosa pareja de volcanes de nevadas cumbres y singular figura, fuente inmemorial de inspiración de las más bellas leyendas. Al contemplar a la colosal montaña con forma de mujer que parecía dormir aguardando una nueva Edad para recobrar la conciencia, la multitud captó en un instante, en una especie de súbita percepción colectiva, la simbólica similitud que identificaba a aquellos dos seres —la mujer de carne y la mujer de nieve— habitantes de una desconocida realidad que trascendía ,1a aparente dualidad que entrañan la vida y la muerte.

Sin que fuese necesario que nadie la expresase en palabras, una firme determinación pareció surgir en el ánimo popular al percatarse de la semejanza existente entre las dos yacientes figuras: la de elevar el cuerpo de Citlalmina hasta las nieves del Iztaccíhuatl, para que ambos seres aguardasen unidos su futuro despertar.

Una vez más, el pueblo se puso en movimiento transportando la floreada plataforma que contenía el cuerpo de Citlalmina hasta el embarcadero más cercano. Al llegar a éste, fue colocada con sumo cuidado en una canoa que al instante comenzó a surcar las aguas, seguida muy de cerca por enjambres de lanchas en las que se agolpaba una población deseosa de acompañar a Citlalmina hasta su nuevo hogar.

Al borde del lago, acampados en una amplia llanura y protegidos del frío de la noche por incontables fogatas cuyos resplandores se percibían desde lejanas distancias, el pueblo azteca esperó el amanecer del nuevo día para proseguir su marcha hacia las nevadas faldas del Iztaccíhuatl.

Al despuntar el alba, los tenochcas dieron comienzo a un ininterrumpido ascenso a través de extensos y solitarios bosques. Las últimas luces rojizas del atardecer coloreaban el cielo, cuando los fatigados caminantes se detuvieron ante la pequeña abertura de una profunda oquedad en un conjunto rocoso. Se encontraban ya en un lugar donde dan comienzo las nieves perpetuas del femenino y adormecido volcán.

Un grupo de leñadores, habitantes de aquellas soledades, introdujo el cuerpo de Citlalmina hasta el final de la grieta, depositándolo sobre una sencilla estera de algodón. Un tosco enrejado de madera y una barrera de piedras cubrieron y ocultaron la salida del recinto.

Profundamente emocionado, pero sin dar muestras de tristeza, el pueblo se mantuvo inmóvil y expectante mientras los leñadores terminaban por cubrir del todo la angosta abertura. Confundido entre la gente, Tlacaélel permanecía impasible e inescrutable. Nadie colocó una sola ofrenda ni se pronunció tampoco oración alguna, pues no se trataba de un funeral, sino únicamente de coadyuvar al largo reposo que iniciaba Citlalmina en su helada y solitaria morada.

En medio del más completo silencio, como si temiesen perturbar el sueño de los seres excepcionales que dejaban a sus espaldas, los tenochcas se alejaron presurosos del aquel lugar. Mujer y montaña esperarían juntas el retorno del tiempo en el que nuevamente habrían de entrar en acción.

A partir de la fecha en que el cuerpo de Citlalmina fuera confiado a la custodia del Iztaccíhuatl, una especie de parálisis espiritual pareció apoderarse de Técpatl, impidiéndole no sólo proseguir su labor artística, sino incluso efectuar la mayor parte de las acciones necesarias para sobrevivir. Silencioso y ensimismado en sus propios pensamientos, pasaba los días con la mirada perdida, contemplando en el lejano horizonte a la gigantesca mujer de nieve y rocas en cuyo seno reposaba la heroína azteca.

Dejando sin respuesta los angustiados requerimientos de sus discípulos y amigos, que sin cesar le imploraban cambiase de proceder, el indiscutido dirigente de la vida artística del mundo náhuatl languidecía a ojos vistas, su cuerpo, de por sí delgado en extremo, no era ya —al igual que durante su adolescencia y primera juventud— sino un poco de piel que inexplicablemente porfiaba en continuar adherida a los huesos.

Alarmados ante una situación que no podía prolongarse sin que sobreviniese un trágico desenlace, una comisión de artistas y artesanos acudió ante Tlacaélel para exponerle la penosa situación por la que atravesaba el escultor y pedirle que intentase alguna acción tendiente a lograr que éste recuperase su sano juicio.

El Cihuacóatl Azteca escuchó con sincera preocupación el relato de lo que acontecía a Técpatl y creyó entrever la posible causa que motivaba su, al parecer, inexplicable comportamiento. Desde los ya lejanos días en que la intervención de Citlalmina había salvado la vida del escultor —e influido en forma decisiva para transformar la generalizada desconfianza por su obra en un vigoroso movimiento de apoyo popular a sus ideales de renovación artística— Técpatl, además de conservar una profunda gratitud a su providencial bienhechora, había encontrado en ésta la fuerza inspiradora que le permitía convertir en prodigiosas realizaciones escultóricas sus elevadas intuiciones. Al fallecer Citlalmina resultaba evidente, a juzgar por su actitud, que Técpatl consideraba concluida su labor sobre la tierra y ya tan sólo aguardaba el momento de su muerte.

Tlacaélel prometió a quienes solicitaban su intervención visitar esa misma tarde a Técpatl, sin embargo, les previno que no confiasen demasiado en que necesariamente se derivase de ello un cambio en la actitud del artista, pues si éste había tomado una determinación irrevocable, no existiría razonamiento alguno capaz de hacerle cambiar de conducta.

La presencia de Tlacaélel en el antiguo taller de Yoyontzin pareció reanimar al desfallecido Técpatl, quien abandonando por unos instantes la perpetua contemplación del Iztaccíhuatl a que se hallaba consagrado, se incorporó solícito a dar la bienvenida a su inesperado visitante.

Como resultado de los poco gratos acontecimientos que se habían venido sucediendo a partir del anuncio del supuesto matrimonio entre Citlalmina y Teconal, hacía ya algún tiempo que el Azteca entre los Aztecas no realizaba sus habituales visitas al taller del escultor, así pues, le costó trabajo reconocer a Técpatl en el cadáver viviente que tenía ante sus ojos.

Tlacaélel no reprochó al artista su conducta, se limitó a externar ante éste la segura convicción de que tal y como el pueblo certeramente intuyera, Citlalmina no había fallecido a resultas de una agresión o víctima de una repentina enfermedad, sino que considerando que por el momento no era ya imprescindible para su pueblo había optado, consciente y voluntariamente, por llevar su espíritu a una desconocida región —más misteriosa incluso que aquélla donde moraban los muertos— desde la cual aguardaría a que nuevamente se diesen en Me-xíhc-co circunstancias que requiriesen su presencia.

Antes de abandonar el taller, Tlacaélel efectuó la compra de algunos sencillos utensilios de cerámica de uso cotidiano, mismos que pagó de inmediato con una moneda de cacao. Para todos los presentes resultó evidente el significado de aquella compra: constituía a un mismo tiempo un reconocimiento a la actitud adoptada por los alfareros que laboraban en aquel lugar —los cuales habían continuado trabajando a pesar de lo que ahí acontecía—

y una velada reconvención a los escultores del taller, pues éstos habían paralizado del todo sus actividades en cuanto lo hiciera su director y maestro.

Transcurrió cerca de una semana sin que Tlacaélel supiese si se había operado algún cambio en la conducta del escultor, hasta que una mañana, al informarse de los nombres de las personas que solicitaban audiencia, se enteró de que Técpatl se encontraba entre éstas. Al recibirlo, observó una notoria mejoría en su aspecto, pues a pesar de su aún exagerada delgadez, nuevamente dimanaba de él la poderosa e indefinible energía que siempre le caracterizara.

Técpatl expuso ante el Cihuacóatl Imperial haber localizado por la región de Tizápan una enorme piedra que deseaba esculpir, razón por la cual, requería ayuda para lograr trasladarla hasta su taller. Tomando en consideración que el artista disponía de medios suficientes para realizar por su cuenta la operación de transporte, Tlacaélel vio en aquella petición no sólo el medio a través del cual Técpatl le manifestaba haber superado la crisis que le dominaba, sino también un gesto romántico y evocador del pasado, pues había sido con una solicitud exactamente igual a ésa, como el escultor iniciara sus labores artísticas en la capital azteca.

Tlacaélel acordó favorablemente la petición, y a la mañana siguiente, un numeroso grupo de cargadores, bajo la personal dirección del artista, dio comienzo a la difícil maniobra.

La frustrada revuelta de los mercaderes había hecho comprender a Tlacaélel que la política seguida hasta entonces en lo referente a la regulación de las actividades mercantiles se traduciría en constante fuente de conflictos en caso de no ser modificada, pues si bien era cierto que al mantener a los comerciantes en una posición de marcada inferioridad política y social, se evitaba toda posibilidad de que éstos pudiesen transformar los objetivos de carácter espiritual que normaban la conducta de la sociedad, substituyéndolos por el simple afán de enriquecimiento personal que los caracterizaba, también lo era que los mercaderes jamás terminarían resignándose con la marginación de que eran objeto, y que valiéndose de las cuantiosas riquezas que poseían —derivadas del incesante incremento de las actividades mercantiles propiciado por la expansión del Imperio— intentarían una y otra vez cambiar este orden de cosas que les resultaba tan adverso.

Después de reflexionar largamente sobre el problema, Tlacaélel llegó a la conclusión de que existían básicamente dos posibles soluciones.

La primera consistía en que las autoridades se hiciesen cargo íntegramente del desempeño de las actividades comerciales, realizando éstas por su propia cuenta y eliminando con ello a los mercaderes independientes. Si bien una medida de esta índole resultaba al parecer la más apropiada, Tlacaélel estimó que de aplicarla se corría el riesgo de obligar al gobierno a tener que prestar una excesiva atención a los asuntos de carácter mercantil, lo que a la larga acarrearía justamente el mal que se trataba de evitar, o sea el que consideraciones de carácter puramente comercial llegasen a ser las que determinasen la forma de actuar de las autoridades. Así pues, decidió intentar una segunda solución que si bien era evidentemente mucho más difícil, podía dar quizás mejores resultados: motivar a los mercaderes a que procediesen inspirados por los mismos ideales que normaban la conducta del resto de la población azteca.

Para lograr lo anterior, se reorganizaron las antiguas corporaciones de comerciantes, adquiriendo a partir de entonces un marcado carácter teocrático-militar. El ejercicio del comercio dejó de ser tan sólo un medio para la adquisición de riquezas y comenzó lentamente a convertirse en un valioso auxiliar del Gobierno Imperial.[1]

La definitiva conquista de los territorios habitados por los totonacas, realizada a través de exitosas campañas militares y de astutas negociaciones, además de proporcionar a los tenochcas una fuente segura de aprovisionamiento de las variadas mercaderías que se

[1] A la llegada de los españoles los comerciantes aztecas ("pochtecas") habían adquirido ya una preeminente posición dentro de la sociedad tenochca, pues su figura se aproximaba en buena medida al prototipo de "sacerdote militar" que constituía el ideal de esta sociedad: los comerciantes destacaban por su religiosidad, sabían convertirse en diestros guerreros cuando la ocasión lo requería, y proporcionaban a las Autoridades Imperiales la mayor parte de la información que éstas necesitaban de las poblaciones que proyectaban conquistar.

producían en la región de la costa, incrementó su afán por ver concluida, lo antes posible, la total incorporación del mundo entero a las fronteras del Imperio.

Con objeto de poseer una clara visión de lo que en realidad constituía el vasto Imperio Azteca, así como de programar las conquistas que aún faltaban por realizar, Axayácatl encomendó a un grupo integrado por varios de los más destacados dignatarios, la elaboración de un minucioso informe que abarcase lo concerniente a las distintas regiones que componían el Imperio y a los territorios que aún faltaban por conquistar.

Tras de varios meses de incesante labor, los funcionarios que tenían a su cargo el cumplimiento de la misión encomendada por el Emperador dieron por concluida su tarea y procedieron a transcribir, en un elegante y ornamentado Códice de varios centenares de hojas plegadas, los resultados de su trabajo.

El bien elaborado informe condensaba la existencia de todo un mundo fascinante y multifacético. El extendido Imperio había logrado conjuntar una extensa variedad de pueblos, creencias, lenguas y organizaciones políticas. Las cifras relativas tanto al número de habitantes que moraban en las diferentes regiones del Imperio, como a la increíble variedad de artículos que en ellas se producían, resultaban simplemente impresionantes.

En lo tocante a las futuras conquistas por realizar, los redactores del informe estimaban que éstas serían ya escasas, pues la anhelada fecha en que los límites del Imperio coincidirían con los del mundo habitado se encontraba ya próxima.

Tanto por el este como por el oeste, la expansión tenochca había llegado hasta el Teoatl,[2] considerado desde siempre como una infranqueable barrera. La expedición que Tlacaélel encabezara para encontrar Aztlán, había puesto de manifiesto la verdadera realidad prevaleciente en los territorios del norte: inmensas soledades escasamente pobladas por tribus nómadas y bárbaras. No convenía, por tanto, pensar en un avance ininterrumpido de las fronteras imperiales en aquellas regiones, más valía aguardar la época aún lejana en que habría de ocurrir un nuevo y deslumbrante renacimiento de Aztlán, para poder así establecer con ésta fraternales relaciones. No quedaban pues sino dos territorios verdaderamente importantes por incorporar al Imperio. Uno de ellos era el Reino de Michhuacan, habitado por los valientes tarascos. El otro era la amplia e imprecisa área donde se asentaban los señoríos mayas, cuyos límites más apartados llegaban hasta la región de las selvas impenetrables, que al parecer constituían también una barrera insalvable.

Después de estudiar detenidamente el informe, el Consejo Imperial adoptó una determinación: proceder primero a la conquista del Reino de Michhuacan, y una vez concluida ésta, iniciar la incorporación al Imperio de los numerosos señoríos mayas. Las razones para esta decisión provenían de la consideración de que si bien el Reino Tarasco era mucho más poderoso que cualquiera de los señoríos mayas, su conquista podría realizarse a través de una sola victoriosa campaña militar, mientras que en cambio, la extensión de los territorios donde moraban las poblaciones de origen maya, así como la gran variedad de gobiernos que los regían, obligarían forzosamente a la adopción de una táctica de avances progresivos de los ejércitos tenochcas.

Por otra parte, Tlacaélel pensaba que quizás la incorporación de la región maya al Imperio podría lograrse sin tener que recurrir a largas y costosas guerras, sino haciendo valer su condición de lógico pretendiente a la total posesión del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl.[3]

Así pues, al mismo tiempo que daban comienzo los preparativos para la campaña militar en contra de los tarascos, se envió a la lejana región donde habitaban los mayas una delegación diplomática especial, con la misión de localizar al poseedor de la segunda mitad

---

[2] "Aguas divinas sin fin."

[3] Como se recordará por lo relatado en el Capítulo Primero de esta obra, Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, Emperador Tolteca y Portador del Emblema de la Deidad del mismo nombre, tras de su derrota y expulsión de Tula inició en unión de sus partidarios una larga marcha hacia el sureste. Al pasar por la ciudad de Chololan, vencido por la frustrante desesperación que le dominaba, se despojó del Caracol Sagrado arrojándolo al suelo y rompiéndolo en dos pedazos. A partir de entonces el venerado emblema había quedado dividido en dos partes: una de ellas permaneció en Chololan y era portada por el Sumo Sacerdote de la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl, la otra mitad había sido llevada por el propio Ce Acatl Topiltzin hasta Uxmal y entregada al más elevado representante del sacerdocio maya.

del Caracol Sagrado y solicitarle que hiciese formal entrega del mismo a Tlacaélel, poseedor de la otra mitad, en virtud de que la condición fijada por el propio Quetzalcóatl para que la unión de ambas partes se llevase a cabo —la creación de un nuevo Imperio que gobernase a toda la humanidad y que tuviese como finalidad elevar su nivel espiritual— estaba ya próxima a cumplirse.

Un año había transcurrido desde la fecha en que el equipo de porteadores enviado por Tlacaélel trasladase, a costa de grandes esfuerzos, la pesada piedra seleccionada por Técpatl para llevar a cabo una escultura, cuando el artista se presentó ante el Azteca entre los Aztecas para invitarlo a conocer la obra realizada.

Al día siguiente, muy de mañana, el taller de escultura y cerámica de mayor fama en todo el Anáhuac recibía, una vez más, la visita del Cihuacóatl Imperial. Sin pérdida de tiempo, Técpatl condujo a Tlacaélel ante su recién terminada escultura. A pesar de que Tlacaélel estaba ya habituado a las prodigiosas realizaciones que Técpatl acostumbraba efectuar, en esta ocasión no pudo menos que poner de manifiesto, mediante una franca expresión de complacido asombro, la profunda emoción que le embargaba ante lo que sus ojos contemplaban.

Las verdades esenciales de todo cuanto concernía al Tiempo —incluyendo la indisoluble vinculación de éste con el Espacio Celeste— aparecían claramente representadas en el gigantesco monolito frente al cual se hallaba Tlacaélel. La cíclica repetición del acaecer cósmico, la lucha incesante de fuerzas contrarias que dan origen a la dualidad creadora, la gráfica narración de las cuatro Edades anteriores, la presencia rectora y determinante de Tonatiuh[4] como máxima fuerza sustentadora de lo manifestado, la íntima dependencia existente entre los seres que pueblan la tierra y los astros que viven en el firmamento, los veinte símbolos de los diferentes días, que permiten al hombre intentar fijar la conducta más adecuada atendiendo a las cambiantes condiciones celestes, todo ello, y muchas otras importantes cuestiones sobre la estrecha relación que guarda Tonatiuh con todo lo referente al Tiempo, aparecían magistralmente sintetizadas en aquella impresionante y monumental escultura.

Tlacaélel felicitó a Técpatl y a sus ayudantes por la realización de tan magnífica obra y propuso a éste que la conservase durante algún tiempo en el taller, pues deseaba que su traslado a la Plaza Mayor de la ciudad —único marco que consideraba apropiado para una escultura de tales dimensiones— coincidiese con las fiestas que habrían de celebrarse cuando retornase victorioso el ejército que estaba por partir a la conquista del Reino Tarasco.

El escultor estuvo de acuerdo con la proposición de Tlacaélel, pero comunicó a éste que no se encontraría presente en la ciudad cuando tuviesen lugar dichas celebraciones, pues con aquella obra daba por definitivamente concluida su labor artística y deseaba pasar lo que le restara de vida orando y trabajando la tierra, para lo cual se encaminaría esa misma semana hacia su nuevo domicilio: un apartado calpulli por la región de Chololan, en donde laboraban familiares de uno de sus discípulos. El taller, concluyó Técpatl, quedaría a cargo de los capaces escultores y alfareros que habían venido colaborando con él desde largo tiempo atrás.

Convencido de que ninguna clase de razonamiento haría cambiar la firme determinación adoptada por el artista, Tlacaélel se despidió de su amigo y se dirigió al Palacio Imperial, a tomar parte en la junta que fijaría la fecha en que las tropas aztecas, comandadas por el Emperador, iniciarían su marcha rumbo a Michhuacan.

La salida del numeroso ejército que habría de llevar a cabo la campaña contra los tarascos constituyó todo un acontecimiento en la capital azteca. Enormes multitudes, aglomeradas en las calles y apretujadas sobre las embarcaciones que cubrían los canales, observaron con manifiesto orgullo el desfile de las tropas tenochcas.

El espectáculo constituía en verdad algo impresionante. La figura señera y altiva de los Caballeros Águilas, recubiertos de la cabeza a los pies con sus llamativos y ricamente decorados uniformes que les asemejaban a gigantescas y poderosas aves. El paso firme y

[4] El sol, o más exactamente las fuerzas cósmicas que éste representa.

elástico de los Caballeros Tigres, envueltos en corazas de moteada piel y portando escudos bellamente adornados. El alegre sonido de los cascabeles de oro que ceñían en brazos y piernas los porta estandartes, cuyos multicolores banderines del más variado diseño permitían diferenciar a los innumerables batallones. La marcha rítmica y vigorosa de las tropas. El ronco vibrar de los tambores y el agudo sonar de las chirimías. Y la adusta majestad del Emperador, cuyo rostro a un tiempo juvenil y antiguo, parecía simbolizar el alma misma del pueblo azteca.

Para los tenochcas, que entre incesantes vítores despedían a su ejército, no podían pasar desapercibidos dos hechos sobresalientes de aquel desfile: uno de ellos lo era el que Ahuízotl lucía ya el uniforme de Caballero Águila, y el otro, el que las insignias de mando del ejército que se alejaba eran portadas, en primer término, por el Emperador en persona, y en segundo lugar, por Tlecatzin y Zacuantzin, lo que indicaba claramente el propósito de lograr un equilibrio entre el valor firme, pero a la vez sereno y prudente, que caracterizaba al hijo adoptivo de Citlalmina, y el arrojo impetuoso y temerario de que solía hacer gala Zacuantzin, quien a últimas fechas, como resultado de una serie de fulgurantes y exitosas campañas, se había convertido en el general azteca de mayor prestigio.

Avanzando a buen paso al través de la calzada que por el poniente conectaba a la Capital Azteca con

la tierra firme, el ejército se perdió muy pronto de vista, dejando en el aire el eco del recio y armónico compás de miles de pasos retumbando sobre el empedrado.

Aquella noche, mientras contemplaba la dormida ciudad que se extendía bajo sus plantas, Tlacaélel repasó mentalmente los más recientes sucesos: la excepcional escultura realizada por Técpatl, el informe presentado al Emperador sobre la variada extensión de los dominios tenochcas, el ejército marchando a la conquista de una de las últimas regiones aún no incorporadas a las fronteras Imperiales. Después de reflexionar largamente *acerca* del posible significado de aquellos acontecimientos, llegó a la conclusión de que todos ellos ponían de manifiesto la proximidad del día en que podría afirmarse con justeza que el Imperio había logrado cumplir las tareas para las cuales fuera creado, en otras palabras —y utilizando el simbólico lenguaje de los poetas— el Imperio Azteca estaba ya tan sólo a un paso del sol.

Capítulo XIX

AHUIZOTL RÍE A CARCAJADAS

El reino de los tarascos en Michhuacan se extendía sobre una región de bien ganada fama por su particular belleza. Ríos de cristalinas aguas dotaban a las tierras de aquellos contornos de una increíble fertilidad. Sus bosques poseían una gran diversidad de las más finas maderas y de sus montañas podía extraerse oro y cobre con relativa facilidad. Hermosos lagos en los que abundaba la pesca y un clima templado y benigno, constituían otros tantos atributos de tan privilegiado territorio.

Según los relatos contenidos tanto en la tradición azteca como en la de los tarascos o purépechas, ambos pueblos habían partido juntos de Aztlán y unidos realizado gran parte de su largo peregrinaje en busca de un definitivo asentamiento. Al llegar al lago de Pátzcuaro se habían separado, continuando los tenochcas hacia el Anáhuac, mientras los purépechas, tras de sojuzgar a los antiguos pobladores de Michhuacan, fundaban un reino que muy pronto adquiriría renombre y poderío.

Poseedores de un espíritu activo y emprendedor, así como de un carácter altivo y valeroso, los tarascos se dieron a la tarea de ensanchar los límites de sus iniciales dominios, expandiendo las fronteras de éstos hacia los cuatro puntos cardinales. Los bellos productos elaborados por sus artífices comenzaron muy pronto a llegar hasta los más apartados confines, siendo cada vez más apreciados y mejor cotizados. Tzinzuntzan, la capital del Reino Tarasco, crecía sin cesar no sólo en cuanto al número de sus habitantes, sino también en lo que hace a la cantidad y esplendor de sus templos y edificios.

Plenamente conscientes de que tarde o temprano tendrían que hacer frente a las pretensiones de conquista universal sustentadas por sus antiguos compañeros de viaje, los tarascos se preparaban sin cesar para la inevitable guerra que habrían de sostener con los aztecas. Ante el grave conflicto que se avecinaba, Tzitzipandácuare, el sobrio y valeroso monarca que regía los destinos del pueblo purépecha, contaba con dos inapreciables armas. La primera de ellas era la firme y unificada voluntad de su pueblo, decidido a desaparecer de la faz de la tierra antes que quedar sujeto a un poder extraño. Y la segunda, el genio superior de Zamacoyáhuac, militar cuyo prestigio rebasaba ya los límites de las tierras tarascas.

Zamacoyáhuac constituía la personalidad más vigorosa y relevante de todo el Reino Tarasco. Hijo de padre desconocido y de una mujer de muy modesta condición, había sido obsequiado por su madre cuando apenas contaba seis años de edad a una pareja de ancianos campesinos, crueles y despóticos, que obligaban al pequeño a desempeñar agotadoras faenas, castigándolo con extremo rigor por la menor falta cometida. A pesar de lo duro de su existencia, nunca se le escuchó proferir una queja ni derramar una lágrima. Al cumplir los trece años, el adolescente huyó de la casa en que vivía y durante una larga temporada permaneció vagando solitario por entre los montes, aprendiendo a sobrevivir en las más adversas condiciones, defendiéndose de las fieras, de los elementos y de los hombres. Su errante existencia le alejó muy pronto de sus antiguos lares, llevándole hacia apartados lugares. Hábil cazador, aprendió a preservar las pieles de sus presas y a comerciar con ellas cuando se presentaba una ocasión propicia. Una mañana, mientras se encontraba en lo alto de una montaña que dominaba un amplio valle, se desarrolló bajo sus pies, ante su absorta mirada, un inesperado espectáculo. Después de largos preliminares dedicados a realizar complicadas maniobras, dos ejércitos se enfrascaron en fiera lucha, obteniendo uno de ellos la victoria en forma rápida y contundente. Al terminar el combate Zamacoyáhuac sabía ya cuál sería el destino que habría de dar a su existencia: sería guerrero y aprendería el motivo de aquellos extraños desplazamientos de los soldados en el campo de batalla, pues intuía que era en su correcta ejecución, donde radicaba en gran medida el éxito o fracaso de un combate.

Venciendo su natural propensión al aislamiento, Zamacoyáhuac había buscado la forma de establecer relaciones con los integrantes del ejército vencedor. Se trataba de

tropas aztecas, empeñadas en la conquista de la región mixteca. El profundo conocimiento que de aquellos territorios poseía el solitario cazador le había valido para ser aceptado como guía del ejército imperial, iniciándose en esta forma para Zamacoyáhuac un largo periodo de fructífero aprendizaje, pues al mismo tiempo que desempeñaba los más variados y modestos trabajos al servicio de las tropas tenochcas —guía, porteador, enterrador— su sagaz inteligencia le iba permitiendo compenetrarse en los secretos de la organización adoptada por los victoriosos ejércitos imperiales, así como en los eficaces métodos de combate que dichos ejércitos utilizaban durante sus incesantes guerras.

Una visita a la capital azteca —resultado de su estrecha vinculación con las tropas a las que prestaba sus servicios— no sólo proporcionó a Zamacoyáhuac una clara visión del creciente poderío del Imperio Azteca, sino que le hizo tomar conciencia del ilimitado afán expansionista que dominaba a los tenochcas y de la grave amenaza que como consecuencia de ello se cernía sobre el Reino Tarasco. A pesar de lo amargo de su niñez y del largo periodo transcurrido desde que abandonara el suelo natal, Zamacoyáhuac había mantenido siempre vivo en su interior un sentimiento de profunda devoción hacia su propio pueblo. Así pues, decidió consagrar íntegramente sus energías y los conocimientos que había logrado adquirir en materia militar a la tarea de impedir que el pueblo purépecha fuese sojuzgado por los aztecas. A la primera oportunidad abandonó su trabajo en el ejército imperial y emprendió el camino de retorno hacia la tierra de sus mayores. Ninguno de sus antiguos jefes prestó la menor atención a la desaparición del adusto y silencioso sirviente.

Una vez llegado a tierras tarascas, Zamacoyáhuac ingresó de inmediato en el ejército en donde muy pronto comenzó a destacarse por sus relevantes cualidades. Su primera misión de importancia consistió en lograr la pacificación de la frontera norte del Reino, asediada continuamente por las incursiones de tribus nómadas, para lo cual llevó a cabo la construcción de una cadena de sólidas fortificaciones que permitían un control permanente de aquellas agrestes regiones, pero no eran los mal coordinados ataques de estas tribus, sino la posibilidad de una invasión azteca, lo que suscitaba la perenne preocupación de Zamacoyáhuac.

Atendiendo a sus ruegos y a su comprobada capacidad, le fue encomendada la jefatura de todas las guarniciones próximas a los territorios dominados por los aztecas. En un tiempo increíblemente corto el guerrero iba a transformar aquella extensa frontera en un auténtico bastión defensivo.

El carácter en extremo reservado de Zamacoyáhuac no se prestaba mucho a la elocuencia; con miras a compensar esta deficiencia estimuló la formación, dentro del ejército, de un grupo de excelentes oradores encargados de predicar día y noche a la población sobre el peligro tenochca y la necesidad de que todos participasen activamente en las obras de defensa. La reacción popular superó muy pronto a las más optimistas predicciones. Trabajando con ánimo incansable, el pueblo desmontó bosques, abrió caminos y edificó cuarteles y fortificaciones en los más diversos lugares.

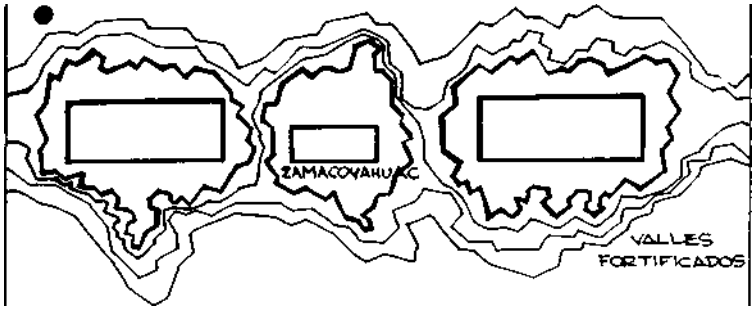
Zamacoyáhuac se encontraba efectuando un recorrido por el interior del Reino, dedicado a reclutar nuevos soldados para engrosar sus fuerzas, cuando llegó hasta él un agotado mensajero enviado por el Rey Tzitzipandácuare; venía a comunicarle que el Emperador Azteca, al frente de un numeroso ejército, se aproximaba a Michhuacan con la evidente intención de avasallarlo. Junto con el informe referente a la invasión, el mensajero era portador de una real determinación: aquel que ignoraba el nombre de su padre y fuera despreciado incluso por su propia madre, el otrora acosado adolescente que viviera escondido entre los montes disputando su comida con las fieras, el antaño ignorado sirviente de las orgullosas tropas imperiales, había sido designado comandante en jefe de todas las fuerzas militares existentes en el Reino Tarasco, encomendándosele la difícil misión de hacer frente a la invasión azteca.

En un lugar cercano a los límites donde terminaba la hegemonía imperial y se iniciaban los dominios purépechas, las tropas aztecas detuvieron su avance y se aprestaron para la contienda. Las numerosas patrullas de observación enviadas para atisbar los movimientos de las tropas enemigas habían retornado ya tras de sufrir considerables bajas. La estrecha vigilancia que las tropas tarascas ejercían sobre su frontera había dificultado enormemente la labor de las patrullas, obligándolas a librar incesantes encuentros que en

ocasiones adquirían el carácter de pequeños combates. Ninguno de los escasos prisioneros que habían sido capturados revelaba temor alguno en su actitud, sino por el contrario, se mantenían orgullosos y desafiantes frente a sus captores. Sin embargo, pese a todos los obstáculos, las patrullas habían retornado con un buen caudal de valiosa información, según la cual, los ejércitos purépechas estaban procediendo a concentrarse con gran prisa en un mismo lugar: unas enormes y poderosas fortificaciones recientemente concluidas, ubicadas en un lugar próximo a la frontera, no muy lejano de aquel donde se encontraba acampado el ejército azteca. Junto con esta información, los componentes de las patrullas proporcionaron otra que resultaba del todo inexplicable: las tropas tarascas no marchaban solas, con ellas se movían enormes contingentes de población civil. Tal parecía como si los habitantes de Michhuacan pretendiesen oponer a los invasores un gigantesco muro de contención construido con sus propios cuerpos.

Los generales aztecas deliberaron largamente sobre la situación y llegaron a la conclusión de que, a juzgar por la conducta adoptada por sus contrarios, éstos habían decidido realizar una desesperada lucha defensiva, encerrándose pueblo y ejército en sus sólidas fortificaciones, con la firme determinación de defenderlas hasta la muerte. En vista de ello, los tenochcas determinaron no retrasar por *más* tiempo su avance, sino encaminarse directamente al lugar donde se encontraban los baluartes enemigos.

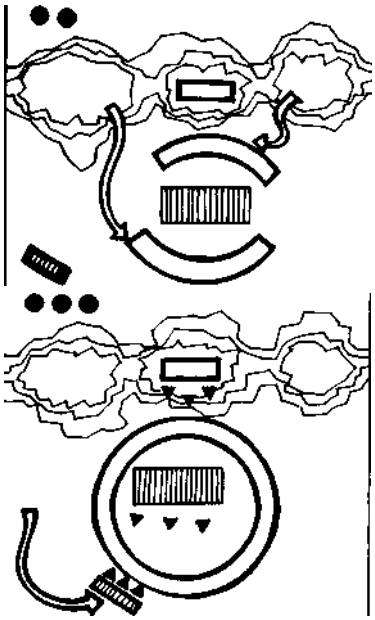
Una vez más las patrullas del ejército azteca se adelantaron a éste, ahora con el propósito de realizar observaciones sobre el lugar donde se desarrollaría el combate.



AXAYCATL AHUIZOTL

TLECATZIN

EJERCITO EJERCITO



• "Posición de las tropas antes del inicio de la batalla."

•• "Exitosa retirada del ala izquierda del ejército azteca. Destrucción del ala derecha y cerco del cuerpo central."

••• "Las tropas de Tlecatzin acuden a intentar romper el cerco tarasco. Las tropas de Zamacoyáhuac se esfuerzan por lograr la total destrucción del ejército imperial."

Las fortificaciones escogidas por los purépechas para hacer frente a los invasores no constituían un simple conjunto de construcciones. En realidad se trataba de una extensa región en la que existían tres estratégicos valles, los cuales habían sido debidamente acondicionados para permitir que en su interior pudiese vivir un elevado número de defensores.

En las montañas que rodeaban a cada uno de estos valles se habían realizado complicadas obras tendientes a convertirlos en sólidas fortificaciones. Particularmente el valle central, que era el más grande de los tres, presentaba un aspecto por demás impresionante. Todas las laderas de las montañas habían sido recortadas y reforzadas con elevados muros de piedra. En lo alto, largas barreras construidas con troncos de árbol protegían a interminables filas de arqueros, que en cualquier momento podían comenzar a lanzar una mortífera lluvia de flechas contra aquéllos que intentasen escalar los muros. Un manantial que brotaba en el centro del valle y el hecho de que se hubiesen almacenado con toda oportunidad considerables reservas de alimentos, garantizaban la subsistencia de los defensores durante un largo período.

Los tenochcas no tenían ningunos deseos de permanecer meses enteros asediando los baluartes tarascos hasta que sus defensores se rindiesen por hambre, así pues —y contando con la seguridad que les daba el saber que no podían ser atacados por la retaguardia, pues sus rivales se encontraban al frente y encerrados en sus propias defensas— decidieron utilizar la totalidad de sus tropas en un ataque demoledor, encaminado a conquistar por asalto las fortificaciones enemigas ; con este objeto procedieron a dividir sus fuerzas en tres secciones. La primera, bajo el mando directo del Emperador, tendría como misión atacar el valle central. La segunda, comandada por Tlecatzin, se encargaría del asalto al valle situado a la izquierda del ejército azteca. Finalmente, una tercera sección encabezada por Zacuantzin ocuparía los baluartes ubicados en el valle de la derecha.

Con objeto de impedir que los purépechas se percatasen anticipadamente de la distribución de las fuerzas que les acometerían (lo que les permitiría ajustar antes del ataque la integración de sus respectivos contingentes en cada uno de los baluartes) los generales aztecas optaron por aprovechar la oscuridad de la noche para efectuar la movilización de sus tropas en dirección a las diferentes fortificaciones enemigas.

El valle que contenía los baluartes situados a la izquierda del campamento azteca se encontraba bastante retirado de las otras dos posiciones enemigas, razón por la cual, los guerreros bajo el mando de Tlecatzin fueron los primeros en movilizarse a través de la negrura de la noche. Les siguieron muy pronto, en dirección contraria, las tropas que conducía el temerario Zacuantzin, y al poco rato, la sección central y más numerosa del ejército tenochca, inició el recorrido del corto trecho que le separaba de las estribaciones del valle donde se encontraba la principal fortificación purépecha.

Las tropas aztecas contaban en esta ocasión con un variado arsenal destinado a nulificar las elaboradas obras de defensa a las cuales tendrían que hacer frente: largas escaleras de madera, gruesos rollos de recias cuerdas, diversos instrumentos para socavar los muros enemigos, enormes escudos destinados a proteger tanto a los que laborasen en la destrucción de los diferentes obstáculos, como a los que simultáneamente debían ir venciendo a las tropas contrarias que los ocupaban. Todo había sido cuidadosamente planeado, buscando no dejar nada al azar ni a la improvisación.

Después de realizar una última visita de inspección a las tropas del sector central, desplegadas ya en formación de combate, Ahuízotl se encaminó al puesto de mando donde se encontraba el Emperador, con objeto de informarle que el ataque podía dar comienzo en

el momento en que éste así lo ordenase. Similares informes habían llegado ya de los sectores a cargo de Tlecatzin y Zacuantzin.

Ahuízotl se disponía a entrar en el improvisado campamento donde se encontraba Axayácatl, cuando se detuvo unos momentos a contemplar con profunda atención las poderosas fortificaciones que se alzaban ante su vista. Aun cuando tanto por la distancia como por los obstáculos tras de los cuales se guarnecían los tarascos resultaba imposible lograr una clara visión de los mismos, podía observarse en lo alto de aquellas murallas a muchos miles de pequeñas figuras que de seguro se aprestaban a presentar una resuelta defensa. Era evidente que la batalla que estaba por iniciarse no iba a constituir una fácil victoria para las fuerzas imperiales. Sin embargo, Ahuízotl se sentía un tanto extrañado ante el plan de combate adoptado por los tarascos, pues no era esto lo que esperaba del genio militar que se atribuía a Zamacoyáhuac. Al asumir una simple actitud defensiva encerrándose tras de sus sólidos baluartes, los purépechas estaban reconociendo que no buscaban vencer a sus oponentes, sino que se contentaban con lograr rechazarlos, pero esto no pasaba de ser una imposible esperanza, pues por altos que fuesen los muros de aquellas fortalezas y por muy grande que resultase el valor puesto en su defensa, terminarían tarde o temprano por sucumbir ante los bien coordinados ataques del ejército imperial.

Además de la extrañeza que le producía la aparente carencia de audacia que revelaba la conducta de sus enemigos, Ahuízotl era presa desde hacía varios días de una pertinaz e insólita sensación, que le inducía a considerar que en alguna forma ya había vivido una contienda semejante a la que estaba por iniciarse. Súbitamente, mientras contemplaba las bien alineadas filas de guerreros aztecas listos a entrar en acción, comprendió cuál era la causa de tan singular sentimiento. Lo que en verdad había estado recordando durante todo aquel tiempo sin tener plena conciencia de ello, eran los relatos que gustaban hacer los ancianos sobre la lucha que en contra de los tecpanecas habían librado largo tiempo atrás los aztecas, en una época en la que él aún no había nacido. Y en realidad existía una marcada semejanza entre los dos conflictos, pues en ambos casos, no eran sólo dos agrupaciones de tropas antagónicas las que habrían de enfrentarse, sino, por una parte, un pueblo decidido a perecer antes que perder su libertad, y por la otra, un poderoso ejército adiestrado y dirigido profesionalmente.

A pesar de la similitud entre aquellas luchas —concluyó Ahuízotl para sus adentros— resultaba muy

diferente la conducta adoptada en ambos casos por los dirigentes aztecas y tarascos, pues mientras los primeros habían sabido utilizar la participación de toda la población en un combate donde se buscaba alcanzar la victoria, los segundos conducían a su pueblo al campo de batalla a tomar parte en una desesperada lucha defensiva, que podría retardar la derrota pero no impedirla.

Desde lo más profundo de su interior, afloró una duda en el pensamiento de Ahuízotl: ¿Y si a pesar de lo que todas las apariencias indicaban, los tarascos no pretendían tan sólo resistir hasta lo último, sino vencer al ejército invasor?

Ahuízotl observó con reconcentrada atención los baluartes enemigos, tanto los que se levantaban frente a él a escasa distancia, como los existentes en los valles ubicados a derecha e izquierda. A su mente acudió el relato, tantas veces escuchado, sobre las enormes nubes de polvo con que la población azteca no combatiente había logrado confundir a los tecpanecas durante el transcurso del encuentro decisivo entre ambos contendientes. Una fugaz pero profunda intuición sacudió su conciencia haciéndole captar el paralelismo existente entre las legendarias nubes de polvo y las fortificaciones que se alzaban ante su vista. Y entonces, una estruendosa carcajada, a un mismo tiempo hueca y sonora, brotó de sus labios estremeciendo el aire y paralizando de estupor a todos cuantos se encontraban próximos al guerrero.

Sorprendidos por la sonoridad de aquella risa extraña y singular, el Emperador y los militares que le acompañaban salieron presurosos del campamento, justo a tiempo para presenciar el inusitado espectáculo que ofrecía la personalidad tenida como la más austera e impasible del Imperio profiriendo, sin motivo aparente alguno, resonantes carcajadas.

Tal y como las iniciara, Ahuízotl concluyó bruscamente sus manifestaciones de hilaridad, recuperando de inmediato su tradicional e inescrutable apariencia; después, ante el creciente asombro de los presentes, solicitó al Emperador que abandonase el campo de batalla y le delegase cuanto antes el mando supremo del ejército.

Al comprender que los que lo escuchaban comenzaban a creer que había perdido repentinamente el juicio, Ahuízotl rompió una vara de arbusto y al mismo tiempo que dibujaba con ella sobre la tierra un plano de la región donde se encontraban, fue enunciando las más sorprendentes aseveraciones. Los baluartes purépechas —afirmó con sereno acento— eran tan sólo un engaño destinado a lograr que los aztecas dividiesen sus fuerzas. La enorme fortificación que tenían enfrente no debía estar defendida por soldados, sino a lo sumo ocupada por el puesto de mando y algunas tropas de reserva; las figuras que en ella se veían debían ser de ancianos, mujeres y niños. El ejército enemigo, dividido en dos partes, aguardaba tras los valles situados a derecha e izquierda, pero no lo hacía en posición de defensa, sino dispuesto al ataque. En esta forma, a pesar de que ambos adversarios poseían un número de tropas más o menos análogo, la disposición de las mismas favorecía marcadamente a los tarascos, pues estos contarían en cada una de las fases del combate con una considerable superioridad numérica que les permitiría proceder, en primer término a la destrucción de las alas del ejército azteca, y posteriormente, al aniquilamiento del cuerpo central de dicho ejército. La batalla, por tanto, estaba perdida para los tenochcas aún antes de haberse iniciado.

Ahuízotl dio término a su breve alocución afirmando que no debía sentarse el precedente de que un ejército dirigido por el Emperador en persona fuese objeto de una derrota, y que por ello, lo más conveniente era que Axayácatl no participase en la lucha, sino que le facultase para que fuese él quien la dirigiera, ya que en esta forma la responsabilidad del descalabro no sería atribuible a la figura del Emperador, sino a la de un simple guerrero. El peculiar atributo de Ahuízotl, que le llevaba a responsabilizarse de todo cuanto ocurría en su derredor, se ponía una vez más de manifiesto en aquellas dramáticas circunstancias.

Axayácatl permaneció unos instantes en silencio, analizando el crucial dilema al que se enfrentaba. Aun cuando comprendía muy bien la necesidad de mantener incólume el prestigio de invencibilidad que caracterizaba hasta entonces a la figura del Emperador, consideraba que abandonar en aquellas circunstancias el campo de batalla constituiría una denigrante cobardía. Apremiado por la urgencia de la situación, el monarca adoptó la determinación que consideró más conveniente: cedería el mando del ejército a Ahuízotl y una guardia de honor llevaría a lugar seguro las insignias imperiales, pero él, convertido tan sólo en un combatiente más, participaría en la lucha. Tras de afirmar lo anterior, hizo entrega del bastón de mando a su hermano y procedió a despojarse de los emblemas inherentes a su elevado rango.

Ahuízotl asumió de inmediato sus funciones de comandante en jefe. Primeramente procedió a integrar la pequeña escolta que tendría a su cargo la custodia de las divisas imperiales, ordenándole se alejase cuanto antes del campo de batalla. Acto seguido, el guerrero explicó a sus lugartenientes el plan que había ideado para tratar de impedir la destrucción del ejército bajo su mando. Se intentaría efectuar una retirada, para lo cual se requería que las dos alas del ejército tenochca, que en esos momentos se encontraban bastante alejadas de su cuerpo central, se incorporasen a éste lo antes posible. A pesar de que el plan de acción que tan vertiginosamente concibiera Ahuízotl era bastante riesgoso —pues dependía de lograr en plena retirada una perfecta coordinación de las tres secciones del ejército azteca—, los oficiales tenochcas estimaron que contaba con bastantes posibilidades de realización.

Desde el pequeño promontorio rocoso que le servía de atalaya, Tlecatzin observó la figura del mensajero que procedente del puesto de mando del Emperador se aproximaba con rápida y rítmica carrera. La tardanza en la recepción de la orden para dar comienzo al ataque tenía ya preocupado al hijo adoptivo de Citlalmina, pero ahora, al contemplar al mensajero que llegaba ante él portando las instrucciones imperiales en una enrollada hoja de papel de amate, Tlecatzin respiró aliviado, firmemente convencido de que aquellas instrucciones contenían tan sólo la indicación de proceder cuanto antes al asalto de los baluartes purépechas cuya ocupación le había sido asignada.

Los mensajeros del ejército azteca no eran simples transmisores de papeles conteniendo dibujos en clave sobre la forma de efectuar determinadas maniobras en el campo de batalla, en virtud de un riguroso y prolongado adiestramiento, estaban capacitados para completar dichos dibujos con adecuadas explicaciones orales. En esta ocasión, el mensajero tenochca era portador de las noticias y órdenes más graves e inusitadas de que se tenía memoria en toda la historia del ejército azteca.

Al escuchar la narración de lo ocurrido en el campamento del Emperador, y al enterarse de que le correspondería a él la poco honrosa distinción de ser el primer general azteca que daría una orden de retirada en una batalla, Tlecatzin sintió por unos instantes que el universo entero se desplomaba sobre su persona. Un sordo sentimiento de rebeldía surgió en el interior del forjador de Caballeros Tigres al conocer el plan trazado por Ahuízotl: ¿Por qué se le ordenaba a él y no a Zacuantzin iniciar la retirada? Las tropas de éste se encontraban mucho más próximas a las del sector central y les resultaría por ello relativamente fácil ejecutar la maniobra de incorporarse al mismo, en cambio las suyas se hallaban muy alejadas del resto del ejército y les sería muy difícil efectuar el movimiento de retorno que se esperaba de ellas.

Conteniendo a duras penas la cólera y el desconcierto que le dominaban, Tlecatzin dirigió una airada mirada en dirección al distante lugar donde se encontraba el puesto de mando del ejército tenochca. En virtud de la lejanía, el numeroso contingente de tropas que integraban el sector central semejaba tan sólo una pequeña alfombra multicolor, extendida al pie de las principales fortificaciones tarascas. Mientras contemplaba el sitio donde se encontraba el puesto de mando de las fuerzas imperiales, una radical transformación se fue operando en el ánimo de Tlecatzin. Como si en alguna forma su agitado espíritu hubiese logrado establecer contacto con el pensamiento de Ahuízotl, comprendió de pronto los motivos que habían guiado a éste al dictar sus órdenes. En aquellos trascendentales momentos, cuando estaba en juego la existencia misma del ejército azteca, su antiguo discípulo, el guerrero que con fortaleza de inamovible roca había asumido la responsabilidad de conducir una batalla perdida de antemano, depositaba en él su confianza para llevar a cabo la parte más difícil de la única maniobra salvadora que podía efectuarse en tan adversas circunstancias. No se trataba, por tanto, de una misión que entrañase deshonor alguno, sino de la más honrosa distinción que le fuere jamás conferida.

Dando media vuelta, Tlecatzin ordenó al mensajero que retornase de inmediato al cuartel central, e informase a Ahuízotl que podía tener la plena seguridad de que cuando el sol estuviese en lo más alto del cielo, el ala izquierda del ejército azteca habría terminado ya su retirada y se encontraría en el lugar señalado para efectuar la reunificación de las tropas.

Mientras el mensajero se alejaba con veloz carrera, Tlecatzin descendió de su atalaya y en breve reunión con sus oficiales transmitió a éstos, con voz firme y tranquila, las instrucciones concernientes a la forma como debía efectuarse la retirada: los batallones aztecas, alineados ya para el ataque en largas hileras, procederían de inmediato a cambiar tan vulnerable formación, estrechando al máximo sus filas hasta constituirse en una especie de compacto núcleo, capaz de abrirse paso a través de cualquier obstáculo.

La reacción de los oficiales tenochcas al enterarse de la inesperada acción que tendrían que desempeñar fue del todo semejante a la experimentada por Tlecatzin. En un primer momento parecieron quedar paralizados por el asombro, pero enseguida, la tranquila fortaleza que emanaba del general azteca pareció comunicarse a sus subalternos, transmitiéndoles su sentimiento de orgullosa distinción por la difícil tarea que les había sido encomendada. Sin pronunciar palabra alguna, pero revelando en sus rostros la firme resolución de llevar a cabo las órdenes recibidas, los militares se dispersaron, encaminándose presurosos a sus respectivos batallones.

En compañía de algunos ayudantes, Tlecatzin retornó al promontorio desde el cual podía observar a todas las tropas que integraban el ala izquierda del ejército azteca. Su mirada recorrió uno a uno los bellos estandartes de los diferentes batallones bajo su mando. Un sentimiento de satisfacción le invadió al observar las largas filas de recios guerreros prestos para el combate. En virtud de su larga experiencia en incontables campañas, existía entre él y aquellas tropas una plena identificación. Estos eran sus soldados, los que él había

forjado y a los que había conducido de victoria en victoria, venciendo a toda clase de enemigos en las más diversas y lejanas regiones.

Mientras contemplaba aquel espectáculo que le era tan familiar, acudió a la memoria de Tlecatzin la repetida narración que le hiciera su madre adoptiva sobre los dramáticos sucesos acaecidos el día de su nacimiento: la muerte de su padre —capitán de arqueros del ejército tenochca— que pereciera al iniciarse la batalla decisiva contra los tecpanecas; y el fallecimiento de su madre, ocurrido a resultas del parto al finalizar el día, cuando comenzaba ya la desbandada de las tropas de Maxtla. Asimismo, recordó también las palabras que, según le refiriera la propia Citlalmina, había pronunciado ésta mientras mostraba al recién nacido el campo de batalla donde triunfaban las tropas aztecas:

Llegarás a ser un guerrero ejemplar y tus ojos no verán nunca la derrota de los tenochcas.

Al meditar sobre aquellas palabras, Tlecatzin comprendió con tristeza que la profecía enunciada por

Citlalmina estaba a punto de ser refutada por los hechos: dentro de unos instantes se iniciaría la retirada de las tropas aztecas y habrían de ser sus ojos los primeros en contemplar tan poco grato acontecimiento. Una repentina determinación cruzó entonces por la mente de Tlecatzin. Apretando con firmeza su afilado puñal de hueso, el guerrero lo introdujo sin vacilación alguna en ambas pupilas, haciendo brotar al instante dos gruesos chorros de sangre de las cuencas de sus ojos.

Los ayudantes de Tlecatzin que le acompañaban profirieron ahogadas exclamaciones de asombro y pretendieron sujetar los brazos de su general, pero éste les increpó con recia voz, ordenándoles que continuasen en su sitio, mientras él permanecía inmutable, en actitud firme y erguida, con el rostro sin ojos vuelto en dirección al lugar donde se encontraban sus guerreros, los cuales iniciaban ya la maniobra de reagrupamiento que debía preceder a la retirada.

Y fue en aquellos momentos cuando las tropas purépechas hicieron su aparición. Ocultos tras de sus baluartes, los tarascos habían aguardado impacientes el ataque de los aztecas, estimando que su propio contraataque resultaría mucho más efectivo si se producía simultáneamente al asalto enemigo, pero al no ocurrir éste y al percatarse de que los tenochcas comenzaban a cerrar sus filas para adoptar una formación defensiva, decidieron no esperar más y se lanzaron al encuentro de sus contrarios.

La acometida tarasca constituyó una especie de impetuosa avalancha que proviniendo de lo alto del valle se desbordaba sobre la llanura. Los rostros de los guerreros purépechas eran la imagen misma de la fiereza y en cada uno de sus apretados rasgos se ponía de manifiesto la firme decisión que les animaba. Resultaba evidente que el prestigio de invencibilidad de que gozaban las tropas imperiales no producía en ellos el menor síntoma de temor o respeto. A todo lo largo del espacio ocupado por las tropas tenochcas se inició un combate mortífero y despiadado. Superadas considerablemente en número, las extendidas filas de soldados aztecas estuvieron en múltiples ocasiones a punto de ser perforadas por todos lados, lo que habría provocado su inmediato y completo aniquilamiento, al quedar reducidas a pequeños grupos aislados. Sin embargo, en todos los casos una reacción desesperada de último momento permitió volver a cerrar las amenazantes brechas, y en esta forma, las bambaleantes líneas tenochcas lograron continuar actuando en forma coordinada. Al mismo tiempo que combatían por doquier rechazando los incesantes ataques de sus adversarios, los aztecas proseguían llevando a cabo, en forma lenta pero ininterrumpida, la maniobra tendiente a estrechar sus filas.

Durante el desarrollo de la operación que tenía por objeto convertirse en un sólido conjunto defensivo, la cercana presencia de Tlecatzin constituyó para las tropas imperiales un factor insustituible y determinante. La serena e indomable energía que emanaba del comandante azteca parecía comunicar de continuo un renovado aliento a sus soldados, reanimando sus desfallecientes fuerzas e impulsándoles a proseguir la lucha con creciente denuedo. Los guerreros aztecas ignoraban que aun cuando ellos podían observar a la altiva figura de Tlecatzin dominando el campo de batalla desde la pequeña protuberancia donde se encontraba, a éste le resultaba ya imposible contemplar la feroz contienda que se libraba

en torno suyo, pues sus ojos eran tan sólo dos sanguinolentas hendiduras en su noble semblante.

Una vez concluido el reagrupamiento, los aztecas iniciaron de inmediato la retirada. Comprendiendo que sus acosados rivales intentaban la escapatoria, los tarascos redoblaron el ímpetu de sus ataques, tratando a toda costa de impedir que los tenochcas llevasen a cabo su propósito, pero el momento crucial del combate para las fuerzas de Tlecatzin ya había pasado; transformadas ahora en un compacto organismo al que difícilmente podía escindirse, las tropas aztecas avanzaban lentamente, buscando alejarse de la trampa aniquiladora en la que se encontraban.

El impacto de varias saetas clavándose sobre su ajustada armadura de algodón indicó a Tlecatzin la cercana proximidad del enemigo. Los ayudantes que le acompañaban corroboraron lo asentado por los proyectiles: tan sólo los integrantes de la retaguardia tenochca permanecían aún en aquel sitio, la ocupación del mismo por las tropas purépechas se produciría en cualquier momento.

Apoyado en los hombros de sus asistentes, Tlecatzin descendió por su propio pie del promontorio en medio de una creciente lluvia de flechas. Las últimas tropas aztecas que restaban por retirarse se constituyeron de inmediato en la segura escolta de su comandante. Al percatarse de la ceguera de Tlecatzin, una profunda tristeza se reflejó en los rostros de los soldados que le custodiaban. Uno de ellos, con voz quebrada por la emoción, comenzó a vitorearle con entristecido y afectuoso acento, siendo secundado al instante por sus compañeros.

Atendiendo a las instrucciones de sus oficiales, los batallones purépechas suspendieron en un determinado momento la persecución de sus rivales. Después, tras de una pronta reorganización de sus filas, iniciaron un largo rodeo que evidenciaba su propósito de quedar situados a espaldas del sector central del ejército azteca.

Por su parte, las tropas al mando de Tlecatzin prosiguieron su retirada, encaminándose hacia el sitio que les fuera fijado por Ahuízotl.

El audaz Zacuantzin, comandante del ala derecha del ejército azteca, aguardaba impaciente la llegada de la orden de ataque en contra de las fortificaciones enemigas. Aquel combate representaba para él la posibilidad de añadir un nuevo e importante galardón a su meteórica carrera militar, confirmando con ello su recién adquirido prestigio de máximo estratego del Imperio. Las perspectivas futuras del joven general le eran del todo favorables, lo que le hacía suponer que quizás en un tiempo no lejano llegaría a formar parte del selecto grupo de personas que integraban el Consejo Imperial.

La llegada de un mensajero proveniente del puesto de mando interrumpió las cavilaciones de Zacuantzin en torno a su prometedor futuro. El enviado de Ahuízotl era portador de órdenes del todo inesperadas. No sólo se cancelaba el proyectado ataque, sino que debía realizarse una inmediata retirada.

El asombro inicial de Zacuantzin fue pronto substituido por una incontrolable ira. Con voz airada, el guerrero comenzó expresando su total desacuerdo con el mandato recibido y terminó negándose a cumplir la orden de retirada, a no ser que ésta fuese confirmada en forma expresa por el propio Emperador.

Al mismo tiempo que el mensajero emprendía a toda prisa el camino de regreso al cuartel central, una violenta discusión tenía lugar en el campamento de Zacuantzin. Los lugartenientes de éste se habían percatado de la índole de las instrucciones impartidas por Ahuízotl, y aun cuando les resultaba del todo incomprensible tanto la razón de las mismas como el hecho de que no fuese ya el Emperador quien estuviese dirigiendo la batalla, conocían de sobra la bien ganada fama de inflexible severidad que caracterizaba al autor de dichas instrucciones, y en su mayoría, no estaban dispuestos a asumir las consecuencias que podrían producirse debido a la adopción de una conducta de franco desacato a las órdenes de Ahuízotl.

Enfurecido ante la actitud de sus oficiales, Zacuantzin acusó a éstos de cobardía y anunció que no esperaría ni un instante más para dar comienzo al esperado ataque, sino que secundado por todos aquellos que quisieran seguirle, se lanzaría de inmediato al asalto de las posiciones enemigas.

Dando por terminada la reunión, los oficiales se dirigieron a sus correspondientes batallones, e iniciaron la movilización de éstos en una doble y contradictoria maniobra. Los escasos capitanes adictos a Zacuantzin marcharon hacia adelante seguidos por sus tropas, mientras la mayor parte de las fuerzas iniciaban la retirada en medio de un gran desorden, pues no había nadie que estuviese a cargo de coordinar adecuadamente esta acción.

Recién daba comienzo el ataque que encabezaba Zacuantzin, cuando sobrevino el contraataque tarasco. Descendiendo por incontables lugares desde la parte superior del fortificado valle, la acometida de los guerreros purépechas adquirió desde el primer momento la fuerza irresistible de un huracán devastador. De nada valió la innegable y desesperada valentía con que Zacuantzin y sus hombres intentaron hacerles frente. Muy pronto se vieron envueltos y arrollados por la aplastante superioridad numérica de sus contrarios. Ciego de ira e impotencia, Zacuantzin se lanzó en medio de sus rivales buscando abiertamente la muerte. Su deseo no tardó en verse cumplido. Un círculo implacable de guerreros tarascos se cerró sobre su persona, convirtiéndolo en pocos instantes en una masa informe e irreconocible.

Sin pérdida de tiempo, los purépechas se lanzaron en persecución de las tropas aztecas que se retiraban. Les dieron alcance y se trabó de nueva cuenta el combate.

Carentes de una dirección que organizase el repliegue, los batallones aztecas marchaban separadamente. Al sobrevenir el ataque varios oficiales intentaron efectuar un reagrupamiento que permitiese presentar una mejor defensa, pero ya era tarde para lograrlo. Las tropas tarascas se introducían por todos los espacios que separaban a los batallones tenochcas, aislándolos y condenándolos a un seguro aniquilamiento.

La lucha entre ambos contendientes fue rápida y despiadada. Aun a sabiendas de lo inevitable de su derrota, los tenochcas se defendieron con feroz determinación intentando causar el mayor daño posible a sus contrarios. Uno tras otro los aislados grupos de guerreros aztecas fueron exterminados. El triunfo de la estrategia purépecha en aquella sección del frente había sido contundente y definitivo.

Al escuchar el informe del mensajero sobre la negativa de Zacuantzin a ejecutar la orden de retirada, Ahuízotl comprendió que todos sus planes para salvar el ejército azteca de la trampa en que se encontraba amenazaban con venirse abajo. Sin manifestar la menor alteración ante tan inesperado contratiempo, procedió a dar instrucciones a Tízoc para que se trasladase de inmediato al campamento del indisciplinado general, y tras de hacerse cargo del mando de sus tropas, llevase a cabo el proyectado repliegue. Antes de ello, Tízoc debía despojar a Zacuantzin de sus insignias militares y darle muerte en castigo a su insubordinación.

Acompañado de una pequeña escolta, Tízoc se encaminó a toda prisa a tratar de cumplir las órdenes de su hermano. No lo lograría. Al ascender un pequeño lomerío se ofreció ante su sorprendida mirada un inesperado espectáculo: la extensa llanura que se divisaba en lontananza parecía materialmente alfombrada de cadáveres de guerreros tenochcas. En uno de los costados del terreno numerosos contingentes de tropas tarascas —indiscutibles vencedoras del recién finalizado encuentro— procedían a reorganizar sus filas, con la evidente intención de proseguir su avance.

En las proximidades del sitio donde se encontraba Tízoc, pequeños grupos de soldados aztecas, del todo semejantes a los maltrechos restos de un devorador naufragio, deambulaban sin rumbo fijo, confusos y desorientados, buscando tan sólo apartarse cuanto antes de aquel lugar que tan fatídico les resultara.

Durante un primer momento, Tízoc se resistió a aceptar que las contadas y aturdidas figuras que contemplaba constituían los únicos sobrevivientes de toda el ala derecha del ejército azteca. Tras de sobreponerse a su sorpresa, se dio cuenta de la gravedad de la situación, y suspendiendo su avance, envió un mensajero para prevenir a Ahuízotl de la imposibilidad que existía de realizar la retirada conjuntamente con las tropas del ala derecha, pues éstas habían dejado de existir. Acto seguido, Tízoc ordenó a uno de sus acompañantes que hiciese sonar el caracol que portaba, convocando así a congregarse en torno suyo a los dispersos soldados tenochcas que se encontraban deambulando por los alrededores. Estos no tardaron en acudir al llamado, en sus miradas podía leerse la

completa turbación que les dominaba, resultaba evidente que sus cerebros aún no terminaban de admitir la realidad de lo ocurrido.

Trascendido ya el inicial asombro, Tízoc recuperó prontamente su cotidiana personalidad, vivaz y burlona, y comenzó a expresarse con frases llenas de humor sobre la estropeada apariencia que presentaban los soldados que iban llegando, comparando a éstos con asustados conejos que huían de un voraz coyote.

La innegable presencia de ánimo que revelaba el humorismo de Tízoc produjo una pronta y favorable reacción en el abatido espíritu de los vencidos. Recobrando su proverbial marcialidad y gallardía, los guerreros se alinearon en bien ordenada formación, y marchando con rítmico andar, prosiguieron su retirada bajo el mando de Tízoc, incorporándose finalmente al grueso del ejército tenochca.

Comprendiendo que su proyectada maniobra de retirada resultaba ya de imposible realización, Ahuízotl ordenó se procediese a organizar rápidamente a las tropas en una cerrada formación defensiva. Asimismo, envió varios mensajeros al lugar señalado inicialmente para llevar a cabo la reunión con las fuerzas de Tlecatzin, indicando a éste que no le aguardase en aquel sitio, sino que acudiese cuanto antes en su ayuda. Los mensajeros retornaron al poco tiempo sin haber podido cumplir su misión, pues ya no era posible traspasar el cerco tendido por las fuerzas tarascas que avanzaban en todas direcciones y cuya llegada se produciría de un momento a otro.

Y en efecto, la llegada de las tropas purépechas no se hizo esperar. Su avance ponía de manifiesto cierta precipitación, como si cada uno de los guerreros tarascos pretendiese ser el primero en iniciar el combate. Las vigorosas facciones de los recién llegados revelaban bien a las claras sus pensamientos y la intención que les animaba: sabían que el desarrollo de la batalla les era favorable y estaban resueltos a coronar su esfuerzo con el total aniquilamiento de sus contrarios.

Ahuízotl observó con fría e impasible mirada la llegada de la avalancha purépecha. Volviéndose hacia los oficiales que le rodeaban levantó en alto su afilado macuahuitl y pronunció con fuerte voz una sola palabra:

¡Tlacaélel!

Repetido primeramente por los oficiales próximos al comandante azteca y acto seguido por sucesivas filas de guerreros, el nombre del Cihuacóatl Imperial se extendió en ondas vibratorias por todo el ejército tenochca. Confluyendo y entremezclándose, la pronunciación y los ecos de aquella palabra se unificaron, estremeciendo el aire con su acento:

¡Tlacaélel!

La evocación de la figura del Azteca entre los Aztecas justo en el momento que antecedía al choque decisivo de ambos ejércitos, obedecía a un deliberado propósito por parte de Ahuízotl: delimitar con precisa exactitud la verdadera trascendencia que tenía aquella batalla, e impedir que los guerreros tenochcas pudiesen ser afectados en su capacidad combativa por una exagerada valoración de las posibles consecuencias de aquel encuentro, en el cual tal vez todos pereciesen y el Emperador resultase muerto o capturado; pero todo esto no tenía en realidad una auténtica importancia, ya que no constituía en modo alguno una amenaza ni a la supervivencia del Imperio, ni mucho menos a la continuidad de los fines para los cuales éste había sido creado, pues allá en la capital azteca, el forjador y auténtico guía de la grandeza tenochca sabría de seguro encontrar los medios adecuados para lograr que el Pueblo del Sol superase el contratiempo sufrido y continuase adelante en su ascendente marcha. No quedaba, por tanto, sino que en esos momentos cada guerrero olvidase cualquier otra preocupación que no fuese la de concentrar toda su atención y energía en el combate que se avecinaba.

La furiosa arremetida de las tropas tarascas hizo estremecer al ejército azteca y estuvo a punto de lograr su desorganización, pero la cerrada formación de las filas tenochcas les permitió absorber el impacto y permanecer aferradas al terreno.

El encuentro adquirió desde el primer momento un inusitado frenesí que tenía algo de anormal y sobrehumano, como si ambos contendientes se encontrasen poseídos de una

poderosa energía que les permitía destruirse con asombrosa rapidez y eficacia. Batallones enteros quedaban fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos. Nadie cedía un paso, prefiriendo en todo caso quedar muerto en el mismo sitio donde combatía.

Como era siempre su costumbre, Ahuízotl y Tízoc luchaban uno al lado del otro, coordinando sus movimientos con tan perfecta precisión, que más bien parecían un solo guerrero dotado de miembros duplicados.

Sin ostentar ninguna de las insignias inherentes a su alta investidura, Axayácatl era tan sólo un guerrero más en las filas del acosado ejército azteca. Una especie de afán suicida parecía dominarle impulsándole a un estilo de lucha en extremo riesgoso, como si deliberadamente pretendiese perder la vida en medio de aquel mortífero combate.

La valentía y arrojo con que luchaban los guerreros tenochcas y tarascos eran del todo semejantes, y de ello se derivaba la falsa impresión de que aquel encuentro sólo concluiría hasta que los dos ejércitos se hubiesen mutuamente aniquilado, pero ello no era así, pues merced a la estrategia puesta en práctica por Zamacoyáhuac, sus tropas contaban ahora con una considerable superioridad numérica, y en forma lenta pero segura, dicha ventaja iba inclinando poco a poco la victoria en su favor. Sin posibilidad alguna de romper el cerco por sus propias fuerzas, la destrucción del ejército azteca era tan sólo cuestión de tiempo. Y así lo comprendían sus integrantes, que si bien proseguían combatiendo con inquebrantable ahínco, no vislumbraban ya esperanza alguna de salvación.

Existía, sin embargo, una persona que a pesar de hallarse sumida en la más completa negrura como resultado de la reciente pérdida de sus ojos, continuaba poseyendo en su mente una clara visión de todas las posibles perspectivas sobre las cuales podía desarrollarse la batalla. Tras de haber logrado escapar al ataque de sus enemigos, Tlecatzin había conducido a sus tropas hasta el sitio fijado inicialmente por Ahuízotl para efectuar la reunificación de las fuerzas aztecas. Después de esto no se había limitado a esperar inactivo la llegada de las otras dos secciones del ejército, sino que había despachado numerosos mensajeros a realizar misiones de observación en todas direcciones.

Al retornar los mensajeros con la información de que a cierta distancia de aquel lugar se estaba librando una feroz batalla que mantenía inmovilizadas a las tropas aztecas, Tlecatzin comprendió de inmediato que el plan de retirada ideado por Ahuízotl no se estaba cumpliendo en los términos previstos; y sin pérdida de tiempo, ordenó a sus tropas constituir dos gruesas columnas de ataque, y transportado en andas por jóvenes guerreros que se iban turnando para sostenerle, se encaminó a toda prisa hacia el lugar donde se desarrollaba el combate.

Muy pronto el fragor de la batalla llegó hasta los oídos de Tlecatzin, indicándole la proximidad del sitio donde tenía lugar el encuentro. El guerrero comprendió la necesidad de hacer saber a las tropas sitiadas su presencia, evitando así el posible desaliento que podía generarse en ellas al suponer, en medio de la confusión reinante, que llegaban nuevos refuerzos de tropas enemigas. Apoyándose en los hombres de quienes lo conducían, el general azteca alzó su cuerpo al tiempo que exclamaba con toda la fuerza de sus pulmones:

¡ Citlalmina!

El nombre de la madre adoptiva de Tlecatzin fue de inmediato coreado por incontables voces, inundando el campo de batalla con su musical acento:

¡ Citlalmina!

Las sitiadas tropas tenochcas, que a duras penas continuaban sosteniendo el embate tarasco, escucharon gratamente sorprendidas la incesante repetición del nombre de la legendaria hefoína azteca y pronunciaron a su vez, con desesperado afán, su propio grito de guerra.

¡Tlacaélel!

Dominando el estruendo que producían el entrechocar de escudos y macuahuimeh, de silbar de flechas y gemidos de heridos, la enunciación de los nombres de las dos personalidades más famosas del mundo azteca —fundiéndose en una sola y prolongada palabra— parecían imprimir todo un vibrante ritmo al espacio donde se libraba la contienda:

¡ Citlalmina-Tlacaélel! ¡ Tlacaélel-Citlalmina!

Las columnas mandadas por Tlecatzin se arrojaron contra las tropas purépechas, con la evidente intención de abrir una especie de estrecho corredor que permitiese la salida de sus cercados compañeros. Por su parte, los guerreros tarascos se aprestaron con determinación a frustrar los propósitos de sus rivales.

Desde lo alto de la principal fortaleza purépecha, Tzitzipandácuare, Rey de Michhuacan, y Zamacoyáhuac, comandante en jefe de los ejércitos tarascos, habían permanecido observando con reconcentrada atención el desarrollo de la batalla. En varias ocasiones Tzitzipandácuare había tenido que dirigir la palabra a la numerosa y excitada población civil ahí reunida, tanto para recomendarle que se mantuviese en calma y confiada en el triunfo de su causa, como para oponerse rotundamente a las peticiones de mujeres, ancianos y niños, que deseaban descender a la llanura a tomar parte en el combate.

Los mensajeros llegados del campo de batalla habían transmitido a Zamacoyáhuac, una y otra vez, la solicitud de que acudiese a tomar parte en la lucha al frente del pequeño grupo de tropas de reserva que éste mantenía consigo, pues de hacerlo así —opinaban los oficiales tarascos— se aceleraría la destrucción del cercado ejército azteca. Sin embargo, el taciturno general purépecha no había accedido aún a la petición de sus subalternos, estimando que la intervención de tan escasas fuerzas no alteraría en nada el curso del encuentro, y en cambio, le privaría de toda posibilidad de hacer frente a cualquier eventualidad que pudiese presentarse. Y Zamacoyáhuac estaba seguro de que di • cha eventualidad habría de ocurrir antes de que finalizara la contienda, pues conocía de sobra la pericia militar de Tlecatzin —puesta una vez más de manifiesto al ejecutar la maniobra con que lograra burlar la trampa urdida en su contra— y no dudaba que en cualquier momento las tropas del general azteca harían su reaparición en el campo de batalla.

Las dos largas estelas de polvo que surgiendo en el horizonte se acercaban a toda prisa a la llanura donde se desarrollaba el encuentro, constituyeron para Zamacoyáhuac un seguro indicio del próximo arribo de las fuerzas de Tlecatzin. Comprendiendo que la batalla se acercaba a su momento decisivo, el general tarasco organizó en columna de ataque al pequeño contingente de tropas de reserva, y marchando en unión de Tzitzipandácuare al frente de sus fuerzas, inició un rápido descenso rumbo a la llanura.

La llegada de los refuerzos purépechas coincidió en forma casi simultánea con el arribo al campo de batalla de las tropas de Tlecatzin. Ambas acciones pusieron de manifiesto ante todos los combatientes la necesidad de realizar en aquellos instantes un poderoso sobreesfuerzo, con miras a lograr el cumplimiento de sus respectivos propósitos. Decididos a impedir a todo trance la escapatoria de sus rivales, los tarascos efectuaron un nuevo y furioso intento por deshacer la cerrada formación de los batallones tenochcas. Los aztecas, por su parte, al percatarse que se presentaba ante ellos una esperanza de salvación, sacaron fuerzas de su agotamiento, y al mismo tiempo que proseguían luchando para impedir la ruptura de sus cuadros, intentaron un desesperado contraataque justo en el lugar por donde arremetían las tropas de Tlecatzin.

Deseando llevar a cabo un acto que produjese la consternación en sus rivales y terminase por ocasionar la anhelada y al parecer ya inminente desorganización de sus filas, Zamacoyáhuac procuró localizar, desde el momento mismo de su arribo al campo de batalla, el sitio donde se hallaba el Emperador Azteca. Aun cuando Axayácatl no lucía insignia alguna sobre su persona, muy pronto fue descubierto por la aguda mirada del comandante purépecha; quien arrollando a todo aquel que se interponía en su camino, logró irse aproximando al mandatario azteca.

Axayácatl pareció adivinar que el fornido general tarasco que se acercaba derribando guerreros tenochcas cual si fuesen débiles cañas, era precisamente el causante del inusitado apuro en que se encontraban las fuerzas imperiales, y a su vez, buscó también aproximarse a su rival, con el claro propósito de enfrentársele.

Muy pronto ambos personajes se hallaron frente a frente, iniciándose al instante una cerrada contienda. Axayácatl era famoso por su habilidad en el manejo del macuahuitl y el escudo, armas que sabía utilizar con inigualable pericia; sin embargo, en esta ocasión le dominaba un incontrolable sentimiento de furia, pues presentía que aquella figura con la que luchaba, personificaba todo el espíritu de oposición de los tarascos a los propósitos

tenochcas de predominio universal. El afán de abatir cuanto antes a su adversario llevó al Emperador a cometer un leve error en la sincronización de sus movimientos. Pretendiendo dar mayor impulso al brazo para lanzar un golpe, apartó ligeramente su escudo desprotegiendo así su cabeza durante un tiempo no mayor al de un parpadeo. El pequeño resquicio fue llenado al punto por el macuahuitl de Zamacoyáhuac, lanzado con la fuerza y la velocidad de un zarpaso. El impacto deshizo el casco protector del Emperador —engalanado con una altiva cabeza de águila— afectando al cráneo con una grave herida que originó el inmediato desplome de Axayácatl. Incontables brazos tenochcas se lanzaron al rescate del cuerpo del monarca, apartándolo con prontitud del centro de la lucha.

En contra de lo previsto por Zamacoyáhuac, el derrumbe del Emperador no ocasionó mayores consecuencias en el desarrollo del combate. La transferencia de mando realizada por Axayácatl en favor de Ahuízotl no había sido un acto puramente formal, sino que correspondía a una auténtica realidad, y el impasible guerrero azteca era ahora la fuerza de sustentación que permitía a las acosadas fuerzas imperiales mantener su coherencia.

Al advertir su error, Zamacoyáhuac buscó de nueva cuenta entre sus rivales al dirigente del ejército tenochca. No tardó en percatarse de la presencia de Ahuízotl, quien en unión de Tízoc continuaba derribando a cuantos se atrevían a cruzar sus armas con las suyas. Una sola mirada bastó al general purépecha para entender que era aquel guerrero y no otro quien constituía en esos momentos la voluntad conductora de las fuerzas imperiales. Teniendo siempre a su lado a Zitzipandácuare, el comandante tarasco se fue abriendo paso rumbo al sitio donde se encontraba Ahuízotl, quien había observado ya la proximidad de Zamacoyáhuac, y a su vez, buscaba también la forma de llegar junto a él para enfrentársele.

Cuando todo parecía indicar que el encuentro entre ambos comandantes tendría forzosamente que producirse, la batalla tomó de repente un nuevo giro: venciendo la tenaz oposición enemiga mediante un . continuado y desesperado esfuerzo, las tropas de Tlecatzin habían logrado finalmente traspasar el cerco tarasco y establecer contacto con sus abrumados compañeros. Se inició al instante la retirada del ejército azteca, que aprovechando el espacio logrado gracias al contraataque del ciego y valeroso general, se precipitó a través del salvador pasadizo, transportando consigo a un gran número de heridos y manteniendo todo el tiempo la organizada formación de sus filas. La batalla entró de inmediato en una nueva fase, en la que los aztecas buscaban alejarse lo más rápidamente posible, mientras que los tarascos presionaban a sus rivales, intentando impedir o al menos obstaculizar al máximo su retirada.

Las circunstancias en que se desarrollaba el combate hacían difícil el enfrentamiento entre Ahuízotl y Zamacoyáhuac. En realidad habría bastado con que el guerrero azteca retrocediera más lentamente o el general tarasco acelerase ligeramente su avance, para que el encuentro se produjera, pero en aquellos instantes, ambos comandantes encarnaban en su persona la voluntad conductora que guiaba a los ejércitos en pugna, y la sincronización entre sus acciones y la actuación de sus respectivas tropas era de tal grado, que de variar alguno de ellos el ritmo de su avance o retroceso, se produciría de inmediato un cambio de idéntico sentido en todos los soldados bajo su mando, lo que fatalmente pondría en peligro al ejército que así actuase: si los aztecas disminuían la velocidad de su retirada quedarían cercados y si los tarascos apresuraban su acometida se exponían a desorganizar sus filas y a quedar expuestos a un contraataque enemigo.

En medio del frenético torbellino de aquel devastador encuentro, tanto Ahuízotl como Zamacoyáhuac conservaban una inalterable serenidad y un pleno dominio de sus emociones. Así pues, aun cuando ambos buscaban la posibilidad de un enfrentamiento personal, no estaban dispuestos a que esto implicase el menor riesgo para sus respectivos ejércitos, por lo que ninguno de los dos alteró el ritmo de sus pasos y la en ese momento corta distancia que les separaba comenzó lentamente a ensancharse. Como obedeciendo a un mismo impulso, en el instante en que empezaban a alejarse, los dos guerreros apartaron ligeramente los escudos que les protegían y levantando sus armados brazos efectuaron con éstos un escueto ademán, a modo de respetuoso saludo a su oponente. Al realizar este gesto sus miradas se encontraron y les fue posible, por vez primera, observar por unos momentos el rostro de su adversario. Las facciones inmutables de los dos guerreros sufrieron al punto una inusitada transformación, al reflejar sus semblantes una fugaz

expresión del más completo asombro. Y es que para ambos el contemplar la faz de su rival fue como el asomarse a una corriente de agua y ver en ella reflejado el propio rostro, pues la semejanza de facciones del guerrero purépecha y del militar azteca era completa. No se trataba solamente de un simple caso de fisonomías más o menos parecidas, sino de una auténtica y total similitud entre dos caras, fenómeno singularmente extraño, producto tal vez de la profunda analogía existente también entre las almas de ambos guerreros.

La retirada del ejército azteca constituía ya un hecho consumado. A pesar del acoso incesante de los tarascos, los escuadrones tenochcas proseguían llevando a cabo, cada vez con mayor celeridad, su movimiento de repliegue. La luz solar era para entonces únicamente un pálido reflejo rojizo en el horizonte. Muy pronto la negrura de una noche sin luna envolvía por igual a todos los contendientes. Inopinadamente, una recia tempestad se abatió sobre el campo de batalla, poniendo punto final al combate, pues con la excepción de pequeños grupos de guerreros separados del grueso de las tropas, que entre las tinieblas y el fango continuaban luchando hasta su total exterminio, ambos ejércitos dieron por concluidas las hostilidades e iniciaron la tarea de organizar, en medio de las consiguientes dificultades, sus respectivos campamentos.

Como resultado de las graves heridas sufridas en su enfrentamiento con el general tarasco, el Emperador Axayácatl se encontraba privado del conocimiento, razón por la cual era Ahuízotl quien continuaba ejerciendo la máxima autoridad en el ejército tenochca. En cuanto hubo cesado la lucha, el primer acto del comandante azteca fue localizar a Tlecatzin y externarle un lacónico elogio por su acertada actuación, que había evitado el total aniquilamiento de las fuerzas imperiales. A continuación, sin inquirir en ningún momento por los motivos que habían inducido a Tlecatzin a privarse de la vista, Ahuízotl le expuso sus planes de combate para el día siguiente, en que muy probablemente se reanudaría el encuentro entre ambos contendientes.

A pesar de la derrota sufrida en la jornada recién concluida, Ahuízotl estimaba que existía cierta posibilidad de convertir el fracaso en victoria durante el desarrollo del próximo combate, pues éste se realizaría en condiciones distintas al anterior. La ingeniosa estratagema tarasca que condujera a los aztecas a dispersar sus tropas no podría volver a repetirse. La totalidad de las fuerzas que integraban a los dos ejércitos se encontraban ahora frente a frente, acampadas en medio de una extensa llanura. El nuevo encuentro constituiría, por tanto, una especie de cerrado duelo a base de rápidas y cambiantes maniobras. La mayor experiencia de las tropas tenochcas en esta clase de combates representaba una ventaja que muy bien podía resultar determinante. Con acento pausado y frases en extremo concisas, Ahuízotl concluyó de explicar a su antiguo maestro los lineamientos generales de la estrategia que intentaba poner en práctica. Tlecatzin consideró apropiado el proyecto de Ahuízotl y proporcionó a éste algunos útiles consejos, producto de los conocimientos adquiridos en su larga vida de guerrero.

Semialumbrados por la vacilante luz de humeantes hogueras —cuyos empapados leños parecían negarse a proporcionar luz y calor a las tropas invasoras— los oficiales tenochcas escucharon de labios de Ahuízotl el plan de batalla con que pretendía devolver a los tarascos el quebranto sufrido. Concluida la reunión, sus integrantes se dispersaron presurosos por todo el campamento. Instantes después la movilización de los batallones aztecas daba comienzo. No fue sino hasta que todo el ejército quedó situado en la posición que se estimaba más conveniente para el comienzo de la nueva batalla, cuando se autorizó proporcionar un breve descanso a las tropas.

Una enorme algarabía y un desbordante júbilo imperaban en el improvisado campamento tarasco. Aunada a la comprensible alegría por la victoria obtenida, predominaba en soldados y oficiales la certeza de que al día siguiente lograrían completar su triunfo con el aniquilamiento de las fuerzas enemigas. En estas condiciones, la opinión de Zamacoyáhuac —externada en la junta de oficiales convocada por el rey Tzitzipandácuare en cuanto hubo terminado el combate— constituyó para todos una inesperada y desagradable sorpresa.

Zamacoyáhuac estimaba que debían alejarse cuanto antes de aquel sitio y proceder a concentrarse en sus cercanas fortalezas. Estaba en contra de un encuentro a campo abierto con el ejército azteca sin haber elaborado previamente un adecuado plan estratégico, pues

de lo contrario, afirmaba, la mayor experiencia de las tropas tenochcas en un combate de esta índole les permitiría improvisar más rápidamente sus acciones y realizar una batalla con grandes posibilidades de éxito.

La proposición de Zamacoyáhuac de adoptar una posición defensiva fue motivo de las más airadas protestas por parte de los generales tarascos, firmemente convencidos de que sólo bastaba un último esfuerzo para lograr el exterminio del ejército enemigo. Al insistir el comandante purépecha en sus puntos de vista, varios de sus subalternos se dejaron llevar por la cólera y, haciendo a un lado los argumentos, comenzaron a insultarle acusándolo de cobardía; uno de ellos, empuñando con fiereza un largo cuchillo de obsidiana, se lanzó en su contra con la evidente intención de asesinarle. Zamacoyáhuac esquivó con ágil movimiento la cuchillada y de un solo golpe dejó tendido e inconsciente a su atacante. Después de ello y dirigiéndose a Tzitzipandácuare —que hasta ese momento había optado por no intervenir, concretándose a escuchar las opiniones de sus militares— manifestó al monarca que consideraba inútil prolongar por más tiempo la discusión, razón por la cual, se retiraba a supervisar las medidas que se estaban tomando para atender a los heridos, en la inteligencia de que fuese cual fuere la resolución que el soberano adoptase, él la acataría sin la menor réplica.

El rey de Michhuacan era un gobernante a un tiempo valeroso y prudente. Al igual que sus generales, deseaba ardientemente llevar hasta su total conclusión la victoria de las armas tarascas; sin embargo, comprendía muy bien la veracidad de los argumentos de Zamacoyáhuac, máxime que en su mente estaba aún fijo el recuerdo de lo que contemplara aquella mañana al inicio de la batalla, cuando las tropas al mando de Tlecatzin, demostrando una increíble capacidad de maniobra, habían logrado escapar a un cerco que parecía imposible de romper. Así pues, con palabras cuya firmeza dejaba bien a las claras lo irrevocable de su determinación, Tzitzipandácuare manifestó ante el consejo de oficiales la decisión que había tomado y las razones de ésta: abandonarían esa misma noche el campo de batalla y se retirarían a sus fortalezas. Las tropas invasoras —afirmó el monarca— muy bien podían darse el lujo de intentar recuperar la iniciativa, arriesgando el todo por el todo en una segunda batalla, pues aun en el supuesto de que resultasen aniquiladas y el Emperador pereciese, en la capital azteca estaban en posibilidad de organizar nuevos ejércitos y de designar otro Emperador. Muy distinta era la situación a la que se enfrentaban los tarascos, cuya derrota en un combate que ya no era estrictamente necesario —pues el descalabro sufrido por las fuerzas enemigas las incapacitaba para llevar adelante la invasión proyectada— significaría la desaparición misma del Reino Tarasco como entidad independiente.

Una vez adoptada la resolución de asumir una posición defensiva, Tzitzipandácuare mandó llamar a Zamacoyáhuac y tras de reafirmarle su plena confianza, le encomendó la dirección de la retirada. Sin pérdida de tiempo, el comandante tarasco comenzó a impartir las órdenes necesarias para llevar a cabo el repliegue, disponiendo, asimismo, la forma en que las tropas debían quedar distribuidas entre los distintos baluartes, finalmente, dio instrucciones para que los numerosos contingentes de población civil que habían descendido de las fortalezas a colaborar en diferentes labores —transporte de víveres y armas, asistencia a los heridos, retiro de cadáveres, etc.— se dieran a la tarea de recoger del campo de batalla todo el equipo abandonado por los aztecas durante su precipitada retirada, pues en gran parte ese equipo consistía en los implementos que los tenochcas pensaban utilizar en su asedio de las fortificaciones purépechas.

Las órdenes de Zamacoyáhuac comenzaron a ser ejecutadas con gran celeridad y muy pronto contingentes cada vez más numerosos de tropas tarascas se encaminaban ordenadamente, en medio de la penumbra de la noche, en dirección a los baluartes cuya defensa les había sido encomendada.

La noticia referente a la frustrada agresión perpetrada en contra de Zamacoyáhuac por uno de sus propios oficiales, así como la diferencia de pareceres surgida entre aquel y sus subalternos, se difundió rápidamente entre los integrantes de la población purépecha presente en las proximidades del campo de batalla. De inmediato la población civil dio a conocer cuál era su unificada opinión al respecto: vítores incesantes y entusiastas en favor del general tarasco, proferidos por gente del pueblo, comenzaron a dejarse oír por doquier.

Cuando ya cerca del amanecer y al frente del último grupo de tropas, Zamacoyáhuac hizo su arribo a la más importante de las fortificaciones, le aguardaba el espontáneo homenaje de la innumerable población ahí congregada, que de múltiples maneras deseaba testimoniar su gratitud al genial estratego que había sabido engañar y derrotar a un ejército tenido hasta entonces como invencible, preservando así la existencia del Reino Tarasco.

Zamacoyáhuac permaneció tan impasible ante el emocionado homenaje de su pueblo, como antes lo había estado frente a los insultos de sus oficiales.

La luz del nuevo día iluminó a un maltrecho ejército azteca alineado en formación de combate en medio de una solitaria llanura, sin ningún rival al frente con quien llevar a cabo la proyectada batalla. A lo lejos, en los elevados valles donde se asentaban los baluartes purépechas, las sólidas defensas enemigas lucían más inexpugnables que nunca.

En una breve reunión en la que participaron todos los oficiales tenochcas, Ahuízotl expuso con frío realismo la situación en la que se encontraban: tras de las cuantiosas bajas sufridas en la batalla del día anterior y desprovistas de sus implementos de asedio, las tropas aztecas no contaban con la menor probabilidad de éxito en caso de que se intentara tomar por asalto las fortificaciones enemigas; no quedaba, por tanto, sino aceptar el fracaso padecido en aquella campaña, e iniciar cuanto antes el camino de retorno.

Mientras las fuerzas imperiales levantaban el campo y con ánimo dolorido se preparaban para el largo viaje de regreso, un selecto número de mensajeros se encaminaba con veloz andar rumbo a la capital azteca. Atendiendo a las expresas instrucciones impartidas por Ahuízotl, los mensajeros no debían relatar a nadie lo acontecido en tierras tarascas, manteniendo en secreto la noticia de la derrota sufrida por el ejército azteca, hasta el momento en que se hallaran a solas frente a Tlacaélel.

Capítulo XX

¡ME-XIHC-CO — ME-XIHC-CO ME-XIHC-CO!

Con objeto de lograr que su entrada a la capital azteca pasase lo más desapercibida posible, los mensajeros enviados por Ahuízotl aprovecharon la oscuridad nocturna para efectuar la última parte de su largo recorrido. Alumbrados por tenues antorchas colocadas en la proa de sus embarcaciones, remaron sin cesar durante toda la noche hasta arribar, con las primeras luces del amanecer, al corazón del Imperio.

Tlacaélel recibió con agrado la noticia de la llegada de mensajeros provenientes de la región purépecha, seguro como estaba de que éstos traerían la nueva del triunfo de las armas tenochcas y de la consiguiente incorporación del Reino Tarasco al dominio azteca. Sin tener que efectuar espera alguna, los mensajeros fueron introducidos ante la presencia del Cihuacóatl Imperial.

El rostro del Azteca entre los Aztecas permaneció imperturbable mientras escuchaba de labios de los recién llegados, con pormenorizada exactitud, el relato del inesperado descalabro padecido por las tropas aztecas en su enfrentamiento con los tarascos. Concluida su narración, los atribulados mensajeros recibieron una afable felicitación de Tlacaélel por el eficaz desempeño de su misión, así como la terminante indicación de que, hasta nueva orden, no debían aún informar a nadie más sobre lo acontecido en Michhuacan.

Después de ordenar que se suspendieran las audiencias de aquel día, Tlacaélel salió del Palacio Imperial y se encaminó solitario a lo más alto del Templo Mayor, ensimismándose largo rato en la contemplación del fascinante espectáculo que ofrecía de continuo la capital azteca, toda ella rebosante de una incesante actividad y de un notorio sentimiento de orgullosa confianza en su fortaleza y poderío.

Mientras observaba la bulliciosa ciudad que se extendía bajo sus plantas, el Portador del Emblema Sagrado recordó que en numerosas ocasiones, mientras se sucedían sin interrupción los triunfos de los ejércitos tenochcas, había deseado en su fuero interno que éstos padeciesen al menos una derrota, pues sabía que son siempre la adversidad y los contratiempos los que permiten fortalecer el alma de los pueblos, pero en contra de sus deseos, la larga serie de victorias aztecas había proseguido incontenible. Y era precisamente ahora; cuando el sueño tan largamente acariciado de lograr la unificación del género humano parecía estar al alcance de la mano, cuando ya todos los tenochcas se habían acostumbrado a considerarse así mismos como invencibles y cuando él, que fuera quien condujera a su pueblo en la labor de edificar un Imperio, era ya un anciano que vivía la última etapa de su existencia, el momento en que aquella derrota antaño deseada se producía en forma del todo sorpresiva e inesperada.

Tras de echar un último vistazo a la siempre cambiante ciudad, Tlacaélel trató de imaginar, sin conseguirlo, la posible reacción que sobrevendría entre sus habitantes al momento de enterarse de lo ocurrido, concluyendo para sus adentros, que sería precisamente la conducta que frente a este hecho adoptase el pueblo la que vendría a poner de manifiesto la verdadera fortaleza del Imperio, demostrando así si éste era sólo un gigante engreído y vanidoso, incapaz de hacer frente al infortunio y de alcanzar las elevadas metas para las que había sido creado, o si por el contrario, constituía ya un organismo lo suficientemente poderoso como para lograr convertir sus fracasos en valiosas experiencias, que viniesen a acrecentar sus fuerzas en lugar de disminuirlas.

Retornando al Palacio Imperial, Tlacaélel ordenó que se convocase de inmediato a los habitantes de la capital azteca a una gran reunión en la Plaza Mayor, pues deseaba informar a todo el pueblo respecto a un asunto de particular importancia.

Los enormes caracoles marinos existentes en los diversos templos de la ciudad comenzaron a inundar el espacio con su ronco y poderoso acento. Ante su insistente llamado, la gente interrumpía el desempeño de sus actividades cotidianas y acudía presurosa a inquirir la causa de tan inusitada algarabía. Los mensajeros enviados a todos los templos de la capital se concretaban a informar, a cuantos querían escucharles, que el

Azteca entre los Aztecas había citado a su pueblo para comunicarle una trascendental noticia. Muy pronto, los canales y las calles de la Gran Tenochtítlan comenzaron a verse pictóricos de largas filas de canoas y de apretadas multitudes, que convergían desde los cuatro rumbos de la ciudad hacia la Gran Plaza Mayor, tradicional lugar de reunión del Pueblo del Sol.

Por el rumbo *de* Teopan —región oriente de la capital azteca— existía una prestigiada escuela para niños menores de diez años fundada mucho tiempo atrás por Citlalmina, a la que asistían Moctezuma y Cuitláhuac, hijos del Emperador Axayácatl, de nueve y seis años de edad respectivamente.

Después de reunir a niños y maestras en el amplio patio de la escuela, la Directora anunció que por ese día quedaban suspendidas las clases, pues todos debían dirigirse de inmediato al centro de la ciudad, a tomar parte en una reunión convocada por el Cihuacóatl Imperial. Haciéndose eco del rumor que para entonces circulaba ya por toda la ciudad, la Directora se permitió anticipar a su auditorio, con evidente júbilo, el propósito que seguramente había motivado la reunión: dar a conocer el triunfo alcanzado por el ejército azteca en tierras tarascas.

Al igual que los niños de cualquier época y lugar, los pequeños escolares se llenaron de alegría al enterarse que se produciría una inesperada interrupción de sus labores normales. Entre risas y empujones, regaños de maestras y un generalizado regocijo, los chiquillos fueron integrando largas y apretadas filas para luego emprender la caminata hacia el centro de la ciudad.

La inmensa plaza lucía pletórica de una abigarrada multitud. Un ambiente festivo imperaba por doquier y se manifestaba en la despreocupada expresión de los rostros y en el alborozado murmullo de las voces.

El bullicio se trocó de inmediato en respetuoso silencio al aparecer, en el primer descanso de la escalinata de la alta pirámide que albergaba al Templo Mayor, la conocida figura del Azteca entre los Aztecas. Una tenue brisa hacía ondear levemente el largo manto negro y blanco de Tlacaélel, que se hallaba ataviado con todos los emblemas inherentes a su investidura de Cihuacóatl Imperial y portaba, asimismo, la más venerada de todas las insignias: la mitad del Caracol Sagrado de Quetzalcóatl de la cual era depositario.

Amplificadas por la excelente acústica lograda gracias a la adecuada disposición de los edificios, las palabras de Tlacaélel resonaron enseguida en la enorme explanada. Su voz conservaba el mismo poderoso vigor que tuviera en sus años juveniles y su elocuente oratoria, caracterizada por constantes y bien moduladas inflexiones y por la introducción de imprevistas pausas que ocasionaban silencios tensos y expectantes, constituía, como de costumbre, una refinada obra maestra de la expresión oral.

En forma del todo fidedigna, cual si hubiese estado presente al momento de efectuarse el combate, Tlacaélel fue relatando a sus asombrados oyentes el desarrollo de la batalla librada por las tropas imperiales con el ejército tarasco, así como las funestas consecuencias que para las primeras se habían derivado de aquel encuentro: alrededor de treinta mil guerreros aztecas habían perecido y era incontable el número de heridos, el Emperador se debatía entre la vida y la muerte a consecuencias de una grave lesión y el ejército tenochca se había visto obligado, por vez primera en su historia, a emprender el camino de retorno sin cumplir la misión que le fuera encomendada.

Después de una última y prolongada pausa, Tlacaélel concluyó su alocución con categóricas afirmaciones y enigmáticas interrogantes:

Escuchad. Meditad. Existen acontecimientos que son tan sólo débiles vislumbres, pálidos reflejos de la realidad que yace oculta en lo más profundo de los corazones.

La derrota de un pueblo, la pérdida de su fortaleza y poderío, no sobreviene nunca como resultado de fracasos ocurridos en los campos de batalla, es siempre consecuencia de la quiebra interior de su voluntad. Sólo está vencido quien admite estarlo.

¡Pueblo de Tenoch. Os he narrado, os he referido el infortunado combate librado por nuestros guerreros con los ejércitos purépechas. Este encuentro aún no ha concluido. La

lucha verdaderamente trascendental y decisiva tendrá lugar, ahora, en el corazón de todos los aztecas!

¿Quién logrará el triunfo en este combate?

¿Quién obtendrá la definitiva y auténtica victoria?

Tras de pronunciar las últimas frases con tan recio acento que hasta los gigantescos edificios que encuadraban la plaza parecieron vibrar y estremecerse, Tlacaélel se encaminó al interior del Templo Mayor, desapareciendo ante la vista de la multitud.

Muy lentamente, cual si despertase de una colectiva y paralizante pesadilla, el enorme gentío comenzó a dar síntomas de vida. Un intenso murmullo, resultado de miles de voces hablando al unísono, fue inundando el aire de crecientes sonidos. Al parecer, cada tenochca deseaba constatar con su más próximo acompañante si en verdad el Cihuacóatl Imperial había pronunciado las palabras que sus oídos escucharan, o éstas habían sido un simple producto de una pasajera alucinación personal.

Al ir cobrando conciencia de la realidad y gravedad de los acontecimientos relatados por Tlacaélel, se suscitaron en el seno de la multitud las más variadas emociones. Ira y estupor, pesar y confusión, alternaban fugazmente su dominio sobre el agitado espíritu popular, sin que ninguno de estos sentimientos perdurase el tiempo suficiente para expresarse mediante alguna clase de acción. En ciertos momentos, el rumor de voces con marcado tono de exaltada furia parecía crecer en forma incontenible, pero luego, se trocaba repentinamente en un zumbido apenas perceptible, que evidenciaba el más completo desconcierto. El corazón de la metrópoli azteca semejaba a un naciente huracán prisionero de sus propias fuerzas, cuyos vientos encontrados no alcanzaban a escoger la dirección adecuada para expander su contenida energía.

Observando sin ser visto desde el Templo Mayor a través de una angosta abertura, Tlacaélel mantenía fija la mirada en la Plaza, contemplando, con preocupada atención, la manifiesta incapacidad que dominaba a la multitud para lograr unificar y expresar sus sentimientos.

En uno de los extremos de la plaza, confundido entre las largas filas de sus compañeros de escuela, el pequeño Cuitláhuac, hijo del Emperador Axayácatl, se encontraba sufriendo la experiencia más amarga de su corta existencia. Al igual que todos los presentes, había acudido a la reunión con ánimo alegre y despreocupado, esperando escuchar de labios del Cihuacóatl Imperial la confirmación de la noticia ya anticipada por la Directora de su escuela, o sea el anuncio de una victoria más del invencible ejército azteca, pero en lugar de ello, el respetado anciano de imponente voz y majestuosa figura había enunciado una serie de incomprensibles y aciagos sucesos. Al escuchar que su propio padre —a quien consideraba el más poderoso guerrero que podía existir sobre la tierra— había caído abatido por los certeros golpes del general enemigo, y que tal vez en aquellos instantes no formaba ya parte del mundo de los vivos, el alma infantil de Cuitláhuac se vio sobrecogida por la tristeza y la desesperanza.

El caótico remolino de encontradas emociones en que se había transformado la plaza, incrementó aún más la asfixiante sensación de angustia que dominaba a Cuitláhuac. Al borde del llanto, los ojos del pequeño buscaron con ansiedad los rostros de sus maestras, intentando hallar en ellos una mirada de aliento y comprensión, pero sólo encontró en su derredor desolados semblantes femeninos bañados en lágrimas. Desesperado, abandonó su lugar al principio de la fila e intentó llegar al final de la misma, hasta el sitio donde se encontraba su hermano Moctezuma, quien constituía para él ejemplo insuperable de arrogante valentía. A unos pasos de su objetivo, Cuitláhuac se detuvo paralizado de asombro, al observar que al igual que los demás niños que le rodeaban, su hermano mayor lloraba abierta y desconsoladamente.

En el instante mismo en que Cuitláhuac presintió que le resultaría imposible contener por más tiempo el llanto que ya asomaba a sus ojos, una energía poderosa y desconocida pareció despertar súbitamente en lo más profundo de su ser. Con la faz transformada por la vigorosa resolución que le animaba, el niño de apenas seis años de edad levantó sus brazos en dirección al Templo Mayor, a la vez que repetía una y otra vez con firme acento:

¡ Me-xíhc-co - Me-xíhc-co - Me-xíhc-co! En medio de la confusa algarabía que reinaba en la plaza, la voz de Cuitláhuac no alcanzó a ser percibida por nadie durante un largo rato, pero luego, los más cercanos de sus compañeros comenzaron a unir sus voces a la suya, y muy pronto, todos los pequeños integrantes de la escuela fundada por Citlalmina eran un solo grito resonando entre la aturdida muchedumbre :

¡ Me-xíhc-co - Me-xíhc-co - Me-xíhc-co!

Las maestras que acompañaban a los niños, secando sus lágrimas, incorporaron sus emocionadas voces al creciente coro. Igual cosa hicieron las numerosas vendedoras del mercado de Tlatelolco, agrupadas en un lugar próximo a los escolares.

¡ Me-xíhc-co - Me-xíhc-co - Me-xíhc-co!

En pocos momentos, recias y varoniles voces secundaron el rítmico grito de niños y mujeres. Campesinos y pescadores, artesanos y comerciantes, sacerdotes y guerreros, parecieron presentir que el ancestral vocablo contenía en sí mismo la respuesta a la inesperada crisis a que se enfrentaban, y superando la turbación que les dominaba, se unieron con ánimo resuelto en una sola voluntad de inquebrantable fortaleza.

La plaza entera se cimbraba a resultas de la poderosa energía en ella desencadenada.

¡ Me-xíhc-co - Me-xíhc-co - Me-xíhc-co!

Desde su oculto observatorio, el Azteca entre los Aztecas atisbaba, gratamente complacido, la vigorosa reacción de su pueblo.

Aún resonaban en la plaza los últimos ecos de la palabra símbolo, cuando improvisados dirigentes surgidos del pueblo iniciaban ya, en forma del todo espontánea, la tarea de organizar un sistema defensivo de la ciudad que integrase a todos sus habitantes. Actuando como si no existiese un poderoso ejército que guarnecía a la capital del Imperio y ésta estuviese a punto de sufrir un ataque de fuerzas enemigas, los tenochcas dieron comienzo a una vasta labor tendiente a convertir su ciudad en un sólido bastión de cuya defensa todos fueran responsables.

Al iniciarse el nuevo día, una comisión de representantes populares acudió ante Tlacaélel para informarle de las diferentes medidas de índole militar que la población civil estaba adoptando. El Cihuacóatl Imperial manifestó su más completa aprobación a las diferentes acciones emprendidas por el pueblo y externó su preocupación en torno a las repercusiones que podrían sobrevenir en los territorios conquistados, una vez que en éstos se conociera la noticia del reciente descalabro tenochca.

Las opiniones vertidas por el Azteca entre los Aztecas en aquella reunión, pronto fueron ampliamente conocidas y comentadas por la población, que de inmediato se dispuso a resolver el problema señalado por Tlacaélel. Con asombrosa rapidez fueron organizándose grupos heterogéneos de voluntarios, decididos a marchar a todas las regiones que integraban los vastos dominios aztecas, con objeto de disipar —con su entusiasta presencia— cualquier suposición que pretendiese ver en el reciente descalabro tenochca el indicio de un próximo declinamiento del poderío Imperial.

El cansado mensajero azteca se detuvo a contemplar, desde lo alto del camino, el panorama que le era tan familiar pero del cual había estado ausente durante varios meses: un cielo brillante y transparente enmarcando el amplio Valle del Anáhuac, singular porción del mundo impregnada de un vago e indescifrable misterio. En el centro de la enorme laguna que abarcaba buena parte del valle, como surgida del fondo de las aguas a resultas de un milagroso conjuro, la capital azteca lucía en toda su indescriptible belleza y prodigiosa simetría.

El mensajero se disponía a iniciar el descenso hacia el interior del valle, cuando observó un numeroso grupo de viajeros que, marchando en dirección opuesta a la suya, se aproximaban al sitio donde se encontraba. Deseoso de obtener informes sobre los sucesos ocurridos en la ciudad durante su ausencia, entabló conversación con los integrantes de aquel grupo, entre los cuales había lo mismo sencillos campesinos de ambos sexos que un elegante conjunto de danzantes y sacerdotes de muy distintos rangos.

Los viajeros informaron al mensajero de la suerte corrida por las tropas tenochcas en tierras tarascas, narrándole, asimismo, los acontecimientos a que había dado lugar en la Gran Tenochtítlan el conocimiento de tan lamentable suceso; finalmente, concluyeron exponiéndole los motivos que guiaban sus pasos: se dirigían a diversas poblaciones para llevar a éstas un irrefutable testimonio de cual era el espíritu que animaba en aquellos momentos al pueblo azteca. Para ello, proyectaban celebrar por doquier lo mismo solemnes ceremonias religiosas que alegres festejos, todo con el evidente propósito de dejar sentado, en forma clara, que el contratiempo sufrido no había afectado en lo más mínimo al auténtico soporte sobre el cual se asentaba el poderío del Imperio, o sea la indomable voluntad del pueblo azteca.

A su vez, los viajeros interrogaron al mensajero sobre su misión y el lugar donde la había desempeñado.

El interrogado respondió que retornaba tras de un largo recorrido por uno de los más apartados rincones de la tierra —la lejana región habitada por los mayas— y relató algunas de las extrañas costumbres que privaban por aquellos remotos contornos; sin embargo, se abstuvo de revelar cualquier detalle sobre la comisión que le fuera confiada, y tras de despedirse de sus interlocutores, reemprendió su camino con la vista fija en la meta final de su prolongado viaje.

El mensaje del cual era portador el agotado caminante no era otro sino la respuesta a la solicitud de Tlacaélel de que le fuera entregada la parte faltante del Caracol Sagrado: *él* sacerdote maya poseedor de la otra mitad del venerado emblema se negaba a acceder a la petición del Cihuacóatl Azteca.

Capítulo XXI

LA OTRA CARA DE ME-XIHC-CO

Contrariamente a lo que imaginaban, el camino de retorno desde Michhuacan hasta la Gran Tenochtítlan no representó, para los integrantes del abatido ejército azteca, un vergonzante y penoso trayecto. En cada una de las poblaciones de importancia comprendidas en su ruta les esperaban afectuosos recibimientos, organizados por los contingentes populares enviados para este fin desde la capital azteca. Su entrada en la metrópoli constituyó todo un memorable acontecimiento. El pueblo se volcó a las calles para tributar a las tropas una calurosa acogida, manifestando en todo momento su firme determinación de proseguir adelante la labor de unificar al mundo entero con base a sus propios lineamientos.

El mismo día de su llegada, el Emperador Axayácatl fue objeto de un minucioso examen por parte de los más destacados médicos del Imperio. El diagnóstico no dio la menor esperanza de curación para el monarca: el daño sufrido por su cerebro era irreversible y habría de acarrearle la muerte, aun cuando ésta tardaría, posiblemente, varios meses en producirse.

En reunión del Consejo Imperial convocada por Tlacaélel, los dignatarios aztecas, en unión de sus aliados los reyes de Téxcoco y Tlacopan, analizaron con detenimiento la forma como debían de actuar mientras se prolongase la agonía del Emperador. La idea de proceder a la designación de un nuevo monarca sin aguardar primero la muerte de Axayácatl ni siquiera llegó a ser propuesta, pues en la mente de todos estaba que ello constituiría una afrenta a la persona del valeroso y postrado gobernante. Así pues, se acordó que operase para el caso la regla que establecía que el Cihuacóatl Imperial debía asumir provisionalmente las funciones del Emperador cuando éste se encontrase incapacitado de ejercer el mando por cualquier causa.

Una vez resuelto el problema relativo a la continuidad de la autoridad, se discutió ampliamente la conducta a seguir respecto al problema tarasco. Algunos de los integrantes del Consejo opinaban que debía emprenderse de inmediato una nueva guerra en contra de los purépechas, destinando al efecto la mayor parte de las fuerzas disponibles; por el contrario, otros consejeros juzgaban más conveniente aguardar algún tiempo antes de reiniciar las hostilidades, estimando que debía procederse primero a valorar las experiencias extraídas de la reciente campaña, con miras a determinar las causas que habían originado el descalabro sufrido y la forma más conveniente de evitar un contratiempo semejante en lo futuro. Tlacaélel coincidía plenamente con este último criterio, mismo que finalmente terminó por ser adoptado por el Consejo.

Para sorpresa de todos los asistentes a la reunión, el Azteca entre los Aztecas, tras de informarles de la negativa recibida a su petición de que le fuera entregada la parte faltante del Caracol Sagrado, procedió a comunicarles su determinación de encaminarse cuanto antes a la región maya, con objeto de entrevistarse personalmente con el Sumo Sacerdote que portaba la otra mitad del Símbolo Sagrado y hacerle ver que la condición señalada por el propio Quetzalcóatl para dar término a la separación de ambas porciones del emblema —o sea la previa consecución de la unidad del género humano— estaba ya próxima a cumplirse, merced a la labor que con este propósito venía desarrollando el Imperio Azteca.

A pesar de que algunos de los integrantes del Consejo arguyeron que consideraban aquel viaje muy poco oportuno, pues se desarrollaría justo en los momentos en que como consecuencia de la postración del monarca correspondería al Cihuacóatl Imperial mantener centralizadas en su persona toda clase de atribuciones, Tlacaélel replicó que su ausencia de la capital en aquellas circunstancias constituiría, precisamente, la mejor prueba de la firme estabilidad que poseían desde tiempo atrás las Instituciones Imperiales; por otra parte, les hizo ver la conveniencia de obtener la mitad faltante del Caracol Sagrado, pues a su juicio, ello daría lugar a que los innumerables señoríos existentes en la región maya aceptasen la

hegemonía tenochca, sin tener que llevar a cabo toda una larga serie de campañas militares para lograrlo.

Finalmente, los mandatarios aztecas acordaron, por aprobación unánime, designar a Ahuízotl miembro integrante del Consejo Imperial. Los relevantes méritos del adusto guerrero —puestos particularmente de manifiesto durante la reciente contienda— recibían así el más completo reconocimiento por parte de las principales autoridades del Imperio.

En la vida de los pueblos existen épocas de excepcional grandeza alternadas con otras de acentuada decadencia. El pueblo maya había conocido ambas a través de su prolongada existencia. En un remoto pasado toda el área maya había constituido el espacio donde floreciera una de las más grandes civilizaciones que hayan existido jamás sobre la tierra. Ciudades sagradas, articuladas en tal forma que cada una de ellas reproducía mediante rigurosos simbolismos una determinada porción del cosmos, eran habitadas por sociedades en las que predominaba la más elevada espiritualidad y el más exquisito refinamiento. Sabios sacerdotes, profundos conocedores de las leyes que rigen la vida de los astros y de los hombres, gobernaban con acierto a una próspera y laboriosa población, poseedora de un asombroso porcentaje de excelentes artistas.

Tras de un largo periodo de prodigioso esplendor, el ciclo vital inherente a todas las civilizaciones se había cumplido fatalmente en la desarrollada por los mayas: la decadencia y la muerte sobrevinieron despoblando ciudades y dispersando a sus habitantes. Domeñada durante siglos, la selva cobró su desquite, sepultando templos y palacios bajo un manto de impenetrable verdor.

La llegada de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, el desterrado Emperador Tolteca, había despertado a los mayas de su prolongado letargo. Al impulso de aquella superior personalidad tuvo lugar un sorprendente renacimiento. Los sabios reanudaron sus interrumpidas observaciones de los cuerpos celestes. Se repoblaron algunas de las antiguas ciudades y se erigieron otras nuevas, aplicando en ellas los estilos de construcción llegados del Anáhuac. Una febril actividad se generó en toda el área maya dando origen a las más variadas realizaciones, y si bien éstas no alcanzaron el grado de perfección logrado en el pasado, no por ello dejaron de constituir admirables ejemplos del quehacer humano.

Una vez más, el inexorable devenir del tiempo trajo consigo un nuevo ocaso al mundo de los mayas. Desgarradas por luchas incesantes a resultas de cambiantes alianzas, las ciudades fueron declinando y perdiendo su vigor, hasta quedar semivacías y ruinosas. Caciques ambiciosos y despóticos tiranizaban a una población que, si bien continuaba siendo altamente numerosa, se encontraba empobrecida y dispersa.

Esta era, pues, la situación prevaleciente en la lejana región hacia la que se encaminaba Tlacaélel.

La comitiva de Tlacaélel, integrada solamente por un escaso número de sirvientes y una escolta comandada por Tízoc, atravesó buena parte de los extensos territorios pertenecientes al Imperio, para luego adentrarse en la extensa comarca de imprecisos contornos poblada por los mayas. El Azteca entre los Aztecas no había aceptado ser llevado en andas y realizaba a pie las diarias y agotadoras jornadas. Resultaba evidente que a pesar de lo avanzado de su edad, su organismo continuaba poseyendo una increíble fortaleza.

Aun cuando la marcha de la comitiva estaba desprovista de toda ostentación, la presencia de Tlacaélel por vez primera en aquellos lugares no sólo no podía pasar desapercibida, sino que motivó de inmediato una gran conmoción entre todos los habitantes de la región, suscitándose entre éstos las más variadas interpretaciones respecto a los propósitos que había detrás de aquel viaje.

Para los codiciosos e incompetentes caciques que tanto abundaban en las tierras mayas, aquella visita inesperada sólo podía tener como objetivo indagar quiénes, de entre ellos, estaban dispuestos a someterse a la hegemonía imperial y quiénes pretendían ofrecer resistencia a la expansión azteca. Poseídos por el pánico y deseosos de salvar cuanto fuera posible de sus ventajas y privilegios, los componentes de las clases gobernantes —pasando por alto las sonrisas burlonas del pueblo— se apresuraron a patentizar ante el Cihuacóatl Azteca su servil voluntad de sometimiento al poderío tenochca. Muy pronto, Tlacaélel vio

entorpecido su avance a causa de las múltiples muestras de respeto y acatamiento de que era objeto, tanto por parte de los gobernantes que regían los señoríos por los que transitaba, como por numerosas comisiones que, encabezadas por los caciques más prominentes, acudían desde todos los puntos con idéntico propósito.

El viaje de Tlacaélel parecía destinado a convertirse en un recorrido triunfal que traería consigo la conquista pacífica de todos los territorios habitados por los mayas; sin embargo, a veces ocurre que aun en sus etapas de mayor decadencia, los pueblos que han tenido un pasado grandioso, al verse enfrentados a una grave crisis, reciben en alguna forma misteriosa e inexplicable una ayuda salvadora proveniente de su poderosa alma de antaño.

Tlacaélel lo ignoraba, pero el espíritu de los antiguos mayas que vivieran en aquella misma región muchos siglos atrás —sacerdotes astrónomos, valientes guerreros, geniales artistas— no estaba dispuesto a entregar a un intruso su sagrado suelo y encontraría muy pronto la forma de poder acudir en su defensa.

Al igual que todas las mañanas desde que traspusieran las fronteras del Imperio, Tízoc no aguardó la llegada del alba para reiniciar la marcha. En unión de algunos soldados y de uno de los guías mayas que acompañaban a la comitiva, el joven guerrero se adelantó al resto de sus compañeros, con objeto de asegurarse sobre la ausencia de cualquier peligro y de formarse una idea de las condiciones del camino que habrían de recorrer en la jornada que se iniciaba.

Los viajeros se encontraban en un paraje situado en plena selva. Hacía ya varios días que no hallaban a su paso ninguna población de importancia, tan sólo pequeños y aislados conjuntos de chozas, cuyos moradores tenían a su cargo impedir a la exuberante vegetación devorar el angosto camino por donde transitaban, pues éste resultaba vital para los comerciantes que circulaban por él transportando toda clase de mercancías.

Aún no llevaban andado un largo trecho, cuando Tízoc observó, iluminados por los primeros rayos del amanecer, los restos sepultados entre la maleza de una construcción situada a escasa distancia del camino. Al preguntarle al guía sobre aquella edificación, éste respondió indiferente que la selva ocultaba por doquier ruinas de antiguas ciudades. Curioso por naturaleza, Tízoc decidió examinar de cerca el lugar, e introduciéndose por entre las sinuosas lianas y los apretados arbustos, llegó hasta la derruida construcción. Un extraño silencio imperaba en el ambiente, como si las aves y demás habitantes de la selva sintiesen un respetuoso temor hacia aquel sitio y hubiesen optado por no perturbar con sus ruidos la singular quietud que ahí prevalecía.

La construcción que llamara la atención de Tízoc formaba parte de un vasto conjunto de edificios cubiertos por la vegetación. Las plantas habían infiltrado sus ramas y raíces por todos los resquicios, abrazando los muros e inundando las habitaciones. La humedad y el moho penetraban en las piedras a tal grado, que éstas más que minerales semejaban vegetales de insólitas formas.

Aun cuando a lo largo de su recorrido por territorio maya no era ésta la primera ocasión que surgían ante su vista restos de ciudades abandonadas, Tízoc comprendió de inmediato que contemplaba los vestigios de una ciudad del todo diferente a cuantas habían venido encontrando en su camino. Hasta aquel momento, todas las grandes construcciones en ruinas por las que cruzaran poseían el inconfundible estilo arquitectónico desarrollado por los toltecas y, por ende, resultaban altamente familiares para los aztecas; por el contrario, aquellos edificios semisumergidos entre un mar de verdura eran fascinantemente extraños y diferentes.

Durante largo rato Tízoc vagó solitario por entre las ruinas, escurriéndose a través de la cerrada vegetación que las aprisionaba. Majestuosas pirámides, edificios de corredores largos y estrechos, santuarios coronados por crestas de multiforme diseño, y enormes estelas, conteniendo desconocidos jeroglíficos y la representación de elegantes y hieráticos personajes, fueron desfilando lentamente ante la asombrada mirada del guerrero azteca.

Ensimismado en sus descubrimientos, Tízoc perdió la noción del tiempo; cuando retornó al sitio donde dejara a sus compañeros de avanzada era ya cerca del mediodía y le aguardaban no sólo éstos, sino todos los integrantes de la comitiva azteca. Tlacaélel no riñó al guerrero por tan patente incumplimiento a sus deberes de comandante, sino que se limitó

a manifestarle, con irónico acento, que cuando se encontrase desempeñando una misión no debía entretenerse cazando mariposillas.[1]

Acostumbrado a ser siempre el autor de las bromas y no el sujeto pasivo de las mismas, Tízoc manifestó de momento un gran desconcierto y enrojeció en medio de las francas risotadas de sus soldados, pero luego, recobrando su habitual jovialidad, estalló también en alegres carcajadas.

Una vez concluido el momento de regocijo, Tízoc informó a Tlacaélel respecto a las extrañas construcciones que encontrara en la selva. Intrigado, el Azteca entre los Aztecas decidió investigar personalmente aquel sitio y acompañado del propio comandante de su escolta y de algunos guerreros más —que intentaban con grandes esfuerzos abrirle un angosto paso a través del tupido follaje— se internó entre la maleza, llegando en poco tiempo hasta los derruidos edificios.

Tlacaélel observó con profundo interés el vasto conjunto de monumentos inmersos en la vegetación. A pesar de que sólo era visible una mínima parte de los mismos, resultaba más que suficiente para poder apreciar el derroche de sabiduría y refinamiento que habían plasmado en aquellos edificios sus desconocidos constructores.

Guiado por su penetrante intuición, Tlacaélel se encaminó en derechura hacia un pequeño santuario que se alzaba sobre una angosta y elevada pirámide, pues presentía que era aquel templo el que había constituido el motivo fundamental de la existencia de toda la ciudad.

Ayudado por Tízoc, Tlacaélel ascendió el empinado montículo de ramajes y piedras en que estaba convertida la pirámide. Una estrecha abertura le condujo al recinto que coronaba el edificio. En su interior, húmedo y vacío, existía únicamente un enorme bajorrelieve labrado en piedra caliza que abarcaba íntegramente el muro central del santuario. Gruesas capas de musgo ocultaban la mayor parte del bajorrelieve, por lo que Tlacaélel y Tízoc procedieron a limpiarlo con sumo cuidado. Al hacerlo, fueron apareciendo lentamente una gran variedad de jeroglíficos, cuyos trazos resultaban claramente visibles a pesar de su evidente antigüedad.

Tlacaélel comprendió que había realizado un hallazgo de singular importancia y tomó la determinación de interrumpir su viaje durante el tiempo que fuera necesario para lograr develar el secreto de aquellas inscripciones. Así pues, mientras el resto de los tenochcas procedía a instalar un campamento al pie de la pirámide, el Azteca entre los Aztecas empezó a utilizar todos sus conocimientos sobre simbología en la ardua labor de descifrar aquel perdido mensaje del pasado.

Durante varias semanas, mientras en el exterior llovía sin cesar la mayor parte del tiempo, Tlacaélel permaneció en el derruido santuario, entregado sin descanso a su paciente tarea. A su lado, auxiliándolo en todo lo que le era posible, se hallaba siempre Tízoc, quien merced a sus regulares dotes para el ejercicio de las artes, iba logrando reproducir en un códice uno a uno de los complicados jeroglíficos.

En la misma forma que había ocurrido muchos años atrás en la caverna que ocultaba el secreto de la adormecida Aztlán, el descifrado de los signos encontrados en el recinto maya fue dando lentamente a Tlacaélel no el simple contenido de un relato, sino la comprensión de toda una profunda cosmovisión, pues lo que el Azteca entre los Aztecas tenía ante los ojos era, nada menos, que una pormenorizada exposición de las diferentes influencias que los cuerpos celestes ejercen sobre la totalidad de ese particular territorio que constituye Me-xíhc-co.

El rasgo esencial de Me-xíhc-co —su excepcional fertilidad para el racimiento y desarrollo de las más altas culturas— aparecía subrayado una y otra vez a lo largo del bajorrelieve. En igual forma, se ponía de manifiesto la importancia que para el apropiado

[1] El diálogo en náhuatl relativo a este episodio —que al igual que el relato de todas las acciones de Tlacaélel ha sido conservado fidedignamente por la tradición oral— deja ver muy claramente que el Azteca entre los Aztecas hace un juego de palabras con el término "mariposillas" (papalototon) utilizándolo con un doble sentido, o sea dándole la acepción popular que lo empleaba para designar a las mujeres de la llamada vida fácil.
La anécdota en cuestión resulta particularmente interesante, pues es la única que nos revela a un Tlacaélel dotado de sentido del humor, sin que desde luego nos sea posible dilucidar, a través de este solo hecho, si dicha característica formaba realmente, parte de su personalidad, o si lo ocurrido fue tan sólo un episodio aislado, que tuvo lugar en una época en que el forjador del Imperio Azteca tenía ya una edad muy avanzada.

desempeño del rasgo esencial tenía el lograr una adecuada armonización de los diferentes grupos humanos que habitan en su suelo, pues éstos nunca han constituido una entidad uniforme y homogénea, sino por el contrario, han sido siempre un vasto y multifacético conjunto, producto de la interacción de encontradas energías representadas por una gran diversidad de pueblos poseedores de muy distintas peculiaridades y, solamente cuando todas y cada una de estas diferentes energías logran manifestarse en perfecta consonancia, resulta posible llevar a cabo la difícil y elevada misión que a Me-xíhc-co le es propia: la de dar origen a nuevas y grandiosas culturas.

En virtud de que el tiempo analizado desde una perspectiva cósmica no constituye algo sucesivo sino simultáneo, el mensaje contenido en el bajorrelieve no sólo proporcionaba una cabal comprensión de las características inmutables de Me-xíhc-co, sino también una clara visión de su pasado, presente y futuro. Las influencias celestes que habían permitido el desarrollo de edades inmemoriales, en las cuales el predominio de] espíritu constituía la nota permanente de los seres humanos y no algo puramente latente y balbuceante, aparecían expuestas con toda claridad. Asimismo, figuraba también un análisis detallado de las energías cósmicas predominantes durante las épocas oscuras, en que la humanidad se había precipitado al abismo desapareciendo incluso en varias ocasiones de la faz de la tierra. A continuación, se representaba el mapa celeste correspondiente a la última edad, durante la cual habían florecido en Me-xíhcco las diferentes culturas de las que todavía se conservaba memoria, si bien muchas de ellas eran tan remotas, que apenas si subsistían algunas vagas noticias de su existencia.

Tlacaélel prestó especial atención a la parte del bajorrelieve referente al futuro que se avecinaba. Era evidente que estaba próximo un tiempo en el que harían su aparición fuerzas desconocidas que acarrearían una tremenda conmoción, a tal grado, que la sobrevivencia misma de la invaluable herencia de Me-xíhc-co estaría en juego y en inminente peligro de perderse para siempre.

Profundamente preocupado ante lo que observaba en aquel antiquísimo bajorrelieve, el Azteca entre los Aztecas continuó descifrando su contenido. Los jeroglíficos dejaban ver una posible solución tendiente a superar el peligro que se aproximaba.

Como consecuencia de. la estrecha interrelación existente entre todos los seres que pueblan el Cosmos, las acciones de los astros y de los seres humanos se entrelazan y repercuten entre sí, convirtiéndose en necesarios los unos a los otros. El conocimiento de esta verdad fundamental había sido la causa que diera origen a la creación del Imperio Azteca, sin embargo, ahora Tlacaélel comprendía —a través de la lectura del pétreo mensaje— que la tarea de coadyuvar al crecimiento del Universo jamás sería lograda mediante el simple recurso de extraer corazones a un creciente número de víctimas, era necesario algo mucho más profundo y trascendente: un sacrificio interior —voluntario y consciente— que propiciase una auténtica elevación espiritual de la naturaleza humana. Y de la adecuada realización de esta elevada misión dependía, precisamente, el que Me-xíhc-co lograse preservar su preciada herencia a pesar de los bruscos cambios de influencias celestes que próximamente habrían de producirse.

Agotado por el esfuerzo realizado, Tlacaélel detuvo por unos momentos su labor, para proceder después al desciframiento del último jeroglífico contenido en el bajorrelieve. El signo aludía a un lejano futuro, a una época aún distante que tardaría varios siglos en materializarse. Todo auguraba las más favorables condiciones para aquellos tiempos. Tal y como ocurriera tantas veces en el pasado, las influencias celestes se conjugarían de nuevo para coadyuvar al nacimiento y desarrollo en Me-xíhc-co de una vigorosa cultura.

Tlacaélel se sintió más tranquilo ante los buenos presagios del último jeroglífico, pero no por ello podía dejar de preguntarse si la sagrada herencia de Mexíhc-co lograría subsistir hasta el día en que las condiciones cósmicas tornasen a ser favorables o si, por el contrario, desaparecería a resultas de la grave crisis que se avecinaba. El Azteca entre los Aztecas concluyó que la respuesta a esta trascendental interrogante era del todo impredecible. Los astros, en su incesante transitar por los cielos, iban propiciando todo género de influencias sobre la tierra, pero eran los seres humanos quienes, mediante su conducta, determinaban en última instancia el resultado de los acontecimientos. Así pues, todo dependía de la actitud

que ante cuestión tan vital asumiesen los habitantes de Me-xíhc-co, tanto los que lo poblaban en aquellos momentos, como los integrantes de las futuras generaciones.

Firmemente decidido a consagrar hasta el último instante de su existencia a la tarea de reorganizar el Imperio, de forma que estuviera preparado para hacer frente a las difíciles pruebas que le aguardaban, Tlacaélel comenzó a planear —desde aquel derruido santuario enclavado en medio de la selva— algunas de las numerosas reformas que para este fin tendrían que efectuarse lo antes posible En primer término, había que proceder a la suspensión de los sacrificios humanos. Asimismo, era indispensable un cambio radical en el sistema de gobierno, pues debía reemplazarse el forzado y aplastante centralismo por un sistema de alianzas, que sin destruir la unidad del Imperio, permitiese a los distintos pueblos que lo constituían desarrollar libremente su propio destino.

Dando por concluida su estancia en aquel olvidado paraje que tantas sorpresas le había deparado, Tlacaélel dio instrucciones a Tízoc para que organizara la reanudación de la marcha al amanecer del día siguiente.

Conforme la comitiva azteca proseguía su avance fue produciéndose una lenta, pero fácilmente perceptible, transformación del paisaje. La selva, tras de perder su prodigiosa exuberancia, terminó por transformarse en matorrales enmarañados y espinosos, para luego dar lugar a una extensa y reseca planicie, en donde la única agua existente se encontraba depositada en profundas cavidades subterráneas.

Cansados y sudorosos, los tenochcas llegaron finalmente al término de su viaje: una insignificante aldea de apenas una docena de chozas, donde habitaba Na Puc Tun, el Sumo Sacerdote Maya que tenía bajo su custodia una de las dos partes que integraban el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl.

El encuentro del Maya y el Azteca estuvo exento de solemnidad. Después de intercambiar algunas breves frases de cortesía a través de los intérpretes que acompañaban a los tenochcas, ambos personajes se dieron a la tarea de hacer frente a los prosaicos, pero ineludibles problemas, que creaba la presencia de los recién llegados en aquella pequeña población.

Así pues, mientras la mayor parte de los aztecas en unión de los habitantes de la aldea se dedicaban a toda prisa a levantar albergues provisionales donde guarecerse, el resto de sus compañeros se encaminaba a una población más grande, a medio día de marcha, con objeto de adquirir en ella suficientes subsistencias para toda la comitiva.

En cuanto se terminó la construcción de la choza en donde tendrían lugar las pláticas entre los dos dignatarios, éstos se trasladaron a ella acompañados tan sólo de un intérprete y de sus respectivos ayudantes: Tízoc y un joven maya de inteligente y escrutadora mirada.

Na Puc Tun, el supremo representante de todas las organizaciones religiosas existentes en los territorios mayas, era un sujeto de baja estatura y regular complexión, dotado de largos brazos rematados por manos que parecían las garras de un jaguar. Su rostro —surcado de incontables arrugas— evidenciaba una poderosa voluntad a la par que una infinita tristeza. En torno de su figura parecía flotar un indefinible ambiente de insondable antigüedad, a grado tal que, a pesar de ser varios años menor que Tlacaélel, representaba una edad mucho mayor que éste.

La presencia del Sumo Sacerdote Maya hacía evocar de continuo en Tlacaélel el recuerdo de Centeotl.[2] Sin que existiera entre ambos personajes ninguna semejanza en lo exterior, se daban entre ellos profundas similitudes que convertían sus respectivas existencias en vidas del todo paralelas. Guardianes de los más valiosos secretos de un pasado desaparecido, ambos habían sabido desempeñar fielmente su misión, aun a sabiendas de que no vivirían lo suficiente para contemplar la llegada de mejores tiempos. Altivos y orgullosos, habían permanecido aislados e indiferentes a todo cuanto su propia época podía ofrecerles, despreciando los honores y riquezas que con propósitos mezquinos intentaban poner bajo sus pies los mediocres gobernantes en turno.

[2] Centeotl: anciano sacerdote de Chololan de quien Tlacaélel recibiera la mitad del Caracol Sagrado de la cual era depositario. (Ver Cap. I de esta obra,.)

Desde el inicio mismo de las pláticas, tanto el Cihuacóatl Azteca como el Sumo Sacerdote Maya comprendieron que no les resultaría difícil llegar a un acuerdo, pues poseían criterios bastante afines sobre las cuestiones que abordaban. Tlacaélel comenzó la entrevista mostrando a su interlocutor el códice recién elaborado por Tízoc, en el que se reproducían todos y cada uno de los jeroglíficos hallados en el derruido santuario de la selva. Na Puc Tun manifestó que conocía muy bien toda aquella información. A su juicio, los graves peligros que en dichos jeroglíficos se anunciaban estaban íntimamente relacionados con el retorno de Kukulkán,[3] acontecimiento largamente esperado pero poco comprendido, pues para que tuviese lugar no era necesario el regreso físico de dicho personaje —lo que no obstante también podría ocurrir— sino fundamentalmente que se operase un cambio en las influencias cósmicas que imperaban sobre Me-xíhc-co, en tal forma que las energías representadas por el cuerpo celeste al que los Aztecas habían identificado con su máxima deidad —Huitzilopóchtli— dejasen de predominar y lo hiciesen en cambio las provenientes del astro cuyo nombre había sido dado al desterrado emperador tolteca.[4]

A continuación, el sacerdote maya expuso una posibilidad desconcertante: existían tal vez sobre la tierra ignotas y apartadas regiones habitadas por desconocidos pobladores, pues de cuando en cuando llegaban a manos de los comerciantes mayas extraños objetos no elaborados por ninguna de las agrupaciones humanas de que se tenía noticia. Al indagar sobre el origen de aquellos objetos se obtenía siempre idéntica respuesta: provenían del sur, de más allá de las selvas impenetrables, de algún sitio remotamente lejano, en donde, quizás, existían también enormes ciudades y poderosos reinos.

Asimismo, Na Puc Tun relató a Tlacaélel varias antiguas leyendas mayas, en las que se aludía a la existencia de pueblos de extrañas costumbres que moraban allende los mares, en territorios situados a distancias que no alcanzaban a ser concebidas ni por la imaginación más audaz. Sin embargo —prosiguió afirmando el envejecido sacerdote maya— tal vez no estaba lejano el día en que se produciría el arribo de los habitantes de aquellas regiones, bien fuera de los que vivían más allá de las selvas, o de los que quizá habitaban al otro lado de los mares, cuando esto ocurriera, la natural incomprensión de aquellos seres hacia todo lo que Me-xíhc-co era y representaba constituiría, muy posiblemente, la forma como habría de materializarse el peligro que se avecinaba.

Tlacaélel preguntó a Na Puc Tun cuál estimaba que podría ser la mejor forma de hacer frente al grave riesgo que les amenazaba, a lo que este contestó que la respuesta estaba dada por los propios jeroglíficos que le habían mostrado: era preciso iniciar un movimiento tendiente a lograr una profunda ascésis purificadera, llevar a cabo un gigantesco sacrificio colectivo de carácter espiritual, en tal forma que la población estuviese en posibilidad no sólo de adaptarse al cambio de influencias cósmicas que habrían de sobrevenir, sino incluso de poder participar, activamente, en el armónico desarrollo de dichas influencias.

El Azteca entre los Aztecas expresó que aquéllas eran precisamente las conclusiones a las que había llegado tras haber logrado descifrar el mensaje contenido en el antiguo templo maya y que, en cuanto regresara a la capital del Imperio, iniciaría la tarea de convertir en realidad dichos propósitos.

Na Puc Tun permaneció largo rato en silencio, sumido al parecer en profundas cavilaciones; posteriórmente, con voz cuyo grave acento evidenciaba la trascendencia de la determinación que acababa de tomar, manifestó que en vista de la posición adoptada por Tlacaélel, estaba dispuesto a cambiar su resolución anterior y hacerle entrega de la parte del Emblema Sagrado de la cual era custodio, pues consideraba que el Cihuacóatl Azteca contaba con mejores posibilidades que él para intentar cumplir la difícil misión que en aquellos momentos exigían los astros de los seres humanos.

Después de pronunciar aquellas palabras, Na Puc Tun concluyó señalando que consideraba al santuario donde el propio Kukulkán había hecho depositario a un sacerdote maya de la mitad del Caracol Sagrado como el lugar más apropiado para efectuar la

[3] Kukulkán: nombre dado por los mayas a Quetzalcóatl.

[4] En otras palabras, lo que Na Puc Tun afirmaba era que se iba a operar un cambio en las energías cósmicas predominantes en Me-xíhc-co, y que las provenientes de la unión del Sol y Venus, prevalecerían sobre las que conjuntamente irradiaban el Sol y Marte.

ceremonia con la cual se pondría término, finalmente, al largo período en que había subsistido la separación de las dos partes del venerado emblema. Así pues, si el Cihuacóatl Imperial estaba de acuerdo, al día siguiente podrían emprender el viaje hacia la sagrada ciudad de Uxmal.

Tlacaélel asintió, profundamente conmovido ante la evidente grandeza de espíritu del sacerdote maya.

Guiado por Na Puc Tun, Tlacaélel realizó un recorrido por entre los conjuntos de edificios que integraban el corazón de la en otros tiempos floreciente Ciudad de Uxmal. Las construcciones se encontraban abandonadas y ruinosas, pues la ciudad se hallaba prácticamente deshabitada y sus escasos moradores preferían vivir en las afueras; sin embargo, todavía resultaba fácilmente apreciable, en cualquiera de aquellas derruidas construcciones, el sello inconfundible de máximo perfeccionamiento que los antiguos mayas habían sabido imprimir a todas sus obras.

Fascinado ante aquel fastuoso espectáculo, Tlacaélel recorrió una y otra vez los alargados edificios ordenados en forma de cuadrángulos, admirando la riqueza ornamental de su decorado a base de columnillas, mascarones, grecas y celosías. Toda la ciudad era un modelo de armoniosa simetría y de una equilibrada integración de elementos arquitectónicos y escultóricos.

Finalmente, Tlacaélel se detuvo a contemplar durante largo rato la pirámide en cuya cúspide tendría lugar, al día siguiente, la ceremonia de reunificación del Emblema Sagrado. Se trataba de una construcción gigantesca, a un mismo tiempo monumental y refinada, que constituía sin lugar a dudas la edificación de mayor altura en toda la ciudad.

La historia de aquella pirámide —explicó Na Puc Tun— abarcaba incontables siglos. A través del tiempo, el edificio había sido objeto de múltiples modificaciones, tendientes todas ellas a mantenerlo en consonancia con las siempre cambiantes energías provenientes del cosmos. El pequeño santuario que se alzaba en lo alto de la pirámide era, comparativamente, de reciente construcción. Lo habían edificado los toltecas para efectuar ahí la ceremonia en que Kukulkán se había despojado del último vestigio que le restaba de su imperial investidura.

El sol se encontraba exactamente a la mitad de su diario recorrido de la bóveda celeste, cuando el largo y complicado ritual iniciado desde el amanecer llegó a su momento culminante. Actuando al unísono, Tlacaélel y Na Puc Tun fueron aproximando lentamente sus respectivas mitades del pequeño caracol —colocado sobre una plataforma de piedra— hasta que los finos rebordes de oro, elaborados por los artífices de Chololan en los vértices de ambas partes, quedaron engarzados con perfecta sincronización. Acto seguido, el sacerdote maya introdujo en las delgadas argollas incrustadas en el emblema las dos cadenas de oro de las que hasta entonces habían pendido las separadas mitades, y levantando las cadenas con su preciada carga, las mantuvo oscilando durante un buen rato frente al rostro sereno e impasible de Tlacaélel, después, colocó sobre el pecho del Azteca entre los Aztecas el unificado emblema.

Al pie de la pirámide, los integrantes de la comitiva azteca en unión de media docena de sacerdotes mayas y de algunos cuantos campesinos de la región observaban, intensamente emocionados, el desarrollo de tan trascendental ceremonia.

Una vez cumplido el propósito que les llevara a la región maya, los tenochcas iniciaron de inmediato el viaje de retorno rumbo a la capital azteca.

Avanzando lo más rápidamente posible, la comitiva fue desandando los extensos territorios que le separaban de su lugar de origen. Tras de cruzar la casi desértica planicie, los aztecas se introdujeron en la zona selvática, pasando de nuevo —sin detenerse— a escasa distancia de la olvidada ciudad en cuyo santuario encontraran el bajorrelieve con su revelador mensaje.

Al dejar atrás las tierras habitadas por los mayas, Tlacaélel comunicó a Tízoc la impresión que le había dejado el conocimiento directo de aquella región y de sus pobladores: todo aquello constituía la otra cara de Me-xíhc-co, el otro lado de un rostro a un mismo tiempo semejante y distinto.

Tlacaélel y sus acompañantes se encontraban ya tan sólo a ocho días de marcha de la Gran Tenochtítlan, cuando llegó hasta ellos una triste noticia: el Emperador Axayácatl había sucumbido finalmente a su larga agonía.

Capítulo XXII

CUAUHTEMOC

En el año dos casa el Emperador Axayácatl dejó de existir. A pesar de no poseer una personalidad de tan excepcionales relieves como la de Moctezuma IIhuicamina, su ilustre antecesor, había sabido ganarse el respeto y cariño de todos sus subditos, merced a su arrojada valentía y a su incesante laborar en pro del engrandecimiento del Imperio. Durante los trece años de su gobierno habían tenido lugar múltiples e importantes acontecimientos: considerable expansión de las fronteras tenochcas; desprestigio, muerte y reivindicación de Citlalmina; frustrada intentona de adueñarse del poder llevada a cabo por un puñado de mercaderes ambiciosos y de militares desleales; y finalmente, el primer descalabro de las hasta entonces invencibles tropas aztecas.

Concluidas las honras fúnebres, tuvo lugar la reunión del Consejo Imperial que habría de designar al nuevo monarca. La totalidad de la población vio aquella reunión como un simple requisito formal, pues todos daban por seguro que Ahuízotl —sin lugar a dudas la figura en esos momentos más sobresaliente del Imperio después de Tlacaélel— sería quien asumiese las insignias de mando que en otros tiempos ostentaran los Emperadores Toltecas.

En su calidad de Cihuacóatl correspondía a Tlacaélel enunciar en primer término, ante los restantes miembros del Consejo, el nombre de la persona que a su juicio se encontraba mejor capacitada para ejercer las funciones de Emperador. En las dos designaciones anteriores las propuestas hechas por Tlacaélel habían sido unánimemente aceptadas, y si en aquellas pasadas reuniones se habían suscitado diferencias de opinión, se debía tan sólo a la insistente petición formulada por los dignatarios tenochcas, en el sentido de que fuese el propio Azteca entre los Aztecas quien pasase a ocupar el cargo de Emperador, solicitud invariablemente rechazada por Tlacaélel en forma categórica, por considerar que ello conduciría a una concentración de poder que antiguas experiencias desaconsejaban.

En esta ocasión, antes de hacer mención de algún nombre en especial, Tlacaélel trazó un panorama general de la situación prevaleciente en el Imperio, añadiendo que se aproximaba una época que habría de requerir de profundas reformas, tanto en la mentalidad como en la organización de la sociedad azteca. Acto seguido, sin haber especificado en ningún momento cuáles podrían ser las posibles reformas a las que estaba aludiendo, afirmó que en vista de las nuevas necesidades a las que el futuro Emperador habría de hacer frente, la designación para dicho cargo debería recaer en una persona poseedora de un espíritu particularmente innovador y propenso al cambio. Tlacaélel concluyó su exposición revelando el nombre de aquel a quien consideraba más apropiado, en vista de las circunstancias, para ocupar el alto cargo de Emperador: Tízoc.

Al escuchar el nombre pronunciado por Tlacaélel una expresión del más completo asombro se dibujó en los rostros de sus interlocutores. Con la excepción *TLACAÉLEL*

de Ahuízotl —cuyas duras e impenetrables facciones permanecieron tan inescrutables como de costumbre— los demás integrantes del Consejo Imperial no pudieron impedir que la sorpresa asomase a sus semblantes y enmudeciese sus voces.

Después de unos momentos de profundo y embarazoso silencio, Ahuizotl tomó la palabra. Con firme y reposado acento pronunció un breve discurso, exaltando la atinada visión que caracterizara siempre a Tlacaélel para encontrar las soluciones más adecuadas a los problemas que afectaban al Imperio. Debía, por tanto, acatarse su propuesta con la segura convicción de que ésta sería acertada.

Si bien los integrantes del Consejo no lograban superar el asombro que les causaba tan inesperada proposición, el enorme respeto que les inspiraba la personalidad del Azteca entre los Aztecas y la actitud asumida por Ahuízotl de apoyar incondicionalmente la resolución de Tlacaélel, terminaron por convencerles de que no tenía ya ningún sentido

intentar llevar adelante sus propósitos iniciales de entronizar a Ahuízotl. Así pues, con voces que no denotaban una gran convicción, uno a uno fueron aprobando la designación de Tízoc como nuevo monarca del Imperio.

La reacción de Tízoc al tener conocimiento de lo acordado por el Consejo fue primero de una franca incredulidad, y posteriormente, de un sincero rechazo a su designación como Emperador, pues no se consideraba merecedor de tan elevada dignidad.

Durante el transcurso de una larga entrevista con el joven guerrero, Tlacaélel expuso a éste las razones que explicaban su designación, o sea las trascendentales reformas que se proponía realizar y las cuales requerían de una nueva mentalidad al frente del gobierno. Tízoc quedó gratamente sorprendido al escuchar los planes del Portador del Emblema Sagrado, sin embargo, expresó de nueva cuenta sus dudas respecto a su propia capacidad para el desempeño de la difícil misión que Tlacaélel esperaba de él, y pidió tres días de plazo antes de dar a conocer su resolución definitiva.

Concluido el plazo, Tízoc acudió ante Tlacaélel para manifestarle su aceptación al cargo de Emperador, así como su firme determinación de coadyuvar con todas sus fuerzas, desde su futura e importante posición, a la realización de los objetivos señalados por el Heredero de Quetzalcóatl.

Tal y como era costumbre, la entronización del nuevo monarca azteca constituyó un memorable acontecimiento, que congregó en la Gran Tenochtítlan a personalidades provenientes de las cuatro direccionalidades del mundo conocido. Lujosos séquitos de grandes señores de apartados confines, figuraban al lado de modestas representaciones llegadas de lugares igualmente distantes.

La ceremonia de coronación alcanzó su momento culminante cuando Tlacaélel, una vez cumplidas todas las distintas etapas del complicado ritual, hizo entrega a Tízoc de los emblemas que le convertían en el legítimo sucesor del antiguo Imperio de los Toltecas.

Tlacaélel y Tízoc comprendían muy bien las enormes dificultades a que habrían de enfrentarse para llevar adelante sus proyectadas reformas —particularmente la relativa a la supresión de los sacrificios humanos—, razón por la cual, se dieron a la tarea de planear con todo detenimiento cada uno de los distintos pasos encaminados a la realización de sus propósitos.

El Azteca entre los Aztecas estimaba que en virtud de la importancia de los acontecimientos que se avecinaban, procedía convocar a una reunión de todos los dirigentes de las organizaciones religioso-culturales de que se tenía noticia, con miras a la celebración de una asamblea semejante a la que tuviera lugar tiempo atrás, cuando apenas se iniciaba la labor de estructurar los cimientos sobre los cuales se había edificado el Imperio Azteca.

Una reunión de esta índole —pensaba Tlacaélel— permitiría comenzar a crear una clara conciencia de los cambios que se estaban operando en el cosmos, así como de la ineludible necesidad de adoptar las medidas apropiadas para adecuar la actuación de los seres humanos a las nuevas condiciones existentes en los cielos.

Considerando que lo más prudente, antes de llevar a cabo una asamblea de tanta trascendencia, era lograr una cierta unificación de criterio del pueblo y el gobierno aztecas, Tlacaélel y Tízoc decidieron dar a conocer sus propósitos en forma paulatina y escalonada, esto es, exponerlos primero a los integrantes del Consejo Imperial, posteriormente a los miembros de la Orden de Caballeros Águilas y Caballeros Tigres, y finalmente, ante todo el pueblo tenochca.

Tras de penetrar en el vasto conjunto de lujosos edificios y de bien cuidados jardines que integraban el Tecpancalli, Ahuízotl se encaminó en línea recta rumbo a la amplia estancia donde tenían lugar las reuniones del Consejo Imperial. Al cruzar el gran patio enlosado situado a la entrada del salón, dio alcance a Tlacaélel, que se dirigía con pausado andar hacia el mismo sitio. El Cihuacóatl Imperial saludó con amable acento al adusto guerrero y procedió a preguntarle sobre el estado que guardaba la salud de su esposa. Tiyacapantzin, la bella e inteligente mujer de Ahuízotl, se encontraba en la etapa final de un embarazo que desde el principio había sido motivo de graves dolencias. Las parteras que la atendían presagiaban un fatal desenlace tanto para ella como para la criatura, y sus

pesimistas predicciones parecían estar a punto de cumplirse, pues Tiyacapantzin venía empeorando a ojos vistas conforme se aproximaba el momento del alumbramiento.

Ahuízotl respondió que su esposa no había tenido ninguna mejoría y agradeció la preocupación que por ella manifestaba Tlacaélel. Ambos personajes entraron juntos al recinto donde habría de celebrarse la reunión, y después de saludar a los integrantes del Consejo ahí reunidos, ocuparon sus correspondientes lugares. Ahuízotl observó que no se hallaban presentes los reyes de Texcoco y Tlacopan, sino tan sólo los altos dignatarios tenochcas que en compañía de aquellos integraban el Consejo Imperial, lo que le hizo suponer que la junta tendría por objeto tratar asuntos de índole estrictamente interna del gobierno azteca.

La llegada del Emperador no se hizo esperar y con ella dio comienzo la reunión. Tízoc anunció que la causa por la cual se hallaban congregados revestía una inusitada importancia y que deseaba fuera el propio Heredero de Quetzalcóatl quien la diera a conocer, anticipando de antemano que coincidía plenamente con los puntos de vista de Tlacaélel, y que su mayor anhelo era el de lograr la unánime aceptación del plan de acción trazado por éste para hacer frente a los problemas que se avecinaban.

Ante su reducido auditorio, Tlacaélel dio comienzo al que habría de ser el más brillante y emotivo de todos sus discursos. Como una especie de terremoto, cuyo comienzo fuera apenas un imperceptible temblor de tierra que lentamente va transformándose en una irresistible y estruendosa sacudida, las palabras del Azteca entre los Aztecas, en un principio serenas y pausadas, se convirtieron pronto en un torrente de desbordada elocuencia.

Tlacaélel comenzó narrando los inesperados descubrimientos efectuados durante su viaje a tierras mayas. Con vivas imágenes describió el hallazgo del santuario perdido en medio de la selva y del excepcional mensaje que en él se conservaba: la historia completa de Me-xíhc-co, incluyendo su pasado, presente y futuro.

Mediante un conciso resumen, Tlacaélel transmitió a sus oyentes lo esencial de la copiosa información contenida en el olvidado bajorrelieve maya, desde las referencias al grandioso esplendor de pasadas Edades y a los periódicos cataclismos que asolaban la tierra, hasta la directa alusión a los próximos peligros que se cernían sobre Me-xíhc-co, como resultado del cambio de las influencias celestes imperantes.

Con voz cuyo grave acento revelaba la singular trascendencia que atribuía al tema que estaba abordando, el Azteca entre los Aztecas planteó la urgente necesidad de reestructurar el Imperio desde los cimientos, con miras a lograr que su funcionamiento estuviese acorde con las nuevas realidades cósmicas, para lo cual, se requería adoptar toda una serie de radicales medidas: supresión de los sacrificios humanos, fomento a la libre expresión de las distintas peculiaridades que caracterizaban a cada uno de los pueblos conquistados, y fundamentalmente, propiciar por todos los medios el desarrollo de una profunda espiritualidad, lograda a través del sacrificio interior y consciente de todos los habitantes del Imperio. Convenía, desde luego, convocar cuanto antes a una reunión de las distintas organizaciones religioso-culturales, con objeto de lograr su necesaria colaboración en las múltiples y decisivas tareas por realizar.

Tlacaélel finalizó enunciando dramáticos vaticinios respecto a lo que podría acontecer si no se alcanzaban los fines propuestos: siendo en gran medida lo existente en la tierra un reflejo de la realidad prevaleciente en los cielos, la falta de una armónica adecuación entre las actividades de los hombres y de los astros sólo podía traducirse en funestas consecuencias para los primeros. Así pues, la subsistencia no sólo del Imperio, sino incluso de la ancestral herencia de Me-xíhc-co, se hallaban en juego, pues de no proceder en forma conveniente y oportuna, el cambio de influencias celestes terminaría por expresarse en la tierra mediante la acción de otros pueblos, quizás desconocidos hasta entonces por los aztecas, los cuales, acatando dictados cósmicos de los que tal vez ni siquiera serían conscientes, procederían a derribar la estructura del Imperio por resultar ésta contraria a las nuevas exigencias de los astros, y al hacerlo, pondrían en peligro el inmemorial y valioso legado del cual dicho Imperio era depositario.

Durante el transcurso de su exposición, Tlacaélel no dejó de observar el efecto que sus palabras estaban produciendo en quienes le escuchaban, percatándose fácilmente del

estupor y confusión que se iban apoderando del ánimo de sus oyentes. Únicamente el rostro de Ahuízotl se mantenía impasible, sin que el menor movimiento de sus rasgos permitiese presagiar los pensamientos que cruzaban por su mente en aquellos instantes.

En cuanto Tlacaélel terminó de hablar, Ahuízotl, sin siquiera dar cumplimiento al formulismo que disponía solicitar primero al Emperador el uso de la palabra, dejó oír su voz, pronunciando con desafiante acento un popular poema:

¿Quién podrá sitiar a Tenochtítlan? ¿Quién podrá sitiar los cimientos del cielo? Con nuestras flechas Con nuestros escudos Está existiendo la ciudad.

Las palabras de Ahuízotl —y particularmente el tono de franco reto con que habían sido proferidas— constituían la más evidente manifestación de su inconformidad con el criterio sustentado por Tlacaélel. El breve poema enunciado por el guerrero retumbó en las conciencias de los miembros del Consejo con mayor estruendo que los aterradores tronidos de una tempestad, pues todos comprendieron de inmediato que una grave escisión —de incalculables consecuencias— amenazaba en forma inesperada la hasta entonces indestructible unidad del Imperio.

En virtud del profundo conocimiento que tenía del carácter de su hermano, Tízoc fue el primero en percatarse claramente de lo que había acontecido en la inflexible mente de Ahuízotl. Para el inmutable guerrero, el Imperio Azteca representaba la más sagrada realización jamás llevada a cabo por los seres humanos, y todo intento que pretendiese modificar los fundamentos en que se sustentaba, constituía, ante sus ojos, una acción reprobable en extremo.

Por otra parte, y como consecuencia de su singular sentido de responsabilidad, resultaba evidente que Ahuízotl debía considerar que le correspondía a él la misión de impedir que cualquier persona —así fuese el propio Portador del Emblema Sagrado— atentase en contra de los que él consideraba inamovibles cimientos del Imperio.

Intentando aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir, Tízoc preguntó si alguien más deseaba añadir algo en torno a lo expuesto por Tlacaélel. Un total mutismo acogió sus palabras. Comprendiendo que sería inútil prolongar por más tiempo la reunión, el Emperador decidió darla por concluida, no sin antes anunciar su reanudación para el día siguiente, fecha en la cual debía llegarse a un acuerdo sobre el problema planteado.

Las pisadas de los consejeros al atravesar el amplio patio enlosado resonaron con opresivo y ominoso acento. Tízoc presintió que aquellos rítmicos sonidos contenían el anuncio de un funesto augurio.

El cauteloso avance de unas pisadas, deslizándose en las proximidades de su dormitorio, interrumpieron bruscamente el sueño de Tlacaélel. Era media noche y al parecer reinaba la más completa calma en la alargada construcción —parte integral del Tecpancalli— que servía de residencia al Cihuacóatl Imperial. No existían, ni habían existido jamás, guardias que efectuasen una labor de vigilancia en aquel edificio. El profundo respeto que inspiraba la personalidad del Azteca entre los Aztecas había constituido siempre su mejor garantía de seguridad.

Actuando con gran celeridad Tlacaélel se incorporó del lecho, ciñó su cintura con un corto lienzo de algodón y cruzó sobre su pecho la doble cadena de oro de la que pendía el Caracol Sagrado. Después de esto, aguardó erguido y con una severa expresión de reproche reflejada en el rostro la aparición del misterioso visitante.

El anciano sirviente que dormía en la habitación contigua a la de Tlacaélel había escuchado también los pasos del merodeador. Extrañado ante lo insólito del acontecimiento, se levantó presuroso y encendió una antorcha cuyo resplandor iluminó de inmediato un amplio espacio.

Enmarcado por la luminosidad proveniente de la antorcha destacó al punto, en la puerta de entrada dé la habitación que ocupaba el sirviente, la musculosa figura de Ahuízotl. El guerrero portaba en sus manos una gruesa y corta lanza. Su semblante mantenía la inescrutable inmutabilidad que le era característica.

Comprendiendo que algo extrañamente anormal se encerraba en aquella inexplicable visita nocturna, el sirviente retrocedió alarmado, pretendiendo cubrir con su cuerpo la

entrada que conducía al aposento de Tlacaélel. Un fuerte empujón le hizo rodar por los suelos, dejándole maltrecho y semiinconsciente.

Con rápido andar Ahuízotl penetró en la habitación. Tlacaélel observó la lanza del guerrero y adivinó al instante sus propósitos. Las miradas de ambos se cruzaron permaneciendo fijas una en otra durante un largo rato. Los ojos de Ahuízotl poseían la impersonal dureza de dos cuentas de obsidiana. Las pupilas de Tlacaélel semejaban hogueras de volcánica energía.

La sombra casi imperceptible de una paralizante vacilación pareció cruzar momentáneamente el rostro de Ahuízotl. La frialdad de su mirada se atenuó levemente por unos instantes y sus manos denotaron un ligero pero al parecer involuntario estremecimiento. Recuperando rápidamente su habitual dominio, Ahuízotl retrocedió unos pasos para cobrar impulso, al tiempo que levantaba la lanza para luego arrojarla con poderoso ímpetu.

El arma atravesó velozmente la habitación y se estrelló con fuerza en el Emblema Sagrado que Tlacaélel ostentaba sobre su pecho. Ante el impacto, el pequeño y milenario caracol saltó hecho trizas, y la lanza, cuyo impulso se había amortiguado pero no detenido, se incrustó en el corazón del Azteca entre los Aztecas.

Muy lentamente Tlacaélel fue inclinándose, resbalando poco a poco sobre la pared en la que se apoyaban sus espaldas, mientras mantenía los brazos abiertos y ligeramente separados del cuerpo. La sombra que de su figura proyectaba la luz de la antorcha semejaba, con increíble realismo, la silueta de una águila gigantesca cayendo desde lo alto. Finalmente, el Heredero de Quetzalcóatl quedó tendido e inerte sobre el piso.

Alejándose sigilosamente de la residencia del Cihuacóatl Imperial, Ahuízotl recorrió buena parte de la dormida ciudad. Al llegar a su casa, la abundancia de luces y el intenso movimiento que prevalecía en su interior le hicieron percatarse de que algo anormal había acontecido en su ausencia. Al observar la presencia de las parteras que atendían a su esposa, concluyó que de seguro se había producido el esperado y temido alumbramiento. Las alborozadas voces de los sirvientes confirmaron de inmediato sus suposiciones: el nacimiento había ocurrido ya, y contrariando todas las pesimistas predicciones, se había desarrollado normal y favorablemente, Tiyacapantzin se encontraba bien, al igual que el recién nacido, un varoncito que lucía fuerte y saludable.

Después de hablar brevemente con su esposa, Ahuízotl penetró en la habitación donde se encontraba el niño. Las parteras le habían bañado con sumo cuidado y envuelto en ligeros ropajes, colocando bajo sus pies un arco y varias saetas, significando con ello cual sería la misión que le tocaba en suerte desempeñar en el mundo.

Al fijar su atención en el rostro del recién nacido, una incontrolable expresión de asombro reflejóse en el semblante de Ahuízotl. ¡Las pupilas del niño poseían la misma inconfundible mirada que contemplara tantas veces en los ojos de Tlacaélel! De los ojos del pequeño brotaba ese fuego, vigoroso e incontenible, que había sido siempre la más destacada característica en la personalidad del forjador del Imperio Azteca.

Tras de reflexionar sobre el hecho singular de que el nacimiento de su hijo hubiese ocurrido al mismo tiempo que la muerte de Tlacaélel, Ahuízotl llegó a la conclusión de que ambos seres debían constituir, en alguna forma del todo misteriosa e incomprensible, la dual manifestación de una misma y única energía.

Mientras continuaba absorto en la silenciosa contemplación del nuevo ser, acudió a la mente de Ahuízotl el recuerdo de la extraña imagen que observara aquella misma noche en la habitación de Tlacaélel: el perfil de una enorme águila precipitándose en veloz caída; pasajera visión creada por la sombra que, al desplomarse herido de muerte, había proyectado la figura del Azteca entre los Aztecas.

Repentinamente operóse una sorprendente transformación en las facciones de Ahuízotl. El rostro del guerrero perdió su granítica dureza, y sus ojos —que de acuerdo con la creencia popular no se habían humedecido jamás por llanto alguno— comenzaron a derramar copiosas lágrimas.

Con voz apenas audible, pero en la cual resonaban acentos profetices, Ahuízotl pronunció el nombre —símbolo y destino, destino y símbolo— que habría de llevar el recién nacido durante su estancia en la tierra:

Cuauhtémoc.

"Sepan Cuantos..."

Los que leen, gozan;

los que estudian, aprenden.

P. ANGEL MARÍA GARIBAY K.

Esta obra se acabó de imprimir El mes
de Junio del 2002, en los talleres de PENAGOS, S.A. DE C.V.
Lago Wetter No. 152 Col. Pensil 11490, México, D.F.